

JULIO
VERNE



LA ISLA DE HÉLICE

COLECCIÓN HETZEL

se

Un cuarteto de músicos franceses (Sebastian Zorn, Frascolín, Yvernes y Pinchinat), que viajaban desde San Francisco hasta San Diego, deben ocuparse en divertir a la población de Standard Island, que no es más que una inmensa isla artificial diseñada para viajar a través de las aguas del Océano Pacífico. Las riquezas de los residentes de la isla sólo pueden medirse en millones. El cuarteto es contratado para tocar varios conciertos para los pasajeros mientras dure la gira por las islas del Pacífico Sur. La isla se asemeja a un paraíso, una especie de benigno edén tecnológico con control del clima, teatrófonos, aire acondicionado, casas de aluminio con paredes transparentes y poderosas dínamos, sin embargo está dividida en dos facciones y el desacuerdo entre ambos grupos amenaza el futuro de la propia isla.



Jules Verne

La isla de hélice (Edición SHJV)

**Obras completas de Julio Verne (SHJV) - Viajes
extraordinarios - 41**

ePub r1.2

Titivillus 12.10.2020

Título original: *L'Île á hélice*

Jules Verne, 1895

Traducción: Sáenz de Jubera

Ilustraciones: Leon Benett

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa





Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012 en Palma de Mallorca, España.

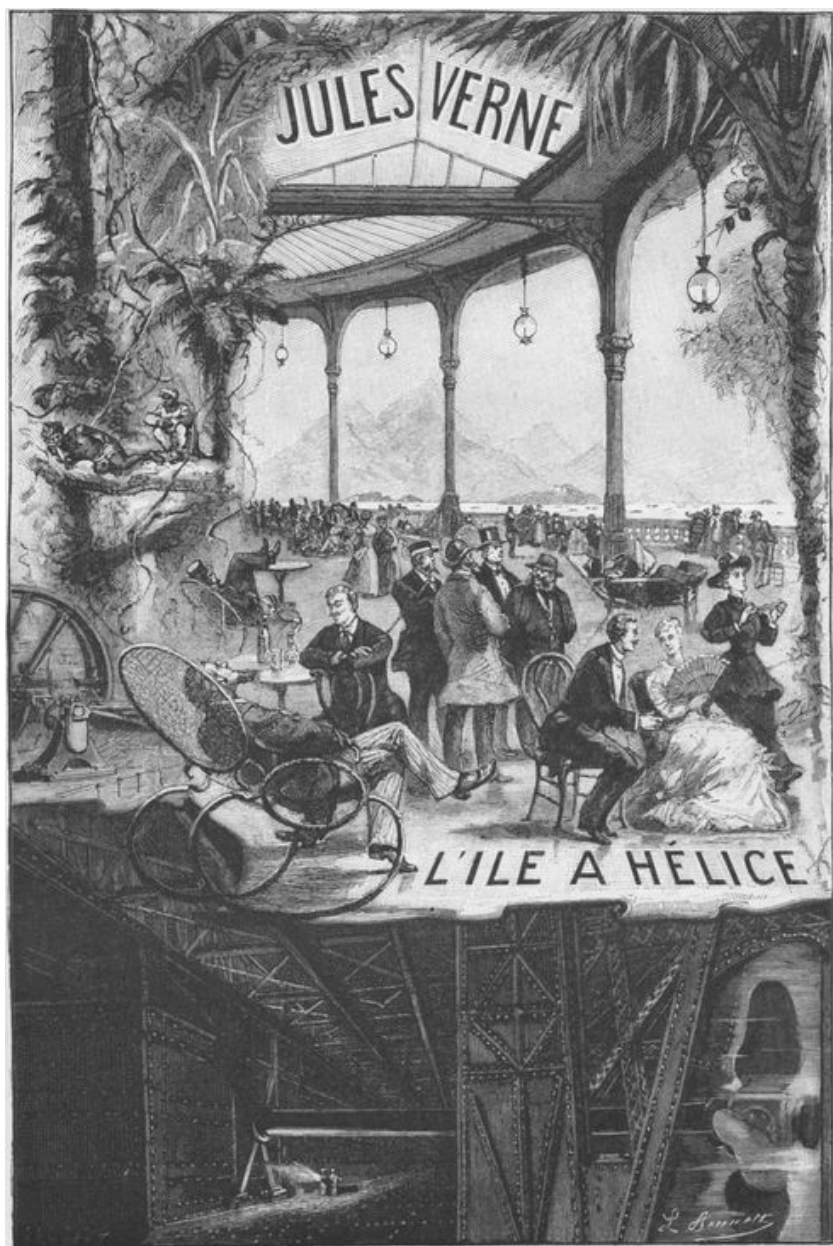
En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Agradecemos la colaboración prestada por **Bernhard Krauth** de la Sociedad Alemana Jules Verne que ha contribuido con las imágenes originales Hetzel que se reproducen en este libro.

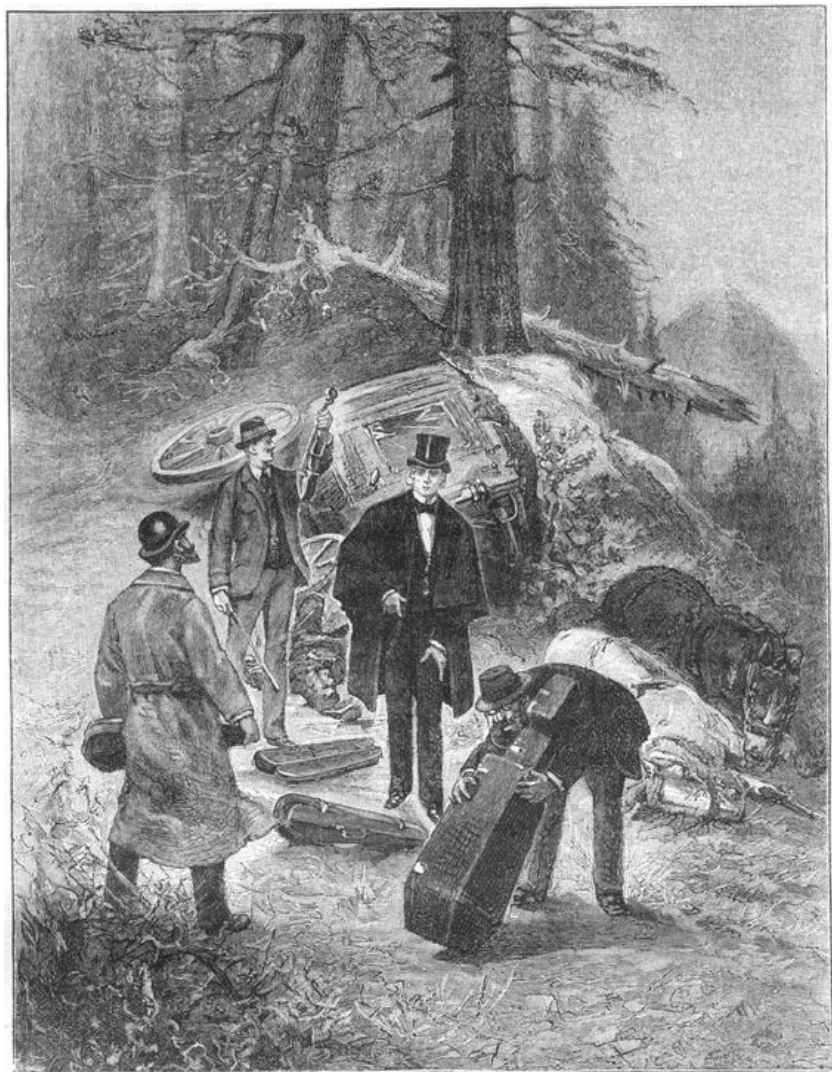
LA ISLA DE
HÉLICE

Julia Veru





PRIMERA PARTE



I

EL CUARTETO CONCERTANTE



Quando un viaje comienza mal, muy raras veces termina bien. Por lo menos, esto debían pensar los cuatro músicos parisienses cuyos correspondientes instrumentos se hallan ahora mismo sobre el polvo del camino. El coche que habían tomado en la última estación de ferrocarril, acababa de volcarse bruscamente por la cuneta de uno de los lados del camino.

—¿Se ha herido alguien? —pregunta el primero, que ágilmente se ha puesto de pie.

—¡Sólo tengo un rasguño! —responde el segundo enjugándose la mejilla, herida por un trozo de cristal.

—¡Y yo una desolladura! —replica el tercero, por cuya pantorrilla corren algunas gotas de sangre. Nada grave, en suma.

—¿Y mi violoncelo? —exclama el cuarto—. ¡Con tal de que no le haya ocurrido nada a mi violoncelo!

Por fortuna, los estuches están intactos. Ni el violoncelo, ni los dos violines, ni la viola, han sufrido en el choque, y apenas si será necesario volver a afinarlos. Son instrumentos de buena marca, ¿verdad? Y los artistas no han tenido ningún daño físico grave que tengamos que lamentar.

—¡Maldito tren, que nos ha dejado en apuros justo a mitad de camino! —dice uno.

—¡Maldito coche, que nos ha hecho naufragar en pleno campo desierto! —responde otro.

—Justo cuando anochece —añade el tercero.

—Felizmente, nuestro concierto no está anunciado hasta pasado mañana —observa el cuarto.

Después se cambian algunas bromas entre los cuatro artistas, que han tomado con espíritu alegre su mala suerte. Uno de ellos,

siguiendo su inveterada costumbre de bromear empleando expresiones musicales, dice:

—Entretanto, ¡he ahí nuestro coche *mi* sobre *do*[1]!

—¡Pinchinat! —exclama uno de sus compañeros.

—Y en mi opinión —continúa Pinchinat— hay demasiados *accidentes en la clave*.

—¿Te callarás?

—Y haríamos bien en *transportar* nuestros trozos a otro coche —se atreve a agregar Pinchinat.

Sí, demasiados accidentes, como el lector no tardará en enterarse.

Estas frases se han dicho en francés, pero lo mismo hubieran podido ser dichas en inglés, pues el cuarteto habla la lengua de Walter Scott y de Cooper como la suya propia, gracias a sus numerosas giras por los países de origen anglosajón. Es por ello que acaban de interpelar en esta lengua al cochero.

El buen hombre es el que ha sufrido más, pues ha sido despedido de su asiento en el instante en que se rompía el tren delantero del coche. No obstante, todo se reduce a algunas contusiones, menos graves que dolorosas. No puede caminar, sin embargo, a consecuencia de una torcedura. De ahí la necesidad de encontrar algún medio para trasladarlo hasta el próximo pueblo.

En verdad, es un milagro que el accidente no haya causado la muerte de alguno. El camino serpentea a través de una región montañosa, orillando precipicios profundos y bordeando en muchos sitios torrentes tumultuosos, franqueados por vados casi intransitables. Si el eje se hubiera roto unos pasos más abajo, es indudable que el vehículo habría rodado por las rocas de esos abismos, y quizá ninguno hubiese sobrevivido a la catástrofe.

Sea lo que fuere, el coche está fuera de uso. Uno de los dos caballos, cuya cabeza ha golpeado contra una piedra aguda, agoniza en el suelo. El otro está herido de bastante gravedad en un anca. Así, pues, ni carruaje ni caballos.

En suma, la mala suerte no se ha mostrado avara con los cuatro artistas en los territorios de la Baja California. ¡Dos accidentes en veinticuatro horas! Y a menos de no tener mucha filosofía, era como para desesperarse...

En aquella época, San Francisco, la capital del estado, se

comunicaba directamente por ferrocarril con San Diego, situada casi en la frontera de la vieja provincia californiana. Los cuatro viajeros se dirigían a esta importante ciudad, en la cual debían ofrecer, dos días después, un concierto que era esperado con gran expectativa. Habían partido la víspera de San Francisco, y el tren no estaba más que a unas cincuenta millas[2] de San Diego cuando ocurrió el primer contratiempo.

Sí, *¡contra tiempo!*, como hubiera dicho el más alegre del grupo; y bien se le puede tolerar esta expresión a un antiguo profesor de solfeo.

Hubo que hacer un alto forzoso en la estación de Paschal, ya que los rieles habían sido arrastrados por una crecida repentina en una extensión de tres a cuatro millas. Era imposible ir a tomar el tren dos millas más allá, pues, por haber ocurrido el accidente pocas horas antes, no se había organizado aún el transbordo.

Fue necesario optar entre esperar a que arreglaran la vía o tomar en el próximo villorrio un vehículo cualquiera que los llevara a San Diego.

El cuarteto adoptó la segunda solución. En un pueblecito vecino descubrieron una especie de landó,[3] que al marchar sonaba a hierro viejo, apollado y nada cómodo. Trataron el precio con su dueño y, luego de prometerle al conductor una buena propina, partieron con sus instrumentos, pero sin sus equipajes.

Eran más o menos las dos de la tarde, y hasta las siete el viaje se realizó sin grandes dificultades ni fatigas. Mas he aquí que un segundo *contra tiempo* acaba de producirse: vuelca el coche, y con tan mala suerte, que es imposible servirse de él para continuar el viaje.

¡Y el cuarteto se encuentra a más de veinte millas de San Diego! Ahora bien, ¿por qué estos cuatro músicos de nacionalidad francesa, y, lo que es más aún, parisienses de nacimiento, se han aventurado a través de estas inverosímiles regiones de la Baja California?

¿Por qué? Vamos a decirlo brevemente y a pintar en pocos rasgos a los cuatro artistas que el azar, ese caprichoso distribuidor de papeles, introducirá entre los personajes de esta extraordinaria historia.

En el transcurso de ese año —hace de esto unos veinte—, los Estados Unidos de Norteamérica acababan de duplicar el número de

estrellas de su pabellón federal, encontrándose en el período de mayor expansión de su poderío industrial y comercial. Al mismo tiempo, los sentimientos artísticos se han desarrollado en estos yanquis invasores, y si sus producciones sólo alcanzan una cifra limitada en el dominio de las artes, y su genio nacional se muestra aún un poco rebelde en materia de pintura, escultura y música, por lo menos el gusto por las bellas obras se ha extendido grandemente entre ellos. A fuerza de comprar a peso de oro los cuadros de los maestros antiguos y modernos, para formar galerías privadas o públicas, y de contratar a precios elevadísimos a los artistas líricos o dramáticos de más renombre y a los músicos más talentosos, se ha difundido la afición por las cosas hermosas y nobles que les faltaron durante tanto tiempo.

Por lo que se refiere a la música, han apasionado en primer lugar a los aficionados del nuevo continente los conciertos de las obras de Meyerbeer, de Halevy, de Gounod, de Berlioz, de Wagner, de Verdi, de Massé, de Saint-Saëns, de Reyes, de Massenet, de Delibes, célebres compositores de la segunda mitad del siglo XIX. Más tarde, poco a poco, llegaron a comprender la obra más penetrante de Mozart, de Haydn, de Beethoven, remontándose hasta las fuentes de ese arte sublime que se derramaba por todas partes en el transcurso del siglo XVIII.

Después de las óperas, gustaron los dramas líricos; después de los dramas líricos, las sinfonías, las sonatas, los grandes conciertos. Y precisamente en el instante en que hablamos, la sonata hace furor en los diversos estados de la Unión. Se pagaría con mucho gusto a tanto la nota: veinte dólares la blanca, diez la negra, cinco la corchea...

Fue entonces cuando, conociendo este extraordinario entusiasmo, a cuatro instrumentistas de gran valor se les ocurrió la idea de ir a los Estados Unidos de Norteamérica en busca de éxito y de fortuna. Eran cuatro buenos camaradas, antiguos alumnos del Conservatorio, muy conocidos en París, y destacados en la ejecución de lo que se llama «música de cámara», hasta entonces poco cultivada en la América del Norte.

¡Con qué rara perfección, con qué sentimiento profundo interpretaban las obras de Mozart, de Beethoven, de Mendelssohn, de Haydn, de Chopin, escritas para cuatro instrumentos de cuerda:

un primero y un segundo violín, una viola y un violoncelo! Nada de ruido, nada de vanidosa ostentación; pero ¡qué ejecución irreprochable, qué incomparable talento!

El éxito de este cuarteto era tanto más explicable cuanto que en aquella época la gente comenzaba a fatigarse de las grandiosas orquestas armónicas y sinfónicas. Aunque la música no sea más que un estruendo artísticamente combinado de ondas sonoras, no por eso es necesario desencadenar tales ondas en tempestades ensordecedoras.

En fin, nuestros cuatro instrumentistas resolvieron iniciar a los norteamericanos en los dulces e inefables goces de la música de cámara. Partieron juntos para el Nuevo Mundo, y durante los dos últimos años los aficionados yanquis no les escatimaron ni los vítores ni los dólares. Sus conciertos fueron muy frecuentes. El Cuarteto Concertante, como se le designaba, apenas podía cumplir con las invitaciones de los ricos particulares. Sin él no había fiesta, reunión, *five o'clock*

[4] ni *garden party* [5] dignos de atraer la atención pública. Con motivo de este entusiasmo, el susodicho cuarteto se había embolsado grandes sumas de dinero que, de haber sido depositadas en las arcas del Banco de Nueva York, habrían constituido ya un bonito capital. Pero ¿por qué no confesarlo?, nuestros parisienses americanizados gastan con largueza. Estos príncipes del arco, estos reyes de las cuatro cuerdas, no piensan en ahorrar. Han tomado gusto a esta vida de aventuras, seguros de encontrar siempre y en todas partes buena acogida y grandes ganancias, corriendo de Nueva York a San Francisco, de Quebec a Nueva Orleáns, de Nueva Escocia a Texas. En fin, son un poco bohemios, con esa despreocupación de la juventud, que es la más antigua, la más encantadora, la más envidiable y la más querida propiedad de nuestra vieja Francia.

Ahora es oportuno presentar a cada uno de los integrantes del cuarteto a nuestros lectores, que no han tenido ni tendrán jamás el placer de escucharlos.

Yvernés, primer violín, treinta y dos años, estatura más que mediana, delgado, cabello rubio y rizado, rostro lampiño, grandes ojos negros, manos largas hechas para extenderse

desmesuradamente sobre los trastes de su Guamerius,[6] aspecto elegante y amigo de envolverse en su capa de color oscuro y de usar galera de copa alta; un poco afectado, quizá, y seguramente el más descuidado del grupo y que menos se preocupa por la cuestión de intereses; artista prodigioso, entusiasta admirador de lo bello, ejecutante de eximio talento y de gran porvenir.

Frascolín, segundo violín, treinta años, bajo, con tendencia a la obesidad, cosa que lo enfada mucho; cabellos y barba oscuros, cabeza enérgica, ojos negros, nariz larga y de aletas movibles, con dos manchas rojas en el sitio donde aprietan las pinzas de sus lentes con montura de oro, sin los cuales es hombre perdido; buen muchacho, y tan servicial que acepta trabajos incómodos para librar de ellos a sus compañeros; además, lleva la contabilidad del cuarteto, predicando la economía sin ser jamás escuchado. Nada envidioso del éxito de su camarada Yvernés, y sin la ambición de elevarse a la categoría de violín solista, es, sin embargo, excelente músico. Viste entonces un amplio guardapolvo para preservar su traje.

Pinchinat, viola, al que llaman generalmente Su Alteza, veintisiete años, el más joven de la compañía, el más alocado también; uno de esos tipos incorregibles que son chiquillos durante toda la vida; cabeza delicada, ojos espirituales y despiertos, cabellera tirando a rojo, bigotes en punta, lengua que chasquea entre sus dientes blancos y acerados; aficionado a las bromas y retruécanos, presto al ataque como a la respuesta; de cerebro ágil, cosa que él atribuye a la lectura de las diversas claves de *do*, que le exige su instrumento; de un buen humor inalterable y que se complace en hacer bromas, sin que lo detenga el disgusto que pueda causar a sus camaradas, motivo por el cual es mil veces reprendido por el jefe del cuarteto.

Porque hay un jefe, el violoncelista Sebastián Zom, jefe por su talento y por su edad, cincuenta y cinco años; pequeño, regordete, rubio, con cabellos abundantes y rizados en las sienes, bigote erizado perdiéndose en la maraña de las patillas, tez del color del ladrillo cocido, ojos brillantes a través de los cristales de sus anteojos, sobre los cuales coloca un par de lentes cuando necesita descifrar las notas; manos regordetas, de las cuales la derecha, acostumbrada a los movimientos ondulatorios del arco, llena de

sortijas en los dedos anular y meñique.

Creemos que esta ligera descripción basta para pintar al hombre y al artista. Pero no impunemente se ha tenido durante cuarenta y tantos años una caja sonora sobre las rodillas. De esto se resiente toda la existencia, y el carácter es el que más sufre su influencia. En su mayor parte, los violoncelistas son locuaces y de mal genio, de palabra desbordante y no sin gracia. Y así es Sebastián Zom, al que Yvernés, Frascalín y Pinchinat han confiado voluntariamente la dirección de sus giras musicales. Lo dejan decir y hacer, pues es hombre entendido en la materia. Acostumbrados a sus modales imperiosos, ríen cuando «pasa de la medida», lo que es lamentable en un ejecutante, como lo hacía observar el irrespetuoso Pinchinat. La composición de los programas, la fijación de los itinerarios, la correspondencia con los empresarios, todas estas múltiples ocupaciones le están reservadas y permiten a su temperamento agresivo manifestarse en mil circunstancias. En lo que no interviene es en el renglón de los gastos, es decir, en el manejo de la caja social, confiada a los cuidados del segundo violín y primer tenedor de libros, el minucioso y escrupuloso Frascalín.

Ya está el cuarteto presentado como lo hubiera sido sobre un escenario. Se conocen las figuras, si no muy originales, por lo menos muy diferentes, que lo componen.

Permita ahora el lector que se desarrollen los sucesos de esta singular historia, y verá qué papel van a desempeñar los cuatro parisienses que, después de haber cosechado tantos aplausos en los diversos estados de la confederación norteamericana, van a ser llevados...

Pero no anticipemos los acontecimientos, «no aceleremos el movimiento», como diría Su Alteza, y tengamos paciencia.

Los cuatro parisienses se hallan, pues, hacia las ocho de la noche en un camino desierto de la Baja California, junto a los restos de su *Carruaje volcado*, música de Boieldieu,[7] como también diría Pinchinat. Si este, Yvernés y Frascalín han tomado filosóficamente la aventura, si hasta les ha inspirado algunas bromas propias del oficio, se admitirá que aquélla sea para el jefe del cuarteto la ocasión de entregarse a un acceso de cólera. ¿Qué esperan? El violoncelista es de espíritu combativo, se enardece fácilmente, y por esta razón Yvernés pretende que debe descender de la línea de los

Ayax y de los Aquiles,[8] esos dos ilustres rabiosos de la Antigüedad.

Para no olvidar nada diremos que, aunque Sebastián Zorn es bilioso, Yvernés flemático, Frascalín pacífico y Pinchinat de una extraordinaria jovialidad, todos ellos son excelentes camaradas y se quieren recíprocamente con cariño de hermanos. Se sienten unidos por un lazo que ninguna discusión de interés o de amor propio podría romper jamás, por una comunidad de gustos que nacen de la misma fuente. Sus corazones, como instrumentos de buena marca, vibran siempre al unísono.

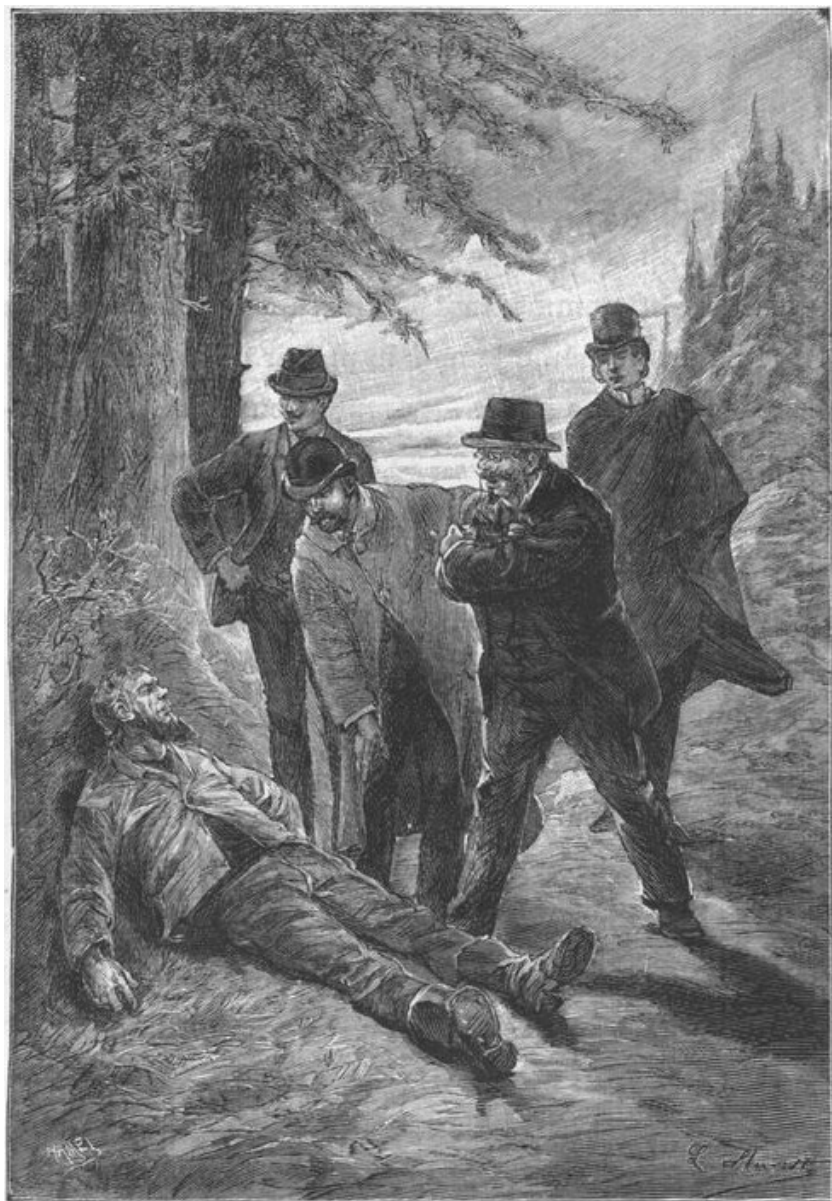
Mientras Sebastián Zorn vomita maldiciones, palpando el estuche de su violoncelo para asegurarse de que está sano y salvo, Frascalín se aproxima al conductor.

—Bueno, amigo mío —le pregunta—, ¿qué vamos a hacer?

—Lo que se hace —responde el hombre— cuando no hay ni caballos ni coche... Esperar.

—¡Esperar a que vengan! —exclama Pinchinat—. ¿Y si no vienen?

—Se busca —observa Frascalín, al que su espíritu práctico no abandona jamás.



—¿Dónde? —ruge Sebastián Zorn, que se pasea febrilmente.

—¡Donde lo haya! —replica el conductor.

—¡Eh, cochero! —exclama el violoncelista con voz que sube poco a poco a los más altos registros—. ¿Así se responde acaso? ¡Cómo! He aquí a un desventurado que nos ha hecho volcar, rompe

su coche, estropea sus caballos y que se conforma con decir: «¡Salgan de aquí como puedan!».

Arrastrado por su natural locuacidad, Sebastián Zorn comienza a lanzar una serie interminable de maldiciones, bien inútiles por cierto, cuando Frascalín lo interrumpe con estas palabras:

—Déjame hacer, mi viejo Zorn.

Después, dirigiéndose de nuevo al conductor, le pregunta:

—¿Dónde estamos, amigo?

—A cinco millas de Freschal.

—¿Una estación de ferrocarril?

—No, un pueblo cercano a la costa.

—¿Y encontraremos allí algún coche?

—Un coche, no. Tal vez una carreta...

—¿Una carreta de bueyes, como en los tiempos de los reyes merovingios? [9] —exclama Pinchinat.

—¡Qué importa! —dice Frascalín.

—¡Eh! —añade Sebastián Zorn—. Pregúntale más bien si en ese agujero de Freschal hay alguna posada. No tengo ganas de pasar la noche al aire libre.

—Amigo —interroga Frascalín—, ¿hay alguna posada en Freschal?

—Sí, la posada donde debíamos mudar el tiro.

—¿Y para encontrar ese pueblo hay que seguir esta carretera?

—Siempre derecho.

—¡Partamos! —exclamó el violoncelista.

—Pero sería cruel abandonar a este buen hombre en ese estado —observa Pinchinat—. Veamos, amigo: ¿no podría usted, si lo ayudáramos...?

—Imposible —responde el conductor—. Por otra parte, prefiero quedarme con mi coche... Cuando llegue el día veré la manera de salir de aquí.

—Una vez en Freschal —dice Frascalín— podríamos enviarle socorros.

—Sí, el posadero me conoce y no me dejará en este apuro.

—¿Partimos? —exclama el violoncelista, que acaba de recoger el estuche de su instrumento.

—Al instante —replica Pinchinat—. Pero antes ayúdenme a dejar a nuestro conductor a un costado de la pendiente.

Conviene, en efecto, colocarlo fuera del camino; y, como no puede valerse de sus piernas lastimadas, Pinchinat y Frascalín lo levantan y lo conducen hasta el pie de un enorme árbol, cuyas ramas bajas forman, al caer, una especie de lecho de verde follaje.

—¿Partimos? —ruge Sebastián Zom por tercera vez, después de haberse asegurado sobre las espaldas el estuche de su instrumento con una doble correa dispuesta ex profeso.

—Ya está todo listo —dice Francolín, y dirigiéndose al cochero, agrega—: Así, pues, convenido. El posadero de Freschal le enviará socorros. ¿Tiene usted ahora necesidad de algo, amigo?

—Sí —responde el conductor—, de un buen trago de ginebra, si es que algo les queda en las cantimploras.

La de Pinchinat está aún llena, y Su Alteza hace de buen grado el sacrificio.

—Con esto, amigo —dice—, no tendrá usted frío esta noche... interiormente.

Un último y violento grito del violoncelista decide a sus compañeros a ponerse en camino. Es una suerte que sus equipajes hayan quedado en el furgón del tren en lugar de haber sido cargados en el coche. Si aquellos llegan a San Diego con algún retraso, por lo menos nuestros músicos no tendrán el trabajo de transportarlos hasta el pueblo de Freschal. Ya tienen bastante con las cajas de los violines y, sobre todo, con la del violoncelo. Ciertamente es que un músico digno de este nombre no se separa jamás de su instrumento, como un soldado tampoco se separa de sus armas, ni un caracol de su concha.

II

EL PODER DE UNA SONATA CACOFÓNICA



Marchar de noche, a pie, por un camino que no se conoce y a través de una comarca casi desierta, en la que los malhechores son generalmente menos raros que los viajeros, no deja de ser un poco inquietante.

Tal es la situación que se le presenta al cuarteto. Ciertamente que los franceses se distinguen por lo valientes, de acuerdo, y éstos lo son tanto como es posible serlo. Pero entre el valor y la temeridad existe un límite que la sana razón no debe franquear. Después de todo, si el tren no se hubiese encontrado con una llanura inundada por la crecida, y si el coche no se hubiera volcado a cinco millas de Freschal, nuestros instrumentistas no se habrían visto en la necesidad de aventurarse de noche por aquel camino sospechoso. Esperemos, por otra parte, que no les ocurra nada desagradable.

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando Sebastián Zorn y sus compañeros iniciaron la marcha en dirección al litoral, siguiendo las indicaciones del conductor. No debiendo llevar más que los estuches de cuero de sus instrumentos, livianos y poco incómodos, los violinistas no tienen mayor motivo para quejarse; así que no se lamentan ni el juicioso Frascolín, ni el alegre Pinchinat, ni el idealista Yvernés. Pero el violoncelista, con la caja de su violoncelo, una especie de armario atado a sus espaldas... Se comprende, dado su carácter, que encuentre razón para rabiar; y se explican los gruñidos y gemidos que exhala bajo la forma de ¡ah!, ¡oh! y ¡uf!

La oscuridad es ya profunda. Nubes espesas se persiguen por el espacio, abriéndose a veces en estrechas desgarraduras, entre las que aparece una luna burlona, casi en su primer cuarto.

No se sabe bien por qué, quizá porque es rezongón e irritable, la

rubia Febe[10] no agrada a Sebastián Zorn. Éste le muestra el puño y le grita:

—¿Qué vienes a buscar aquí con tu idiota perfil?! ¡No, no conozco nada más imbécil que esa tajada de melón sin madurar que se pasea allá arriba!

—Más nos valiera que la luna nos mirase de frente —apunta Frascalín.

—¿Por qué razón? —pregunta Pinchinat.

—Porque veríamos más claro.

—¡Oh, casta Diana![11] —exclama Yvernés—. ¡Oh, apacible viajera de las noches! ¡Oh, pálido satélite de la Tierra! ¡Oh, adorado ídolo de la adorable Endimión![12]

—¿Has acabado tu balada? —grita el violoncelista—. Cuando estos primeros violines se ponen a disparatar...

—Alarguemos el paso —dice Frascalín—, o corremos el riesgo de dormir al aire libre.

—¡Y de faltar a nuestro concierto en San Diego! —observa Pinchinat.

—¡Excelente idea, a fe mía! —exclama Sebastián Zorn sacudiendo su caja, que lanza un sonido quejumbroso.

—Pues esta idea, mi viejo —dice Pinchinat—, ha sido tuya.

—¿Mía?

—¡Sin duda! ¡Por qué no nos habremos quedado en San Francisco, donde podíamos haber embelesado a toda una colección de oídos californianos!

—Pues, entonces, ¿por qué hemos partido? —pregunta el violoncelista.

—Porque tú lo has querido.

—Pues preciso es confesar que he tenido una inspiración deplorable, y si...

—¡Ah, amigos míos! —exclama en ese instante Yvernés señalando al cielo, donde un tenue rayo de luna orla con una franja blancuzca los bordes de una nube.

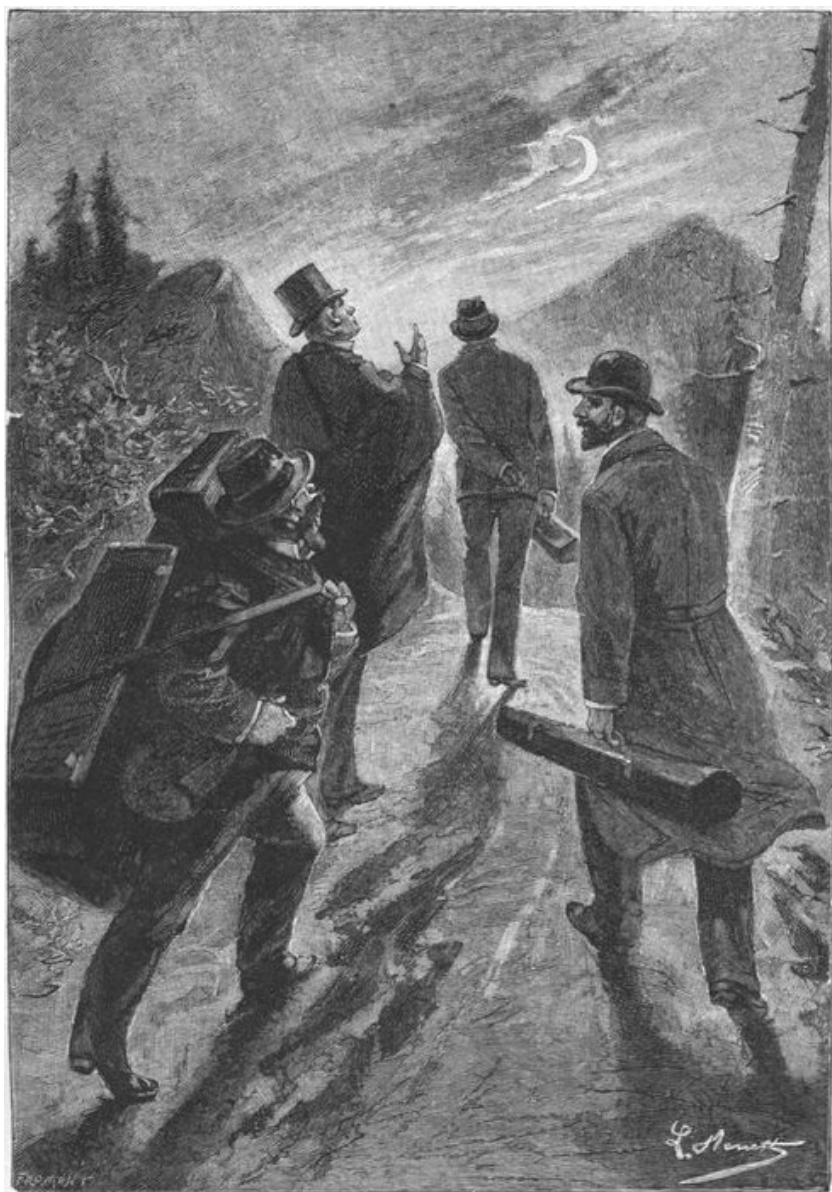
—¿Qué pasa, Yvernés?

—Dígame si esa nube no parece un dragón con las alas desplegadas y la cola de un pavo real en que se ven los cien ojos de Argos.[13]

Es probable que Sebastián Zorn no tenga ese poder de visión

centuplicada que distinguía al guardián de la hija de Ínaco, pues no nota un profundo agujero donde su pie se hunde por mala suerte y cae de bruces, asemejándose, con su caja sobre las espaldas, a un enorme coleóptero que se arrastra por el suelo.

Violento furor del instrumentista, que tiene motivo para rabiar; después, maldiciones dirigidas al primer violín, extático ante el monstruo aéreo.



—¡Yvernés tiene la culpa! —afirma Sebastián Zom—. ¡Si yo no hubiera mirado su maldito dragón...!

—Ya no es un dragón, amigos míos, sino un ánfora. Con un poco de imaginación se la puede ver en manos de Hebe [14], que vierte el néctar...

—Tengamos cuidado, que hay mucha agua en ese néctar — exclama Pinchinat—, y tu encantadora diosa de la Juventud puede arrojárnosla en forma de ducha.

Sería ésta una nueva complicación; realmente, el tiempo amenaza lluvia. De aquí la prudente orden de apresurar la marcha, a fin de buscar abrigo en Freschal.

Levantán al encolerizado violoncelista, que no cesa de rezongar. El complaciente Frascolín se ofrece a llevar su caja, pero Sebastián Zom rehúsa al principio. ¡Separarse de su instrumento, un violoncelo de Gand y Bemardel, vale decir, algo así como la mitad de sí mismo...! Pero tiene que rendirse, y ésta, su preciosa mitad, pasa a las espaldas del servicial Frascolín, quien confía su liviano estuche a Sebastián.

Vuelven a ponerse en camino, marchando ahora a buen paso durante dos millas, sin que ocurra ningún accidente digno de mención. La noche es cada vez más negra, y amenaza lluvia. Caen algunas gotas muy gruesas, prueba de que provienen de nubarrones altos y tormentosos, pero el ánfora de la linda Hebe de Yvernés no vierte más, y nuestros cuatro noctámbulos abrigán la esperanza de llegar a Freschal completamente secos.

Es verdad que hay que tomar siempre minuciosas precauciones a fin de evitar caídas en este oscuro camino cortado por barrancos, con vueltas bruscas, y bordeado de abismos, en los que se oyen rugir los torrentes. Si con su disposición de espíritu Yvernés encuentra poética la situación, para Frascolín es, en cambio, inquietante. Son de temer también ciertos encuentros desagradables que hacen muy problemática la seguridad de los viajeros en estos caminos de la Baja California.

El cuarteto no tiene más armas que los arcos de los tres violines y del violoncelo, y esto es insuficiente en un país donde fueron inventados los revólveres Colt, extraordinariamente perfeccionados en esta época. Si Sebastián Zom y sus camaradas hubieran sido americanos, se habrían provisto de una de esas maquinillas de bolsillo. Nada más que para ir en tren de San Francisco a San Diego, un verdadero yanqui no se hubiera puesto en viaje sin llevar una de seis tiros. Pero los franceses no lo habían creído necesario. Agreguemos que ni siquiera han pensado en ello, y que tal vez tengan que arrepentirse.

Pinchinat marcha a la cabeza registrando con la mirada los costados del camino. Cuando este corre confiado a derecha e izquierda, hay menos motivo para temer una súbita agresión. Con su instinto de bufón, Su Alteza siente ganas de jugarles una broma pesada a sus camaradas, deseos imbéciles de causarles miedo, de detenerse en seco, por ejemplo, murmurando con voz temblorosa de espanto: «¿Eh...? Allá abajo... ¿Qué veo...? Estemos listos para...». Pero cuando el camino se hunde en un espeso bosque, en medio de inmensos *mammoth trees* [15] y secoyas de casi cincuenta metros de altura, verdaderos gigantes vegetales de las regiones californianas, las ganas de bromear se le pasan.

Diez hombres pueden emboscarse detrás de cualquiera de esos enormes troncos. Un vivo resplandor seguido de una detonación seca... El veloz silbido de una bala... En estos sitios, evidentemente dispuestos para un ataque nocturno, una emboscada es fácil. Si por suerte no se encuentran bandidos, se debe a que este estimable ejemplar ha desaparecido totalmente del gran oeste de América, o a que se ocupa ahora en operaciones financieras en los mercados del antiguo y nuevo continente. ¿A quién sino a Yvernés se le ocurrirían estas reflexiones? Decididamente, piensa, la obra no es digna del decorado.

De repente, Pinchinat queda inmóvil. Frascalín, que le sigue, hace otro tanto. Sebastián Zorn e Yvernés se unen a ellos enseguida.

—¿Qué hay? —pregunta el segundo violín.

—He creído ver... —responde Pinchinat.

Y no es una de sus bromas. Realmente, una sombra se mueve entre los árboles.

—¿Hombre o animal? —interroga Frascalín.

—No sé.

Los cuatro miran, formando un grupo apretado, sin respirar, sin decir palabra. Por un desgarrón de las nubes, los rayos lunares bañan las copas de los árboles y a través del ramaje de las secoyas se filtran hasta el suelo, visible hasta una distancia de cien pasos. Pinchinat no ha sido juguete de una ilusión. Demasiado grande para ser un hombre, esta masa sólo puede ser la de un cuadrúpedo de gran tamaño. ¿Qué cuadrúpedo? ¿Un león? ¡Seguramente un león!

—¡Un plantígrado! —dice Yvernés.

—¡Al diablo con el animal! —murmura Sebastián Zorn en voz

baja, pero impaciente—. Y al decir «el animal» me refiero a ti, Yvernés. ¿No puedes expresarte como todo el mundo? ¿Qué es un plantígrado?

—Un animal que marcha sobre sus plantas —explica Pinchinat.

—¡Un oso! —responde Frascalín.

Es un oso, en efecto, un oso de gran tamaño. En estos bosques de la Baja California no se encuentran ni leones, ni tigres, ni panteras; pero los osos son los huéspedes habituales, y las relaciones con ellos son generalmente incómodas.

No es de extrañar que nuestros parisienses hayan tenido de común acuerdo la idea de ceder el campo al plantígrado. ¿Acaso éste no estaba en su casa? Así es que el grupo se estrecha, mientras, dando la cara a la bestia, retrocede lenta, pausadamente, sin apariencias de huida.

El animal los sigue paso a paso, agitando sus patas anteriores y balanceándose sobre las ancas. Poco a poco se aproxima, y sus demostraciones se hacen hostiles, pues emite gritos roncós y el crujido de sus mandíbulas no es nada tranquilizador.

—¿Si huyéramos cada uno por su lado? —propone Su Alteza.

—Nada conseguiremos —responde Frascalín—. Uno de nosotros sería alcanzado y pagaría por todos.

No cometieron esta imprudencia, que hubiera podido tener desagradables consecuencias.

El cuarteto llega, así agrupado, al límite de un claro del bosque. El oso se ha aproximado unos diez pasos solamente. ¿El sitio le parece propicio para una agresión? Es posible, pues redobla sus aullidos y apresura la marcha.

Retroceso precipitado del grupo y recomendaciones más insistentes del segundo violín:

—¡Calma, calma, amigos míos!

Atravesado el calvero, se encuentran al abrigo de los árboles, pero aquí el peligro no es menor. Mientras se deslizan de uno a otro árbol, el animal puede saltar sin que sea posible prevenir su ataque, y esto es lo que iba a hacer cuando de repente sus gruñidos cesan, detiene su paso... La espesa sombra acaba de llenarse de una música penetrante, de un *largo* expresivo en el que se revela por entero el alma de un artista.

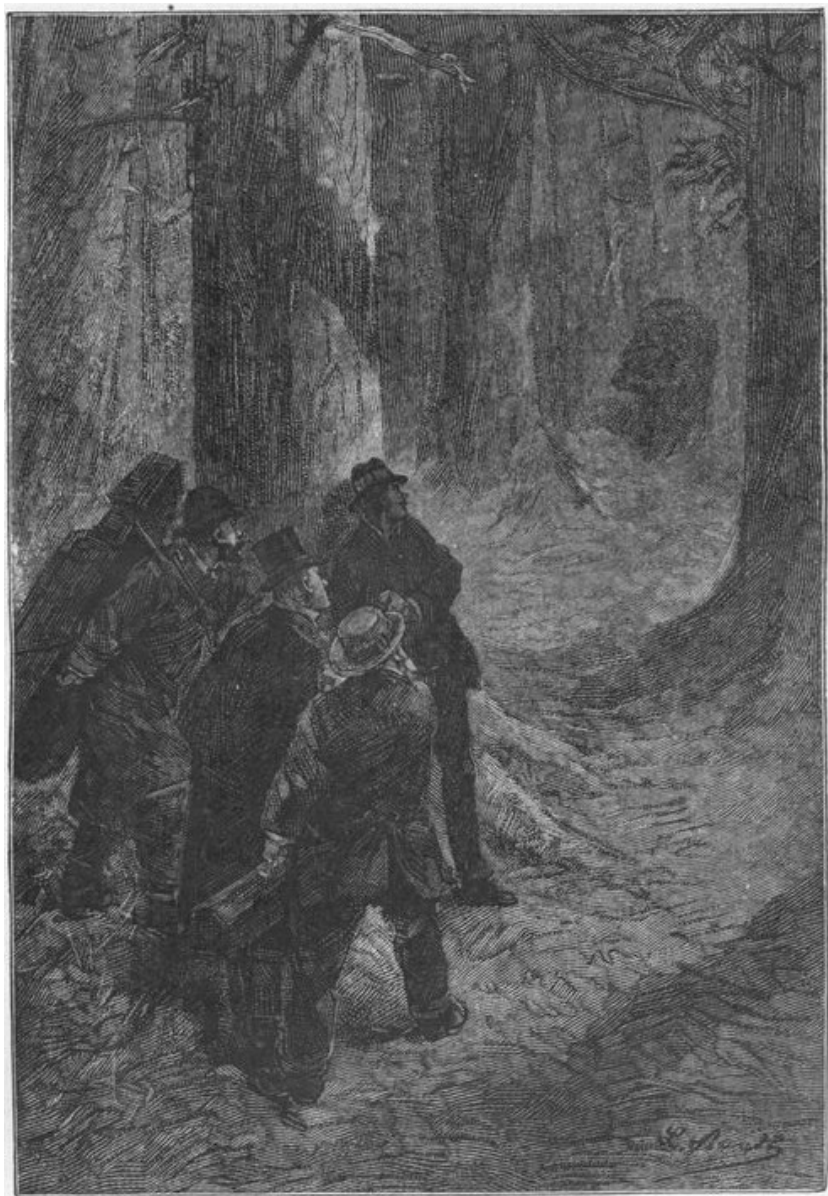
Yvernés ha sacado su violín del estuche y lo ha hecho vibrar

bajo la poderosa caricia del arco. ¡Una idea genial! ¿Y por qué unos músicos no habían de buscar en la música su salvación? ¿Acaso las piedras, movidas por los acordes de Anfión, no iban por sí mismas a colocarse alrededor de Tebas?[16] ¿Acaso las fieras domesticadas por las inspiraciones líricas de Orfeo[17] no acudían alrededor de éste? Pues bien, es necesario creer que este oso californiano, bajo el influjo de predisposiciones atávicas, está, desde el punto de vista artístico, tan dotado como sus congéneres de la fábula, pues su ferocidad se extingue, sus instintos de melómano lo dominan, y, a medida que el cuarteto retrocede en buen orden, él lo sigue, dejando escapar cortos gritos de *dilettante*. [18] Por poco no gritó: «¡Bravo!».

Un cuarto de hora después, Sebastián Zorn y sus compañeros están en el límite del bosque. Lo pasan... Yvernés sigue tocando.

El animal se ha detenido. No parece que tenga intención de ir más allá. Golpea sus gruesas patas una contra otra.

Y entonces Pinchinat toma su instrumento y exclama:



—La Danza de los osos, ¡y con brío!

Y mientras el primer violín ataca con entusiasmo este motivo tan conocido, la viola acompaña tocando un bajo chillón. El animal comienza, entonces, a bailar: levanta el pie derecho, luego el izquierdo, se pasea, hace mil contorsiones y deja que el grupo se

aleje.

—¡Bah! —observa Pinchinat—. No es más que un oso de circo.

—No importa —respondé Frascolín—. Este diablo de Yvernés ha tenido una idea estupenda.

—Larguémonos... *allegretto* —replica el violoncelista—, y sin mirar atrás.

Son más o menos las nueve cuando los cuatro discípulos de Apolo[19] llegan sanos y salvos a Freschal. Durante esta última etapa han caminado a buen paso, por más que no hayan tenido un plantígrado que les pisara los talones.

Unas cuarenta casitas de madera en torno de una plaza plantada de hayas: esto es Freschal, pueblo aislado en medio del campo y a dos millas de la costa.

Nuestros artistas se aventuran entre algunas casas sombreadas por grandes árboles, desembocan en la plaza, entrevén a la distancia el modesto campanario de una sencilla iglesia, se agrupan en círculo como si fueran a ejecutar un número de circunstancia y se detienen en este lugar con la intención de conferenciar.

—¿Esto es... un pueblo? —dice Pinchinat.

—¿Esperabas acaso encontrar una ciudad del género de Filadelfia o de Nueva York? —replica Frascolín.

—Pero este pueblo está durmiendo —exclama Sebastián Zorn encogiéndose de hombros.

—¡No despertemos a un pueblo que duerme! —suspira melodiosamente Yvernés.

—Al contrario, ¡despertémoslo! —afirma Pinchinat.

En efecto, a menos de querer pasar la noche al aire libre, es preciso adoptar esta última solución. La plaza está absolutamente desierta; el silencio es completo. Ni un postigo entreabierto, ni una luz en las ventanas. El palacio de la *Bella durmiente del bosque* hubiera podido alzarse aquí, en medio del más completo reposo y absoluta tranquilidad.

—Bien, ¿y la posada? —pregunta Frascolín.

Sí. ¿Y la posada de que había hablado el conductor, y en la que los desafortunados viajeros debían encontrar buena acogida y mejor albergue? ¿Y el posadero que se apresuraría a enviar socorros al infortunado cochero? ¿Es que el pobre hombre ha soñado estas cosas, o que Sebastián Zorn y sus compañeros se han equivocado de

camino? ¿No es éste el pueblecito de Freschal?

Estas diversas preguntas exigen una respuesta inmediata. Es necesario interrogar a alguno de los habitantes de la región, y de llamar, por tanto, a la puerta de una de las casas o de la posada, si una feliz casualidad permite descubrirla.

He aquí a los cuatro músicos efectuando un reconocimiento alrededor de la tenebrosa plaza, tanteando las paredes, tratando de descubrir, un letrero colgado delante de cualquier fachada. De posada no hay ni la sombra.

Pues bien, a falta de posada es inadmisibile que no haya alguna casa hospitalaria, y, como no se está en Escocia, se obrará a la americana. ¿Qué vecino de Freschal rehusaría uno y hasta dos dólares por persona, por una cena y una cama?

—Llamemos —dice Frascalín.

—A compás —añade Pinchinat—, ¡y de seis por ocho!

Aunque hubiesen golpeado en tres o en cuatro tiempos, el resultado habría sido idéntico. Ninguna puerta, ninguna ventana se abre, y sin embargo, el Cuarteto Concertante ha llamado en una docena de casas.

—Nos hemos engañado —declara Yvernés—. Esto no es un pueblo, es un cementerio donde se duerme el sueño eterno... *Vox clamantis in deserto*. [20]

—¡Amén! [21] —responde Su Alteza con gruesa voz de sochantre [22] de catedral.

¿Qué hacer, puesto que los habitantes del pueblo se obstinan en no contestar? ¿Continuar la marcha hacia San Diego? Se morirían, ésta es la palabra, de hambre y de fatiga. Y además, ¿cómo proseguir sin un guía en esta noche oscura? ¿Tratar de llegar a otro pueblo? ¿A cuál? Según el cochero, no existe ninguno sobre esta parte del litoral. Sólo conseguirían extraviarse más. ¡Lo mejor es esperar el alba! Sin embargo, pasar seis horas sin abrigo, bajo un cielo que se carga de gruesas nubes que amenazan chaparrones, no es cosa que se pueda proponer, ni aun a artistas.

Pinchinat tiene entonces una idea. Si sus ideas no son siempre excelentes, por lo menos son abundantes. Ésta, sin embargo, obtiene la aprobación del juicioso Frascalín.

—Amigos míos —dice—, ¿por qué lo que ha dado resultado con un oso no ha de darlo con una aldea californiana? Hemos

domesticado a un plantígrado con un poco de música. Despertemos a estos campesinos con un vigoroso concierto, en el qué no escatimaremos ni los *forte* ni los *allegro*.

—Probemos... —responde Frascolín.

Sebastián Zorn no espera a que Pinchinat termine de hablar. Saca su violoncelo del estuche, lo para sobre su punta de acero, y de pie, por no tener una silla a su disposición, con el arco en la mano, está dispuesto a extraer todas las voces encerradas en la caja sonora. Casi enseguida sus camaradas están listos para seguirlo hasta los últimos límites del arte.



—El *Cuarteto en si bemol de Onslow* —dice—. ¡Vamos...! A compás.

De memoria se saben este cuarteto de Onslow, y, como buenos instrumentistas que son, no tienen, ciertamente, necesidad de ver claro para pasear sus hábiles dedos por el mástil de sus

instrumentos. Hay que ver cómo se abandonan a su inspiración. Jamás han tocado con más talento y corazón en los casinos y teatros de la confederación americana. El espacio se llena de una sublime armonía, y, a menos de ser sordos, ¿qué seres humanos podrían resistirla? Aun cuando estuviesen en un cementerio, como sostiene Yvernés, bajo el encanto de esta música se abrirían las tumbas, se alzarían los muertos y aplaudirían los esqueletos. Y sin embargo, las casas permanecen cerradas; los que duermen no despiertan. La pieza acaba con el estruendo de un poderoso final sin que Freschal haya dado señales de vida.

—¡Habrased visto! —exclama Sebastián Zorn en el colmo del furor—. ¿Será necesaria una cencerrada, como a sus osos, para sus oídos de salvajes? ¡Sea! Empecemos de nuevo; pero tú, Yvernés, toca en *re*; tú, Frascalín, en *mi*; tú, Pinchinat, en *sol*; yo, en si *bemol*... Ahora, ¡con toda la fuerza!

¡Qué cacofonía! ¡Qué desgarramiento de los tímpanos! En suma, la idea de Pinchinat es excelente. Lo que no ha podido obtener una admirable ejecución lo consigue una cencerrada. Freschal comienza a despertarse. Algunas ventanas se iluminan. Los habitantes del lugar no están muertos, puesto que dan señales de existencia. No son sordos, puesto que oyen y escuchan.

—¡Nos van a tirar papas! —dice Pinchinat durante una pausa, pues la medida, ya que no el tono, ha sido escrupulosamente respetada.

—¡Tanto mejor! Nos las comeremos —responde el práctico Frascalín.

Y bajo la dirección de Sebastián Zorn, el concierto continúa a más y mejor. Después, cuando ha terminado con un vigoroso acorde perfecto en cuatro tonos diferentes, los artistas se detienen. No son papas las que les arrojan por las veinte o treinta ventanas abiertas, sino aplausos, hurras... ¡Jamás los oídos de los habitantes de Freschal se han llenado de tales alegrías musicales! Y nadie duda de que todas las casas estén dispuestas para recibir hospitalariamente a tan incomparables artistas.

Pero mientras ellos se abandonaban a este furor instrumental, un nuevo espectador ha avanzado algunos pasos, sin que ninguno lo haya visto venir.

Este personaje, que ha bajado de un carruaje, permanece en un

ángulo de la plaza. Es un hombre alto y corpulento, según lo que se podía juzgar en aquella noche oscura.

Mientras nuestros parisienses se preguntan si, después de las ventanas, irían a abrirse las puertas para recibirlos, lo que por el momento parece bastante dudoso, el recién llegado se aproxima y en perfecta lengua francesa dice con tono amable:

—Soy un *dilettante*, señores, y acabo de tener la dicha de aplaudirlos.

—¿Durante nuestra última pieza? —replica irónicamente Pinchinat.

—No, señores... Durante la primera, y rara vez he oído ejecutar con tanto talento ese cuarteto de Onslow.

No hay duda de que el susodicho personaje es un entendido en la materia.

—Señor —responde Sebastián Zom en nombre de sus camaradas—, agradecemos mucho sus elogios. Si nuestro segundo trozo ha desgarrado sus oídos, es porque...

—Señor —responde el desconocido, interrumpiendo una frase que hubiese sido larga—, jamás he oído tocar desafinado con tanta perfección. He comprendido el porqué... Era para despertar a estos buenos habitantes de Freschal, que ya se han dormido de nuevo. Pues bien, señores, lo que ustedes intentaban obtener de ellos por este medio desesperado, permítanme que yo se los ofrezca...

—¿La hospitalidad? —pregunta Frascolín.

—Sí, la hospitalidad, una hospitalidad ultraescocesa. Si no me engaño, tengo ante mí al famoso Cuarteto Concertante, celebrado en toda nuestra soberbia América, que no le ha regateado su entusiasmo...

—Señor —se cree en el deber de contestar Frascolín—, verdaderamente nos halaga mucho lo que usted nos dice. Y esta hospitalidad que usted nos promete, ¿dónde podríamos encontrarla?

—A dos millas de aquí.

—¿En otro pueblo?

—No... En una ciudad.

—¿En una ciudad importante?

—Seguramente.

—Permítame —observa Pinchinat—. Nos han dicho que no

había ninguna ciudad antes de llegar a San Diego.

—Es un error... que no me puedo explicar.

—¿Un error? —repite Frascolín.

—Sí, señores; y si quieren ustedes acompañarme, les prometo la acogida a que tienen derecho artistas de su valer.

—Soy de la opinión que aceptemos —dice Yvernés.

—Y yo comparto tu opinión —afirma Pinchinat.

—Un momento, un momento... —exclama Sebastián Zorn—. ¡No vayamos más deprisa que el director de orquesta!

—¿Qué quiere usted decir? —pregunta el americano.

—Que somos esperados en San Diego —responde Frascolín.

—En San Diego —añade el violoncelista—, ciudad que nos ha contratado para una serie de matinés [23] musicales, la primera de las cuales debe realizarse pasado mañana, domingo.

—¡Ah! —replica el personaje en un tono que indica su viva contrariedad; y después continúa—: No se preocupen, señores. En un día tendrán tiempo de visitar una ciudad digna de verse, y yo me comprometo a conducirlos de nuevo a la estación más cercana, con tiempo suficiente para que puedan estar el domingo en San Diego.

El ofrecimiento es tentador. He aquí que el cuarteto tiene la seguridad de encontrar buen alojamiento en un cómodo hotel, sin contar las atenciones que les promete el cortés personaje.

—¿Aceptan, señores?

—Aceptamos —responde Sebastián Zorn, a quien el hambre y la fatiga disponen favorablemente para acoger la invitación.

—Convenido —replica el americano—. Vamos a partir al instante eh mi coche. En veinte minutos habremos llegado, y ustedes me lo agradecerán, estoy seguro.

No hay que decir que, después de los últimos vítores provocados por el estrepitoso concierto, las ventanas de las casas se han cerrado de nuevo. Extinguidas las luces, el pueblecito de Freschal se ha hundido otra vez en un profundo sueño.

Guiados por el americano, los cuatro artistas llegan al coche y, después de colocar en él sus instrumentos, toman asiento en la parte de atrás, mientras el atento guía se instala en la delantera, cerca del mecánico. Muévase una palanca, funcionan los acumuladores eléctricos y estremécese el vehículo, que no tarda en tomar un paso rápido en dirección al oeste.

Un cuarto de hora después aparece una luz blanquecina, una deslumbradora difusión de rayos lunares. Hay allí una ciudad cuya existencia no podían ni sospechar nuestros parisienses.

El automóvil se detiene entonces, y Frascalín exclama:

—Henos aquí en el litoral.

—¿El litoral? No —responde el americano—, es un río que tenemos que atravesar.

—¿Y cómo? —pregunta Pinchinat.

—Por medio de esa barca, sobre la que se colocará nuestro coche.

En efecto, hay allí uno de esos *ferryboats* [24] tan numerosos en los Estados Unidos de Norteamérica, en el que se embarca el vehículo con sus pasajeros. Sin duda, es un *ferryboat* eléctrico, pues no proyecta vapor, y en dos minutos, atravesado ya el río, atraca en el muelle de una dársena en el fondo del puerto.

El automóvil vuelve a ponerse en marcha a través de las alamedas de un campo y penetra en un parque alumbrado intensamente por numerosas lámparas eléctricas. En la verja de este parque se abre una puerta que da acceso a una calle ancha y larga, empedrada de sonoras losas. Cinco minutos más tarde los artistas se apean al pie de la escalinata de un elegante hotel, donde los reciben con solícita complacencia, merced a unas palabras dichas por el americano, y los conducen acto seguido ante una mesa servida con lujo. Los cuatro amigos comen con buen apetito.

Acabada la comida, el mayordomo los guía hasta un cuarto espacioso, iluminado por lámparas incandescentes que los reguladores permiten transformar en tenues luces. Allí, en fin, dejando para el día siguiente la explicación de estas maravillas, se duermen en sendos lechos dispuestos en los cuatro ángulos de la pieza y roncan con esa unidad extraordinaria que ha dado celebridad mundial al Cuarteto Concertante.

III

UN CICERONE LOCUAZ



las siete de la mañana siguiente, estas palabras, o, más bien, estos gritos, resuenan en el cuarto común, después de una ruidosa imitación del sonido de la trompeta, algo así como el toque de diana que despierta al regimiento:

—¡Vamos! ¡Arriba! ¡De pie... y en dos tiempos! —acaba de vociferar Pinchinat.

Yvernés, el más perezoso de los cuatro, hubiera preferido emplear tres tiempos, y hasta cuatro, antes de salir de entre las calientes sábanas del lecho, pero le es preciso seguir el ejemplo de sus camaradas y abandonar la posición horizontal por la vertical.

—No tenemos ni un minuto que perder, ¡ni uno solo! —observa Su Alteza.

—Sí —responde Sebastián Zorn—, pues mañana tenemos que estar en San Diego.

—¡Bueno! —replica Yvernés—. Medio día bastará para visitar la ciudad de este amable americano.

—Lo que me asombra —añade Frascolín— es que exista una ciudad importante cerca de Freschal. ¿Cómo se le olvidó a nuestro cochero indicárnosla?

—Lo esencial es que estamos en ella —dice Pinchinat—, ¡que estamos en ella!

La luz penetra a raudales en el cuarto a través de dos anchas ventanas, y la vista se extiende hasta una milla por una calle arbolada a ambos lados.

Los cuatro amigos proceden a su tocado personal en un cómodo gabinete, tarea fácil y rápida, pues está dotado del confort más moderno: grifos termométricamente graduados para el agua fría o caliente, palanganas que se vacían por medio de una báscula

automática, calefactores, calientahierros, pulverizadores con esencias perfumadas que funcionan a voluntad, ventiladores giratorios puestos en movimiento por una corriente voltaica, cepillos movidos mecánicamente a los que basta presentar, a unos la cabeza, a otros los vestidos o los zapatos, para obtener una limpieza o un lustrado perfectos. Sin contar, además, el reloj y otros utensilios eléctricos, que están al alcance de la mano, y timbres y teléfonos, distribuidos en varios lugares, que ponen en comunicación instantánea las diversas dependencias del establecimiento.

No sólo Sebastián Zorn y sus compañeros pueden ponerse en comunicación con el hotel, sino también con los distintos barrios de la ciudad, y quizá, en opinión de Pinchinat, con cualquier ciudad de los Estados Unidos de Norteamérica.



—Y hasta de ambos mundos —agrega Yvernés.

Mientras esperan la ocasión de probar estas novedades, he aquí que a las siete y cuarenta y siete oyen por teléfono esta frase pronunciada en lengua inglesa:

—Calixtus Munbar presenta sus respetos a los honorables

miembros del Cuarteto Concertante y les ruega descendan en cuanto puedan al comedor del hotel Excelsior, donde les aguarda el desayuno.

—¡Hotel Excelsior! —exclama Yvernés—. El nombre es soberbio.

—Calixtus Munbar es nuestro amable americano —observa Pinchinat—, y el nombre es también soberbio.

—Amigos míos —exclama el violoncelista, cuyo estómago es tan imperioso como su propietario—, puesto que el desayuno está en la mesa, vamos a desayunar, y después...

—Y después... recorreremos la ciudad —añade Frascalín—. Pero ¿qué ciudad será ésta?

Vestidos ya nuestros parisienses, Pinchinat responde por teléfono que antes de cinco minutos harán honor a la invitación del señor Calixtus Munbar.

En efecto, concluido su tocado, se dirigen a un ascensor, que se pone en movimiento y los deja en el amplio vestíbulo del hotel. En el fondo se abre la puerta del comedor, vasto salón resplandeciente de dorados.

—Estoy a la completa disposición de ustedes.

El hombre de la víspera es el que acaba de pronunciar esta frase. Pertenece al tipo de personas de quienes puede decirse que se presentan solas, y a las que parecería que se las conociese desde mucho tiempo atrás, o, para emplear una expresión más justa, «desde siempre».

Calixtus Munbar debe tener de cincuenta a sesenta años, pero no aparenta más de cuarenta y cinco. Su estatura es más que mediana, y su vientre algo abultado; sus miembros son fuertes y robustos. Vigoroso, sano y de movimientos firmes, rebosa salud por todos los poros, si se nos permite esta expresión.

Sebastián Zorn y sus amigos han encontrado muchas veces personas de este tipo, que no es raro en los Estados Unidos de Norteamérica.

La cabeza de Calixtus Munbar es enorme y redonda, y su cabellera, rubia y rizada, se agita como la fronda sacudida por la brisa. El color de la tez es subido, y la barba, amarillenta y bastante larga, está dividida en dos; lleva el bigote afeitado, y la boca, cuyas comisuras se alzan, es sonriente, mejor dicho, burlona. Los dientes son blanquísimos, y la nariz, un poco gruesa en la punta, de aletas

palpitantes y sólidamente plantada en la base de la frente con dos pliegues verticales arriba, sostiene unos lentes sujetos por una fina cadenita de plata flexible como un hilo de seda. Tras los cristales de estos lentes centellean dos ojos inquietos, verdosos, cuya pupila brilla como una brasa. La cabeza está unida al tronco por un cuello de toro, y todo el cuerpo se afirma sobre dos piernas recias y robustas, con pies de puntas separadas.

Calixtus Munbar viste un traje holgado, con rayas diagonales, de color castaño. Por un bolsillo lateral asoma la punta de un pañuelo bordado. El chaleco es blanco, con tres botones de oro. De uno a otro bolsillo cruza una cadena maciza que tiene en un extremo un cronómetro y en el otro un podómetro, [25] sin hablar de los dijes que tintinean en el centro. Esta joyería se completa con una serie de sortijas que adornan sus manos gruesas y rosadas. La camisa, de inmaculada blancura y de pechera dura y brillante por el almidón, está adornada con tres diamantes, y de su cuello a la marinera asoma, como imperceptible corbata, una sencilla cinta de color castaño. Un pantalón rayado le cubre en parte los zapatos, prendidos con broches de aluminio.

La expresiva fisonomía de este yanqui, que se muestra por entero, es la de aquellas personas que no dudan de nada y que conocen mucho mundo. Es un hombre enérgico, y de ello da fe la fortaleza de su perfil. Ríe siempre a carcajadas, con risa nasal y maliciosa.

Tal es Calixtus Munbar. Al entrar el cuarteto se ha quitado el sombrero, que no adornaría mal una pluma a la moda de Luis XIII. Saluda a los cuatro artistas y los guía a una mesa en la que hierve el té y humea el asado tradicional. Habla sin interrupción, sin dar lugar a pregunta alguna —con seguridad para esquivar la respuesta—, alabando los esplendores de la ciudad y su creación extraordinaria; y monologando sin interrupción, cuando el desayuno ha terminado, concluye con estas palabras:

—Vengan, señores. Tengan la bondad de seguirme. Pero antes quiero hacerles una recomendación.

—¿Cuál? —preguntó Frascalín.

—Está absolutamente prohibido escupir en las calles.

—No tenemos esa costumbre —protesta Yvernés.

—¡Bien! Eso los librará de multas.

—No escupir... en América —murmura Pinchinat con tono sorprendido e incrédulo.

Difícil hubiera sido procurarse un guía más solícito que Calixtus Munbar. Conoce a fondo la ciudad. No hay un hotel de cuyo propietario no pueda dar el nombre, ni una casa que no sepa quién la habita, ni un transeúnte que no lo salude con familiaridad.

La ciudad está construida conforme a un plano regular. Las calles y las avenidas se cortan en ángulo recto, semejando un tablero de ajedrez. La unidad es la característica de su plano geométrico. Tampoco le falta variedad, y en su estilo, como en la disposición interior de las habitaciones, no sé ha seguido más regla que la fantasía de los arquitectos. Excepto en algunas calles comerciales, las casas, con sus patios de honor flanqueados por elegantes pabellones, semejan palacios por el orden de la arquitectura de sus fachadas, el lujo que se adivina en el interior de los departamentos y los jardines, por no decir los parques, en la parte de atrás. Se advierte, sin embargo, que los árboles, de plantación reciente, no han adquirido aún su completo desarrollo. De igual modo, las plazas, dispuestas en la intersección de las arterias principales, tapizadas de césped al estilo inglés y en cuyos macizos se mezclan las plantas propias de las zonas templadas y tórridas, no han arrancado todavía a las entrañas de la tierra todo su poder vegetativo. De tal modo, esta particularidad natural contrasta con la zona del oeste americano, en la que abundan los bosques gigantes en las proximidades de las grandes ciudades californianas.

El cuarteto, acompañado de Calixtus Munbar, observa este barrio de la ciudad, cada uno a su modo. A Yvernés le atrae lo que no seduce a Frascolín; Sebastián Zorn se interesa en lo que no llama la atención a Pinchinat; pero todos están picados por la curiosidad de conocer el misterio que envuelve a la ciudad desconocida. De estos distintos puntos de vista debía salir un conjunto de observaciones bastante justas, pero Calixtus Munbar está allí y responde a todo.

¿Responder, decimos? No espera a que lo interroguen. Habla hasta por los codos, y hay que dejarlo hablar: su molino de palabras gira y gira al más ligero viento. Un cuarto de hora después de haber abandonado el hotel Excelsior, Calixtus Munbar dice:

—Henos aquí en la avenida Tercera, y se cuentan unas treinta en la ciudad. Ésta, la más comercial, es nuestro Broadway, nuestro Regent Street, nuestro bulevar de los italianos. En estas tiendas y bazares se encuentra lo superfluo y lo necesario, todo cuanto puede exigir el más cuidadoso bienestar y el confort más moderno.

—Veo los negocios —observa Pinchinat—, pero no los compradores.

—Quizá es demasiado temprano —agrega Yvernés.

—Esto obedece —responde Calixtus Munbar— a que la mayor parte de los pedidos se hacen telefónicamente y hasta teletográficamente. Lo que significa que por lo común empleamos el teletógrafo, un aparato perfeccionado que transporta la escritura como el teléfono la palabra, sin olvidar el kinetógrafo, que registra el movimiento y es para los ojos lo que el fonógrafo para el oído, y el telefoto, que reproduce las imágenes. Este teletógrafo es una garantía más seria aún que el simple pedido, del que cualquiera puede abusar. Con él firmamos eléctricamente las órdenes y contratos.

—¿Hasta las actas de matrimonio? —pregunta irónicamente Pinchinat.

—Sin duda. ¿Por qué no ha de ser posible casarse por hilo telegráfico?

—¿Y divorciarse?

—También. Y puede decirse que es en este acto donde más se emplean nuestros aparatos.

Y el cicerone[26] ríe a carcajadas, haciendo temblar los dijes de su chaleco.

—Es usted muy alegre, señor Munbar —dice Pinchinat, que participa de la hilaridad del americano.

—Sí, ¡como un pájaro en un día de sol!

En ese sitio se abre una calle transversal. Es la avenida Diecinueve, en la que está prohibido todo comercio. Se halla surcada, lo mismo que la anterior, por líneas de tranvías. Rápidos vehículos circulan sin levantar un grano de polvo, pues la calzada, recubierta de un pavimento indestructible de *karri* y *jarrah*[27] de Australia, está tan tersa como si la hubieran limpiado con polvo pulidor.

Frascolín, muy observador de los fenómenos físicos, comprueba

que resuena bajo el pie como una plancha metálica.

—¡Qué grandes trabajadores del hierro! —dice—. ¡Ahora hasta las calzadas las hacen de palastro!

Y va a preguntárselo a Calixtus Munbar, cuando este exclama:

—Señores... Observen ese hotel.

Y muestra una vasta construcción de aspecto grandioso, cuyos dos cuerpos de edificio, situados a ambos lados de un patio de honor, están unidos por una verja de aluminio.

—Este hotel, mejor dicho, este palacio, está habitado por la familia de uno de los personajes de la ciudad. Me refiero a Jem Tankerdon, propietario de inextinguibles minas de petróleo en Illinois, el más rico quizá, y, en consecuencia, el más honorable y más respetado de nuestros conciudadanos.

—¿Millonario? —pregunta Sebastián Zorn.

—¡Bah! —dice Calixtus Munbar—. El millón es para nosotros el dólar corriente, y aquí se los cuenta por centenas. En esta ciudad no hay más que nababs riquísimos, lo que explica que en pocos años los comerciantes del barrio mercantil hagan fortuna. Me refiero a los comerciantes al por menor, pues negociantes al por mayor no se encuentra ni uno en este microcosmo único en el mundo.



- ¿E industriales? —pregunta Pinchinat.
—Ausentes por completo.
—¿Y armadores? —dice Frascalín.
—Tampoco hay.
—¿Rentistas, entonces? —exclama Sebastián Zorn.

—Nada más que rentistas y comerciantes en camino de adquirir utilidades.

—Bien, pero... ¿y los obreros? —observa Yvernés.

—Cuando hay necesidad de obreros, se los trae de afuera, y, terminado el trabajo, retornan con sus ganancias.

—Vamos, señor Munbar —dice Frascalín—, en esta ciudad habrá algunos pobres, aunque no sea más que para no dejar extinguir la raza.

—¿Pobres? ¡Ni uno encontrará usted!

—¿Está, acaso, prohibida la mendicidad?

—Jamás hubo necesidad de prohibirla, puesto que la ciudad no es asequible a los mendigos. Tal situación es posible en las ciudades de la Unión, que tienen sus albergues, sus asilos, sus *workhouses* [28] y sus hospicios.

—¿Va usted a afirmar que aquí no tienen prisiones?

—Ni una, puesto que no hay prisioneros.

—¿Y los criminales?

—Se les ruega que permanezcan en el antiguo o en el nuevo continente, donde su vocación puede ejercerse en condiciones más ventajosas.

—¡Oh! Verdaderamente, señor Munbar —dice Sebastián Zorn—, al escucharlo se creería que no estamos en América.

—Usted estaba ayer en ella, señor violoncelista —responde el sorprendente cicerone.

—¿Ayer...? —replica Frascalín, preguntándose qué querrá expresar con esa extraña frase.

—¡Sin duda! Hoy ustedes están en una ciudad independiente, en una ciudad libre, sobre la cual la Unión no tiene ningún derecho, y que sólo depende de sí misma.

—¿Y que se llama...? —pregunta Sebastián Zom, cuya irritabilidad natural comienza a aguijonearlo.

—¿Su nombre? —responde Calixtus Munbar—. Permítanme que lo calle todavía.

—¿Y cuándo lo sabremos?

—Cuando ustedes hayan terminado de visitarla, de lo cual ella se sentirá muy honrada.

Esta reserva del americano es por lo menos muy singular. Poco importa, en suma. Antes de mediodía, el cuarteto habrá concluido

su curioso paseo; y, aunque sepan el nombre de la ciudad sólo en el momento de abandonarla, ¿no es suficiente acaso? La única reflexión que hacen es ésta: ¿cómo una ciudad tan considerable ocupa uno de los puntos de la costa californiana sin pertenecer a la república federal de los Estados Unidos de Norteamérica? Y, por otra parte, ¿cómo explicar que al cochero no se le ocurriera hablarles de ella? Lo esencial, después de todo, es que, dentro de veinticuatro horas, los músicos lleguen a San Diego, donde les explicarán este enigma, si Calixtus Munbar no se decide a revelarlo.

Este extraño personaje se ha entregado de nuevo a su facundia descriptiva, no sin dejar ver que no desea explicarse más categóricamente.

—Señores —dice—, henos aquí a la entrada de la avenida Treinta y siete. Contemplan esta admirable perspectiva. En este barrio tampoco hay negocios ni bazares, ni ese movimiento que denota la vida comercial. Nada más que hoteles y mansiones particulares, pero aquí las fortunas son inferiores a las de la avenida Diecinueve. Rentistas de diez a doce millones.

—¡Unos pordioseros! —responde Pinchinat, en cuyos labios se dibuja una mueca significativa.

—¡Ah, señor! A veces se puede ser pobre en comparación con otros. Un millonario es rico con relación al que sólo posee cien mil francos, y no lo es al lado del que posee cien millones.

Muchas veces nuestros artistas han podido observar que, de todas las palabras empleadas por el cicerone, la más frecuente es «millón». ¡Palabra llena de prestigio! La pronuncia hinchando los carrillos. Se diría que sólo con hablar acuña monedas. Si no son diamantes los que escapan de sus labios, como de la boca de aquel protegido de las hadas que dejaba caer perlas y esmeraldas [29] son piezas de oro.

Sebastián Zorn, Pinchinat, Frascalín e Yvernés siguen marchando a través de la extraordinaria ciudad, cuya denominación geográfica les es aún desconocida. Aquí hay calles animadas por el ir y venir de los transeúntes, todos bien vestidos, sin que jamás choque la vista con los andrajos de un mendigo. Por todas partes se ven vehículos y camiones, movidos por electricidad. Algunas calles están flanqueadas por aceras rodantes que accionan una cadena sin fin, y sobre las cuales se pasean las personas como lo harían dentro

de un tren en marcha, participando de su movimiento propio. También circulan coches eléctricos que ruedan por la calzada con la suavidad de una bola de billar sobre el tapete. En cuanto a los carruajes arrastrados por caballos, no se ven más que en los barrios opulentos.

—¡Ah! He aquí una iglesia —dice Frascalín.

Y muestra un edificio de pesada construcción sin estilo arquitectónico definido, una especie de pastel plantado en medio de una plaza de verde césped.

—Es el templo protestante —responde Calixtus Munbar deteniéndose ante el edificio.

—¿Hay iglesias católicas en esta ciudad? —pregunta Yvernés.

—Sí, señor. Por otra parte, debo advertirle que, aunque se practiquen alrededor de mil religiones diferentes en nuestro planeta, nosotros sólo profesamos el catolicismo y el protestantismo. No como en los Estados Unidos de Norteamérica, donde, desunidos por la religión cuando no por la política, hay tantas sectas como familias: metodistas, anglicanos, presbiterianos, anabaptistas, neowesleyanos, etc. Aquí no hay más que protestantes fieles a la doctrina calvinista y católicos romanos.

—¿Y qué lengua se habla?

—El inglés y el francés son los que se emplean corrientemente.

—Por lo cual los felicitamos —dice Pinchinat.

—La ciudad —continúa Calixtus Munbar— está, pues, dividida en dos secciones casi iguales. Ahora estamos en la sección...

—Oeste, me parece —hace observar Frascalín orientándose por la posición del sol.

—Oeste, si usted lo prefiere.

—¿Cómo si lo prefiero? —replica el segundo violín, bastante sorprendido de la respuesta—. ¿Acaso los puntos cardinales de esta ciudad varían a gusto de cada uno?

—Sí y no —dice Calixtus Munbar—. Les explicaré esto más tarde. Vuelvo, pues, a esta sección... oeste, si usted quiere, que está únicamente habitada por protestantes, y que, aunque estén aquí, siguen siendo gente práctica; mientras que los católicos, más intelectuales, más refinados, ocupan la otra sección. Por ello pueden ver ustedes el templo protestante.

—Bien se ve —observa Yvernés—. Con su pesada arquitectura,

la plegaria no debe ser aquí una elevación hacia el cielo, sino un aplastamiento hacia la tierra.

¡Hermosa frase! —exclama Pinchinat—. Señor Munbar, en una ciudad tan modernamente equipada, ¿se podrá, sin duda, escuchar el sermón o la misa por teléfono?

—Exacto.

—¿Y también confesarse?

—Tanto como casarse por teletógrafo, y convendrá usted en que esto es práctico.

—Es como para no creerlo, señor Munbar —responde Pinchinat—; es como para no creerlo.

IV

EL CUARTETO CONCERTANTE, DESCONCERTADO



las once, después de un paseo tan largo, es permitido sentir apetito. Nuestros artistas abusan de este permiso. Sus estómagos gritan al unísono y están de acuerdo en que, a cualquier precio, hay que almorzar. Ésa es también la opinión de Calixtus Munbar, no menos sometido que sus huéspedes a estas necesidades cotidianas. ¿Volverán al hotel Excelsior?

Sí, pues no parece que abunden los restaurantes en esta ciudad, en la que cada uno prefiere, sin duda, recluirse en su hogar; y que tampoco parece ser visitada por los turistas de ambos mundos.

En contados minutos un tranvía traslada a su hotel a los paseantes, que se sientan ante una mesa servida opíparamente. El almuerzo contrasta con esas comidas a la americana en las que la variedad de los platos no compensa su insuficiencia. Excelente la carne de vaca y de cordero, tierna y olorosa la de ave, fresco el pescado. Después, en lugar de esa agua helada de los restaurantes de la Unión, cervezas variadas y vinos que el sol de Francia había destilado diez años antes en las laderas de Medoc y de Borgoña. [30]

Pinchinat y Frascalín hacen honor al almuerzo, tanto, por los menos, como Sebastián Zorn e Yvernés. Se sobrentiende que es Calixtus Munbar el que convida, y sería grosero no aceptar sus obsequios.

Por otra parte, este yanqui, cuya facundia es inagotable, despliega un buen humor que encanta. Habla de todo cuanto concierne a la ciudad, a excepción de lo que sus convidados hubieran deseado saber, es decir, cuál es esta ciudad independiente cuyo nombre vacila en decir. Un poco de paciencia, pues lo dará a

conocer cuando la excursión haya terminado. ¿Tendrá, acaso, la intención de emborrachar al cuarteto con el fin de hacerle perder el tren para San Diego? No, pero beben en abundancia después de haber comido en firme. Acaban de despachar los postres y se disponen a tomar café o té y licores, cuando una detonación estremece los cristales del hotel.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Yvernés pegando un salto.

—No se asusten, señores —responde Calixtus Munbar—. Es el cañón del Observatorio.

—Si es que señala el mediodía —replica Frascalín consultando su reloj—, afirmo que está atrasado.

—¡No, señor, no! El sol no atrasa aquí más que en otras partes.

Una singular sonrisa entreabre los labios del americano, sus ojos centellean tras los lentes y se frota las manos. Podrá pensarse que se felicita de haber hecho una buena jugarreta.

Frascolín, más sereno que sus camaradas de banquete, le dirige una mirada recelosa, pero sin saber qué pensar de todo eso.

—¡Vamos, amigos míos! Permítanme que les dé este simpático calificativo —añade el americano muy amablemente—. Se trata de visitar la segunda sección de la ciudad, y moriría de desesperación si supiera que se les escapa un solo detalle. No tenemos tiempo que perder.

—¿A qué hora sale el tren para San Diego? —pregunta Sebastián Zorn, siempre preocupado por no faltar a sus compromisos.

—Sí, ¿a qué hora? —repite Frascalín, insistiendo.

—¡Oh...! Al anochecer —responde Calixtus Munbar guiñando un ojo—. Vengan, vengan... No se arrepentirán de haberme tomado por guía.

¿Cómo desobedecer a una persona tan gentil? Los cuatro artistas dejan el salón del hotel Excelsior y salen a la calle. En verdad, el vino tiene que haberlos mareado un poco, pues una especie de estremecimiento les corre por las piernas. Parecería que el suelo tuviese una ligera tendencia a huir bajo los pies. Y sin embargo, no caminan por una de esas aceras rodantes que han visto por la mañana.

—¡Eh, eh! ¡Sostengámonos! —exclama Su Alteza, que titubea.

—Me parece que hemos bebido de más —replica Yvernés enjugándose la frente.

—¡Bien, señores! —observa el americano—. Una vez no hace costumbre. Había que festejar la llegada de ustedes.

—¡Y la hemos festejado bien! —replica Pinchinat, que todo lo toma por el lado alegre y jamás se ha sentido tan contento.

Bajo la dirección de Calixtus Munbar, siguen una calle que los conduce a uno de los barrios de la segunda sección. En este lugar la animación es otra, el aspecto, menos puritano. Se creería uno súbitamente transportado de los estados del norte de la Unión a los del sur; de Chicago a Nueva Orleáns, o de Illinois a Luisiana. Los negocios están más surtidos, los edificios son de aspecto más elegante, las casas de familia más cómodas, y los hoteles tan magníficos como los de la sección protestante, pero de apariencia más alegre. La población difiere igualmente en el continente, en el paso. Parecería que esta ciudad es doble, como ciertas estrellas, como dos ciudades yuxtapuestas.

Llegados al centro de la sección, el grupo se detiene en medio de la avenida Quince, e Yvernés exclama:

—A fe mía..., he aquí un palacio.

—El palacio de la familia Coverley —responde Calixtus Munbar—. Nat Coverley, a quien se puede comparar con Jem Tankerdon.

—¿Más rico que él? —pregunta Pinchinat.

—Tanto, por lo menos —dice el americano—. Un exbanquero de Nueva Orleáns que tiene más centenas de millones que dedos en las dos manos.

—¡Lindo par de guantes, querido señor Munbar!

—Como usted lo dice.

—Y estas dos notabilidades, Jem Tankerdon y Nat Coverley, son enemigos, naturalmente...

—Rivales, por lo menos, que procuran establecer su preponderancia en los asuntos de la ciudad, y se tienen celos.

—¿Terminarán por comerse? —pregunta Sebastián Zorn.

—Tal vez... Y si el uno devora al otro...

—¡Qué indigestión ese día! —responde Su Alteza.

Calixtus Munbar ríe ruidosamente, tan chistosa le ha parecido la respuesta.

La iglesia católica se eleva en medio de una vasta plaza que permite admirar sus acertadas proporciones. Es de estilo gótico, de ese estilo que no exige más que retroceder muy poco para ser

apreciado, pues las líneas verticales que constituyen su belleza, pierden su carácter al ser vistas de lejos. La iglesia de Saint Mai merece ser admirada por la esbeltez de sus pináculos, la ligereza de sus rosetones, la elegancia de sus ojivas, la gracia de sus ventanas. [31]

—¡Una hermosa muestra del gótico anglosajón! —dice Yvernés, muy aficionado a la arquitectura—. Estaba usted en lo cierto, señor Munbar; las dos secciones de la ciudad no tienen más semejanza entre sí de lo que se parecen el templo de la una y la catedral de la otra.

—Y sin embargo, señor Yvernés, estas dos secciones han nacido de la misma madre.

—Pero no del mismo padre —observa Pinchinat.

—Sí, del mismo padre, mis excelentes amigos. Sólo que han sido educadas de diferente manera. Se las ha ajustado a las conveniencias de los que debían venir aquí a buscar una existencia tranquila, feliz, exenta de todo cuidado... Una existencia que no puede ofrecer ninguna ciudad del antiguo ni del nuevo continente.

—¡Por Apolo, señor Munbar! —responde Yvernés—. ¡Cuidado con sobreexcitar nuestra curiosidad! Es como si usted cantara una de esas frases musicales que hacen desear la tónica largo tiempo...

—¡Lo cual acaba por fatigar el oído! —añade Sebastián Zorn—. Veamos, ¿ha llegado el momento de que nos diga el nombre de esta ciudad extraordinaria?

—Todavía no, mis queridos huéspedes —responde el americano ajustando sus lentes de oro—. Esperen al fin del paseo, y continuemos...

—Antes de proseguir —dice Frascalín, que siente una vaga inquietud mezclada con un sentimiento de curiosidad—, tengo que hacer una proposición.

—¿Cuál?

—¿Por qué no subimos a la torre de la iglesia de Saint Mary? Desde allí podríamos ver...

—¡No, no! —exclama Calixtus Munbar sacudiendo su cabezota alborotada—. Ahora no, más tarde...

—¿Y cuándo? —pregunta el violoncelista, que comienza a irritarse con tantas evasivas misteriosas.

—Al terminar nuestra excursión, señor Zorn.

—¿Volveremos entonces a esta iglesia?

—No, amigos míos; nuestro paseo concluirá con una visita al Observatorio, cuya torre es una tercera parte más alta que la de Saint Maiy.

—Pero, en fin —dice Frascalín insistiendo—, ¿por qué no aprovechar este momento?

—Porque... me harían fracasar ustedes la mayor impresión que les preparo.

Y no hay medio de arrancarle otra respuesta al enigmático personaje. Lo mejor es someterse. Las diversas avenidas de la segunda sección son recorridas a conciencia. Visitan después los barrios comerciales, los de los sastres, zapateros, sombrereros, carniceros, almaceneros, panaderos, fruteros, etcétera.

Calixtus Munbar, saludado por la mayor parte de las personas que encuentra, devuelve los saludos con vanidosa satisfacción. Ensalza cuanto ve como un charlatán de feria sus productos, y su lengua no cesa de moverse como el badajo de una campana en día festivo.

Más o menos a las dos, el cuarteto ha llegado al límite de la ciudad por esa parte, cerrada por una soberbia verja en la que se enroscan plantas trepadoras florecidas. Más allá se extiende el campo, cuyo horizonte se confunde con el cielo.

En aquel lugar, Frascalín se hace una observación que no cree necesario decir a sus compañeros. Todo se explicará, sin duda, en lo alto de la torre del Observatorio. Esta observación es que el sol, en lugar de encontrarse al sudoeste, como debiera estarlo a las dos de la tarde, se encuentra al sudeste.

Hay en esto motivo suficiente para sorprender a un espíritu tan reflexivo como el de Frascalín, que comienza a devanarse los sesos, cuando Calixtus Munbar cambia el curso de sus ideas gritando:

—Señores, el tranvía va a partir dentro de algunos minutos. Pongámonos en camino al puerto.

—¿El puerto? —replica Sebastián Zorn.

—¡Oh!, un trayecto de una milla, a lo sumo, lo que les permitirá admirar nuestro parque.

Si hay un puerto, preciso es que esté situado un poco arriba o un poco abajo de la ciudad, sobre la costa de la Baja California. En verdad, ¿dónde podría estarlo si no es en un punto cualquiera de

este litoral?

Los artistas, ligeramente aturcidos, toman asiento en las banquetas de un elegante vehículo, en el que ya se han acomodado varios pasajeros que estrechan la mano de Calixtus Munbar —¡este diablo de hombre es conocido de todo el mundo!—, y el tranvía se pone en marcha inmediatamente.

¡Un parque...! Calixtus Munbar tiene razón al calificar así al campo que se extiende en torno de la ciudad. Alamedas que se pierden de vista, céspedes reverdecidos, barreras pintadas, rectas o en zigzag, alrededor de sitios reservados; grupos de árboles: encinas, arces, robles, hayas, castaños, olmos, cedros, jóvenes aún, animados por un mundo de pájaros de mil especies. Es un verdadero jardín inglés, con fuentes y surtidores rumorosos, cuadros de flores en todo el esplendor de su fresca primavera, macizos de arbustos en los que se mezclan las especies más variadas, geranios gigantes como los de Montecarlo, naranjos, limoneros, olivos, laureles, lentiscos, aloes, camelias, dalias, rosales de Alejandría con flores blancas, hortensias, lotos blancos y rosados, pasionarias de América del Sur, valiosas colecciones de fucsias, de tulipanes, de azafrán, de narcisos, de anémones de Persia, de lirios, de ciclámenes, de orquídeas, de helechos arborescentes; y también de esas plantas propias de las regiones tropicales, balizoideas, palmeras, datileros, higueras, eucaliptos, mimosas, bananeros, cocoteros; en resumen, todo lo que un aficionado puede pretender encontrar en el más rico de los jardines botánicos.



Con su propensión a evocar los recuerdos de la poesía antigua, Yvernés debe creerse transportado a los bucólicos paisajes de la novela *Astrea*. Verdad es que, si no faltan carneros en estas frescas praderas, si rojizas vacas pastan entre las barreras, si los gamos, los ciervos y otros graciosos cuadrúpedos de la fauna forestal brincan

entre los canteros, hay que lamentar la ausencia de los pastores de d'Urfé

y sus encantadoras zagalas.[32] En cuanto al Lignon, está representado por el río Serpentina, que pasea sus aguas vivificantes por las ondulaciones de la campiña.

Sólo que allí todo parece artificial, lo que hace exclamar al irónico Pinchinat:

—¡Ah! ¿Esto es todo el río que han hecho ustedes?

Calixtus Munbar responde:

—¿Ríos...? ¿Para qué?

—¡Para tener agua, diablo!

—¿Agua? Es decir, una sustancia generalmente malsana, llena de microbios...

—¡Sea! Pero se la puede purificar.

—¿Y para qué tomarse este trabajo cuando es tan fácil fabricar un agua higiénica exenta de impurezas y hasta, si se quiere, gaseosa o ferruginosa [33], a elección?

—¿Ustedes fabrican agua? —pregunta Frascalín.

—Sin duda, y la distribuimos fría o caliente a domicilio, como distribuimos la luz, el sonido, la hora, el calor, el frío, la fuerza motriz, los agentes antisépticos, la electricidad...

—Permítame, entonces, creer —replica Yvernés— que ustedes también fabrican la lluvia para regar sus céspedes y flores.

—Como usted lo dice, señor primer violín —replica el americano haciendo centellear las joyas de sus manos al acariciarse la barba.

—¡Lluvia a la orden! —exclama Sebastián Zorn.

—Sí, mis queridos amigos, lluvia que conductos subterráneos permiten derramar de una manera regular, reglamentaria, oportuna y práctica. ¿Acaso no es mejor esto que esperar por la naturaleza y someterse al capricho de los climas, renegando de los cambios sin poder remediarlos, sea por una humedad demasiado persistente, sea por una sequía demasiado prolongada?

—¡Alto ahí, señor Munbar! —declara Frascalín—. Que ustedes puedan producir la lluvia a voluntad, pase; pero en cuanto a impedir que caiga la del cielo...

—¿El cielo? ¿Qué tiene que ver en esto?

—El cielo, o, si usted lo prefiere, las nubes que se deshacen en lluvia, las corrientes atmosféricas con su cortejo de ciclones, de

tomados, de borrascas, de huracanes, de rachas... Así, durante la mala estación, por ejemplo...

—¿La mala estación? —repite Calixtus Munbar.

—Sí, el invierno...



—¿El invierno? ¿Qué es eso?

—¡Sí, el invierno! ¡Se le dice a usted el invierno; es decir, heladas, nieves, hielos! —exclama Sebastián Zorn, a quien enfurecen las irónicas respuestas del yanqui.

—¡No lo conocemos! —responde tranquilamente Calixtus Munbar.

Los cuatro parisienses se miran. ¿Están en presencia de un loco o de un farsante? En el primer caso, es necesario encerrarlo; en el segundo, darle una paliza.

Entretanto, el tranvía corre a poca velocidad por entre aquellos jardines encantadores. A Sebastián Zorn y sus compañeros les parece que, más allá de los límites de aquel inmenso parque, trozos de tierra, metódicamente cultivados, muestran sus coloraciones diversas, parecidas a muestrarios de géneros expuestos en otro tiempo en las puertas de las sastrerías. Son, sin duda, campos de papas, coles, zanahorias, nabos, puerros; en fin, de todo lo que exige la composición de un puchero perfecto.

Sin embargo, esperan con impaciencia encontrarse en pleno campo, donde podrán conocer si esta singular región produce trigo, avena, maíz, cebada, centeno, alforfón, pámela y otros cereales.

Pero he aquí que aparece una fábrica de amplios ventanales cuyas chimeneas de hierro dominan los techos. Estas chimeneas, sostenidas por cables de acero, se parecen a las de un vapor en marcha, a las del *Great Eastern*[34], cuyos cien mil caballos de fuerza harían mover las poderosas hélices, con la diferencia de que, en vez de una negra humareda, no se escapa de ellas más que un ligero hilo de humo que no ensucia la atmósfera.

Esta fábrica cubre una superficie de diez mil yardas cuadradas[35], o sea, aproximadamente, una hectárea. Y es el primer establecimiento industrial que el cuarteto ha visto desde que empezó la excursión bajo la guía del americano.

—¡Eh! ¿Qué es este establecimiento? —pregunta Pinchinat.

—Es una fábrica con aparatos evaporadores que funciona con petróleo —responde Calixtus Munbar, cuya aguda mirada amenaza perforar los cristales de sus anteojos.

—¿Y qué se fabrica en ella?

—Energía eléctrica, que se distribuye por toda la ciudad, el parque, el campo, para producir fuerza motriz y luz. Al mismo

tiempo, esta fábrica alimenta nuestros telégrafos, nuestros teletógrafos, nuestros timbres, nuestros hornos, nuestras maquinarias, nuestros aparatos incandescentes, nuestros cables submarinos.

—¿Cables submarinos?

—Sí, esos que ponen en comunicación la ciudad con diversos puntos del litoral americano.

—¿Y ha sido necesario construir una fábrica de tanta importancia?

—¡Ya lo creo! Y hemos gastado mucha energía eléctrica y... también mucha energía moral —replica Calixtus Munbar—. Crean, señores, que ha sido necesaria una cantidad incalculable de ella para erigir esta incomparable ciudad, sin rival en el mundo.

Se oyen los sordos resoplidos de la gigantesca fábrica, los poderosos ronquidos del vapor, los golpes de las máquinas, las repercusiones en la superficie del suelo, todo lo cual atestigua un esfuerzo mecánico superior a todo lo que ha hecho hasta ahora la industria moderna. ¿Quién hubiera imaginado que se necesitase tanta fuerza para mover las dinamos o cargar los acumuladores?

El tranvía sigue, y un cuarto de milla más allá se detiene en la estación del puerto. Descienden los viajeros y su guía, siempre desbordando alabanzas, los pasea por los muelles que costean los *docks*. [36] Este puerto tiene espacio suficiente para abrigar una docena de navíos. Más que un puerto, es una dársena flanqueada por dos espigones sostenidos por armaduras de hierro e iluminados por dos faroles que facilitan la entrada de los barcos.

Ese día la dársena no contiene más que una media docena de vapores; unos destinados al transporte de petróleo, y otros, al de las mercaderías necesarias para el consumo diario, además de algunas barcas provistas de aparatos eléctricos que se emplean en la pesca en alta mar.

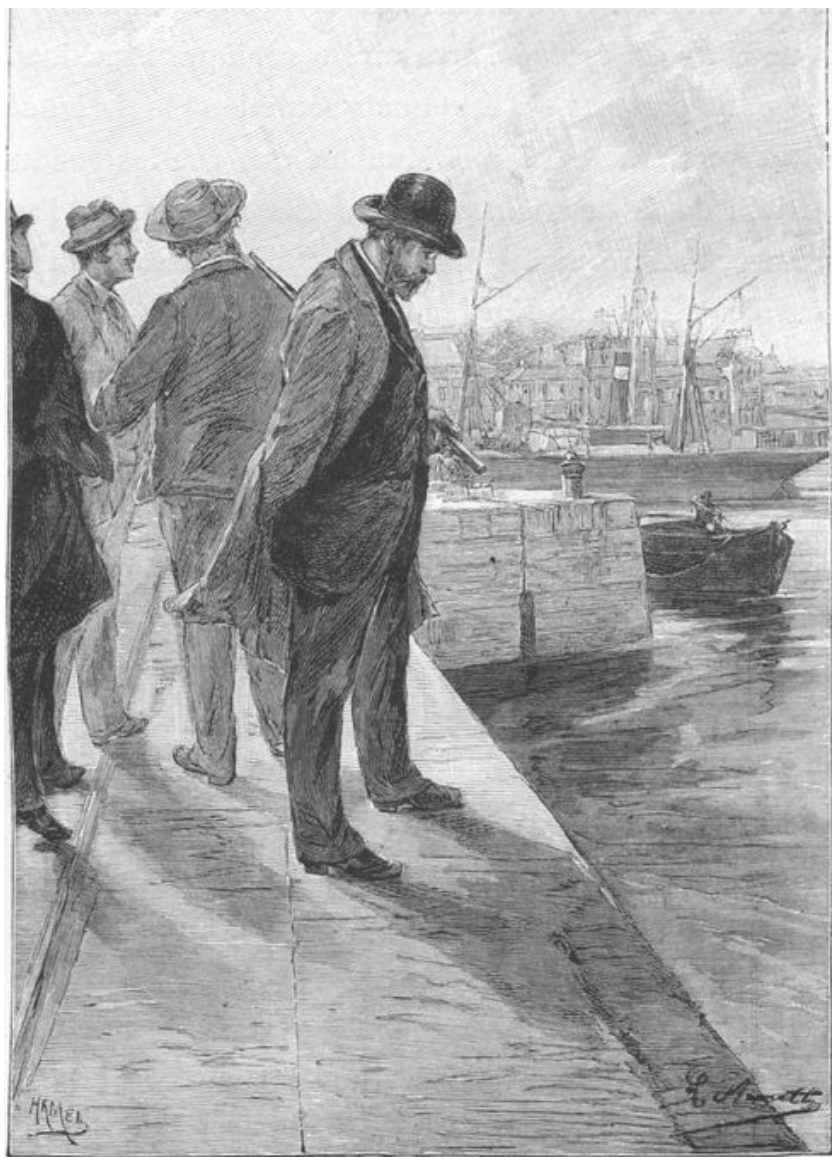
Frascalín observa que la entrada del puerto está orientada hacia el norte, y saca en conclusión que debe ocupar la parte septentrional de una de esas puntas que el litoral de la Baja California destaca sobre el Pacífico. Nota también que la corriente marina se propaga hacia el este con cierta intensidad, puesto que se desliza contra la punta de los espigones como las olas a lo largo de un navío en marcha, efecto debido, sin duda, a la acción de la

marea que sube, por más que las mareas sean muy débiles en las costas del oeste americano.

—¿Dónde está el río que atravesamos en *ferryboat*? —pregunta Frascolín.

—Lo tenemos a la espalda —se contenta con responder el americano.

Conviene no retrasarse si quieren volver a la villa para tomar allí el tren de la tarde para San Diego. Sebastián Zorn recuerda esta condición a Calixtus Munbar, que responde:



—No teman, queridos amigos, tenemos tiempo. Otro tranvía nos va a llevar a la ciudad después de haber seguido el litoral. Ustedes deseaban tener una vista de conjunto de esta región, y antes de una hora la tendrán desde lo alto de la torre del Observatorio.

—Pero ¿nos lo asegura usted? —dice el violoncelista insistiendo.

—Yo le aseguro que mañana, al salir el sol, no estará usted en

donde está en este momento.

A la fuerza hay que aceptar esta respuesta tan ambigua. Por otra parte, la curiosidad de Frascalín, más aún que la de sus camaradas, está excitada hasta el último punto. Espera con impaciencia el momento de hallarse en la cúspide de esa torre, desde la cual el yanqui afirma que la vista se extiende hasta cien millas alrededor, por lo menos. Después de esto, si todavía no se ha fijado la posición geográfica de la inverosímil ciudad, habrá que renunciar a ello para siempre.

En el fondo de la dársena hay una segunda línea ferroviaria que costea la orilla del mar. El tren se compone de seis vagones, en el que gran número de pasajeros ha tomado ya asiento. Estos coches son arrastrados por una locomotora eléctrica con acumuladores de una capacidad de doscientos amperios-horas, y su velocidad es de quince a dieciocho kilómetros. Calixtus Munbar hace que el cuarteto suba al tren, que parecía que sólo los esperaba a ellos para partir.

La parte del campo que ven es apenas diferente del parque que se extiende entre la ciudad y el puerto: el mismo suelo llano y cuidadosamente cultivado; verdes praderas en lugar de céspedes; campos de legumbres, no de cereales.

En ese momento una lluvia artificial, arrojada fuera de los caños subterráneos, cae sobre los largos rectángulos trazados a cordel y escuadra. El cielo no la hubiera graduado y distribuido de manera más matemática y oportuna.

La vía férrea sigue el litoral, teniendo el mar de un lado y el campo del otro. El tren corre así durante unos cinco kilómetros y se detiene ante una batería de doce piezas de grueso calibre, cuya entrada está indicada por estas palabras: «Batería del Espolón».

—Cañones que se cargan, pero que jamás se descargan por la culata, como tantos otros de la vieja Europa —observa Calixtus Munbar.

En este lugar la costa está cortada y destaca una especie de cabo muy agudo semejante a la proa de un navío o al espolón de un barco, sobre el que las aguas se dividen regándolo con su blanca espuma. Efecto de la corriente, sin duda, pues el oleaje se reduce a largas ondulaciones que tienden a disminuir con la caída del sol.

De este punto parte otra línea férrea que se dirige al centro; la

primera línea sigue la curva del litoral. Calixtus Munbar hace transbordar a sus huéspedes, anunciándoles que vuelven directamente a la ciudad.

El paseo ha sido excelente. Calixtus Munbar saca su reloj, obra maestra de Sivan, de Ginebra, un reloj parlante, fonográfico, que al apretar un resorte hace oír claramente estas palabras: «Las cuatro y trece».

—¿No se olvida usted de la ascensión que debemos hacer al Observatorio? —recuerda Frascalín.

—¡Olvidarla, mis queridos y ya antiguos amigos! Más bien olvidaría mi propio nombre, que, sin embargo, goza de alguna celebridad. Cuatro millas más y estaremos ante el magnífico edificio, levantado en la extremidad de la avenida Primera, que separa las dos secciones de nuestra ciudad.

El tren ha partido. Más allá de los campos sobre los cuales cae siempre una lluvia «vespertina», como la llamaba el americano, se vuelve a encontrar el parque cerrado por barreras, con sus céspedes, sus flores y sus macizos. Suenan las cuatro y media. Dos agujas indican la hora sobre un cuadrante gigantesco, muy parecido al del Parlamento de Londres, colocado en una torre cuadrangular.

Al pie de esta torre están los diversos edificios del Observatorio, destinados a los diferentes servicios. Algunos, coronados de rotondas metálicas con cubiertas de vidrios, permiten a los astrónomos estudiar la marcha de las estrellas. Éstos se elevan rodeando un patio central, en medio del cual se ve la torre, de una altura de cincuenta metros. Desde su galería superior la mirada puede extenderse en un radio de veinticinco kilómetros, pues el horizonte no está limitado por ningún promontorio, colina o montaña.

Calixtus Munbar, precediendo a sus huéspedes, entra por una puerta que le abre un portero de soberbia librea.[37] En el fondo del vestíbulo espera el ascensor, que se mueve eléctricamente. El cuarteto entra en él, con su guía. La caja se eleva con movimiento suave y regular. Cuarenta y cinco segundos después se detiene al nivel de la plataforma superior de la torre. Sobre esta plataforma se yergue el asta de un gigantesco pabellón, cuya tela restalla al sople de la brisa del norte.

¿Qué nacionalidad indica este pabellón? Ninguno de nuestros

parisienses puede reconocerlo. Es el pabellón americano con sus rayas transversales rojas y blancas; pero, en lugar de las sesenta y siete estrellas que brillaban en el firmamento de la Confederación en aquella época, no tiene más que una sola, una estrella, o, más bien, un sol de oro sobre campo azul que parece rivalizar en esplendor con el astro del día.

—Nuestro pabellón, señores —exclama Calixtus Munbar descubriéndose respetuosamente.

Sebastián Zorn y sus camaradas no tienen más remedio que imitarlo. Después avanzan sobre la plataforma hasta el parapeto y se inclinan... ¡Qué grito, de sorpresa primero, de cólera después, se escapa de sus pechos!

El campo entero se extiende bajo sus ojos, y este campo no es más que un óvalo regular circunscrito por un horizonte de mar; por lejos que llegue la mirada, no se divisa tierra alguna.

Y sin embargo, la víspera, durante la noche, después de haber abandonado la aldea de Freschal en el coche del americano, Sebastián Zorn, Frascalín, Yvernés y Pinchinat no han cesado de seguir el camino por tierra en un recorrido de dos millas. Con el coche han transbordado al *ferryboat* para atravesar el río. Nuevamente han encontrado tierra firme. Si hubieran abandonado el litoral californiano para una navegación cualquiera, ciertamente que lo habrían advertido.

Frascolín se vuelve hacia Calixtus Munbar:

—¿Estamos en una isla? —pregunta.

—Como usted lo ve —responde el yanqui, cuya boca dibuja la más amable de las sonrisas.

—¿Y qué isla es ésta?

—Standard Island.

—¿Y esta ciudad?

—Milliard City.

STANDARD ISLAND Y MILLIARD CITY



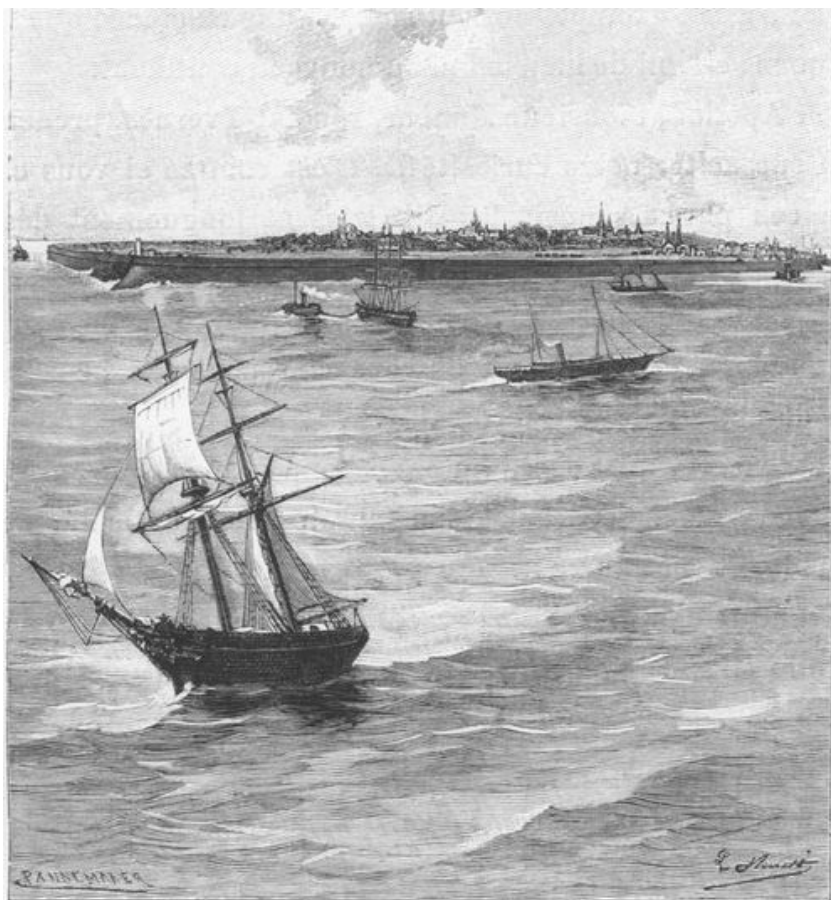
— En aquella época se esperaba todavía que un audaz estadista y geógrafo diese la cifra exacta de las islas esparcidas por la superficie del globo. No es temerario admitir que esta cifra se eleva a varios miles. Entre estas islas, ¿no había, pues, ni una sola que respondiese al desiderátum[38] de los fundadores de Standard Island y a las exigencias de sus futuros habitantes? ¡No, ni una sola! De aquí la idea *americanamente* práctica de crear una isla artificial que fuera la última palabra de la industria metalúrgica moderna.

Standard Island, que se puede traducir por «isla tipo», es una isla de hélice. Milliard City es su capital. ¿Por qué este nombre? Evidentemente, porque esta capital es la ciudad de los multimillonarios, la ciudad de los Rothschild.[39] Pero se objetará que la palabra *milliard* no existe en la lengua inglesa. Los anglosajones del antiguo y del nuevo continente han dicho siempre: *a thousand millions*, mil millones. *Milliard* es una palabra francesa. Conforme, y sin embargo, desde hace algunos años ha pasado al lenguaje corriente de Gran Bretaña y de los Estados Unidos de Norteamérica, y con este título fue aplicada a la capital de Standard Island.

Una isla artificial es una idea que en sí no tiene nada de extraordinario. Con masas suficientes de materiales sumergidos en un río, un lago o un mar, no está fuera del poder de los hombres fabricarla. Pero esto no habría sido suficiente; de acuerdo con su destino, además de las exigencias que debía satisfacer, era necesario que esta isla pudiera cambiar de lugar, y, en consecuencia, que fuera flotante. En esto consistía la dificultad, que no era superior a la producción de las fábricas donde se trabaja el hierro y gracias a

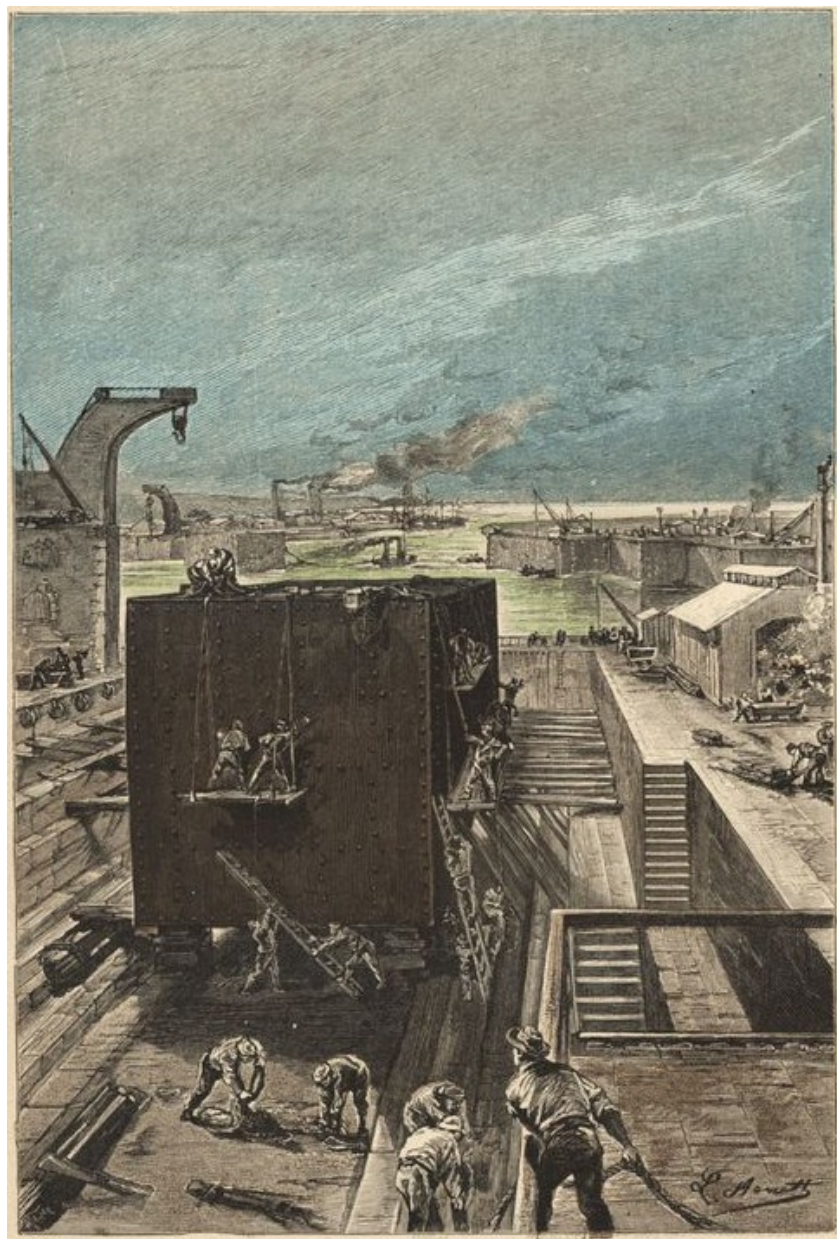
máquinas de una fuerza, por así decir, infinita.

Ya a fines del siglo XIX, con su instinto de lo *big*[40] y su admiración por todo lo enorme, los americanos habían ideado el proyecto de instalar a algunos centenares de leguas una balsa gigantesca, sujeta con anclas. Habría sido, si no una ciudad, por lo menos una estación del Atlántico, con sus restaurantes, hoteles, círculos, teatros, etc., donde los turistas hubieran hallado todas las diversiones propias de los balnearios en boga. Pues bien, este proyecto fue realizado de un modo más completo: en vez de la balsa fija, se creó la isla móvil.



Seis años antes de la época en que se coloca el principio de esta historia, se había fundado una compañía americana, bajo la razón

social Standard Island Company Limited, con un capital de quinientos millones de dólares, dividido en quinientas acciones para la construcción de una isla artificial que ofreciera a los millonarios de los Estados Unidos de Norteamérica las diversas ventajas de que están privadas las regiones fijas del globo terrestre. Las acciones se colocaron rápidamente, tan numerosas eran entonces en América las inmensas fortunas provenientes, ya de los ferrocarriles, ya de operaciones de banca, ya de minas de petróleo o de la salazón de cerdos. Cuatro años se emplearon en la construcción de esta isla, de la que conviene indicar las dimensiones principales, la disposición del interior de las casas y los medios de locomoción que le permiten navegar por la parte más bella de la inmensa superficie del océano Pacífico. Daremos estas dimensiones en kilómetros, no en millas, ya que entonces el sistema decimal había triunfado de la inexplicable repulsión que inspiró en otro tiempo a la rutina anglosajona.



Ciudades flotantes existen en China sobre el río Yang Tsé-Kiang, en el Brasil sobre el río Amazonas, en Europa sobre el Danubio, pero no son más que construcciones efímeras constituidas por pequeñas casas levantadas sobre largas armadías. Llegado a destino,

el tren flotante se divide y las casitas se desmontan.

La isla de que se trata es otra cosa muy distinta: debía navegar por el mar y durar lo que pueden durar las obras salidas de la mano del hombre. Por otra parte, ¿quién sabe si la Tierra no será un día demasiado pequeña para sus habitantes, cuyo número debe llegar a unos seis *milliards* en el año 2072, según afirman los sabios con asombrosa precisión? ¿No será necesario, entonces, edificar sobre el mar, puesto que los continentes estarán colmados?

Standard Island es una isla de acero, y la resistencia de su casco ha sido calculada para el enorme peso que debe soportar. Está compuesta de doscientos setenta mil arcones, cada uno de los cuales mide dieciséis metros con setenta centímetros de alto por diez de largo y diez de ancho. Su superficie horizontal representa, pues, un cuadrado de diez metros de lado, o sea, cien metros cuadrados de superficie. Todos estos arcones, sujetos unos a otros con pernos, dan a la isla unos veintisiete millones de metros cuadrados, es decir, veintisiete kilómetros cuadrados de superficie. En la forma oval que le han dado los constructores, mide siete kilómetros de largo por cinco de ancho, y su perímetro es de dieciocho kilómetros en números redondos.

La parte sumergida del casco es de treinta pies, y la parte emergente, de veinte, lo cual quiere decir que Standard Island, con su carga completa, se hunde diez metros en el agua. Su volumen se calcula en cuatrocientos treinta y dos millones de metros cúbicos, y su desplazamiento, o sea, las tres quintas partes de su volumen, en doscientos cincuenta y nueve millones de metros cúbicos.

La parte sumergida de los arcones ha sido recubierta de una preparación desconocida durante largo tiempo, que ha hecho multimillonario a su inventor y que impide a los mariscos adherirse a las paredes que están en contacto con el agua del mar.

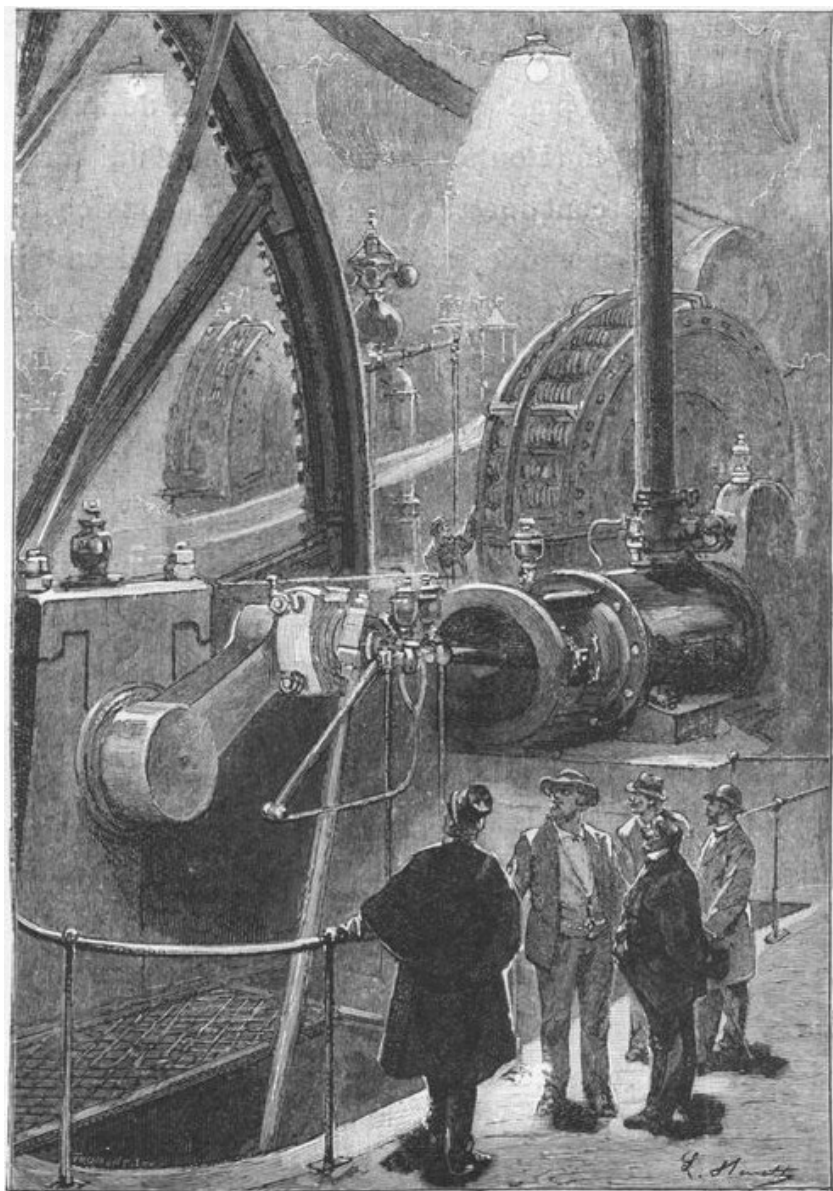
El subsuelo de esta nueva isla no puede deformarse ni romperse, pues las planchas de acero de su casco están fuertemente sostenidas por tirantes, y las uniones han sido hechas con solidez extraordinaria.

Fue necesario levantar talleres especiales para la construcción de este gigantesco aparato marítimo. Esto es lo que hizo la Standard Island Company, después de haber adquirido la bahía Magdalena, en la extremidad de la península de la Vieja California, casi en el

límite del trópico de Cáncer. En esta bahía se ejecutó el trabajo, vigilado por los ingenieros de la Standard Island Company, bajo la dirección de William Tersen, muerto algunos meses después de la conclusión de la obra, como Brunel, después del infructuoso lanzamiento de su *Great Eastern*, ¿Acaso Standard Island no es otra cosa que un *Great Eastern* modernizado y sobre un esqueleto millares de veces más considerable? Como no iba a ser posible botar la isla al océano, fue fabricada por trozos, por compartimientos yuxtapuestos, sobre las aguas de la bahía Magdalena; y esta porción de la ribera americana es el puerto de atraque de la isla móvil, que viene a él cuando son necesarias algunas reparaciones.

El esqueleto de la isla, su casco, si se quiere, formado por doscientos setenta mil compartimientos, ha sido cubierto de tierra vegetal, excepto en la parte reservada a la ciudad central, donde dicho casco está extraordinariamente reforzado. Este humus basta para las necesidades de una vegetación limitada a céspedes, flores, arbustos, grupos de árboles, praderas y campos de legumbres. Hubiera sido poco práctico pedir a aquel suelo ficticio la producción de cereales y otros productos para la manutención de los animales, que, por otra parte, se importan regularmente; pero hubo que disponer las instalaciones necesarias para que la leche y los productos de granja no dependieran de esas importaciones.

Las tres cuartas partes del suelo de Standard Island están destinadas a la vegetación, o sea, unos veintiún kilómetros cuadrados, en los cuales los céspedes del parque ofrecen su verdor permanente, los campos cultivados intensivamente abundan en legumbres y frutas, y las praderas artificiales alimentan algunos rebaños. Se emplea mucho el electrocultivo, es decir, la influencia de corrientes continuas, que se manifiesta por una aceleración extraordinaria y la producción de hortalizas de inverosímiles dimensiones, tales como rábanos de cuarenta y cinco centímetros y zanahorias de tres kilos. Jardines y huertos pueden rivalizar con los más hermosos de Virginia o de Luisiana, de lo que no hay que asombrarse, pues no se repara en gastos en aquella isla tan justamente llamada la *Joya del Pacífico*.



Su capital, Milliard City, ocupa más o menos la quinta parte, o sea, cerca de cinco kilómetros cuadrados —unas quinientas hectáreas—, con una circunferencia de nueve kilómetros. Los lectores que han acompañado a Sebastián Zorn y a sus camaradas durante su excursión, la conocen ya lo suficiente para no perderse

en ella. Además, es difícil perderse en las ciudades americanas cuando tienen a la vez la suerte y la desgracia de ser modernas: suerte por la simplicidad de las comunicaciones urbanas; desgracia, porque falta en ellas el aspecto artístico y fantástico. Se sabe que Milliard City, de forma oval, está dividida en dos secciones, separadas por una arteria central, la avenida Primera, de poco más de tres kilómetros de largo.

Al Observatorio, que se levanta en uno de los extremos, le hace pareja el Palacio Municipal, cuya imponente masa se destaca en la parte opuesta. Allí se han centralizado todos los servicios públicos del estado civil, aguas corrientes, plantaciones y paseos, policía, aduanas, ferias y mercados, cementerios, hospitales, escuelas, cultos y artes.

Y ahora, ¿cuál es la población contenida en esta circunferencia de dieciocho kilómetros? La isla de hélice no tiene más que unos diez mil, todos naturales de los Estados Unidos de Norteamérica, pues se ha querido evitar que pudieran surgir discusiones internacionales entre los ciudadanos que iban a buscar reposo y tranquilidad en aquel aparato de fabricación tan moderna. Ya es bastante, casi demasiado, que no sean de la misma religión, pero hubiera sido difícil reservar a los yanquis del norte, que son los babordeses[41] de Standard Island, o, a la inversa, a los americanos del sur, que son los tribordeses[42], el derecho exclusivo de fijar su residencia en esta isla. Además, hubieran sufrido mucho con esto los intereses de la Standard Island Company.

Cuando el suelo metálico quedó terminado y la parte reservada a la ciudad estuvo en disposición de ser edificada, después de haberse adoptado el plano de calles y avenidas, comenzaron a elevarse los soberbios palacetes, los hoteles más sencillos, las casas destinadas al comercio al por menor, los edificios públicos, la iglesia y el templo, pero no esas moradas llamadas rascacielos que se ven en Chicago. Los materiales son a la vez livianos y resistentes. El metal inoxidable empleado en estas construcciones es el aluminio, siete veces menos pesado que el hierro en igual volumen, el metal del porvenir, como lo había llamado Sainte-Claire Deville[43], y que satisface todas las exigencias de una edificación sólida. Después se empleó la piedra artificial, esos cubos de cemento que se acomodan tan fácilmente, y se hizo uso también de ladrillos

de vidrio agujereados y moldeados como botellas y unidos por una fina argamasa, ladrillos transparentes que, si uno lo desea, pueden realizar el ideal de la casa de cristal. Pero, en verdad, se empleó, sobre todo, la armadura metálica, como se hace actualmente en la arquitectura naval. ¿Qué es, acaso, Standard Island sino un inmenso navío?

Todas estas diversas propiedades pertenecen a la Standard Island Company. Los que las habitan, cualquiera que sea la importancia de sus fortunas, no son más que inquilinos. Por lo demás, se tuvo el cuidado de prever todas las exigencias de comodidad y de aseo reclamadas por aquellos americanos inverosímilmente ricos, al lado de los cuales los soberanos de Europa o los príncipes de la India no pueden hacer más que un mediano papel.

En efecto, si la estadística establece que el valor del oro acumulado en el mundo entero es de dieciocho *milliards*, y el de la plata de veinte *milliards*, se puede muy bien afirmar que los habitantes de la *Joya del Pacífico* poseen una buena parte de ellos.

Ya al principio el negocio se presentó muy bien desde el punto de vista financiero, pues palacios y casas se alquilaron a precios fabulosos. Algunos de estos alquileres pasan de varios millones, y numerosas familias pudieron sin gran trabajo pagar estas sumas por el alquiler anual. Sólo por esto percibe la compañía una elevada renta, y hay que confesar que la capital de Standard Island justifica el nombre que lleva en la nomenclatura geográfica.

Aparte de estas opulentas familias, hay algunos centenares de otras que pagan de cien a doscientos mil francos y que se conforman con esta situación modesta. El resto de la población comprende profesores, proveedores, empleados, sirvientes, extranjeros en número poco considerable y que no serían autorizados para fijar su residencia ni en Milliard City ni en la isla. Hay muy pocos abogados, lo cual hace que los pleitos sean bastante escasos; y médicos, menos aún, por lo que la mortalidad se reduce a una cifra irrisoria. Por otra parte, cada habitante conoce exactamente su constitución, su fuerza muscular medida con el dinamómetro; su capacidad pulmonar, medida por el espirómetro; el poder de contracción de su corazón, medido con el esfigmómetro; en fin, su grado de fuerza vital, medido con el magnetómetro. Además, en esta ciudad no hay ni bares, ni cafés, ni tabernas, nada

que induzca al alcoholismo; jamás se ha presentado un caso de dipsomanía —borrachera, para que nos comprendan los que no saben griego—. No se olvide, asimismo, que los servicios urbanos distribuyen la energía eléctrica, la luz, la fuerza mecánica, la calefacción, el aire comprimido, la refrigeración, el agua bajo presión, como los telegramas neumáticos y las audiciones telefónicas. Si se muere en esta isla de hélice, metódicamente sustraída a los cambios meteorológicos y al abrigo de todas las influencias microbianas, es porque hay que morir; pero sólo después que los resortes de la vida se han usado hasta alcanzar una vejez centenaria.

¿Hay soldados en Standard Island? Sí, un cuerpo de quinientos hombres bajo las órdenes del coronel Stewart, pues no hay que olvidar que los lugares del Pacífico no siempre son seguros. En las cercanías de ciertas islas es prudente precaverse contra la agresión de piratas de toda especie. No debe sorprender que esta milicia esté generosamente pagada, y que cada hombre reciba un sueldo superior al de los generales en jefe de la vieja Europa. El reclutamiento de esos soldados, alojados, alimentados y vestidos a expensas de la administración, se realiza en condiciones excepcionales, bajo la vigilancia de jefes tan ricos como Creso. [44]

¿Hay policía en Standard Island? Sí, algunos escuadrones bastan para garantizar la seguridad de una ciudad que no tiene ningún motivo para inquietarse. Una autorización de la administración municipal es necesaria para residir allí.

Las costas son resguardadas por un cuerpo de agentes de la aduana que vigilan noche y día. Sólo se puede desembarcar en los puertos. ¿Cómo podrían introducirse allí los malhechores? Los que por excepción se dedicaran al delito en la ciudad, serían aprehendidos rápidamente, y luego condenados y deportados al oeste o al este del Pacífico, en algún rincón del nuevo o del antiguo continente, sin posibilidad de volver jamás a Standard Island.

Hemos dicho los puertos de Standard Island. ¿Acaso hay varios? Sí, dos, situados cada uno en la extremidad del pequeño diámetro del óvalo que la isla de hélice semeja en su forma general. Uno se llama Tribord Harbour, y el otro, Babord Harbour, conforme a las denominaciones en uso por la marina francesa. En ningún caso hay que temer que las importaciones regulares se interrumpan, gracias a

la creación de estos dos puertos de orientación opuesta. Si a causa del mal tiempo uno es inabordable, el otro se halla abierto a los vapores, cuyo servicio está garantizado a pesar de los vientos. Por Babord Harbour y Tribord Harbour se hace el abastecimiento de diversas mercancías, petróleo traído en barcos especiales, harinas y cereales, vinos, cervezas y otras bebidas de la alimentación moderna, y té, café, chocolate, especias, conservas, etc. Llegan también de los mejores mercados de América vacas, carneros, cerdos, que aseguran el consumo de carne fresca; en fin, todo lo que pueda necesitar el más exigente de los *gourmets*[45] en lo referente a comestibles. También se importan géneros y telas de moda como para conformar al dandi[46] más refinado o a la mujer más elegante. En los negocios de Milliard City se pueden adquirir estos objetos a un precio que no nos atrevemos a decir por el temor de excitar la incredulidad de los lectores.

Habría que preguntarse cómo se establece regularmente el servicio de vapores entre el litoral americano y una isla de hélice, móvil por su naturaleza y que un día está en un sitio y otro día a veinte millas de ese lugar.

La respuesta es muy simple. Standard Island no va a la ventura. Su movimiento se ajusta al programa preparado por la administración superior, de acuerdo con las observaciones meteorológicas del Observatorio. Es un paseo, susceptible, sin embargo, de algunas modificaciones, a través de la región del Pacífico que contiene los más hermosos archipiélagos, y evitando en lo posible los golpes de frío o de calor, causa de tantas afecciones pulmonares. Esto es lo que ha permitido a Calixtus Munbar contestar, hablando del invierno: «¡No lo conocemos!».

Standard Island no evoluciona más que entre los paralelos

35 al

norte y

35 al

sur del ecuador, setenta grados que representan unas mil cuatrocientas leguas marinas. ¡Qué magnífico campo de navegación! Los navíos saben siempre dónde hallar a la *Joya del Pacífico*, puesto que su movimiento está reglamentado de antemano entre los diversos grupos de esas islas deliciosas que forman oasis en el inmenso «desierto» del océano.

Incluso en este caso, los barcos no están obligados a buscar al azar el sitio en que se encuentra Standard Island. Sin embargo, la compañía no ha querido recurrir a los veinticinco cables, de dieciséis millas de longitud, que posee la Eastern Extensión Australasia and China Co.

¡No, la isla de hélice no quiere depender de nadie! Ha sido suficiente para ello disponer en la superficie de estos mares algunos centenares de boyas que sostienen la extremidad de sendos cables eléctricos unidos con la bahía Magdalena. Se une el hilo a los aparatos del Observatorio, se envía un despacho, y los agentes de la bahía están siempre informados de la posición en longitud y latitud de Standard Island. Resulta de aquí que el servicio de navíos que llevan provisiones se hace con la regularidad de un tren.

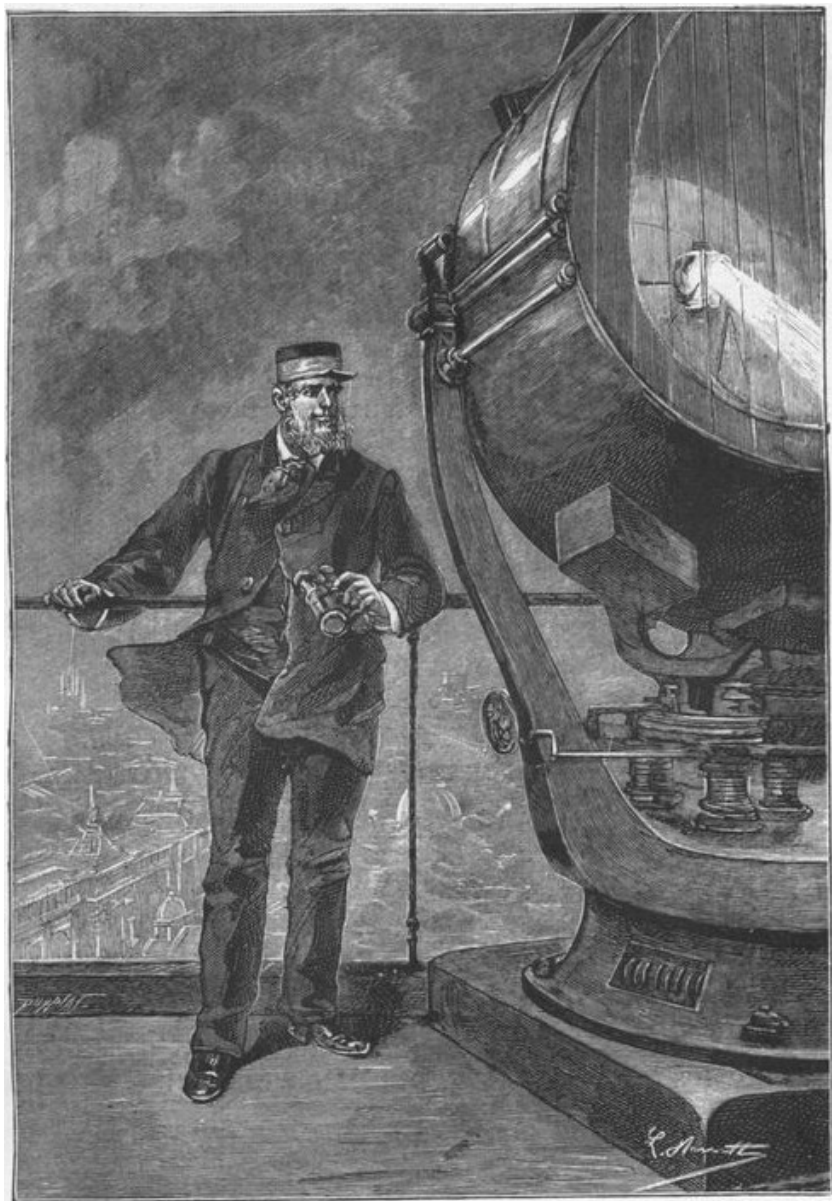
Hay también una importante cuestión que merece ser aclarada: ¿cómo se procuran el agua dulce necesaria para el consumo? Se produce por destilación en fábricas especiales que están cerca de los puertos, y por caños llega hasta las casas o bajo la capa de tierra que forma el campo. Sirve así para todos los servicios domésticos y cae en lluvia bienhechora sobre los campos y los prados, que no se ven, de tal modo, sometidos a los caprichos del cielo. Y esta agua no sólo es dulce, sino también destilada, electrolizada, más higiénica que la de las fuentes más puras de ambos continentes, en las que una gota del tamaño de una cabeza de alfiler puede contener quince mil millones de microbios.

Sólo falta decir en qué condiciones se efectúa el movimiento de este maravilloso aparato. No necesita una gran velocidad, puesto que tiene seis meses para abandonar los parajes comprendidos entre ambos trópicos de una parte y los meridianos 130 y 180 de otra. De quince a veinte millas en veinticuatro horas: Standard Island no pide más. Este movimiento hubiera podido obtenerse fácilmente por medio de un cable hecho con esa planta de la India que se llama *bastía*, a la vez ligero y resistente, que hubiera flotado entre dos aguas de modo que no se cortase al rozar en los fondos submarinos. Este cable se habría enrollado sobre cilindros movidos a vapor, y Standard Island iría y vendría como esos barcos que remontan o descenden ciertos ríos del antiguo y del nuevo continente. Pero este cable hubiera tenido que ser de un grosor enorme para arrastrar semejante peso, y, por lo tanto, estar sujeto a mil averías. Era la

libertad encadenada, la obligación de seguir, quieras o no, una misma dirección; y, cuando se trata de la libertad, los ciudadanos de la libre América son de una soberbia intransigencia.

Felizmente, los electricistas han progresado tanto que todo se pudo pedir a la electricidad, esa alma del universo; a ella, pues, se confió la locomoción de la isla artificial. Dos fábricas bastan para mover las dinamos, que son de un poder, por así decir, infinito, y que suministran una corriente eléctrica continua a una tensión moderada de dos mil voltios. Estas dinamos accionan un poderoso sistema de hélices, colocadas en la proximidad de los dos puertos, y cada una desarrolla una potencia de cinco millones de caballos de fuerza gracias a centenares de calderas alimentadas con petróleo, que es más rico en calorías que el carbón. Las usinas están dirigidas por los ingenieros jefes, señores Watson y Somwah, ayudados por un numeroso personal de maquinistas y fogoneros a las órdenes del comodoro Ethel Simcoe. Desde la residencia en el Observatorio, el comodoro se comunica por teléfono con las fábricas de electricidad, establecida una cerca de Tribord Harbour y la otra cerca de Babord Harbour, y envía las órdenes para la marcha y contramarcha siguiendo el itinerario establecido. De allí partió, en la noche del 25 al 26, la orden de «aparejar» a Standard Island, que se encontraba cerca de la costa californiana dispuesta para su viaje anual.

Aquellos de nuestros lectores que quieran embarcarse con él pensamiento, asistirán a las diversas peripecias de este viaje por el Pacífico, y quizá no tengan motivo para disgustarse cuando termine.



Digamos ahora que la velocidad máxima de Standard Island, cuando las máquinas desarrollan su fuerza de diez millones de caballos, es de ocho nudos por hora.

Las olas más poderosas levantadas por el viento nada pueden contra ella, que por su tamaño escapa a las ondulaciones más

fuertes. No hay que temer allí al mareo. Durante los primeros días «a bordo», apenas si se siente el ligero estremecimiento que la rotación de las hélices imprime al subsuelo. La «proa» y la «popa»[47] terminan en unos espolones de sesenta metros de longitud, y gracias a ellos divide sin esfuerzo las aguas y recorre sin bruscas sacudidas el vasto campo líquido ofrecido a sus excursiones. Es de comprender que la energía eléctrica producida en las dos fábricas recibe otras aplicaciones además de la locomoción de Standard Island: ilumina el campo, el parque y la ciudad; engendra tras los cristales de los faros la inmensa fuente luminosa cuyos rayos señalan desde lejos la presencia de la isla y previene todo choque; suministra la energía utilizada en los servicios telegráficos, telefónicos, teletográficos y telefónicos; provee las necesidades de las casas particulares y de los barrios comerciales, y alimenta también focos semejantes a lunas de un poder luminoso de cinco mil bujías, cada uno de los cuales puede iluminar una superficie de quinientos metros cuadrados.

En esta época el extraordinario aparato marítimo hacía su segundo viaje a través del Pacífico. Un mes antes había abandonado la bahía Magdalena y remontado el paralelo 35 para volver a tomar su itinerario a la altura de las islas Sandwich. Se encontraba a lo largo de la costa californiana cuando Calixtus Munbar, enterado por las comunicaciones telefónicas de que el Cuarteto Concertante, después de haber abandonado San Francisco, se dirigía a San Diego, se propuso asegurarse el concurso de los eminentes artistas. Ya se sabe cómo procedió, cómo los embarcó en la isla de hélice, que estaba estacionada a algunos cables[48] del litoral, y cómo, en virtud de este procedimiento reprochable, la música de cámara iba a encantar a los *dilettanti* de Milliard City.

Tal es la novena maravilla del mundo, esa obra maestra del género humano, digna del siglo xx, de la que dos violines, una viola y un violoncello son actualmente huéspedes, y que Standard Island lleva hacia los deliciosos parajes occidentales del océano Pacífico.

VI

INVITADOS



un suponiendo que Sebastián Zorn, Yvernés, Frascalín y Pinchinat fueran gente que no se sorprende de nada, les habría sido muy difícil no abandonarse a un legítimo acceso de cólera y apretarle el cuello a Calixtus Munbar. ¡Pensar con toda razón que pisaban el suelo de América y verse transportados al océano! ¡Creerse a veinte millas de San Diego, donde los esperan al otro día para el concierto, y saber de un modo brutal que los alejan a bordo de una isla flotante y móvil! La verdad es que la cólera se justifica.

Por suerte para él, el americano se ha puesto al abrigo de aquel primer ímpetu. Aprovechando la sorpresa, mejor dicho, el atontamiento en que ha caído el cuarteto, sale de la plataforma de la torre, toma el ascensor y está, por el momento, fuera del alcance de las recriminaciones y de los arrebatos de los cuatro parisienses.

—¡Qué miserable! —grita el violoncelista.

—¡Qué animal! —exclama Pinchinat.

—¡Eh, eh! Gracias a él somos testigos de estas maravillas —dice sencillamente el primer violín.

—¿Vas, pues, a disculparlo? —responde el segundo violín.

—Nada lo excusa —replica Pinchinat—. Y si hay justicia en Standard Island, haremos que se castigue a este yanqui mentiroso.

—¡Y si hay verdugo —aúlla Sebastián Zorn—, lo haremos colgar!

Pero, para obtener estos diversos resultados, lo primero es volver a bajar al nivel de los habitantes de Milliard City, pues la policía no funciona a cincuenta metros de altura.

Esto sería cosa de pocos minutos si fuera posible bajar. Pero el ascensor no ha subido, y allí no hay nada que se asemeje a una escalera. En lo alto de la torre, el cuarteto se encuentra, pues, sin

comunicación posible con el resto de la humanidad. Pasado el primer ímpetu de despecho y de cólera, Sebastián Zorn, Pinchinat y Frascalín, abandonando a Yvernés a su admiración, quedan silenciosos y acaban por permanecer inmóviles. Por encima de ellos la bandera se despliega al viento. Sebastián Zorn experimenta unas ganas feroces de cortar la cuerda y bajarla como se baja el pabellón de un navío. Pero mejor es no meterse en semejante asunto, y sus camaradas lo contienen en el momento en que empuña un cortaplumas bien afilado.



—No cometamos una locura —observa el juicioso Frascolín.

—Entonces, ¿aceptas la situación? —pregunta Pinchinat.

—No, pero no la compliquemos.

—¿Y nuestros equipajes, que viajan a San Diego? —dice Su Alteza cruzándose de brazos.

—¿Y nuestro concierto de mañana?! —exclama Sebastián Zorn.

—¡Lo daremos por teléfono! —responde el primer violín, cuya broma no es para calmar la irascibilidad del nervioso violoncelista.

No se habrá olvidado que el Observatorio ocupa el centro de una vasta plaza en la que concluye la avenida Primera. En la otra punta de esta calle principal, de una extensión de tres kilómetros, que separa las dos secciones de Milliard City, los artistas pueden observar una especie de palacio monumental coronado por una torre ligera y elegante. Piensan que allí debe estar el asiento del gobierno, de la Municipalidad, admitiendo que Milliard City tenga un intendente y demás autoridades. Y no se engañan. Precisamente en ese instante el reloj de la torre hace sonar un alegre carillón, cuyas notas llegan hasta ellos con las últimas ondulaciones de la brisa.

—¡Calla! ¡En *re mayor*! —dice Yvernés.

—Y a dos por cuatro —agrega Pinchinat.

El reloj da las cinco.

—¿Y comer? —continúan las preocupaciones de Sebastián Zorn—. ¿Y dormir? ¿Acaso por culpa de ese miserable Munbar vamos a pasarnos la noche sobre esta plataforma, a cincuenta metros de altura?

Ello es de temer si el ascensor no viene a ofrecer a los prisioneros el medio de abandonar su cárcel.

En efecto, el crepúsculo es corto en esas latitudes, y el astro radioso cae como un proyectil en el horizonte. Las miradas que el cuarteto arroja hasta los últimos límites del cielo no abarcan más que un mar desierto, sin una vela, sin un penacho de humo.

A través del campo circulan los tranvías corriendo al borde de la isla o poniendo en comunicación los dos puertos. A esta hora el parque está aún en toda su animación. Desde lo alto de la torre se diría que se parece a una inmensa canastilla de flores, en la que se ven azaleas, clemátides, salvias, jacintos, pasifloras, begonias, camelias, rosas de cien especies.

Los paseantes afluyen: hombres formales y muchachos, pero no de esos gomosos que constituyen la vergüenza de las grandes ciudades europeas, sino adultos vigorosos y bien constituidos; señoras y señoritas, la mayor parte con trajes de color amarillo pajizo —tono preferido en las zonas tórridas—, que pasean a lindas

galguitas[49] abrigadas con mantas de seda orladas de oro. Esta multitud sigue las calles de fina arena dibujadas caprichosamente entre los canteros de césped. Unos van tendidos sobre los almohadones de los coches eléctricos, otros están sentados en los bancos ocultos entre la espesura. Más lejos, los jóvenes *gentlemen*[50] se entregan a los ejercicios del tenis, del críquet, del golf, del fútbol, y también del polo, montados en briosos petisos. [51]

Bandadas de niños, de esos niños americanos de exuberancia sorprendente, entre los cuales el individualismo es tan precoz, sobre todo en las niñas, juegan en el césped. Algunos jinetes cabalgan por pistas cuidadas con gran esmero y otros luchan en animados jardines.

Los barrios comerciales de la ciudad están también frecuentados a aquella hora. Las aceras mecánicas se deslizan con su carga a lo largo de las arterias principales. Al pie de la torre, en la plaza del Observatorio, se produce un ir y venir de paseantes, cuya atención desearían atraer los prisioneros. Así es que Pinchinat y Frascalín lanzan estridentes clamores. Son oídos, pues muchos brazos se tienden hacia ellos, y hasta sus oídos llegan algunas palabras, pero no se les ve hacer un gesto de sorpresa: no parecen sorprenderse del grupo simpático que se agita en la plataforma. En cuanto a las palabras, sólo consisten en *Good bye!*, en *How do you do?*, en *Good afternoon*, [52] y en otras fórmulas llenas de amabilidad y política. Se diría que la población está informada de la llegada de los cuatro parisienses a Standard Island, cuyos honores han corrido a cargo de Calixtus Munbar.

—¡Ah! ¡Se burlan de nosotros! —dice Pinchinat.

—Eso es lo que me parece —contesta Yvernés.

Transcurre una hora, una hora durante la cual los llamamientos han sido inútiles. Las invitaciones insistentes de Frascalín no tienen más éxito que las inventivas multiplicadas de Sebastián Zorn.

Llegado el momento de comer, el parque comienza a quedar desierto de paseantes; las calles, de los ociosos que las recorren. ¡Es como para rabiarse!

—Sin duda —dice Yvernés evocando románticos recuerdos—, nos parecemos a esos profanos que, atraídos por un genio maléfico a los recintos sagrados, están condenados a perecer por haber visto

lo que sus ojos no debían ver.

—¡Y nos dejarán sucumbir a las torturas del hambre! —responde Pinchinat.

—Eso no ocurrirá sino después de haber agotado todos los medios de prolongar nuestra existencia —sentencia Sebastián Zorn.

—Y si es preciso comernos los unos a los otros, se le dará el número uno a Yvernés —dice Pinchinat.

—¡Cuando quieran! —suspira el primer violín con voz conmovedora, inclinando la cabeza como para recibir el golpe mortal.

En ese momento se oye un ruido en las profundidades de la torre. El ascensor sube y se detiene al nivel de la plataforma. Ante la idea de ver aparecer a Calixtus Munbar, los prisioneros se disponen a recibirlo como se merece...

El ascensor está vacío. ¡Sea! La decisión sólo queda aplazada. Los engañados sabrán encontrar al engañador. Lo más urgente es volver al nivel de la isla, y el medio más indicado, ocupar el ascensor. Así lo hacen. En cuanto el violoncelista y sus compañeros están en el aparato, éste se pone en movimiento y en menos de un minuto llega a la planta baja de la torre.

—¡Y decir —exclama Pinchinat golpeando el suelo con el pie— que no estamos en un *sol natural*! [53]

El instante no es el más indicado para semejantes bromas. Nadie le responde. La puerta está abierta, y los cuatro salen. Atraviesan el patio interior, que se halla desierto, y siguen las alamedas de la plaza. Van y vienen por ella algunas personas que no parecen prestar atención a estos extranjeros. A una observación de Frascolín, que recomienda prudencia, Sebastián Zorn debe renunciar a sus intempestivas recriminaciones. Es a las autoridades a quienes debe pedirse justicia. Por el momento no hay peligro. Volver al hotel Excelsior y esperar al día siguiente para hacer valer sus derechos de hombres libres es lo que se decide, y el cuarteto va a pie a lo largo de la avenida Primera.

¿Tienen estos franceses por lo menos, el privilegio de atraer la atención pública? Sí y no.

Se les mira, pero sin gran insistencia, tal vez como si fueran de esos raros turistas que visitan a veces Milliard City.

Ellos, bajo el imperio de las circunstancias, por cierto bastantes

extraordinarias, se sienten disgustados, y les parece que se les mira más de lo que realmente lo hacen. Por otra parte, no hay que asombrarse de que a aquellos habitantes de la isla móvil, que vaga por la superficie más grande de los océanos de nuestro globo, les parezcan gente de una naturaleza especial. Con un poco de imaginación se podría creer que pertenecen a otro planeta del sistema solar.

Ésta es la opinión de Yvernés, a quien su espíritu sobreexcitado arrastra hacia mundos imaginarios.

En cuanto a Pinchinat, se contenta con decir:

—Todos esos paseantes tienen, a fe mía, el aire de millonarios, y me hacen el efecto de llevar, como su isla, una hélice pequeña bajo los riñones.

Entretanto, el hambre se hace más exigente. El almuerzo está ya lejano y el estómago reclama su contribución diaria. Se trata, pues, de regresar lo más pronto posible al hotel Excelsior. A la mañana siguiente comenzarán a dar los pasos necesarios para hacerse llevar a San Diego en uno de los vapores de Standard Island, después de ser indemnizados por Calixtus Munbar, como es justo.

Pero he aquí que, siguiendo la avenida Primera, Frascalín se detiene delante de un suntuoso edificio, en cuyo frente se lee en letras doradas esta inscripción: «Casino». A la derecha de la soberbia arcada que corona la puerta principal, un restaurante muestra, a través de sus cristales adornados de arabescos, una serie de mesas, de las cuales algunas están ocupadas por comensales y entre las que circula un numeroso personal.

—¡Aquí se come! —dice el segundo violín, consultando con la mirada a sus hambrientos compañeros.

Lo que le vale esta lacónica respuesta de Pinchinat:

—¡Entremos!

Y entran en el restaurante. Nadie parece notar su presencia en este establecimiento frecuentado por extranjeros.

Cinco minutos después nuestros hambrientos músicos atacan vigorosamente los primeros platos de una excelente comida, cuyo menú ha arreglado Pinchinat, pues entiende mucho de estas cosas.

Felizmente los bolsillos del cuarteto están bien provistos, y si se vacían en Standard Island, algunos conciertos en San Diego no tardarán en volverlos a llenar.

Comida excelente, muy superior a las de los hoteles de Nueva York o de San Francisco, pues ha sido guisada en hornos eléctricos igualmente propios para el fuego suave y el ardiente.

A la sopa de ostras en conserva, a la fritada de granos de maíz, al apio crudo y a las tortas tradicionales, se suceden pescados fresquísimos, asados incomparablemente tiernos, caza proveniente, sin duda, de las praderas y del bosque californianos, legumbres debidas a los cultivos intensivos de la isla. Para beber, nada de agua helada, según la moda americana, sino cervezas variadas y vinos que los viñedos de Borgoña, Bordelais y el Rin han vertido en las bodegas de Milliard City, a precios elevados, desde luego.

La comida reanima a nuestros parisienses, cambiando el curso de sus ideas. Quizá ven bajo colores menos sombríos la aventura en que están metidos. No se ignora que los músicos son abstemios; esto, que es natural en, los que gastan su aliento en lanzar ondas sonoras por los instrumentos de viento, es menos disculpable en los que tocan instrumentos de cuerda. ¡No importa! Yvernés, Pinchinat y Frascalín mismo comienzan a ver la vida de color de rosa y hasta de color de oro en esta ciudad de millonarios. Sólo Sebastián Zorn se resiste y no deja ahogar su cólera en los vinos de Francia.

Bien pronto llega la hora de pedir la cuenta. Un *maître d'hôtel*

[54] vestido de negro se la presenta al cajero Frascalín.

El segundo violín arroja una mirada sobre el total, se levanta, se vuelve a sentar, se frota los ojos, mira al techo...

—¿Qué te pasa? —pregunta Yvernés.

—¡Un escalofrío de la cabeza a los pies! —responde Frascalín.

—¿Es caro?

—Más que caro. A cien pesos...

—¿Los cuatro?

—No, ¡cada uno!

En efecto, ciento sesenta dólares, ni más ni menos; y, como detalle, la cuenta indica el pescado a veinte dólares, el asado a veinticinco dólares, el Medoc y el Borgoña a treinta dólares la botella, y el resto por el estilo.

—¡Diablo! —exclama Su Alteza.

—¡Ladrones! —grita Sebastián Zorn.

Estas palabras, cambiadas en francés, no son comprendidas por

el majestuoso *maître*
d'hôtel.

Sin embargo, sospecha algo de lo que pasa, pero la ligera sonrisa que se esboza en sus labios es la de la sorpresa, no la del desdén. Le parece muy natural que una comida para cuatro personas cueste ciento sesenta dólares. Éstos son los precios de Standard Island.

—¡Nada de escándalos! —dice Pinchinat—. La Francia nos contempla... ¡Paguemos!

—Y de cualquier manera que podamos, en camino para San Diego. ¡Pasado mañana no tendríamos ni para comprar un emparedado!

Y diciendo esto toma su cartera, saca de ella un respetable número de billetes que por suerte tienen curso en Milliard City, y va a entregarlos al *maître*

d'hôtel,

cuando se oye una voz que dice:

—Estos señores no deben nada.

Es la voz de Calixtus Munbar.

El yanqui acaba de entrar en la sala, orondo y satisfecho, demostrando su buen humor de costumbre.

—¡Él! —grita Sebastián Zorn, que siente deseos de saltarle al cuello y de apretárselo como aprieta el mástil de su violoncelo en los *forte*.

—¡Cálmese, mi querido Zorn! —dice el americano—. Háganme usted y sus camaradas el favor de pasar al salón, donde nos espera el café. Allí podremos conversar cómodamente, y después de nuestra conversación...

—¡Lo estrangularé! —replica Sebastián Zorn.

—No, usted me besará las manos.

—¡Yo no le besaré a usted nada! —grita el violoncelista, a la vez rojo y pálido de cólera.

Unos instantes después, Calixtus Munbar y sus invitados se sientan en mullidos sofás, mientras el yanqui, que se balancea en una hamaca, presentándose él mismo a sus huéspedes, se expresa de esta forma:

—Calixtus Munbar, de Nueva York, cincuenta años, bisnieto del célebre Barnum, [55] actualmente superintendente de Bellas Artes en Standard Island, encargado de cuanto se relaciona con la

pintura, la escultura, la música y, en general, con todos los placeres de Milliard City. Y ahora que ustedes me conocen...

—Por casualidad —pregunta Sebastián Zorn—, ¿no será usted también un agente de policía encargado de atraer a las personas a estas trampas y de retenerlas en ellas a pesar suyo?

—No se apresure a juzgarme, irritable violoncelista —responde el superintendente—, y espere al final.

—Esperamos —replica Frascolín con gravedad— y lo escuchamos.

—Señores —continúa el yanqui tomando una postura graciosa—, en esta conversación no deseo tratar con ustedes más que el aspecto musical tal como se le entiende actualmente en nuestra isla. Milliard City no posee todavía teatros, pero en cuanto los desee brotarán del suelo como por arte de magia. Hasta ahora nuestros conciudadanos han satisfecho su inclinación musical por medio de aparatos perfeccionados, que los han tenido al corriente de las obras maestras líricas y dramáticas. Los compositores antiguos y modernos, los mejores comediantes del día, los artistas más en boga, los escuchamos cuando nos place por medio del fonógrafo...



—¡Su fonógrafo! —exclama desdeñosamente Yvernés.

—No tanto como usted supone, señor primer violín. Poseemos aparatos que han tenido más de una vez la indiscreción de escucharlos cuando ustedes se hacían oír en Boston o en Filadelfia. Y si les agrada, ustedes se pueden aplaudir a sí mismos con sus

propias manos. En esta época los inventos del ilustre Edison [56] han alcanzado el último grado de perfección. El fonógrafo no es más aquella cajita primitiva de música. Gracias a su admirable inventor, el talento efímero de los comediantes, músicos y cantantes se conserva para que pueda ser admirado por las generaciones futuras con tanta precisión como la obra de los escultores y pintores. Un eco, si se quiere, pero un eco fiel como una fotografía, y que reproduce los matices, las delicadezas del canto o del recitado en toda su inalterable pureza.

Calixtus Munbar dice esto con tal fuego, que su auditorio se impresiona. Habla de Saint-Saëns, de Ambrosio Thomas, de Gounod, de Massenet, de Verdi y de las obras maestras imperecederas de los Berlioz, de los Haydn, de los Mozart, como hombre que las conoce a fondo, que las aprecia, que ha consagrado su vida de empresario, ya algo larga, a difundirlas y que se complace en escucharlas. Sin embargo, parece que no ha sido atacado por la epidemia wagneriana, [57] ya muy disminuida, por otra parte, en esta época.

Cuando se detiene para tomar aliento, Pinchinat dice, aprovechando la pausa:

—Todo eso está muy bien, pero veo que Milliard City no ha escuchado más que música de caja, conservas melódicas, que se venden como las conservas en latas.

—Perdón, caballero...

—Mi Alteza lo perdona, pero insisto en ese punto. Sus fonógrafos no encierran más que el pasado, y en Milliard City un artista jamás puede ser escuchado en el momento de su ejecución...

—Perdón una vez más.

—Nuestro amigo Pinchinat lo perdonará todas las veces que quiera —dice Frascalín—. Tiene los bolsillos llenos de perdones, pero su observación es justa. Si al menos pudieran ustedes ponerse en comunicación con los teatros de América o de Europa.

—¿Y a usted le parece que esto es imposible, mi querido Frascalín?! —exclama el superintendente deteniendo el balanceo de su mecedora.

—¿Qué dice usted?

—Digo que esto no era más que una cuestión de precio, y nuestra ciudad es bastante rica para satisfacer todas estas fantasías,

todas esas aspiraciones que se relacionan con el arte lírico.

—¿Y cómo?

—Por medio de los teatrófonos que están instalados en la sala de conciertos de este Casino. ¿Acaso la compañía no posee numerosos cables submarinos, sumergidos en las aguas del Pacífico, uno de cuyos extremos está unido a la bahía Magdalena, mientras el otro se mantiene en suspensión por medio de poderosas boyas? Pues bien, cuando nuestros conciudadanos quieren escuchar a los cantantes del antiguo o del nuevo mundo, se saca del agua uno de estos cables y se envía una orden telefónica a los agentes de la bahía Magdalena. Estos agentes establecen la comunicación, ya con América, ya con Europa. Se unen los hilos o los cables con tal o cual teatro, con tal o cual sala de conciertos, y nuestros *dilettanti*, instalados en este Casino, asisten realmente a esas lejanas ejecuciones y aplauden...

—¡Pero allá abajo no oyen estos aplausos! —exclama Yvernés.

—Perdón una vez más, querido señor Yvernés: se les escucha por el hilo de retorno.

Y entonces Calixtus Munbar se lanza a consideraciones trascendentales sobre la música, no sólo como una de las manifestaciones del arte, sino también como un agente terapéutico. Los habitantes de Milliard City han podido comprobar los resultados extraordinarios de este empleo del arte lírico, que los mantiene en un estado de salud perfecta. La música ejerce una acción refleja sobre los centros nerviosos, y las vibraciones armónicas producen el efecto de dilatar los vasos arteriales y de influir sobre la circulación, acrecentándola o disminuyéndola según las necesidades. Asimismo, determina una aceleración de los latidos del corazón y de los movimientos respiratorios, en virtud de la tonalidad e intensidad de los sonidos, ayudando a la mejor nutrición de los tejidos. Por ello, en Milliard City funcionan generadores de energía musical que transmiten las ondas sonoras a domicilio por vía telefónica.

El cuarteto escucha con la boca abierta. Jamás ha oído discutir sobre su arte desde el punto de vista médico, y probablemente esto les desagrade un poco. Sin embargo, el imaginativo Yvernés está dispuesto a dejarse llevar por su fantasía en estas teorías, que, por otra parte, se remontan al tiempo del rey Saúl,[58] conforme a la receta y según la fórmula del célebre arpista David. [59]

—Sí, sí —exclama después del último párrafo del superintendente—. Está indicado: basta elegir de acuerdo con el diagnóstico. Wagner o Berlioz para los anémicos...

—Y Mendelssohn o Mozart para los temperamentos sanguíneos, lo que reemplaza ventajosamente al bromuro de estroncio —responde Calixtus Munbar.

Sebastián Zorn interviene entonces y arroja su nota brutal en medio de esta conversación de alto vuelo:

—No se trata de esto —dice—. ¿Por qué nos ha traído usted aquí?

—Porque los instrumentos de cuerda son los que ejercen la acción más poderosa...

—¡De veras, señor! ¡Y es para calmar a sus enfermos y enfermas de los nervios que usted, interrumpiendo nuestro viaje, nos ha impedido llegar a San Diego, donde debíamos ofrecer un concierto mañana!

—Ni más ni menos, mis excelentes amigos.



—¿Y no ha visto usted en nosotros más que una especie de mediquillos musicales, de boticarios líricos? —exclama Pinchinat.

—No, señores —responde Calixtus Munbar levantándose—. Yo no he visto en ustedes más que artistas de gran talento y celebridad. Los vítores con que ha sido acogido el Cuarteto Concertante en sus

giras por América han llegado hasta nuestra isla, y la Standard Island Company considera que éste es el momento de sustituir los fonógrafos y teatrófonos por artistas palpables, tangibles, de carne y hueso, y regalar a los habitantes de Milliard City el inexpresable placer de escuchar una ejecución directa de las obras maestras del arte. Ha querido comenzar por la música de cámara antes de organizar orquestas de ópera, y como ha pensado en ustedes, los más célebres representantes de esta música, me ha encomendado la misión de contratarlos a cualquier precio y de traerlos hasta contra la voluntad de ustedes si hubiese sido necesario. Son, pues, los primeros artistas que han llegado a Standard Island, e imaginen cuál será la acogida que les espera.

Yvernés y Pinchinat se sienten muy conmovidos por estas entusiastas frases del superintendente. No les pasa por la mente que ello pueda ser un engaño. Hasta Frascalín, hombre reflexivo, se pregunta si aquella aventura se podrá tomar en serio. Después de todo, en una isla tan extraordinaria, ¿cómo no han de ser extraordinarias todas las cosas?

En cuanto a Sebastián Zorn, está resuelto a no rendirse.

—¡No, señor! —grita—. No se apodera uno de las personas sin su consentimiento. Elevaremos una queja...

—¡Una queja! ¡Ingratos! Cuando debían ustedes colmarme de agradecimiento —replica el superintendente.

—Y obtendremos una indemnización, señor.

—¿Una indemnización cuando yo voy a ofrecerles cien veces más de lo que podrían esperar?

—¿De qué se trata? —pregunta el práctico Frascalín.

Calixtus Munbar toma su cartera, saca una hoja de papel con el timbre de Standard Island y, después de presentársela a los artistas, dice:

—Firmen los cuatro al pie de este papel, y el negocio estará terminado.

—¿Firmar sin leer? —responde el segundo violín—. Eso no se hace en ninguna parte.

—Ustedes no tendrán de qué arrepentirse —continúa Calixtus Munbar abandonándose a un acceso de hilaridad que hace tintinear los dijes que lleva encima—. Pero procedamos de una manera regular. Es un contrato que la compañía les propone, un contrato

por un año a partir de este día, para la ejecución de música de cámara, tal como lo indicaban los programas de ustedes en América. Dentro de doce meses Standard Island estará de regreso en la bahía Magdalena, adonde ustedes llegarán a tiempo...

—¡¿Para nuestro concierto en San Diego, verdad?! —grita Sebastián Zorn—. ¡En San Diego, donde nos recibirán con silbidos!

—No, señores, ¡con vítores y aplausos! Los aficionados se sentirán siempre muy honrados y dichosos de oír a artistas como ustedes..., ¡hasta con un año de retraso!

¡Como para guardar rencor a un hombre semejante!

—¿Qué garantías tenemos? —pregunta.

—La garantía de la Standard Island Company, con la firma del señor Cyrus Bikerstaff, nuestro gobernador.

—¿Y los sueldos serán los indicados en el contrato?

—Exactamente, un millón de pesos.

—¿Para los cuatro? —exclama Pinchinat.

—Para cada uno —responde sonriendo Calixtus Munbar—, y todavía esta cifra no está en relación con el mérito de ustedes, que con nada se podría pagar...

Hay que convenir en que no es posible ser más amable. Y sin embargo, Sebastián Zorn protesta. No quiere aceptar a ningún precio; quiere partir para San Diego, y no sin trabajo Frascolín consigue calmar su indignación. Por otra parte, en presencia de la proposición del superintendente, es lógico abrigar cierta desconfianza. Un contrato por un año, al precio de un millón de pesos para cada uno, ¿puede tomarse en serio?

Muy en serio, como Frascolín puede comprobarlo cuando pregunta:

—¿Y el sueldo lo pagarán...?

—Por trimestres —responde el superintendente—. He aquí el importe del primero.

De los montones de billetes que inflan su cartera, Calixtus Munbar hace cuatro paquetes de doscientos cincuenta mil pesos cada uno, que entrega a Frascolín y a sus compañeros. He aquí la manera americana de tratar los negocios.

Sebastián Zorn se conmueve un poco. Pero, como el mal humor no pierde jamás sus derechos sobre él, no puede retener esta reflexión:

—Después de todo, al precio a que están las cosas en su isla, si se paga por una perdiz veinticinco pesos, se pagarán, sin duda, cien pesos por un par de guantes, y quinientos por un par de zapatos.

—¡Oh, señor Zorn! La compañía no repara en esas bagatelas — exclama Calixtus Munbar— y desea que los artistas del Cuarteto Concertante no paguen nada durante su permanencia en sus dominios.

A estas generosas ofertas, ¿cómo responder si no es firmando el contrato?

Es lo que hacen Frascalín, Pinchinat e Yvernés.

Sebastián Zorn murmura que todo ello es absurdo. Embarcarse en una isla móvil no tiene sentido común. Ya se verá cómo termina todo... Pero, al fin, se decide a firmar.

Y cumplida esta formalidad, si Frascalín, Pinchinat e Yvernés no besan la mano de Calixtus Munbar, por lo menos se la estrechan afectuosamente. ¡Cuatro apretones de manos por un millón para cada uno!

Y he aquí cómo el Cuarteto Concertante se ha lanzado en una aventura inverosímil y en qué circunstancias curiosas sus miembros han venido a ser los invitados de los millonarios de Standard Island.

VII

RUMBO AL OESTE



Standard Island navega suavemente por las aguas de este océano Pacífico, que justifica su nombre en semejante época del año. Acostumbrados ya a esta traslación tranquila, Sebastián Zorn y sus compañeros ni siquiera advierten que están navegando. Por poderosas que sean sus hélices, de una fuerza de diez millones de caballos, apenas si un ligero estremecimiento se propaga a través del casco. Milliard City no tiembla en su base ni experimenta ninguna de esas oscilaciones por efecto del oleaje a que, sin embargo, obedecen los más poderosos acorazados de las marinas de guerra. En las casas no hay ni mesas ni lámparas atornilladas. ¿Para qué? Las casas de París, de Londres, de Nueva York, no están más firmes sobre sus cimientos.

Después de una escala de algunas semanas en la bahía Magdalena, el consejo de notables de Standard Island, reunido por el presidente de la compañía, había dispuesto el programa del viaje anual. La isla de hélice iba a unir los principales archipiélagos del este del Pacífico, en medio de esa atmósfera tan rica en ozono, en oxígeno condensado, electrizado, dotado de particularidades activas que no posee el oxígeno en su estado ordinario. Puesto que este aparato tiene libertad de movimientos, la aprovecha para marchar a su antojo, ya hacia el oeste, ya hacia el este, aproximándose al litoral americano, si quiere, o visitando las costas orientales de Asia, si tal es su gusto. Standard Island va a cualquier parte para gustar de las distracciones de una navegación variada, y hasta si le conviene abandonar el océano Pacífico por el índico o el Atlántico, doblar el cabo de Hornos o el de Buena Esperanza, le bastaría tomar esa dirección, y estén convencidos de que ni las corrientes ni las tempestades le impedirían llegar a su destino.

Pero no hay por qué lanzarse a través de esos lejanos mares, en los que la *Joya del Pacífico* no hallaría lo que este océano le ofrece en medio del interminable rosario de sus grupos insulares. Este escenario es suficientemente amplio para múltiples itinerarios. La isla de hélice puede recorrerlo de un archipiélago al otro. Si no está dotada de ese instinto especial de los animales, ese sexto sentido de la orientación que los dirige allá donde los llaman sus necesidades, está conducida por una mano segura que la guía de acuerdo con un programa largamente discutido y unánimemente aprobado. Hasta ahora jamás ha habido desacuerdo entre los tribordeses y los babordeses. En este momento, en virtud de la decisión tomada, se marcha hacia el oeste, hacia el grupo de las islas Sandwich. La distancia de unas mil doscientas leguas que separa este grupo del lugar donde se ha embarcado el cuarteto, la recorrerá en un mes Standard Island a una velocidad moderada, y se hará escala en el archipiélago hasta el día en que convenga ir a otro del hemisferio meridional.

A la mañana siguiente de aquel día memorable, el cuarteto deja el hotel Excelsior y va a instalarse en un departamento del Casino puesto a su disposición, departamento muy cómodo y lujosamente amueblado, cuyas ventanas dan a la avenida Primera. Sebastián Zorn, Frascolín, Pinchinat e Yvernés tienen cada uno su cuarto, alrededor de un salón común. El patio central del establecimiento les ofrece la sombra de sus árboles y la frescura de sus fuentes cantarinas. A un lado de este patio se encuentra el museo de Milliard City, y al otro, la sala de conciertos en la que los artistas parisienses van tan felizmente a sustituir los ecos de los fonógrafos y las transmisiones de los teatrófonos. Dos veces por día, tres, tantas cuantas deseen, se les preparará la mesa en el comedor, sin que el *maître*

d'hôtel

les presente sus cuentas inverosímiles.

Aquella mañana, reunidos en el salón antes de bajar a desayunar, pregunta Pinchinat:

—Y bien, compañeros, ¿qué dicen de esto?

—Es un sueño —responde Yvernés—, un sueño en el que estamos contratados por un millón al año.

—Es una realidad —responde Francolín—. Busca en tu bolsillo y

encontrarás el importe del primer trimestre del susodicho millón.

—Falta saber aún cómo terminará esto. ¡Y me imagino que muy mal! —exclama Sebastián Zorn, que, testarudo, quiere a toda costa encontrar defectos—. Además, ¿y nuestros equipajes?

En efecto, los equipajes debían ser enviados a San Diego, de donde no pueden volver y adonde sus propietarios no pueden ir a buscarlos. ¡Oh, equipajes bien sencillos! Algunas valijas, ropa blanca, utensilios de tocador, varios trajes, entre otros el de gala para aparecer en público.

No hay por qué inquietarse a este respecto. En cuarenta y ocho horas aquel guardarropa un poco averiado será reemplazado por otro, puesto a la disposición de los cuatro artistas, sin que tengan que pagar mil quinientos pesos por el traje y quinientos por los zapatos.

Además, Calixtus Munbar, encantado de haber llevado a buen término y con tal habilidad este delicado negocio, se adelanta a los deseos del cuarteto. Imposible imaginar un superintendente más complaciente. Ocupa uno de los departamentos del Casino, cuyos diversos servicios están bajo su absoluta dirección; la compañía le paga un sueldo digno de su magnificencia y de su munificencia. Preferimos no indicar la cifra...

En el Casino hay salas de lectura y de juego; pero el bacará, el treinta y cuarenta, la ruleta, el póquer y otros juegos de azar están rigurosamente prohibidos. Se ve también un salón de fumar donde funciona el transporte directo a domicilio del tabaco preparado por una sociedad recientemente fundada. El humo del tabaco, quemado en un establecimiento central, purificado y desprovisto de nicotina, es distribuido por tubos especiales con boquilla de ámbar a los fumadores. No hay más que aplicar los labios, y un contador registra el gasto diario.

En este Casino, al que los aficionados pueden ir para deleitarse con esa música lejana a la que ahora van a unirse los conciertos del cuarteto, se encuentran también las colecciones de Milliard City. Para los aficionados a la pintura, el museo, rico en cuadros antiguos y modernos, ofrece numerosas obras maestras adquiridas a precio de oro. Hay en él telas de las escuelas holandesa, alemana, francesa, que podrían envidiar las colecciones de París, de Londres, de Munich, de Roma y de Florencia; cuadros de Rafael, de Da Vinci, de

Giorgione, de Corregio, de Dominiquino de Ribera, de Murillo, de Ruysdael, de Rembrandt, de Rubens, de Cuyp, de Franz Hals, de Hobbema, de Van Dyck, de Holbein, etc., y también, entre los modernos, obras de Fragonard, de Ingres, de Delacroix, de Scheffer, de Cabat, de Delaroche, de Regnaut, de Couture, de Meissonier, de Millet, de Rousseau, de Jules Dupré, de Brascassat, de Mackart, de Tumer, de Troyon, de Corot, de Daubigny, de Baudry, de Bonnat, de Carolus Duran, de Jules Lefebvre, de Vollon, de Bretón, de Binet, de Yon, de Cabanel, y otros.



Con el fin de asegurarles una duración eterna, estos cuadros han sido colocados en el interior de vitrinas donde se ha hecho antes el vacío. Conviene observar que los impresionistas y los futuristas, no tienen representantes en este museo; pero, sin duda, no tardará ello

en ocurrir, y Standard Island no escapará a esta invasión de la peste decadente. [60]

El museo posee igualmente estatuas de gran valor, mármoles de célebres escultores antiguos y modernos, colocadas en los patios del Casino. Gracias a este clima sin lluvias ni nieblas, estatuas y bustos pueden resistir impunemente los ultrajes del tiempo.

Arriesgado sería pretender que tales maravillas sean visitadas con frecuencia, que los ricachos de Milliard City tengan un gusto muy refinado por estas producciones del arte, que el sentido artístico esté muy desarrollado en ellos. Hay que hacer notar, sin embargo, que la sección de los tribordeses cuenta con más aficionados que la de los babordeses. Por lo demás, todos están de acuerdo cuando se trata de adquirir alguna obra maestra, y entonces sus inverosímiles ofertas la arrebatan a todos los duques de Aumale, a todos los Chauchard del antiguo y del nuevo continente.

Las salas más frecuentadas del Casino son las de lectura, dedicadas a las revistas, a los periódicos europeos o americanos, traídos por los barcos de Standard Island, en servicio regular con Magdalena. Después de haber sido hojeadas, leídas y releídas, las revistas son colocadas en los estantes de la biblioteca, en los que se alinean algunos millares de obras, cuya clasificación necesita la presencia de un bibliotecario con un sueldo de veinticinco mil dólares, y que quizá es el menos ocupado de los funcionarios de la isla. Esta biblioteca contiene también un cierto número de libros fonográficos: para evitarse el trabajo de leer, se aprieta un botón y se oye la voz de un excelente lector que lee con tal perfección que sería algo así como la *Fedra* de Racine leída por M. Legouvé. [61]

En cuanto a los diarios de «la localidad», son redactados, compuestos e impresos en los talleres del Casino, bajo la dirección de dos redactores jefes. Uno es el *Starboard Chronicle*, para la sección de estribor, y el otro el *New Herald*, para la de babor. La crónica diaria está alimentada por hechos diversos: la llegada de los vapores, los encuentros marítimos, el precio de los productos que interesan al banjo comercial, la ubicación cotidiana de la isla en longitud y latitud, las decisiones del consejo de notables, los decretos del gobernador, las actas del estado civil: nacimientos, matrimonios y defunciones, estas últimas muy escasas. Por otra

parte, allí jamás hay robos ni asesinatos, y el único tribunal que existe no funciona más que para los asuntos civiles, las cuestiones entre particulares. Jamás se publican artículos sobre los centenarios, puesto que la longevidad de la vida humana no es aquí privilegio de muy pocos.

En lo que se refiere a la política extranjera, la isla está al tanto de las novedades por las comunicaciones telefónicas con la bahía Magdalena, donde se unen los cables sumergidos en las profundidades del Pacífico. Los habitantes de Milliard City están, así, informados de lo que pasa en el mundo entero, cuando los hechos presentan algún interés. Agreguemos que el *Starboard Chronicle* y el *New Herald* han vivido hasta ahora en buena armonía, pero no se podría jurar que esta cortesía dure siempre. Muy tolerantes, muy conciliadores en el terreno de la religión, el protestantismo y el catolicismo, están en buenas relaciones en Standard Island. Verdad es que si se mezcla en el porvenir la odiosa política, si hace presa en algunos la nostalgia de los negocios, si entran en juego las cuestiones de interés personal y de amor propio... Además de estos dos diarios, hay algunos periódicos semanales o mensuales que reproducen los artículos de las hojas extranjeras, como los de Lemaitre Charmes, Fournel, Deschamps, Fouquier, France y otros críticos de fama; y, por último, las revistas ilustradas, sin contar una docena de hojas vespertinas dedicadas a las noticias de sociedad y que no tienen otro fin que distraer unos momentos el espíritu y... el estómago. ¡Sí, algunas están impresas sobre una pasta comestible con tinta de chocolate! Cuando se las ha leído, se las come en el desayuno: unas son astringentes, otras ligeramente purgantes, y hacen bien al organismo. El cuarteto encuentra esta invención tan agradable como práctica.

—¡He aquí lecturas de fácil digestión! —observa sentenciosamente Yvernés.

—¡Y literatura nutritiva! —responde Pinchinat.

—Repostería y literatura mezcladas concuerdan perfectamente con la música higiénica.

Muy natural es ahora preguntarse de qué recursos dispone la isla de hélice para mantener la población en tales condiciones de bienestar como no tiene, ni aproximadamente, ninguna otra ciudad de los dos mundos. Preciso es que sus rentas lleguen a una suma

inverosímil, teniendo en cuenta los créditos destinados a los diversos servicios y los sueldos asignados a los más modestos empleados. Y cuando, con tal motivo, interrogan al superintendente, éste les responde:

—Aquí no se hacen negocios. Nosotros no tenemos ni Board of Trade, [62] ni Bolsa, ni industria. En cuanto al comercio, no hay más que el indispensable para satisfacer las necesidades de la isla, y no ofreceremos jamás a los extranjeros una copia del

World's

Fair de Chicago en 1893 o de la Exposición de París de 1900. [63] No, la poderosa esclavitud de los negocios no existe aquí. No es a ellos, pues, que pedimos los recursos necesarios para el sostenimiento de Standard Island, sino a la aduana. ¡Sí, los derechos nos permiten satisfacer todas las exigencias del presupuesto!

—¿Y ese presupuesto? —interroga Frascalín.

—¡Está fijado en treinta millones de dólares, mis queridos amigos!

—¡Ciento cincuenta millones de pesos, y para una ciudad de diez mil almas!

—Como usted lo dice, mi querido Frascalín, y esa suma proviene únicamente de los derechos de aduana. No tenemos contribuciones ni concesiones, pues la producción local es casi insignificante. No contamos más que con los derechos percibidos en Tribord Harbour y en Babord Harbour. Esto les explicará a ustedes la carestía de los objetos de consumo, carestía relativa, pues esos precios, por elevados que a ustedes les parezcan, están en relación con los medios de que dispone cada uno.

Y he aquí de nuevo a Calixtus Munbar que se deja arrastrar por su entusiasmo, alabando a la isla, a la que considera un pedazo de un planeta superior caído en medio del Pacífico, un edén flotante, en el que se han refugiado los sabios. Si la verdadera dicha no se encuentra ahí, es porque no existe sobre la tierra. Parece decir: «¡Entren, señores! ¡Entren ustedes, señoras! ¡Pasen por la taquilla! ¡Hay muy pocas localidades! ¡Saquen su billete!».

Es cierto, los sitios son pocos, y los billetes caros. ¡Bah! El superintendente baraja como si tal cosa los millones, que no son más que unidades en aquella ciudad millonada.

Durante aquel discurso, en que las frases forman cascadas y los

ademanes se multiplican con un frenesí semafórico, el cuarteto se pone al corriente de las diversas ramas de la administración. En primer lugar, hay escuelas en que la instrucción, gratuita y obligatoria, es impartida por profesores pagados como ministros. Allí se enseñan las lenguas vivas y muertas, historia, geografía, ciencias físicas y matemáticas, artes decorativas, mejor que en cualquier universidad o academia del viejo mundo, según dice Calixtus Munbar. La verdad es que los estudiantes no se fatigan gran cosa; y si la generación actual posee todavía algo del barniz cultural adquirido en los colegios de los Estados Unidos de Norteamérica, la generación que le suceda tendrá menos instrucción que rentas. Aquí está el punto defectuoso, pues los hombres no pueden menos que perder al aislarse en tal forma del resto de la humanidad. Pero ¿no viajan nunca al extranjero los habitantes de esta isla móvil? ¿No van nunca a visitar otros países, las grandes capitales de Europa? ¿No recorren las comarcas a las que el pasado ha dejado tantas obras maestras de todo género? Sí, algunos van a regiones lejanas impulsados por cierto sentimiento de curiosidad. Pero se fatigan, casi todos se aburren: no encuentran nada que se asemeje a la vida uniforme de Standard Island; sufren con el calor y el frío, hasta se resfrían; y en Milliard City nadie se resfría. De modo que a esos imprudentes que han tenido la infeliz idea de abandonar la isla les corre gran prisa por volver a ella. ¿Qué provecho han sacado de sus viajes? Ninguno. «Partieron siendo maletas, y maletas vuelven», como dice una antigua sentencia de los griegos; y añadimos nosotros: «Seguirán siendo maletas».

En cuanto a los extranjeros, a quienes debería atraer la celebridad de Standard Island —la novena maravilla del mundo desde que la torre Eiffel, según dicen, ocupa el octavo lugar—, Calixtus Munbar opina que nunca serán muy numerosos. De los que han ido el último año, en su mayoría eran americanos. De las otras naciones, pocos o ninguno. Sin embargo, ha habido algunos ingleses, fáciles de reconocer por su pantalón invariablemente levantado con el pretexto de que llueve en Londres. Además, Gran Bretaña ha visto con poca simpatía la creación de Standard Island, que, en su opinión, molesta la circulación marítima, y ella desearía su desaparición. En cuanto a los alemanes, no obtienen más que una tibia acogida, como personas que muy pronto harían de Milliard

City una nueva Chicago, si se les dejara. De todos los extranjeros, los franceses son los que la compañía acepta con más simpatía, porque no pertenecen a las razas invasoras de Europa. Pero ¿había aparecido algún francés por Standard Island?

—No es probable —observa Pinchinat.

—No somos bastante ricos —añade Frascalín.

—Para ser rentista, es posible —responde el superintendente—, pero no para ser funcionario.

—¿Hay, pues, un compatriota nuestro en Milliard City? —pregunta Yvernés.

—Hay uno.

—¿Y quién es ese privilegiado?

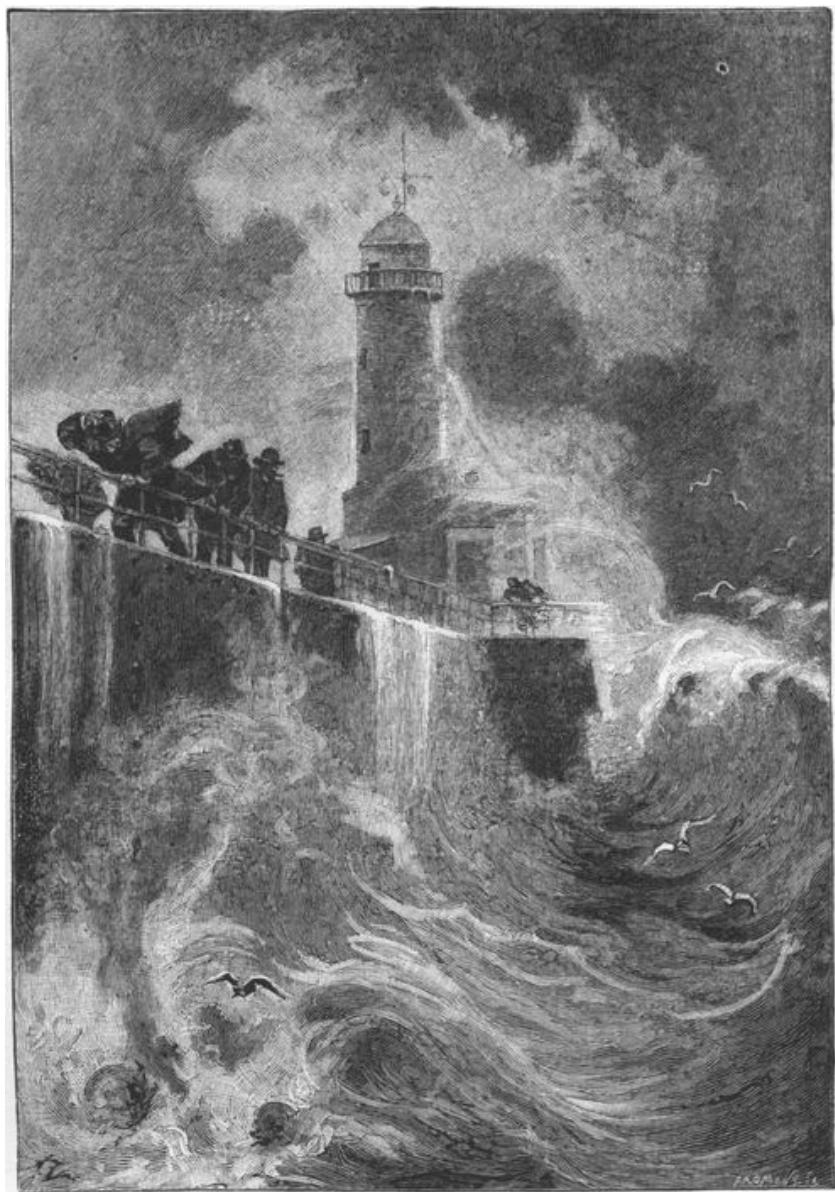
—*Mr.* Atanasio Doremus.

—¿Y qué hace aquí ese Atanasio Doremus? —exclama Pinchinat.

—Es profesor de baile y de modales distinguidos, magníficamente pagado por la administración, sin hablar de las lecciones particulares.

—¡Que sólo un francés es capaz de dar! —replica Su Alteza.

Al presente, el cuarteto sabe a qué atenerse sobre la organización de la vida administrativa de Standard Island. No queda más que abandonarse al encanto de esta navegación que la arrastra al oeste del Pacífico.



Si no fuera porque el sol se levanta tan pronto sobre un punto de la isla como sobre otro, según la orientación dada por el comodoro Simcoe, Sebastián Zorn y sus camaradas podrían creerse en tierra firme. Dos veces durante la quincena que siguió estallaron tormentas con borrascas violentas y terribles huracanes, pues

también se forman algunas en el Pacífico, a pesar de su nombre. Las olas se estrellaban contra el casco metálico como contra un acantilado y lo cubrían con su espuma. Pero Standard Island no se conmovía por los asaltos del mar embravecido. Los furores del océano nada pueden contra ella. El genio del hombre ha vencido a la naturaleza. Quince días después, el 11 de junio, los artistas dan el primer concierto de música de cámara, cuyo programa, con letras eléctricas, es paseado a lo largo de las grandes avenidas. De más está decir que el cuarteto ya ha sido presentado al gobernador y a los funcionarios de la Municipalidad. Cyrus Bikerstaff les ha hecho la más calurosa acogida, y los diarios, después de recordar el éxito de las giras del Cuarteto Concertante por los Estados Unidos de Norteamérica, han felicitado calurosamente al superintendente, que ha sabido asegurarse su concurso, aunque de manera un poco arbitraria, como ya se sabe. ¡Qué alegría oír y ver al mismo tiempo a estos artistas ejecutando las obras de los grandes maestros! ¡Qué regalo para los entendidos!

Porque los cuatro parisienses hayan sido contratados por el Casino de Milliard City con sueldos fabulosos, no hay que imaginar que sus conciertos se ofrecen gratis al público. Muy al contrario, la administración espera obtener un buen beneficio, como hacen esos empresarios americanos a los que sus cantantes cuestan un dólar por compás y hasta por nota. Si es costumbre pagar por los conciertos teatrofónicos y fonográficos del Casino, aquel día se pagará también, e infinitamente más caro. Todos los asientos están al mismo precio: doscientos dólares la butaca, o sea, mil francos en moneda francesa. Calixtus Munbar está convencido de que la sala se llenará.

No se engaña. Se han comprado todos los asientos disponibles. La cómoda y elegante sala del Casino no contiene más que un centenar, es verdad; y, de haberlos revendido, quién sabe a qué precios habrían llegado. Pero tal cosa hubiera sido contraria a los usos de Standard Island. Todo lo que tiene un valor marcado, es limitado de antemano por la comisión que fija los precios, y esto tanto para lo superfluo como para lo necesario. Sin esta precaución, y teniendo en cuenta las inverosímiles fortunas de algunos, se produciría un monopolio que convenía evitar. Verdad es que si los ricos de estribor van al concierto por amor al arte, es posible que

los de babor no vayan más que por conveniencia.

Cuando Sebastián Zorn, Pinchinat, Yvernés y Frascalín aparecían ante los espectadores de Chicago, de Filadelfia, de Baltimore, no exageraban al decir: «He aquí un público que vale millones». Pues bien, esa noche no faltarían a la verdad si contaran por *milliards*. ¡Cálculése! Jem Tankerdon y Nat Coverley, con sus respectivas familias, brillan en la primera fila de butacas. En los otros lugares, *passim*, [64] gran número de aficionados que, aunque no son tan ricos, no dejan de tener la bolsa llena, como observa Pinchinat.

—¡Vamos! —dice el director del cuarteto cuando llega el momento de presentarse en el escenario.

Y van, no tan emocionados como lo hubiesen estado ante un público parisiense, que, si tal vez no posee tanto dinero, tiene más sentimiento artístico en el alma.

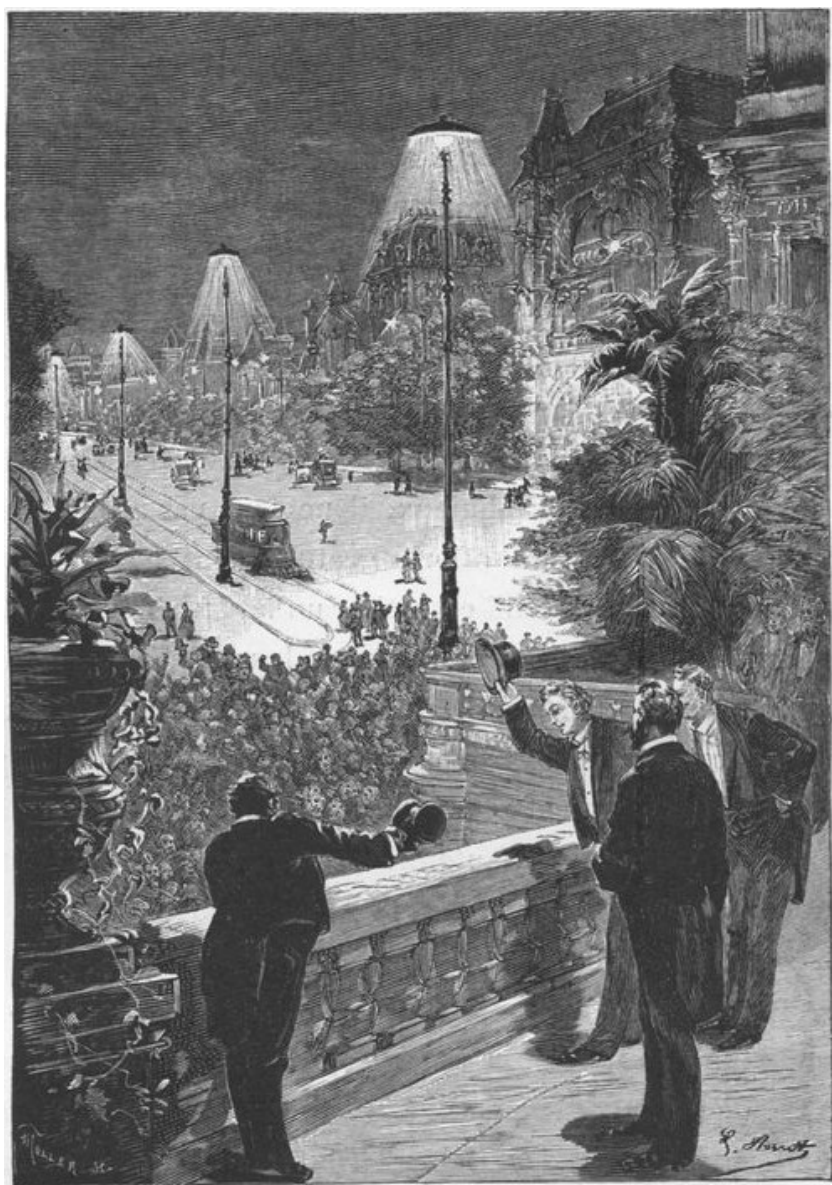
Hay que advertir que, si bien no han tomado aún lecciones de Doremus, su compatriota, Sebastián Zorn, Yvernés, Frascalín y Pinchinat tienen un aspecto muy correcto: corbata blanca de veinticinco francos, guantes gris perla de cincuenta, camisa de setenta, zapatos de ciento ochenta, chaleco de doscientos, pantalón negro de quinientos y frac negro de mil quinientos; todo por cuenta de la administración, de más está decir. Son aclamados, aplaudidos entusiastamente por los de estribor, más discretamente por los de babor: cuestión de temperamento.

El programa del concierto comprende cuatro números que ha suministrado la biblioteca del Casino, ricamente provista gracias a los cuidados del superintendente: *Primer Cuarteto en mi bemol, opus 12*, de Mendelssohn; *Segundo Cuarteto en fa mayor, opus 16*, de Haydn; *Décimo Cuarteto en mi bemol, opus 74*, de Beethoven, y *Quinto Cuarteto en la mayor, opus 10*, de Mozart.

Los ejecutantes, que hacen maravillas en esta sala de multimillonarios a bordo de la isla flotante, sobre la superficie de un abismo cuya profundidad, en esta parte del Pacífico, pasa de cinco mil metros, obtienen un éxito considerable y justificado, sobre todo entre los aficionados de la sección de estribor. ¡Hay que ver al superintendente en esta noche memorable! Está radiante. Se diría que es él quien acaba de tocar. ¡Qué feliz estreno para los campeones de la música concertante y para su empresario!

Es preciso observar que, si la sala está llena, los alrededores del

Casino desbordan de gentío; y, en efecto, muchos no han podido conseguir ni siquiera un rinconcito para ubicarse, y a otros los ha detenido el alto precio de los asientos. Estos últimos son los que tienen una renta tan limitada que apenas les alcanza para vivir.



Este auditorio oye de lejos, como si la música saliera de la caja de un fonógrafo o de un teléfono, pero no por eso son menos vivos sus aplausos. Estos estallan con fragor cuando, terminado el concierto, Sebastián Zorn, Yvernés, Frascolín y Pinchinat se presentan en la terraza del pabellón de la izquierda. La avenida Primera está inundada de luz. Desde lo alto, las lunas eléctricas vierten sus rayos, de los que la pálida Selene debe estar celosa. Enfrente del Casino, sobre la acera, y un poco apartada, una pareja atrae la atención de Yvernés. El hombre, de estatura elevada, de fisonomía distinguida, severa, casi triste, aparenta unos cincuenta años; la mujer, aunque más joven, esbelta y de aspecto altivo, deja ver bajo su sombrero algunos cabellos blanqueados por la edad.

Yvernés, impresionado por su actitud reservada, muestra el grupo a Calixtus Munbar y le pregunta:

—¿Quiénes son esas personas?

—¿Ésas? —responde el superintendente haciendo con los labios una mueca desdeñosa—. ¡Oh, son melómanos furiosos!

—¿Y por qué no han tomado un asiento en la sala del Casino?

—Sin duda porque es muy caro para ellos.

—¿Entonces, su fortuna...?

—Apenas llega a doscientos mil pesos de renta.

—¡Vaya! —dice Pinchinat—. ¿Y quiénes son esos pobres diablos?

—El rey y la reina de Malecarlia.

VIII

NAVEGACIÓN



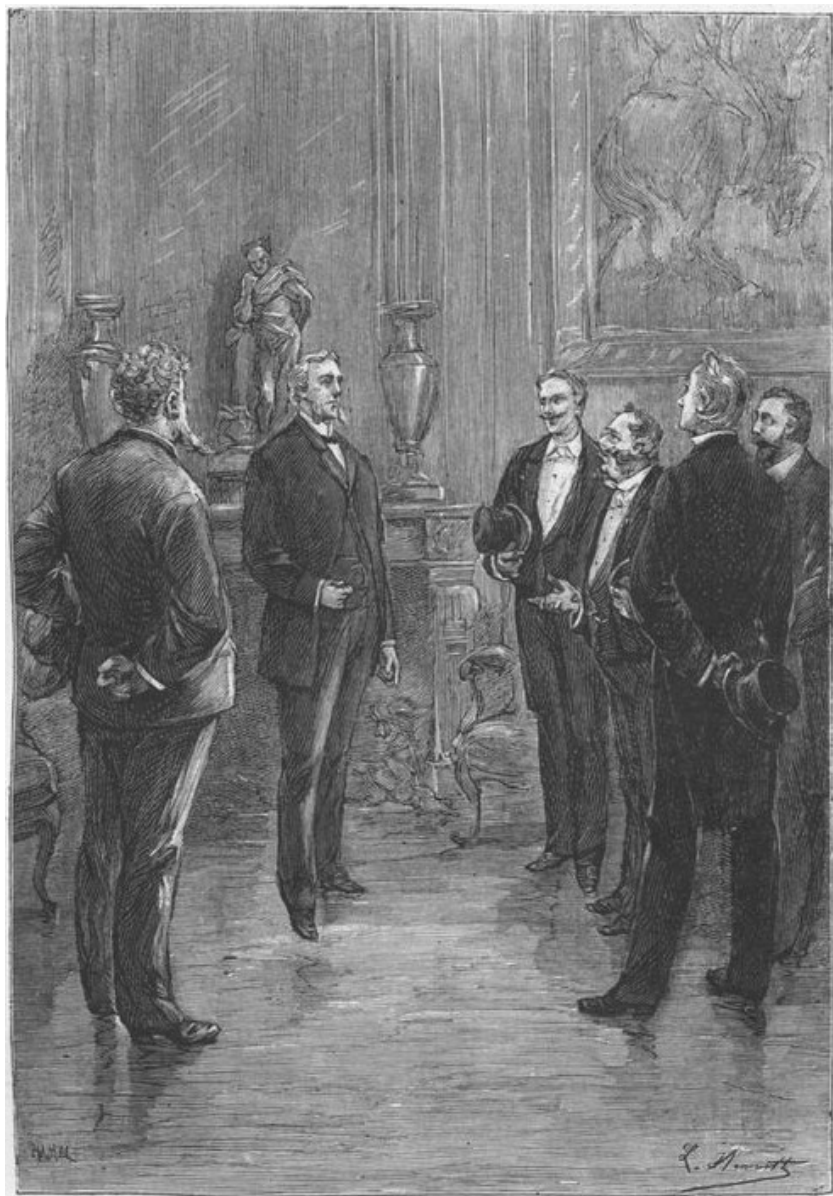
Después de haber creado este extraordinario aparato de navegación, la Standard Island Company tuvo que atender las exigencias de una doble organización: marítima por una parte y administrativa por otra. Ya se sabe que la primera tiene por director, o más bien por capitán, al comodoro Ethel Simcoe, de la marina de los Estados Unidos de Norteamérica. Es un hombre de cincuenta años, navegante experimentado, que conoce a fondo todos los parajes del Pacífico, sus corrientes, sus tempestades, sus escollos rocosos y coralíferos. De aquí proviene su perfecta aptitud para conducir con mano segura la isla de hélice confiada a su cuidado, y las adineradas existencias de las que es responsable ante Dios y ante los accionistas de la sociedad. La segunda organización, que comprende los diversos servicios administrativos, está en manos del gobernador, *Mr.* Cyrus Bikerstaff, yanqui del Maine, uno de los estados federales que menos participó en las luchas fratricidas de la confederación americana durante la Guerra de Secesión. Feliz ha sido, pues, la elección de Cyrus Bikerstaff para guardar el justo medio entre las dos secciones de la isla de hélice.

El gobernador, que tiene cerca de setenta años, es soltero; hombre frío y con un gran dominio sobre sí mismo, oculta una gran energía bajo su flemática apariencia, y es muy inglés por su actitud reservada, los modales de *gentleman* y la discreción diplomática que acompañan sus palabras y sus actos.

En cualquier otro país que no fuera Standard Island sería un hombre respetable. Pero aquí no es, en suma, más que el agente superior de la compañía. Además, aunque su sueldo equivalga al presupuesto de la casa real de un pequeño país de Europa, no es

rico. ¿Y qué papel puede hacer en presencia de los nababs de Milliard City?

Cyrus Bikerstaff, al mismo tiempo que gobernador de la isla, es el alcalde de la capital. Como tal, ocupa el Palacio Municipal, levantado en la extremidad de la avenida Primera, del lado opuesto al Observatorio, donde reside el comodoro Simcoe. Allí están establecidas las oficinas, y allí se extienden las actas de los nacimientos, que ocurren en número suficiente para asegurar el porvenir; de las defunciones —los muertos son transportados al cementerio de la bahía Magdalena—; de los matrimonios, que deben celebrarse civilmente antes que religiosamente, según el código de Standard Island. Allí funcionan también los diversos servicios de la administración, que no dan ningún motivo de queja a los administrados, lo que hace honor al alcalde y a sus agentes.



Cuando a Sebastián Zorn, Yvernés, Pinchinat y Frascalín les fueron presentados por el superintendente, experimentaron una favorable impresión, la que produce un hombre bueno y justo, de espíritu práctico, que no se abandona ni a los prejuicios ni a las quimeras.

—Señores —dijo—, es una dicha para nosotros tenerlos en nuestra isla. Quizá el procedimiento empleado por el superintendente no haya sido de una absoluta corrección. Pero ustedes lo disculpan, ¿verdad? Por otra parte, no tendrán motivo de queja de nuestra Municipalidad. No se les exigirá más que dos conciertos mensuales, dejándolos en libertad de aceptar las invitaciones particulares que les sean dirigidas. Los considero músicos de gran talento y no olvidaré jamás que han sido los primeros artistas que he tenido el honor de recibir.

El cuarteto, encantado de la acogida, no oculta su satisfacción a Calixtus Munbar.

—Sí, *Mr.* Cyrus Bikerstaff es un hombre muy amable —responde el superintendente encogiéndose ligeramente de hombros—. Es una lástima que no posea uno o dos *milliards*.

—Nadie es perfecto —responde Pinchinat.

El gobernador-alcalde de Milliard City tiene dos ayudantes para la sencillísima administración de la isla, y un escaso número de empleados convenientemente retribuidos para atender los diversos servicios. No hay consejo municipal. ¿Para qué? Está reemplazado por el consejo de notables, compuesto por unos treinta personajes de los más calificados por su inteligencia y su fortuna, que se reúnen cuando hay que tomar alguna medida importante, entre otras el itinerario que se debe fijar en interés de la higiene general. Nuestros parisienses pudieron ver que en este punto tenían algunas veces dificultades en ponerse de acuerdo. Pero hasta ahora, gracias a su hábil y sabia intervención, Cyrus Bikerstaff ha conseguido siempre conciliar los intereses opuestos y el amor propio de sus administrados.

De más está decir que uno de sus dos auxiliares es protestante, Barthelémy Ruge, y el otro, católico, Hubley Harcourt, escogidos los dos entre los altos funcionarios de la Standard Island Company; ambos secundan con inteligencia a Cyrus Bikerstaff.

Así vive desde hace dieciocho meses, en la plenitud de su independencia, fuera de toda relación diplomática, libre sobre ese vasto mar del Pacífico, al abrigo de las inclemencias del tiempo, bajo el cielo que escoge, la isla artificial sobre la cual el cuarteto va a vivir un año entero. Que se hallen expuestos a algunas sorpresas desagradables, que el porvenir les reserve algo imprevisto, no

pueden ni imaginarlo ni temerlo, a pesar de las predicciones del violoncelista, pues a bordo todo está reglamentado, todo está dispuesto con orden y regularidad. Sin embargo, al crear esa obra lanzada a la superficie del vasto océano, ¿el genio humano no ha traspasado los límites asignados al hombre por el Creador?

La navegación continúa hacia el oeste. Todos los días, en el momento en que el sol pasa por el meridiano, se establece la posición por los oficiales del Observatorio que están a las órdenes del comodoro Ethel Simcoe. Un cuádruple cuadrante, dispuesto en las caras laterales de la torre del Palacio Municipal, da la posición exacta en longitud y latitud, y estas indicaciones son enviadas telegráficamente hasta los últimos rincones de las calles, a los hoteles, a los edificios públicos, al interior de las casas particulares, al mismo tiempo que la hora, que varía según sea la dirección al este o al oeste. Los habitantes de Milliard City pueden saber, pues, a cada instante, en qué punto del itinerario se encuentra Standard Island.

Aparte del insensible movimiento en la superficie del océano, Milliard City no ofrece diferencia alguna con las grandes capitales del antiguo o del nuevo continente. La vida es idéntica, lo mismo en la parte pública que en la privada. En realidad poco ocupados, nuestros artistas emplean sus primeros ocios en visitar cuanto encierra de curioso la *Joya del Pacífico*. Los tranvías los trasladan a todos los puntos de sus orillas. Las dos fábricas de energía eléctrica despiertan en ellos verdadera admiración por el orden que allí reina, el poder de sus máquinas, que accionan un doble rosario de hélices, y la admirable disciplina del personal; una fábrica la dirige el ingeniero Watson, y la otra, el ingeniero Somwah. A intervalos regulares, Babord Harbour y Tribord Harbour reciben los vapores destinados al servicio de Standard Island, en dependencia de la posición que sea más fácil para el ataque.

Si el obstinado Sebastián Zorn rehúsa admirar estas maravillas, si Frascalín es más moderado en sus sentimientos, ¿en qué estado de admiración vive constantemente el entusiasta Yvernés! En su opinión, no transcurrirá el siglo xx sin que los mares sean surcados por islas flotantes. Ésta debe ser la última palabra del progreso y la comodidad en el porvenir. ¡Qué espectáculo soberbio el de esta isla móvil que va a visitar a sus hermanas de Oceanía! En cuanto a

Pinchinat, se siente mareado en este medio opulento donde se habla de millones como en otras partes de níqueles. Todos llevan habitualmente dos o tres mil dólares en el bolsillo, y Su Alteza está ya tan habituado que más de una vez dice a Frascalín:

—Viejo, ¿por casualidad tienes ahí cincuenta mil pesos?

Entretanto, el cuarteto ha entablado algunas relaciones, seguro de ser bien recibido en todas partes. Además, recomendados por Calixtus Munbar, ¿quién no ha de tratarlos bien?



En primer lugar han visitado a su compatriota Atanasio Doremus, profesor de danza, gracia y modales distinguidos. Este excelente hombre ocupa, en la sección de estribor, una modesta casa de la avenida Veinticinco, cuyo alquiler le cuesta tres mil dólares. Una anciana negra le sirve de criada por cien dólares

mensuales. Está encantado de entablar relaciones con franceses... y franceses que hacen honor a Francia.

Es un hombre de setenta años, flaco, de baja estatura, con la mirada todavía viva, la dentadura completa y abundante cabellera ensortijada, blanca como su barba. Camina lentamente con cierta cadencia rítmica, el busto hacia adelante, la cintura encorvada, los brazos arqueados y los pies con las puntas hacia afuera e irreprochablemente calzados.

Nuestros artistas experimentan un gran placer en hacerlo hablar, a lo que él se presta con buena voluntad, pues su gracia iguala su locuacidad.

—¡Qué dichoso soy, mis queridos compatriotas, qué dichoso soy! —repite veinte veces en la primera visita—. ¡Qué dichoso soy al verlos! ¡Qué excelente idea han tenido ustedes de venir a esta ciudad! No se arrepentirán, pues, por mi parte, ahora que estoy habituado, no comprendería que fuera posible vivir de otro modo.

—¿Y desde cuándo está usted aquí, señor Doremus? —pregunta Yvernés.

—Desde hace dieciocho meses —responde el profesor—; desde la fundación de Standard Island. Gracias a las excelentes referencias de que disponía en Nueva Orleáns, donde estaba establecido, he podido hacer aceptar mis servicios a *Mr.* Cyrus Bikerstaff, nuestro querido gobernador. A partir de ese día mil veces feliz, el sueldo que se me fijó por dirigir un conservatorio de danza, gracia y buenos modales, me ha permitido vivir...

—¡A lo millonario! —exclama Pinchinat.

—¡Oh! Los millonarios aquí...

—Ya sé, ya sé, mi querido compatriota. Pero, según lo que nos ha dejado entender el superintendente, los cursos de su conservatorio no han de verse muy concurridos.

—No tengo alumnos más que en la ciudad, es cierto, jóvenes únicamente. Estas niñas americanas se creen provistas desde que nacen de todas las gracias necesarias. También los jóvenes prefieren tomar lecciones en secreto, y en secreto, pues, les inculco los bellos modales franceses.

Sonríe al hablar, haciéndose el zalamero como una vieja coqueta, y se prodiga en graciosas actitudes.

Atanasio Doremus, picardo de Santerre, [65] abandonó Francia

desde su primera juventud para instalarse en los Estados Unidos de Norteamérica, en Nueva Orleáns. Allí, entre la población de origen francés de la Luisiana, no le faltaron ocasiones de ejercitar su talento. Admitido en las principales familias, obtuvo éxito y pudo hacer algunas economías que una quiebra, un buen día, le arrebató. Era el momento en que la Standard Island Company, después de anunciar su proyecto, multiplicaba los prospectos y prodigaba los anuncios llamando a todos esos archimillonarios a quienes los ferrocarriles, las minas de petróleo y el comercio de puercos, salados o no, les habían valido fortunas incalculables.

Atanasio Doremus tuvo entonces la idea de pedir un empleo al gobernador de la nueva ciudad, donde casi no había profesores de su especialidad. Muy conocido y estimado por la familia Coverley, originaria de Nueva Orleáns, y gracias a la recomendación de su jefe, que llegaría a ser uno de los notables de más viso de estribor en Milliard City, fue bien acogido; y he aquí la razón de que un francés, un picardo, se encontrase entre los funcionarios de Standard Island. Ciertamente es que sólo da lecciones en su casa, y que la sala del Casino destinada a ellas no ve nunca reflejarse en sus espejos otra persona que la del profesor; pero esto poco importa, puesto que el sueldo es el mismo. En suma, un buen hombre, un poco ridículo y maniático y bastante engreído, es cierto, pues está persuadido de que posee, con la herencia de los Vestris [66] y de los Saint León, [67] las tradiciones de los Brummel [68] y de los lord Seymour; [69] pero a los ojos del cuarteto es un compatriota, cualidad que debe ser siempre muy apreciada cuando se está a varios miles de leguas de la patria.

Es preciso contarle las últimas aventuras de los cuatro parisienses, referirle en qué condiciones han llegado a la isla de hélice, cómo Calixtus Munbar los ha atraído «a bordo» y cómo el navío ha levado anclas algunas horas después del embarco.

—No me asombra esto en nuestro superintendente —responde el viejo profesor—. Ése es su modo de proceder. Ya lo ha usado y lo seguirá usando. Es un verdadero hijo de Barnum que terminará por comprometer a la compañía, un mal educado que tiene necesidad de algunas lecciones de cortesía, uno de esos yanquis que se extienden en un sillón apoyando los pies en la ventana. En el fondo no es malo, pero cree que todo le está permitido. Por lo demás, mis

queridos compañeros, no estén enojados con él, pues, salvo el disgusto de haber faltado al concierto de San Diego, no tendrán más que motivos para felicitarse de estar en Milliard City. Los tratarán con muchas atenciones que, estoy seguro, ustedes agradecerán.

—¡Sobre todo al final de cada trimestre! —replica Frascalín, cuyas funciones de cajero comienzan a tomar una excepcional importancia.

A una pregunta que le hacen respecto de la rivalidad existente entre las dos secciones de la isla, Atanasio Doremus confirma lo dicho por Calixtus Munbar. En su opinión, éste es un punto negro en el horizonte, y hasta una amenaza de próxima borrasca. Hay que temer entre los de estribor y los de babor algún conflicto de intereses o de amor propio. Las familias Tankerdon y Coverley, las más ricas de todas, evidencian unos celos crecientes, y tal vez se produzca al fin el estallido si alguna combinación no consigue aproximarlas. ¡Sí, un estallido!

—Con tal que esto no haga estallar la isla, no nos debemos inquietar —observa Pinchinat.

—Por lo menos, mientras nosotros estemos embarcados —añade el violoncelista.

—¡Oh, la isla es sólida, mis queridos compatriotas! —responde Atanasio Doremus—. Desde hace dieciocho meses se pasea por el mar, y ningún accidente de importancia le ha ocurrido. Nada más que reparaciones insignificantes que no han obligado ni siquiera a ir a la bahía Magdalena. Calculen ustedes: ¡es de acero!

Esto lo garantiza todo, y si el acero no da una seguridad absoluta en el mundo, ¿de qué metal fiarse? ¿Nuestro globo no es otra cosa en su casi totalidad que un inmenso carburo? Pues bien, Standard Island es la tierra en pequeño.

Pinchinat pregunta entonces al profesor lo que piensa del gobernador Cyrus Bikerstaff.

—¿También él es de acero?

—Sí, señor Pinchinat —responde Atanasio Doremus—. Dotado de gran energía, es un administrador habilísimo. Desgraciadamente, en Milliard City no basta ser de acero.

—Hay que ser de oro —responde Yvernés.

—Como usted lo dice; de lo contrario, no se es tenido en cuenta.

Ésa es la palabra exacta. Cyrus Bikerstaff, a despecho de su alto

cargo, no es más que un agente de la compañía. Preside los diversos actos de carácter civil, es el encargado de percibir el producto de las aduanas, de velar por la higiene pública, del arreglo de las calles, del cuidado de las plantaciones, de escuchar las reclamaciones de los contribuyentes; en una palabra, está muy expuesto a hacerse enemigo de la mayor parte de sus administrados. Nada más. En Standard Island es preciso *contar*, y el profesor lo ha dicho: Cyrus Bikerstaff no *cuenta*. Además, sus funciones lo obligan a mantenerse entre los dos partidos, guardando una actitud conciliadora, y a no arriesgar nada que pueda ser agradable a uno si no lo es a otro, política bastante difícil.

En efecto, empiezan ya a vislumbrarse ideas que podrían ocasionar un conflicto entre las dos secciones. Si los de estribor se han establecido en Standard Island con el pensamiento de gozar apaciblemente de sus riquezas, los de babor, que comienzan a añorar los negocios, se preguntan por qué no habría de utilizarse la isla de hélice como un inmenso navío comercial para transportar cargamentos a todos los puntos de Oceanía y por qué está prohibida toda industria en Standard Island. Aunque no están allí más que desde hace menos de dos años, estos yanquis, con Tankerdon a la cabeza, sienten la nostalgia de los negocios, y si hasta ahora no han hecho más que hablar, no por ello deja de inquietarse el gobernador Cyrus Bikerstaff, quien espera, sin embargo, que el porvenir no se oscurecerá y que las disensiones intestinas no llegarán a turbar el sosiego de la isla, fabricada expresamente para la tranquilidad de sus habitantes.

Al despedirse de Atanasio Doremus, el cuarteto le promete visitarlo otra vez. Generalmente el profesor va por la tarde al Casino, donde no aparece nadie. Y allí, no queriendo que se le acuse de inexactitud, espera, preparando sus lecciones ante los inútiles espejos de la sala.

Entretanto, la isla de hélice navega siempre hacia el oeste y un poco al sudoeste, hasta llegar al archipiélago de las Sandwich. En esos paralelos que confinan con la zona tórrida, la temperatura es ya elevada, y los habitantes de Milliard City la soportarían mal sin la brisa del mar. Felizmente las noches son frescas, aunque en plena canícula, [70] los árboles y el césped regados con la lluvia artificial, conservan su atrayente verdor.

Todos los días, a las doce, la posición indicada por el cuadrante del Palacio Municipal es telegrafiada a los diversos barrios. El 17 de junio, Standard Island se encuentra a los

155°

de longitud oeste y

27°

de latitud norte, y se aproxima al trópico.

—Se diría que la remolca el astro del día —expresa Yvernés—, o, si quieren ustedes una expresión más elegante, que va arrastrada por los caballos del divino Apolo.

Observación tan justa como poética, pero que Sebastián Zom escucha encogiéndose desdenosamente de hombros. A él no le gusta ser remolcado... contra su voluntad.

—Y además —no cesa de repetir—, ya veremos cómo termina esta aventura.

Raro es que el cuarteto no vaya todos los días a dar una vuelta por el parque, a la hora en que más abundan los paseantes. A caballo, a pie, en coche, todo lo que Milliard City cuenta de importante se encuentra en los jardines. Las mujeres elegantes muestran su tercer tocado del día, todo de un solo tono, desde el sombrero a los zapatos, y generalmente de seda de la India, muy de moda ese año.

A menudo emplean esa seda artificial de celulosa, de reflejos atornasolados, y hasta algodón hecho de madera de abeto o alerce desfibrado, lo que hace decir a Pinchinat:

—¡Ya verán ustedes cómo un día de éstos se fabrican tejidos de hiedra para los amigos fieles, y de sauce llorón para las viudas inconsolables!

En todo caso las adineradas habitantes de Milliard City no aceptarían estas telas si no vinieran de París, ni aquellos tocados si no estuvieran firmados por el rey de los modistas de esa capital, aquel que ha proclamado abiertamente este axioma: «La mujer no es más que una cuestión de forma».

Algunas veces el rey y la reina de Malecarlia pasan por entre aquel gentío. La pareja real, sin reino, inspira una sincera simpatía a nuestros artistas. ¡Qué de reflexiones les vienen a la mente al ver pasear del brazo a estos augustos personajes! Son relativamente pobres entre esos opulentos, pero se les presiente altivos y dignos,

como filósofos desprendidos de las preocupaciones del mundo. Verdad es que, en el fondo, los americanos de Standard Island se sienten lisonjeados de tener a personajes reales por conciudadanos y les guardan las atenciones debidas a su antigua situación. En cuanto al cuarteto, los saluda respetuosamente cuando los encuentra en las calles de la ciudad o en las alamedas del parque. El rey y la reina se muestran complacidos de estas señales de deferencia tan francesas; pero, en resumidas cuentas, Sus Majestades no *cuentan* más que Cyrus Bikerstaff, o tal vez menos.

Verdaderamente, los viajeros a quienes espante la navegación deberían adoptar este género de travesía a bordo de una isla móvil. En estas condiciones no hay que preocuparse de las molestias del mar, ni sentir temor de las borrascas. Con diez millones de caballos de vapor en sus entrañas, una Standard Island no puede ser detenida por las calmas, y es bastante poderosa para luchar contra los vientos contrarios. Si los choques constituyen un peligro, esto no reza con ella, y tanto peor para los barcos que se arrojen a toda velocidad contra sus costados de hierro. Aun estos encuentros no son de temer gracias a las luces que iluminan sus puertos, su proa y su popa, y a los destellos eléctricos de sus lunas de aluminio que alumbran la atmósfera. En cuanto a las tempestades, no vale la pena hablar de ellas. Su tamaño la pone en condiciones de refrenar el furor de las olas.

Pero cuando sus paseos llevan a Pinchinat y a Frascolín hasta la proa o la popa de la isla, ambos opinan que faltan cabos, promontorios, puntas, ensenadas, playas. Aquel litoral no es más que una extensión de acero sostenida por millones de pernos y de clavos. ¡Cuánto hubiera echado de menos un pintor esos viejos peñascos, esas rocas rugosas como la piel de un elefante y cuyas algas y despojos acaricia la resaca al subir la marea! Decididamente, las maravillas de la industria no llegan a reemplazar las bellezas de la naturaleza. A pesar de su admiración permanente, Yvernés tiene que convenir en que a aquella isla artificial le falta la más simple señal de la mano del Creador.

En la noche del 25 de junio, Standard Island franquea el trópico de Cáncer, sobre el límite de la zona tórrida del ecuador. A esta hora el cuarteto se hace oír por segunda vez en la sala del Casino, con la participación de que, en vista del éxito anterior, el precio de

los asientos ha sido aumentado. Poco importa. La sala resulta demasiado pequeña. Los *dilettanti* se disputan las localidades. Evidentemente, esta música de cámara debe ser excelente para la salud, y nadie se permitiría poner en duda sus cualidades terapéuticas. Siempre selecciones de Mozart, de Beethoven, de Haydn, según la fórmula.

Inmenso éxito para los ejecutantes, a los cuales los aplausos parisienses hubieran ciertamente agradado más. Pero, a falta de ellos, Yvernés, Frascalín y Pinchinat saben contentarse con los vítores de los habitantes de Milliard City, por los cuales Sebastián Zom continúa mostrando un desdén absoluto.

—¡Qué más podríamos exigir —le dice Yvernés— cuando se pasa el trópico!

—¡El trópico del «concierto»! —añade Pinchinat, haciendo un abominable juego de palabras.

Y cuando salen del Casino, ¿a quiénes ven en medio de los pobres que no han podido gastar trescientos sesenta dólares por un asiento? Al rey y a la reina de Malecarlia, que están modestamente a la puerta.

IX

EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS SANDWICH



En esta parte del Pacífico existe una cadena submarina cuyo desarrollo —de oeste-nordeste a este-sudeste en unas novecientas leguas— se vería, si los abismos de cuatro mil metros que la separan de otras tierras oceánicas se vaciasen. De esta cadena no aparecen más que ocho cumbres: Nahau, Kauai, Oahu, Molokai, Lanai, Maui, Kalahau y Hawaii. Estas ocho islas, de diferente extensión, constituyen el archipiélago hawaiano, o, de otro modo, el grupo de las Sandwich. Este grupo no pasa la zona tórrida más que por el semillero de rocas y arrecifes que se prolonga hacia el oeste.

Dejando a Sebastián Zorn gruñir en su rincón, escudado en una completa indiferencia por todas las curiosidades naturales, como un violoncelo en su caja, Pinchinat, Yvernés y Francolín, a quienes no les falta razón, discurren de este modo:

—¡A fe mía —dice uno— que no me disgusta visitar estas islas hawaianas! Puesto que recorremos el océano Pacífico, lo mejor es llevar recuerdos, por lo menos.

—Y yo agrego —responde otro— que los naturales de las Sandwich nos distraerán un poco de los *pawnies*, los *sioux*[71] y otros indios demasiado civilizados del Far West.[72] No me disgustaría encontrar verdaderos salvajes..., caníbales.

—¿Estos hawaianos lo son todavía? —pregunta el tercero.

—Esperémoslo —responde seriamente Pinchinat—. Sus abuelos son los que se comieron al capitán Cook, [73] y cuando los abuelos prueban estos platos no es admisible que los nietos hayan perdido el gusto por la carne humana.

Debemos confesar que Su Alteza habla con mucha irreverencia del célebre marino inglés que descubrió este archipiélago en 1778.

Y resulta de esta conversación que nuestros artistas esperan que los azares de la navegación los pongan en presencia de indígenas más auténticos. Experimentan, pues, gran impaciencia por llegar, esperando cada día que los vigías del Observatorio señalen las primeras alturas del grupo hawaiano.

Esto ocurrió en la mañana del 6 de julio. La noticia se extiende enseguida, y el cartel del Casino muestra esta inscripción escrita teletográficamente: «Standard Island tiene a la vista las islas Sandwich».

Cierto es que están todavía a cincuenta leguas; pero las cimas más altas del grupo, las de la isla Hawai, alcanzan una altura de más de cuatro mil doscientos metros, y son, con tiempo claro, visibles a dicha distancia.

Viniendo del nordeste, el comodoro Ethel Simcoe pone proa hacia Oahu, que tiene por capital a Honolulu y que es al mismo tiempo la capital del archipiélago. Esta isla es la tercera del grupo en latitud. Nuhau, que es un vasto campo de pastoreo, y Kauai quedan al noroeste. Oahu no es la más grande de las Sandwich, puesto que sólo mide mil seiscientos ochenta kilómetros cuadrados, mientras que Hawai ocupa cerca de diez mil cuatrocientos cuarenta y tres. En cuanto a las otras islas, no cuentan más que tres mil ochocientos doce en conjunto.

No hay que decir que los artistas parisienses, desde la partida, han entablado amistosas relaciones con los principales funcionarios de Standard Island. Todos, lo mismo el gobernador, el comodoro Simcoe y el coronel Stewart, que los ingenieros jefes Watson y Somwah, se han apresurado a hacerles la más simpática acogida. Visitan a menudo el Observatorio, en la plataforma de cuya torre les gusta permanecer horas enteras. No debe causar sorpresa, pues, que Yvernés y Pinchinat, los más entusiastas del grupo, ese día hayan ido allí a eso de las diez de la mañana y que el ascensor los haya izado «a la punta del mástil», como dice Su Alteza.

Ya se encuentra allí el comodoro Ethel Simcoe, que, prestando su antejo de larga vista a los dos amigos, les aconseja observar un punto del horizonte hacia el sudoeste, entre las brumas del cielo.

—Probablemente es el Mauna Loa de Hawai —les dice—, o el Mauna Kea, dos soberbios volcanes que en 1852 y en 1855 precipitaron sobre la isla un río de lava que cubrió centenares de

miles de metros cuadrados, y cuyos cráteres arrojaron en 1880, setecientos millones de metros cúbicos de materias eruptivas.

—¡Estupendo! —responde Yvernés—. ¿Le parece a usted, comodoro, que tendremos la fortuna de ver un espectáculo semejante?

—Lo ignoro, señor Yvernés —responde Ethel Simcoe—. Los volcanes no funcionan a pedido.

—¡Oh, por esta vez solamente! —añade Pinchinat—. Si yo fuera tan rico como los señores Tankerdon y Coverley, pagaría erupciones a mi capricho.

—Pues bien, les hablaremos de ello —replica el comodoro sonriendo—, y no dudo que harán hasta lo imposible para complacerlos.

Enseguida Pinchinat pregunta cuál es la población del archipiélago de las Sandwich. El comodoro le responde que, si a principios del siglo llegó a ser de doscientos mil habitantes, actualmente se encuentra reducida a la mitad. [74]

—Bien, señor Simcoe; cien mil salvajes son aún suficientes, y, por poco que conserven sus costumbres de caníbales, todos los habitantes de Standard Island apenas alcanzarían para un bocado.

No es la primera vez que la isla de hélice recorre este archipiélago hawaiano. El año anterior atravesó estos parajes atraída por la salubridad del clima, y, en efecto, los enfermos de América van allí, en espera de que los médicos de Europa envíen a su clientela a respirar los aires del Pacífico. ¿Por qué no? Honolulu no está ahora más que a veinticinco días de París, y cuando se trata de impregnar los pulmones de un oxígeno como el que no se respira en ninguna parte...

Standard Island llega a la vista del grupo en la mañana del 9 de julio. La isla de Oahu se dibuja a cinco millas al sudoeste. Al este se ven apuntar el Diamond Head, [75] antiguo volcán que domina la rada por la parte inferior, y otro cono llamado el «Bol del Ponche» por los ingleses. Como observa el comodoro, si esta enorme cuba estuviese llena de *brandy* o de ginebra, John Bull [76] no se disgustaría en vaciarla por completo.

Se pasa entre Oahu y Molokai. Standard Island, como un barco bajo la acción del timón, evoluciona combinando el juego de sus hélices de babor y de estribor. Después de haber doblado el cabo

sudeste de Oahu, el aparato flotante se detiene, a causa de su considerable calado, a diez cables del litoral. Es preciso, para que la isla pueda bornear, mantenerla a suficiente distancia de tierra, aunque no puede estar anclada en fondos tan profundos.

Así, por medio de las máquinas, que maniobran hacia adelante o hacia atrás, dure el tiempo que dure su estadía, se mantiene en su sitio, tan inmóvil como las ocho islas principales del archipiélago hawaiano.

El cuarteto contempla las alturas que se desarrollan ante sus ojos. No se ven más que macizos de árboles, bosquecillos de naranjos y otros magníficos ejemplares de la zona templada. Al oeste, por la estrecha brecha de un arrecife, aparece un pequeño lago interior, el lago de las Perlas, especie de llanura lacustre agujereada de antiguos cráteres.

El aspecto de Oahu es risible, y, en verdad, esos antropófagos[77] tan deseados por Pinchinat no tienen por qué quejarse del teatro de sus hazañas. Con tal que todavía se entreguen a sus hazañas de caníbales, Su Alteza no tendrá nada que desear.

Mas he aquí que de repente grita:

—¡Gran Dios! ¿Qué veo?

—¿Qué ves? —pregunta Frascalín.

—Allá abajo, campanarios...

—Sí, y torres, y fachadas de palacios...

—¡No es posible que ahí se hayan comido al capitán Cook!

—¡No estamos en las Sandwich! —dice Sebastián Zorn encogiéndose de hombros—. El comodoro ha equivocado el camino.

—¡Seguramente! —replica Pinchinat.

¡No! El comodoro Simcoe no se ha extraviado. Allí está Oahu, y la ciudad se extiende sobre varios kilómetros cuadrados; allí está Honolulu. ¡Vamos! Hay que convencerse. ¡Qué cambios desde la época en que el gran navegante inglés descubrió este grupo! Los misioneros han rivalizado en abnegación y sacrificios; metodistas, anglicanos, católicos, han luchado para llevar a cabo su obra civilizadora, triunfando del paganismo de los antiguos canacos. No sólo el idioma original tiende a desaparecer ante los avances de la lengua anglosajona, sino que el archipiélago alberga a americanos, chinos —la mayor parte llevados por cuenta de los propietarios del suelo, de donde ha salido una raza de chinos a medias: los

hapa-pake

— y, en fin, portugueses merced a los servicios marítimos establecidos entre las Sandwich y Europa. Aún se encuentran indígenas, sin embargo, y los suficientes para satisfacer a nuestros cuatro artistas, aunque estos naturales hayan sido diezmadados por la lepra, enfermedad importada por los chinos.

—¡Oh color local! —exclama el primer violín—. ¡Qué barniz te ha sacado la paleta moderna!

Sí, el tiempo, la civilización, el progreso, que es una ley natural, han borrado casi este color. Y esto no se puede dejar de reconocer cuando una de las chalupas eléctricas de Standard Island pasa la extensa línea de los arrecifes y desembarca a Sebastián Zorn y a sus camaradas.

Entre dos estacadas que se reúnen en ángulo agudo se abre un puerto resguardado contra los malos vientos por un anfiteatro de montañas. Desde 1794 los escollos que lo defienden contra el oleaje se han elevado un metro. Sin embargo, queda bastante agua para que los barcos de dieciocho a veinte pies de calado puedan amarrar en los muelles.

—¡Qué decepción, qué decepción! —murmura Pinchinat—. Es verdaderamente deplorable que uno se vea expuesto a perder tantas ilusiones en un viaje.

—Lo mejor es quedarse en casa —responde el violoncelista encogiéndose de hombros.

—¡No! —exclama Yvernés con el entusiasmo de siempre—. ¿Qué espectáculo sería comparable al que ofrece esta isla de acero que va a visitar los archipiélagos oceánicos?

No obstante, si el estado moral de las Sandwich se ha modificado, con gran disgusto de los artistas, no ocurre lo mismo con el clima. Es uno de los más salubres de estos parajes del océano Pacífico, a pesar de que el grupo ocupa una región designada con el nombre de «Mar de los Calores». Si bien es verdad que el termómetro se mantiene allí a un grado elevado cuando no dominan los alisios del nordeste, y que los contraalisios del sur engendran violentas tempestades llamadas *kouas* en el país, la temperatura media de Honolulu no pasa de veintiún grados centígrados, de modo que no estaría bien lamentarse de esa temperatura en la zona tórrida; así que los habitantes no se quejan,

y, como lo hemos indicado ya, los enfermos americanos afluyen al archipiélago. Sea como sea, a medida que el cuarteto penetra en los secretos del archipiélago, caen sus ilusiones como las hojas de los árboles al finalizar el otoño. Pretende haber sido engañado, cuando no debiera acusarse más que a sí mismo.

—¡Es ese Calixtus Munbar, que nos ha engañado otra vez! — afirma Pinchinat recordando que el superintendente les había dicho que las islas Sandwich eran la última palabra del salvajismo indígena en el Pacífico.

Y cuando le hacen reproches amargos:

—¿Qué quieren ustedes, queridos amigos? —responde guiñando el ojo derecho—. Esto ha cambiado tanto desde mi último viaje que ni yo mismo lo reconozco.

Lo que hay de cierto es que, de haber existido el cambio, éste se ha operado con extraordinaria rapidez. No hace mucho tiempo las Sandwich gozaban de una monarquía constitucional fundada en 1837, con dos cámaras, la de nobles y la de diputados. La primera era elegida por los propietarios del suelo únicamente, y la segunda por todos los ciudadanos que supiesen leer y escribir; los nobles por seis años, los diputados por dos. Cada cámara se componía de veinticuatro miembros, que deliberaban en común ante el ministerio real formado por cuatro consejeros del rey.

—De modo —dice Yvernés— que había un rey, un rey constitucional, en vez de un mono con plumas al que los extranjeros venían a presentar sus humildes homenajes...

—Estoy seguro —afirma Pinchinat— de que esta majestad ni siquiera llevaba anillo en la nariz, y que se proveería de dientes postizos en casa de los mejores dentistas del nuevo mundo.

—¡Ah civilización, civilización! —repite el primer violín—. ¡Esos canacos no tenían necesidad de dentadura postiza cuando mordían a sus prisioneros de guerra!

Perdonen a estos fantaseadores tal manera de ver las cosas. Sí, hubo un rey en Honolulu, o al menos una reina, Liliuokalani, hoy destronada, que luchó por los derechos de su hijo, el príncipe Adey, contra las pretensiones al trono de Hawai de una cierta princesa, Kaiulani.

Durante largo tiempo el archipiélago atravesó un período revolucionario, como algunos estados de América o de Europa, a los

que hasta en este punto se asemeja. ¿Podía esto traer la intervención eficaz del ejército hawaiano y abrir la era de los pronunciamientos? Indudablemente no, puesto que dicho ejército no se compone más que de doscientos cincuenta reclutas e igual número de voluntarios. No se derriba un régimen con quinientos hombres, al menos en medio de los parajes del Pacífico. Pero los ingleses estaban allí y vigilaban. Parecía que la princesa Kaiulani tenía las simpatías de Inglaterra. Por otra parte, el gobierno japonés, que estaba dispuesto a poner las islas bajo su protección, contaba con partidarios entre los numerosos *coolies* [78] empleados en las plantaciones.

Bien, ¿pero y los americanos?, se dirá. Es la misma pregunta que Frascaolín hace a Calixtus Munbar, con motivo de la intervención anteriormente indicada.

—A los americanos —responde el superintendente— no les preocupa casi ese protectorado. Mientras tengan en las islas Sandwich una estación marítima para sus vapores de las líneas del Pacífico, se declararán satisfechos.

Y sin embargo, en 1875, el rey Kamehameha, que había ido a Washington a visitar al presidente Grant, puso el archipiélago bajo la égida de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero diecisiete años más tarde, cuando *Mr.* Cleveland tomó la resolución de reponer a la reina Liliuokalani como soberana del archipiélago, donde a la sazón se había restablecido el régimen republicano bajo la presidencia de *Mr.* Sanford Dole, hubo violentas protestas en los dos países.

Nada podía impedir, además, lo que sin duda está escrito en el libro del destino de los pueblos, ya sean de origen antiguo o moderno, y el archipiélago hawaiano se rige por la forma republicana desde el 4 de julio de 1894, bajo la presidencia de *Mr.* Dole y sus sucesores.

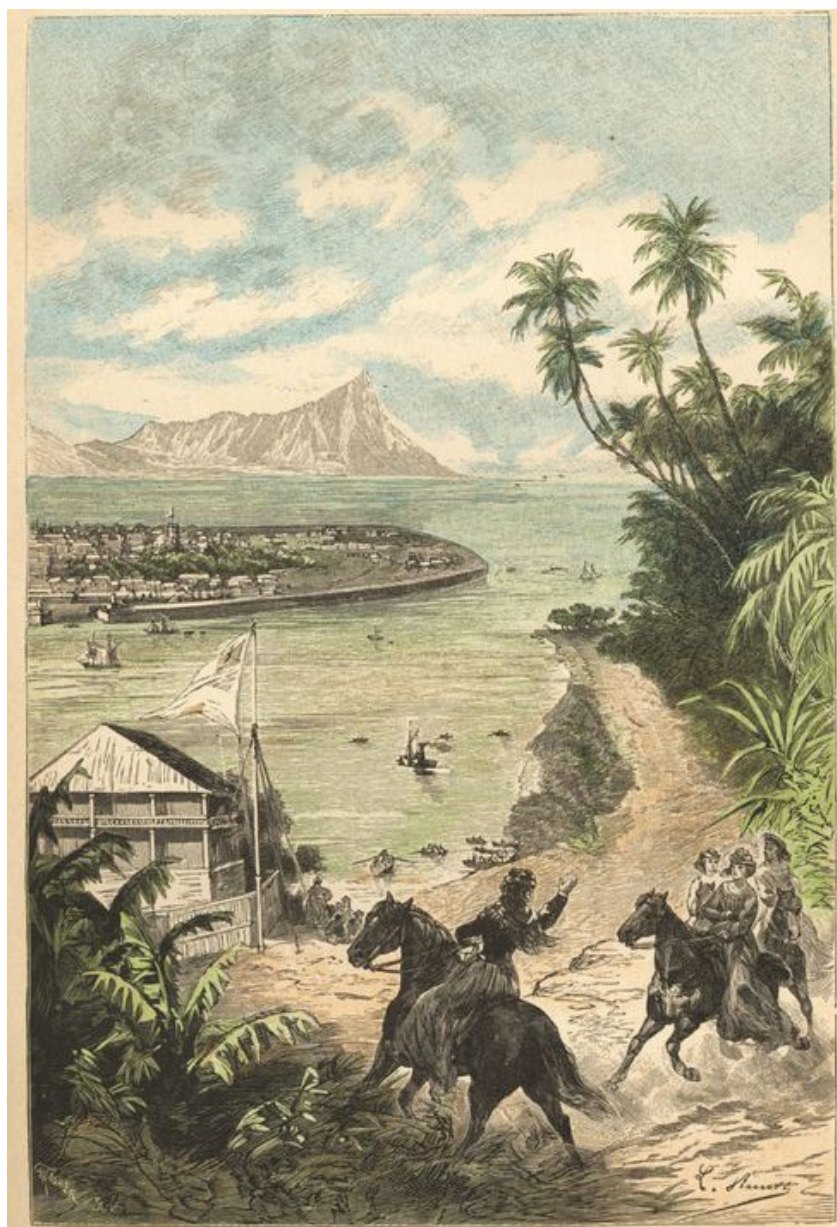
Standard Island se prepara para una estadía de diez días, de modo que muchos de sus habitantes se disponen a visitar Honolulu y sus alrededores. Las familias Coverley y Tankerdon, y las personas principales de Milliard City, se hacen llevar al puerto todos los días. Por otra parte, aunque ésta sea la segunda aparición de la isla de hélice en los parajes de Hawai, no tiene límites la admiración de los hawaianos, que van en multitud a visitar esta maravilla. Verdad es que la policía de Cyrus Bikerstaff, exigente en la admisión de

extranjeros, se asegura al llegar la noche de que los visitantes han abandonado la isla a la hora reglamentaria. Gracias a estas medidas de seguridad le sería muy difícil a un intruso permanecer en la *Joya del Pacífico* sin una autorización que no se obtiene fácilmente. En fin, las dos partes están en buenas relaciones, pero aún no se han ofrecido recepciones oficiales en ninguna de las dos islas.

El cuarteto efectúa algunos paseos interesantes. Los indígenas agradan a nuestros parisienses. Su tipo es notable, su color moreno, su fisonomía a la vez dulce y altiva. Y aunque los hawaianos vivan bajo una república, tal vez echen de menos su salvaje independencia de otros tiempos. «El aire de nuestro país es libre», dice uno de sus proverbios, y ellos no lo son más.

En efecto, después de la conquista del archipiélago por Kamehameha, a la caída de la monarquía representativa establecida en 1837, cada isla fue administrada por un gobernador particular. En el momento actual, bajo el régimen republicano, están hasta divididas en distritos y subdistritos.

—¡Vamos! —dice Pinchinat—. No faltan más que prefectos, subprefectos y consejeros de la Prefectura, con la Constitución del año VIII.



—¡Yo quiero irme de aquí! —replica Sebastián Zom.



Esto hubiera estado mal sin admirar antes los principales sitios de Oahu, que son magníficos, aunque su flora no es rica. En la zona del litoral abundan los cocoteros y otras palmeras, el árbol del pan, los aleuritas que dan aceite, los ricinos, las daturas. Los valles, regados por las aguas que bajan de las montañas, están tapizados

por esa hierba invasora llamada *menervia* y por numerosas clases de arbustos que alcanzan regular tamaño, como los quenopodios, los halapepes y otros. La zona forestal, extendida hasta una altura de dos mil metros, está cubierta de mirtáceas, romazas colosales y bejucos que se entremezclan como una maraña de serpientes. En cuanto a los productos del suelo, el arroz, los cocos y la caña de azúcar son los artículos de exportación. Esto da origen a un cabotaje importante de una isla a otra, para concentrar en Honolulu los productos, que son expedidos enseguida a América.

En lo que concierne a la fauna, ella es poco variada. Si los canacos tienden a mezclarse con las razas más inteligentes, los animales no se modifican. Existen únicamente cerdos, gallinas y cabras, entre los animales domésticos; y entre los grandes carnívoros, alguna que otra pareja de jabalíes. Abundan los mosquitos, de los que no es fácil librarse; los escorpiones y diversas especies de lagartos inofensivos; y se ven pájaros que no cantan nunca, entre otros el *oo* y el *drepanis pacifica*, de plumaje negro salpicado de esas plumas amarillas con que fue hecho el célebre manto de Kamehameha, en el cual trabajaron nueve generaciones de indígenas.

En este archipiélago, el mérito del hombre, y mérito considerable, es el de haberlo civilizado, a imitación de los Estados Unidos de Norteamérica, con sus sociedades de sabios, sus escuelas de instrucción obligatoria premiadas en la Exposición de 1878, sus valiosas bibliotecas, sus diarios publicados en lengua inglesa y canaca.

Nuestros parisienses no podían sorprenderse de esto, puesto que los notables del archipiélago son en su mayoría americanos y su lengua es tan corriente como su moneda. Solamente que estos notables atraen a su servicio a los chinos del Celeste Imperio, al revés de lo que se hace en el oeste de América, donde se combate ese azote al cual se da el significativo nombre de «peste amarilla». De más está decir que, desde la llegada de Standard Island a la vista de la capital de Oahu, las embarcaciones del puerto, cargadas de pasajeros, la rodean. Con este tiempo tan magnífico y este mar tan tranquilo, nada es tan agradable como una excursión de una veintena de kilómetros a un cable de aquel litoral de acero sobre el cual los agentes de la aduana ejercen tan severa vigilancia. Entre

estos excursionistas se hubiera podido notar un ligero barco que todos los días se obstina en navegar en las aguas de la isla de hélice. Es una especie de queche malayo, de dos mástiles y popa cuadrada, que lleva a bordo unos diez hombres a las órdenes de un capitán de enérgica fisonomía.

El gobernador, sin embargo, no se preocupa de ellos, aunque esta persistencia hubiera podido parecer sospechosa. Esta gente, en efecto, no cesa de observar la isla en todo su perímetro, yendo de uno a otro puerto y examinando la disposición de sus orillas. Después de todo, aunque sus intenciones no fueran buenas, ¿qué podría intentar aquella tripulación contra una población de diez mil habitantes? Por ello nadie se inquieta de las idas y venidas del barco, ya evolucione durante el día, ya pase las noches en el mar. La administración marítima de Honolulu no es, pues, interpelada con este motivo.

El cuarteto se despide de la isla de Oahu en la mañana del 10 de julio. Standard Island aparece al alba, obedeciendo al impulso de sus poderosos propulsores. Después de haber virado en el mismo lugar, se dirige hacia el sudoeste, para ir a las otras islas hawaianas. Preciso es tomar al sesgo la corriente ecuatorial que lleva de este a oeste.

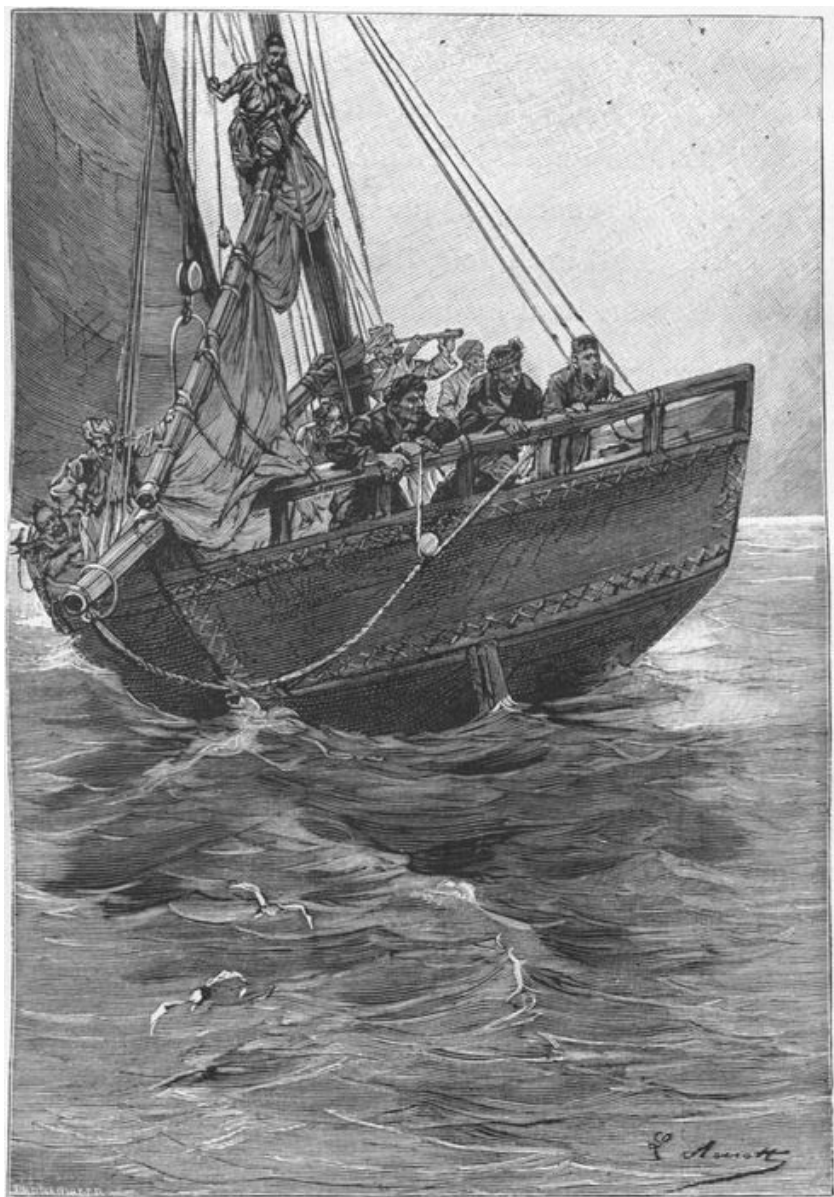
Para entretenimiento de sus habitantes, que se han colocado en la parte de babor, Standard Island penetra audazmente entre las islas Molokai y Kauai. Por encima de esta última, una de las más pequeñas del grupo, se levanta un volcán de mil metros, el Nirhau, que despide algunos oscuros vapores. Al pie se ven algunos ribazos de formación coralina, dominados por una hilera de dunas cuyos ecos repercuten con sonoridad metálica cuando aquéllas son violentamente batidas por la resaca. Cuando cae la noche el aparato se encuentra todavía en este estrecho canal, pero nada hay que temer bajo la dirección del comodoro Simcoe. A la hora en que el sol desaparece tras las alturas de Lauai, los vigías no hubieran podido ver el queche, que después de haber abandonado el puerto a la salida de Standard Island, buscaba mantenerse en sus aguas. Por otra parte, ¿por qué, repetimos, había de preocupar la presencia de esta embarcación malaya?

Al día siguiente, al amanecer, el queche no era más que un punto en el horizonte del norte. Durante ese día la navegación

prosigue entre Kalahauí y Maui. Gracias a su extensión, esta última, con Lahaina por capital —puerto reservado a los balleneros—, ocupa el segundo lugar en el archipiélago de las Sandwich. El Haleahala, o «Casa del Sol», se alza allí a tres mil metros.

Los próximos dos días se emplean en bordear las costas de la grande Hawai, cuyas montañas, como hemos dicho, son las más altas del grupo. En la bahía Kealahou fue donde el capitán Cook, recibido primero por los indígenas como un dios, fue sacrificado en 1779, un año después de haber descubierto este archipiélago, al cual había dado el nombre de Sandwich, en honor al célebre ministro de Gran Bretaña. No se divisa aún a Hilo, capital de la isla, que está sobre la costa oriental, pero se entrevé a Kailua, situada en la costa occidental. Hawai posee cincuenta y siete kilómetros de líneas férreas que sirven principalmente para el transporte de mercaderías, y el cuarteto puede advertir el penacho blanco de sus locomotoras.

—¡No faltaba más que esto! —exclama Yvernés.



Al día siguiente la *Joya del Pacífico* ha abandonado estos parajes, cuando el queche dobla la extremidad de la punta de Hawai, dominada por el Mauna Loa, o «Gran Montaña», cuya cima se pierde a cuatro mil metros entre las nubes.

—¡Engañados! —dice entonces Pinchinat—. ¡Nos han engañado!

—Tienes razón —contesta Yvernés—. Hubiera sido preciso venir cien años antes. ¡Pero entonces no hubiéramos navegado sobre esta admirable isla de hélice!

—No importa. ¡Haber encontrado indígenas con traje, cuello y corbata, en lugar de los salvajes con plumas que nos había anunciado el tunante de Calixtus, que Dios confunda! ¡Añoro los tiempos del capitán Cook!

—¿Y si esos caníbales se hubieran comido a Tu Alteza?

—Pues bien, hubiera tenido el consuelo de haber sido una vez en mi vida... ¡amado por mí mismo!

X

EL PASO DE LA LÍNEA



Desde el 23 de junio el sol retrocede hacia el hemisferio meridional. Es, pues, indispensable abandonar las zonas donde la mala estación llegará muy pronto con sus tormentas. Puesto que el astro del día, en su carrera aparente, se dirige hacia la línea equinoccial, conviene ir detrás de él para franquearla. Más allá existen regiones de climas agradables donde octubre, noviembre, diciembre, enero y febrero son los meses de la estación cálida. La distancia que separa el archipiélago hawaiano de las islas Marquesas es de unos tres mil kilómetros, y Standard Island, que tiene prisa en recorrerla, marcha a su máxima velocidad.

La Polinesia propiamente dicha está comprendida entre esta espaciosa porción de mar, limitada al norte por el ecuador y al sur por el trópico de Capricornio. Hay allí, en una extensión de cinco millones de kilómetros, once grupos que comprenden doscientas veinte islas, o sea, una superficie, fuera del agua, de diez mil kilómetros cuadrados, en la que los islotes se cuentan por millares. Éstas son las cumbres de esas montañas submarinas cuya cadena se prolonga de noroeste a sudeste hasta las Marquesas y la isla Pitcairn con ramificaciones casi paralelas.

Si con la imaginación se figurara uno este vasto estanque vacío de repente, si el diablo cojuelo librado por Cleofás [79] levantara toda esa masa líquida como lo hacía con los tejados de Madrid, ¡qué comarca más extraordinaria! ¿Qué Suiza, qué Noruega, qué Tibet podrían igualarla en grandeza? Estos montes submarinos, volcánicos en su mayor parte, de origen madreporico algunos, están formados de una materia calcárea o córnea extendida en capas concéntricas por los pólipos, esos animalillos de organización tan

sencilla y dotados de una fuerza de producción inmensa.

De estas islas, unas, las más jóvenes, no tienen manto vegetal más que en su cima; las otras, envueltas en vegetación de la cabeza a los pies, son las más antiguas, aun cuando su origen es coraloide. Existe, pues, una región montañosa, escondida bajo las aguas del Pacífico. Standard Island se pasea en torno de estas cumbres como lo haría un aeróstato[80] entre las puntas de los Alpes o del Himalaya.[81] Sólo que no viaja por aire, sino por agua.

Pero así como existen grandes cambios de ondas atmosféricas a través del espacio, se producen también cambios líquidos en la superficie del océano. La gran corriente va de este a oeste, y en las capas inferiores se propagan dos contracorrientes de junio a octubre cuando el sol se dirige hacia el trópico de Cáncer. Además, en las proximidades de Tahití se observan cuatro tipos de flujo, cuya plenitud no se efectúa en el mismo punto y que neutralizan la marea hasta hacerla casi insensible. En cuanto al clima de que gozan estos diferentes archipiélagos, es muy variable. Las islas montañosas detienen las nubes, que vierten sus lluvias sobre ellas; las islas bajas son más secas porque los vapores huyen ante las brisas reinantes.

Singular hubiera sido que la biblioteca del Casino no poseyera mapas del Pacífico. Tiene una colección completa, y Frascalín, el más serio del grupo, la consulta a menudo. Yvernés prefiere abandonarse a las sorpresas de la travesía, a la admiración que le causan los cambios de lugar de la isla artificial, y no quiere sobrecargar su cerebro con nociones geográficas. Pinchinat sólo piensa en tomar las cosas por el lado divertido o fantástico. En cuanto a Sebastián Zorn, el itinerario le importa poco, puesto que va a donde nunca tuvo intenciones de ir.

Frascalín está, pues, sólo para explorar su Polinesia, estudiando los grupos principales que la componen: las islas Bajas, las Marquesas, las Pomotú, las de la Sociedad, las de Cook, las Tonga, las Samoa, las Australes, las Wallis, las Fanning, sin hablar de las islas aisladas: Nine, Tokolau, Fénix, Manahiki, Pascua, Sala y Gómez, etc. No ignora que en la mayor parte de ellas, aun en aquellas que están sometidas a los protectorados, el gobierno se halla en manos de jefes poderosos, cuya influencia jamás es discutida, y que las clases pobres están enteramente sometidas a las

ricas. Sabe, además, que estos indígenas profesan las religiones brahmánica, mahometana, protestante, católica, y que esta última prepondera en las islas dependientes de Francia, lo que se debe a la pompa de su culto. Sabe también que la lengua indígena, cuyo alfabeto es poco complicado, puesto que sólo se compone de trece a diecisiete caracteres, tiene muchos vocablos ingleses y será absorbida por la anglosajona. Sabe, en fin, de un modo general, que, desde el punto de vista étnico, la población de la Polinesia tiende a disminuir, lo que es de sentir, pues el tipo canaco — palabra que significa hombre—, más blanco en el ecuador que en los grupos alejados de la línea equinoccial, es magnífico; ¡y cuánto no perderá la Polinesia con la absorción por las razas extranjeras! Sí, él sabe todo esto y otras cosas más que aprende en el curso de la conversación con el comodoro Ethel Simcoe; y, cuando sus compañeros lo interrogan, no vacila en responder. Así es que Pinchinat lo llama siempre el «Larousse [82] de las zonas tropicales».

Tales son los principales grupos, entre los cuales debe pasear su opulenta población Standard Island, que merece con justicia el calificativo de isla dichosa, pues todo lo que puede asegurar el bienestar material, y, en cierto modo, la felicidad moral, está reglamentado en ella. ¿Por qué pensar en el peligro de que este estado de cosas sea turbado por rivalidades, celos y desacuerdos, por esas cuestiones de influencia que dividen a Milliard City en dos campos, así como lo está en dos secciones, el campo Tankerdon y el campo Coverley? En todo caso, la lucha promete ser interesante para los artistas, que nada tienen que ver en el asunto.

Jem Tankerdon es yanqui de los pies a la cabeza, de personalidad absorbente, cabellos muy cortos, ojos vivos a pesar de sus sesenta años, el iris casi amarillo como el de los ojos de los perros, y la pupila ardiente. Es alto y muy robusto. Hay en él mucho del cazador de Alaska, por más que las únicas trampas que ha tendido en su vida han sido aquéllas por las que precipitaba millones de cerdos en sus mataderos de Chicago. Es un hombre violento al que su posición debía de haber hecho más político, pero al que le ha faltado la educación primera. Gusta de hacer ostentación de su fortuna y es de los que tienen los «bolsillos sonoros», como vulgarmente se dice. Y parece que no los encuentra bastante llenos, puesto que él y otros de su sección tienen la idea de

volver a dedicarse a los negocios.

Mrs. Tankerdon es una americana como otras muchas, buena mujer, sumisa a su marido, excelente madre, cariñosa con sus hijos, predestinada a educar una numerosa progenie. Cuando hay que repartir dos mil millones entre los herederos directos, ¿por qué no tener una docena? Y ella los tiene, y todos muy robustos.

De toda esta familia, la atención del cuarteto debía ser atraída por el hijo mayor, destinado a desempeñar algún papel en esta historia. Walter Tankerdon, elegantísimo, de mediana inteligencia, de modales y rostro simpáticos, se parece más a *Mrs.* Tankerdon que al jefe de la familia. Es bastante instruido; ha recorrido América y Europa, pero sus costumbres y sus gustos lo atraen siempre a Standard Island. Los deportes le son familiares, y en los concursos de tenis, polo, golf y críquet figuran a la cabeza de toda la juventud multimillonaria. No se muestra orgulloso de la fortuna que adquirirá algún día, y su corazón es bueno. Verdad es que, como en la isla no hay pobres, no encuentra ocasión para ejercer la caridad. En suma, es de desear que sus hermanos y hermanas se le parezcan. Si estas y aquéllos no están todavía en edad de casarse, él, que se aproxima a los treinta, debe pensar en el matrimonio. ¿Y piensa en él? Ya se verá.

El contraste es notable entre la familia Tankerdon, la más importante de la sección de babor, y la familia Coverley, la más notable de la sección de estribor. Nat Coverley es de naturaleza más fina que su rival, y conserva huellas del origen francés de sus antepasados. Su fortuna no ha salido de las entrañas del suelo en forma de petróleo, ni de las entrañas de la raza porcina. No, se ha hecho en los negocios industriales, en los ferrocarriles, en la banca. Sólo piensa en gozar pacíficamente de sus riquezas, y no oculta que se opondría a cualquier tentativa de transformar la *Joya del Pacífico* en una enorme fábrica o en una inmensa casa de comercio. Alto, correcto, de cabeza hermosa y cabellos grises, usa toda la barba, en cuyo color castaño se mezclan algunos hilos plateados. De carácter bastante frío, de maneras distinguidas, ocupa el primer lugar entre los notables que conservan en Milliard City las tradiciones de la alta sociedad de los estados del sur. Ama las artes, es inteligente en pintura y escultura, habla con fluidez la lengua francesa —de uso corriente entre los habitantes de estribor—, se

mantiene al corriente de la literatura americana y europea, y, llegado el caso, mezcla sus aplausos y sus vítores cuando los rudos tipos del Far West y la Nueva Inglaterra [83] se deshacen en hurras y en *hips* [84].

Mrs. Coverley tiene diez años menos que su marido, y acaba de doblar, sin lamentarlo mucho, el cabo de la cuarentena. Mujer elegante e instruida, pertenece a una de esas familias semicriollas de la Luisiana de antaño; es buena pianista, y no hay que creer que el piano esté proscrito de Milliard City. En su palacio de la avenida Quince el cuarteto ha tenido más de una ocasión de hacer música con ella, y no ha podido menos que felicitarla por su talento de artista.

El cielo no ha bendecido la unión Coverley tanto como lo ha hecho con el matrimonio Tankerdon. Sólo tres hijas son herederas de su inmensa fortuna, de la que *Mr.* Coverley no se vanagloria como lo hace su rival. Son muy lindas, y tendrán, sin duda, muchos pretendientes entre los jóvenes de la nobleza o de la banca de ambos mundos, que pedirán su mano cuando haya llegado el momento de casarlas. En América, estas dotes inverosímiles no son raras. ¿No se citaba acaso, hace algunos años, a la pequeña *miss* Terry, solicitada desde la edad de dos años por sus setecientos cincuenta millones? Esperemos que esta niña se case a su gusto, y que a la ventaja de ser una de las mujeres más ricas de los Estados Unidos de Norteamérica se una la de ser de las más dichosas.

La hija mayor de *Mr.* y *Mrs.* Coverley, Diana, o más bien Dy, como se la llama familiarmente, tiene veinte años escasos. Es muy linda, y en ella se mezclan las cualidades físicas y morales de su padre y su madre. Tiene ojos azules y una magnífica cabellera entre castaña y rubia. Su rostro posee la frescura de una rosa que acaba de abrirse, y su talle es elegante y gracioso, todo lo cual explica que *miss* Coverley se destaque y sea muy alabada por los jóvenes de Milliard City, que no dejarán a los extranjeros el cuidado de conquistar este «inestimable tesoro», para emplear términos de justeza matemática. Hasta se piensa que *Mr.* Coverley no vería obstáculos en la diferencia de religión a una unión que le parezca deba asegurar la felicidad de su hija.

En verdad, es de lamentar que cuestiones de rivalidades sociales separen a las dos familias más calificadas de Standard Island.

Walter Tankerdon parecería hecho especialmente para esposo de Dy Coverley. Pero no hay que pensar en esta combinación... Primero se cortaría la isla en dos pedazos, marchándose los de babor a una mitad y los de estribor a la otra, que firmar semejante contrato de matrimonio.

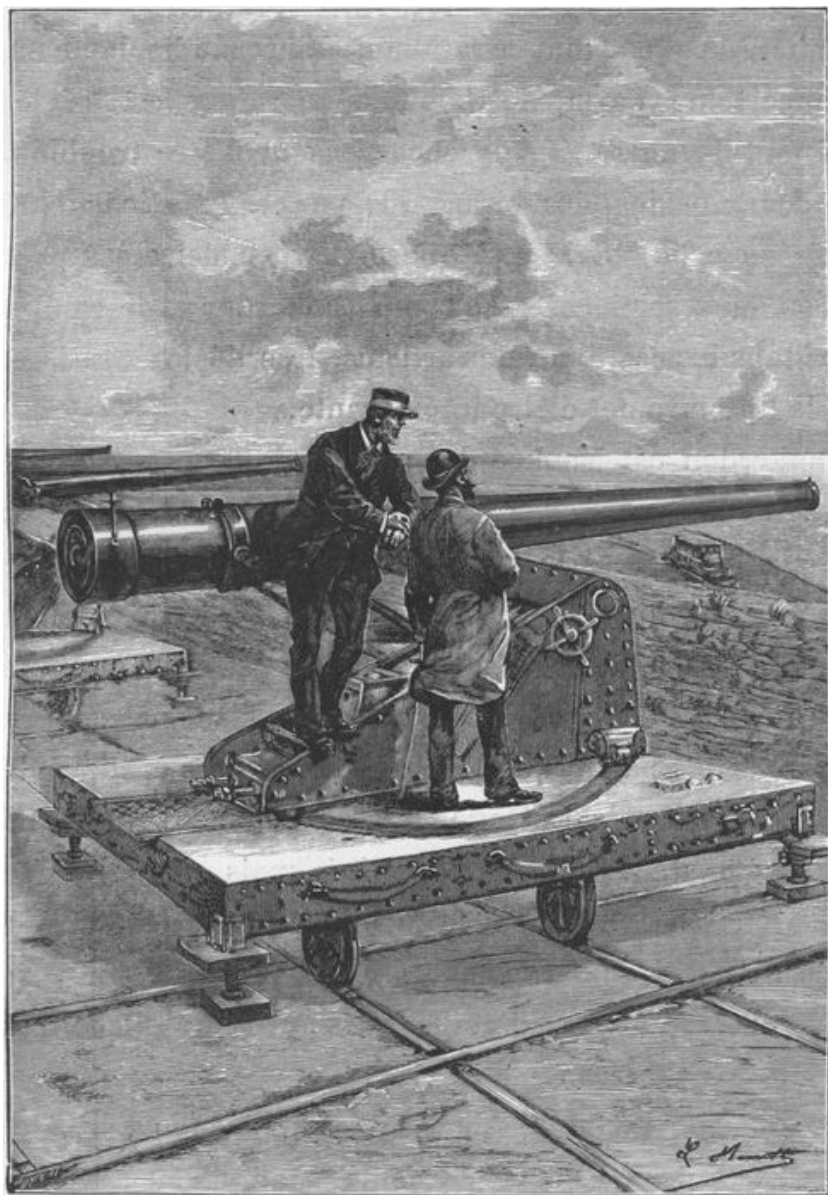
—¡A menos que el amor se mezcle en el asunto! —dice a veces el superintendente guiñando un ojo tras sus lentes de oro.

Sin embargo, no parece que Walter Tankerdon ni Dy gusten el uno del otro, o por lo menos observan ambos tal reserva que engaña la curiosidad de las clases distinguidas de Milliard City.

La isla de hélice continúa descendiendo hacia el ecuador, siguiendo de cerca el meridiano 160. Ante ella se desarrolla esa parte del Pacífico que ofrece los más anchos espacios desprovistos de islas e islotes y cuyas profundidades alcanzan hasta dos leguas. El 25 de julio pasan sobre el fondo de Belknap, un abismo de seis mil metros, del que la sonda ha podido sacar esos zoófitos [85] organizados de modo que puedan soportar impunemente la presión de semejantes masas de agua, calculada en seiscientas atmósferas.

Cinco días después, Standard Island penetra entre un grupo de islas que pertenecen a Inglaterra, por más que a veces se las coloca bajo el pabellón norteamericano. Luego de haber dejado a Palmira Suncarung a estribor, se aproxima a cinco millas de Fanning, la más importante en estos parajes del archipiélago. El resto no son más que cimas emergentes, más bien áridas que cubiertas de vegetación, de las que el Reino Unido no ha sacado hasta ahora gran provecho. Pero ha puesto el pie en este sitio, y ya se sabe que el ancho pie de Inglaterra deja por lo general huellas imborrables.

Todos los días, mientras sus camaradas recorren el parque o el campo de los alrededores, Frascalín, muy interesado por los detalles de esta curiosa navegación, va a la batería del espolón. Allí se encuentra a menudo con el comodoro Ethel Simcoe, quien le da noticias sobre los fenómenos especiales de estos mares, y, cuando estas noticias ofrecen algún interés, el segundo violín no se olvida de comunicarlas a sus compañeros.



Por ejemplo, no han podido ocultar su admiración en presencia de un espectáculo que la naturaleza les ha ofrecido gratuitamente en la noche del 30 al 31 de julio. Un inmenso banco de acafeas que cubría varias millas cuadradas acababa de ser señalado a la caída de la tarde. Todavía no había sido dado a la población de la isla

encontrar tales masas de estas medusas, a las que ciertos naturalistas han dado el nombre de oceanías. Estos animales, de vida muy rudimentaria, se asemejan por su forma semiesférica a ciertas especies del reino vegetal. Los peces, por glotones que sean, las consideran más bien flores, pues ninguno hace de ellas su alimento. Las oceanías, que son propias de las zonas tórridas del Pacífico, no se muestran más que bajo la forma de sombrillas multicolores, transparentes y bordeadas de tentáculos. ¡Calcúlense, pues, los millones que hacen falta para formar bancos de tal extensión! Y estos números, al ser mencionados en presencia de Pinchinat, hacen que exclame:

—Estas cantidades no pueden sorprender a los notables de Standard Island, puesto que aquí el *milliard* es moneda corriente.

Cerrada la noche, una parte de la población va a la terraza que domina la batería del espolón. Los tranvías son invadidos, los coches eléctricos se cargan de curiosos. Los ricachos de la isla van en coches elegantísimos. Los Coverley y los Tankerdon se mantienen a distancia. *Mr.* Jem no saluda a *Mr.* Nat, ni éste a aquél. Ambas familias están completas.

Yvernés y Pinchinat tienen el placer de conversar con *Mrs.* Coverley y su hija, que los reciben siempre afablemente. Walter Tankerdon tal vez siente despecho por no poder mezclarse en la charla, y quizá también *miss* Dy hubiera aceptado complacida la conversación del muchacho. ¡Dios mío! ¡Qué escándalo! ¡Qué alusiones más o menos indiscretas hubieran aparecido en los artículos sociales del *Starboard Chronicle* o del *New Herald*!

Cuando la oscuridad es completa, tanto como puede serlo en estas noches tropicales sembradas de estrellas, parece que el Pacífico se ilumina hasta en sus últimas profundidades. La inmensa extensión de agua se impregna de fulgores fosforescentes, iluminándose de reflejos rosados o azules, no dibujados con un rasgo luminoso en la cresta de las olas, sino parecidos a las emanaciones lanzadas por innumerables legiones de gusanos de luz. Esta fosforescencia adquiere tal intensidad, que permite leer como a la luz de una lejana aurora boreal. Se diría que el Pacífico, después de haber disuelto los fuegos que el sol ha vertido sobre él durante el día, los devuelve por la noche en luminosos efluvios. Bien pronto la proa de Standard Island corta la masa de acalefas, que se divide en

dos ramas a lo largo del litoral metálico. En pocas horas, la isla está rodeada por un ondulante cinturón de estos noctículos, cuya fuente fotogénica no se ha alterado. Parece una de esas aureolas en medio de las cuales se destacan los santos y las santas, uno de esos nimbos de tonos lunares que esparcen sus rayos alrededor de la cabeza de los Cristos. El fenómeno dura hasta el nacimiento del alba, cuyas primeras coloraciones terminan por extinguirlo.

Seis días después, la *Joya del Pacífico* toca el gran círculo imaginario de nuestro planeta, que, dibujado materialmente, corta el horizonte en dos partes iguales. Desde este lugar se pueden ver al mismo tiempo los dos polos de la esfera celeste: el del norte, alumbrado por el centelleo de la estrella polar; el del sur, condecorado, como el pecho de un soldado, por la Cruz del Sur. Conviene agregar que desde los diversos puntos de esta línea ecuatorial los astros parecen describir cada día círculos perpendiculares en el plano del horizonte. El que quiera gozar de días y noches perfectamente iguales, debe ir a parajes como éstos o a regiones de continentes cruzados por la línea del ecuador.

Desde su partida del archipiélago hawaiano, Standard Island ha recorrido unos seiscientos kilómetros. Es la segunda vez desde su creación que pasa de un hemisferio a otro, franqueando la línea equinoccial, primero descendiendo hacia el sur, después subiendo hacia el norte. Este pasaje de la línea es motivo de fiesta entre la población de Milliard City: hay juegos populares en el parque, ceremonias religiosas en el templo y en la catedral de Saint Mary, carreras de coches eléctricos alrededor de la isla. En la plataforma del Observatorio se queman magníficos fuegos artificiales, cuyos cohetes, serpientes y bombas de colores diversos rivalizan con los esplendores estrellados del firmamento.

Hay también, como el lector habrá adivinado, una imitación de las fantásticas escenas habituales en los navíos cuando cruzan el ecuador y realizan el bautismo de la línea. De hecho, este día siempre es elegido para bautizar a los niños nacidos después de la partida de la bahía Magdalena, y la misma ceremonia bautismal se realiza con los extranjeros que todavía no han penetrado en el hemisferio austral.

—Esta vez nos tocará a nosotros —dice Frascalín a sus camaradas—. Vamos a recibir el bautismo.

—¡Jamás! —replica Sebastián Zorn protestando con ademanes de indignación.

—Sí, viejo amigo —responde Pinchinat—. Verterán sobre nuestras cabezas baldes de agua no bendita, nos sentarán en tablones giratorios y nos precipitarán por sorpresa en cubas, y el buen hombre llamado Trópico no tardará en presentarse seguido por su cortejo de bufones, para pintarrajearnos la cara de negro.

—¡Si creen que me voy a someter a la farsa de esa mascarada...! —responde Sebastián Zorn.

—Pues será preciso hacerlo —dice Yvernés—. Cada país tiene sus costumbres, y los huéspedes deben obedecer...

—¡No cuando son retenidos contra su voluntad! —exclama el intratable jefe del Cuarteto Concertante.

¡Que se tranquilice con motivo de este carnaval, festejado alegremente en algunos navíos al pasar la línea! ¡Que no tema la llegada del Trópico! No se bautizará ni a él ni a sus camaradas con agua de mar, sino con champaña de las mejores marcas. Tampoco se los engañará mostrándoles el ecuador dibujado con anticipación en el lente de un antejo. Esto puede hacerse con marineros ignorantes, no con los graves personajes de Standard Island.

La fiesta se efectúa en la tarde del 5 de agosto. Excepto los guardias aduaneros, que jamás deben abandonar su puesto, los demás empleados han recibido licencia. Todo trabajo es suspendido en la ciudad y en los puertos. En cuanto a los acumuladores, poseen suficiente fuerza como para cubrir las exigencias de la iluminación y de las comunicaciones eléctricas durante ese día. Además, la isla no está estacionada, ya que una ligera corriente la conduce hacia la línea divisoria de los dos hemisferios del globo. Los cantos y las plegarias se elevan en las iglesias, y los órganos lanzan sus notas. La alegría es general en el parque, donde se efectúan con entusiasmo ejercicios deportivos.

Las diversas clases sociales se reúnen allí. Los *gentlemen* más adinerados con Walter Tankerdon a la cabeza, hacen maravillas en las partidas de golf y de tenis. Cuando el sol caiga en el horizonte, dejando tras sí un corto crepúsculo, los cohetes multicolores volarán por los espacios, y una noche sin luna ayudará al despliegue de estas magnificencias.

En el salón del Casino el cuarteto es bautizado, como se ha

dicho, por la mano del propio Cyrus Bikerstaff. El gobernador les ofrece la espumosa copa, el champaña corre a torrentes y los artistas beben más de lo habitual. Sebastián Zorn haría muy mal en quejarse de un bautismo que en nada recuerda el agua salada con que mojaron sus labios en los primeros días de su vida. De modo que los parisienses responden a estos testimonios de simpatía con la ejecución de las más bellas obras de su repertorio: el *Séptimo Cuarteto en fa mayor, opus 59*, de Beethoven; el *Cuarto Cuarteto en mi bemol, opus 10*, de Mozart; el *Cuarto Cuarteto en re menor, opus 17*, de Haydn, y el *Séptimo Cuarteto, andante scherzo, capriccioso, fuga, opus 81*, de Mendelssohn. Sí, todas estas maravillas de la música de cámara, ¡y la audición es gratuita! La gente se aplasta en las puertas, se ahoga en la sala. Es preciso que los artistas toquen dos y tres veces algunos trozos. El gobernador entrega a los ejecutantes una medalla de oro rodeada de diamantes, respetable por su número y calidad, que tiene de un lado las armas de Milliard City y del otro esta inscripción:

*Al Cuarteto Concertante, obsequio
de la Compañía, la Municipalidad
y la población de Standard Island.*

Y si todos estos honores no penetran hasta el fondo del alma del irreconciliable violoncelista es porque, decididamente, éste tiene un carácter deplorable, y así se lo repiten sus camaradas.

—¡Esperemos al final! —se contenta con responder, acariciando su barba febrilmente.

A las 10:35 de la noche —el cálculo ha sido hecho por los astrónomos de Standard Island— la isla de hélice debe cortar la línea equinoccial. En este preciso momento una de las piezas de la batería del espolón disparará un cañonazo. Un hilo une esta batería al aparato eléctrico dispuesto en el centro de la plaza del Observatorio. ¡Extraordinaria satisfacción de amor propio para aquel de los notables que tenga el honor de enviar la corriente que provoque la formidable detonación!

En esta ocasión dos importantes personajes pretenden dicho honor. Éstos, como se adivina, son Jem Tankerdon y Nat Coverley, lo que representa grandes dificultades para Cyrus Bikerstaff. Entre la Municipalidad y las dos secciones de la isla se han realizado

difíciles conferencias, sin llegar a un acuerdo. El mismo Calixtus Munbar, invitado por el gobernador, ha intervenido, y, a pesar de su reconocida destreza y sus recursos diplomáticos, ha fracasado completamente. Jem Tankerdon no quiere ceder el puesto a Nat Colverley, y este rehúsa eclipsarse ante el notable de babor.



Se espera un estallido, que no ha tardado en producirse en toda su violencia cuando los dos jefes se han encontrado en la plaza, frente a frente. El aparato está a cinco pasos de ellos... No hay más que oprimir el botón con el dedo.

Enterada de esta dificultad, la multitud, muy excitada por estas cuestiones de preferencia, ha invadido el jardín.

Después del concierto, Sebastián Zorn, Yvernés, Frascolín y Pinchinat han ido a la plaza, ansiosos de observar el resultado de esta rivalidad, que, dadas las disposiciones de los de babor y de los de estribor, no deja de presentar una gravedad excepcional para el porvenir. Los dos notables avanzan, sin saludarse ni aun con una ligera inclinación de cabeza.

—Creo, señor —dice Jem Tankerdon—, que no me disputará usted el honor...

—Eso es precisamente lo que yo espero de usted, señor —responde Nat Coverley.

—No sufriré que se ofenda públicamente...

—Ni yo tampoco...

—¡Veremos! —exclama Jem Tankerdon dando un paso hacia el aparato.

Nat Coverley también da otro. Los partidarios de los dos notables comienzan a intervenir. Provocaciones malsonantes se oyen de las dos partes. Sin duda, Walter Tankerdon está dispuesto a sostener los derechos de su padre, y sin embargo, cuando ve a *miss* Coverley, que está apartada a un lado, se nota que vacila.

En cuanto al gobernador, aunque el superintendente está a su lado, dispuesto a representar el papel de pantalla, se muestra desolado por no poder reunir en un ramo la rosa blanca de York y la rosa roja de Lancaster. ¿Y quién sabe si esta deplorable rivalidad no tendrá consecuencias tan lamentables como las que tuvo en el siglo xv para la aristocracia inglesa? [86]

Entretanto, se aproxima el minuto en que la punta de Standard Island cortará la línea equinoccial. Establecido con la precisión de un cuarto de segundo, el cálculo no llevará más que un error de ocho metros.

La señal no puede tardar en ser enviada por el Observatorio.

—¡Tengo una idea! —murmura Pinchinat.

—¿Cuál? —pregunta Yvernés.

—Voy a pegar un puñetazo en el botón del aparato, y esto los pondrá de acuerdo.

—¡No hagas eso! —dice Frascalín deteniendo a Su Alteza con brazo vigoroso.

No se sabe cómo habría concluido el incidente si no se hubiese oído una detonación. Ésta no viene de la batería del espolón; es un cañonazo que se ha oído claramente a lo lejos. La multitud queda en suspenso.



¿Qué puede indicar esta descarga de una boca de fuego que no pertenece a la artillería de Standard Island?

Un telegrama enviado desde Tribord Harbour da casi enseguida la explicación: a dos o tres millas un barco que naufraga ha

indicado su presencia y pide socorro. ¡Feliz e inesperada digresión! No se piensa ya en disputar ante el botón eléctrico, ni en saludar el paso del ecuador. Además, ya no hay tiempo. La línea ha sido franqueada, y el cañonazo reglamentario ha quedado en la pieza. Es lo mejor para el honor de las familias Tankerdon y Coverley. El público abandona la plaza, y, como los tranvías no funcionan, se dirige rápidamente a pie hacia los muelles de Tribord Harbour.

Por lo demás, después de haber enviado la señal, el oficial del puerto ha tomado las medidas relativas al salvamento. Una de las lanchas eléctricas amarradas en la dársena se ha lanzado al mar. Y en el momento en que llega la muchedumbre, la embarcación arriba con los náufragos recogidos de su navío, que se hunde enseguida en los abismos del Pacífico. Este navío es el queche malayo, que ha seguido a Standard Island desde su partida del archipiélago de las Sandwich.

XI

LAS ISLAS MARQUESAS



En la mañana del 29 de agosto la *Joya del Pacífico* navega

a través del archipiélago de las Marquesas, entre los

7°

55' y

10°

30' de latitud sur y los

141°

y

143°

6' de longitud oeste del meridiano de París. Desde su partida del grupo de las Sandwich ha recorrido una distancia de tres mil quinientos kilómetros.

Si este grupo se llama Mendaña, es porque un español de ese nombre descubrió en 1595 su parte meridional; si se llama islas de la Revolución, es porque fue visitado por el capitán Marchand en 1791 en la parte noroeste, y si se lo designa archipiélago de Nuku-Hiva,

es porque se trata de la más importante de las islas que lo componen. Y sin embargo, aunque sólo fuera por justicia, debería tomar también el nombre de Cook, puesto que el célebre navegante realizó allí un reconocimiento en 1774. Es el comodoro Ethel Simcoe quien hace notar todo esto a Frascolín, que, después de encontrar muy lógicas las observaciones, añade:

—Se podría llamar igualmente archipiélago Francés, pues estando en las Marquesas nos sentimos algo en Francia.

Un francés tiene, en efecto, el derecho de mirar este grupo de once islas o islotes como una escuadra de su país anclada en las

aguas del Pacífico. Las más grandes son los navíos de primera clase Nuku-Hiva

e

Hiv-Oa;

las medianas son los cruceros de alguna importancia Hiaú, Uapú y Uauka; las más pequeñas son los avisos[87] Motane, Fatú Hiva, y Tahuata, mientras que los islotes serían las falúas[88] de la escuadra. Verdad es que ninguna de estas islas puede moverse como Standard Island.

El 1° de mayo de 1842 el comandante de la estación naval del Pacífico, contraalmirante Dupetit Thouars, tomó posesión de este archipiélago en nombre de Francia. Mil o dos mil leguas lo separan de la costa americana, de Nueva Zelanda, de Australia, de China, de las Molucas o de las Filipinas. En estas condiciones, ¿el acto realizado por el contraalmirante era digno de censura o de alabanza? Se le criticó en la oposición, pero el mundo oficial lo aplaudió. El resultado ha sido que Francia dispone allí de un dominio insular adonde sus grandes barcos pesqueros van a abrigarse y a cargar provisiones, y al que el canal de Panamá, si es que alguna vez se abre,[89] dará gran impulso comercial. Este dominio debía completarse con la toma de posesión o declaración de protectorado de las islas Pomotú y de las de la Sociedad, que forman su natural prolongación. Puesto que la influencia británica se extiende sobre las regiones del noroeste de este inmenso océano, es conveniente que la influencia francesa la contrabalancee en los parajes del sudeste.

—¿Acaso —pregunta Frascaolín a su complaciente cicerone— tenemos allí fuerzas militares de alguna importancia?

—Hasta 1859 —responde el comodoro Simcoe— hubo en Nuku-Hiva

un destacamento de soldados de marina. Pero, desde que fue retirado, la custodia del pabellón está confiada a los misioneros, y éstos no se lo dejarán arrebatar sin intentar su defensa. No encontrará usted en Taio Haé más que un cónsul, unos pocos gendarmes y algunos soldados indígenas, a las órdenes de un oficial que también desempeña las funciones de juez de paz.

—¿Para los procesos a los naturales?

—A los naturales y a los colonos.

—¿Hay, pues, colonos en Nuku-Hiva?

—Sí, unas dos docenas.

—No alcanzan ni para formar una orquesta. Apenas si una charanga... [90]

Es cierto, pues si bien el archipiélago de las Marquesas, que se extiende sobre ciento noventa y cinco millas de longitud y cuarenta y ocho millas de anchura, cubre una superficie de trece mil kilómetros cuadrados, su población no comprende más que veinticuatro mil indígenas, lo que representa un colono por cada mil habitantes.

¿Está destinada esta población a aumentar cuando exista una nueva vía de comunicación que pase entre las dos Américas? El porvenir lo dirá.

En lo que concierne a la población de Standard Island, desde hace algunos días ha aumentado su número por el salvamento de los malayos del queche, efectuado en la noche del 5 de agosto. Son diez, más el capitán, un hombre de expresión enérgica, como ya se ha dicho, de unos cuarenta años de edad y llamado Sarol. Sus marineros son fornidos mozos de esa raza malaya originaria de las islas extremas de la Malasia occidental. Tres meses antes, Sarol los había conducido a Honolulu con un cargamento de copra. [91]

Cuando Standard Island hizo allí una escala de diez días, la aparición de aquella isla artificial no dejó de excitar su sorpresa, como sucedía en todos los archipiélagos. Si es verdad que no la visitaron, pues la autorización para ello se obtenía difícilmente, no se habrá olvidado que su queche salió a menudo al mar a fin de observarla de cerca, dando vueltas a su alrededor a conveniente distancia de su perímetro.

La presencia obstinada de este navío no despertó sospecha alguna, y su partida de Honolulu, efectuada horas después de la salida de la isla artificial, no sorprendió tampoco. Por otra parte, ¿por qué inquietarse por aquel barco de unas cien toneladas y tripulado por diez hombres? No había razón para ello, y sin embargo, quizá fue esto una torpeza.

Cuando el cañonazo atrajo la atención del oficial de Tribord Harbour, el queche no se encontraba más que a dos o tres millas. La chalupa de salvamento que fue en su auxilio llegó a tiempo para

recoger al capitán y su tripulación.

Estos malayos hablan correctamente la lengua inglesa, lo que no debe sorprender en los indígenas del Pacífico oeste, en donde, como hemos dicho, la preponderancia británica es indudable. Los habitantes de Standard Island se enteraron de la causa del accidente marítimo, y si la chalupa hubiera tardado unos minutos más, los once malayos habrían desaparecido en las profundidades del océano.

Según lo dicho por aquellos hombres, veinticuatro horas antes, durante la noche del 4 al 5 de agosto, el queche había sido abordado por un vapor que corría a gran velocidad. Aunque tuviese los faros encendidos, el capitán Sarol no lo había visto. El choque debió ser tan leve para el vapor que este nada sufrió, al parecer, puesto que continuó su camino, a menos —hecho que desgraciadamente no es raro— que prefiriese, continuando a toda marcha, «evitar reclamaciones costosas y desagradables».

Pero este choque, insignificante para un barco de gran tonelaje, fue terrible para el navío malayo. Cortado delante del palo de mesana, no se explica cómo no se hundió inmediatamente. Se mantuvo, sin embargo, a flor de agua, y los hombres se treparon a los mástiles. Si el mar hubiese estado agitado, ninguno habría podido resistir al embate de las olas; por suerte para ellos, la corriente, arrastrándose hacia el este, los acercó a Standard Island.



Cuando el comodoro interroga al capitán Sarol, se manifiesta asombrado de que el queche, medio sumergido, haya podido derivar hasta ponerse a la vista de Tribord Harbour.

—Tampoco yo lo comprendo —responde el malayo—. Preciso es que esta isla haya avanzado muy poco en las últimas veinticuatro

horas.

—Es la única explicación posible —replica el comodoro Simcoe—. Después de todo, eso no importa; lo esencial es que hemos podido salvarlos a ustedes.

Y a tiempo se hizo. Antes que la chalupa se hubiese alejado un cuarto de milla, el queche se fue a pique.

Tal es el relato que el capitán Sarol ha hecho, primero al oficial que realizaba el salvamento, después al comodoro y luego al gobernador Cyrus Bikerstaff, una vez que se les prestaron los socorros de que él y su tripulación tenían más urgente necesidad.

Se presenta, entonces, la cuestión de repatriar a los náufragos. Cuando se produjo el choque, se dirigían hacia las Nuevas Hébridas. [92] Standard Island, que desciende hacia el sudeste, no puede modificar su itinerario e ir hacia el oeste. Cyrus Bikerstaff ofrece, pues, a los náufragos, desembarcarlos en

Nuku-Hiva,

donde podrán esperar el paso de un barco de carga que se dirija a las Nuevas Hébridas. El capitán y sus hombres se miran; parecen muy desconsolados. La proposición aflige a esta pobre gente sin recursos, despojados de cuanto poseían con la pérdida del queche y su cargamento. Esperar en las Marquesas es exponerse a permanecer allí por un tiempo interminable, y, entretanto, ¿de qué van a vivir?

—Señor gobernador —dice el capitán en tono suplicante—, usted nos ha salvado, y no sabemos cómo demostrarle nuestra gratitud; y sin embargo, le rogamos que asegure nuestro regreso en mejores condiciones.

—¿Y de qué modo? —responde Cyrus Bikerstaff.

—En Honolulu se decía que Standard Island, después de dirigirse a los parajes del sur, debía visitar las Marquesas, las Pomotú y las islas de la Sociedad, para ganar el oeste del Pacífico.

—Es cierto —responde el gobernador—, y probablemente llegar hasta las islas Fiji antes de volver a la bahía Magdalena.

—Las Fiji —continúa el capitán— son un archipiélago inglés donde encontraríamos fácilmente medio de hacemos repatriar a las Nuevas Hébridas, que no están muy lejos de allí, y si usted nos dejara en la isla hasta entonces...

—Nada puedo prometer en cuanto se refiere a ese particular —

responde el gobernador—. Nos está prohibido admitir extranjeros. Esperemos nuestra llegada a

Nuku-Hiva;

consultaré por cable a la administración de la bahía Magdalena, y, si ella consiente, los conduciremos a las Fiji, desde donde su repatriación será más fácil.

Tal es la razón por la que los malayos se encuentran a bordo de Standard Island, cuando ésta se halla a la vista de las islas Marquesas, el 29 de agosto.

Este archipiélago está situado en el recorrido de los vientos alisios, que, del mismo modo que a los archipiélagos de las Pomotú y de la Sociedad, le aseguran una temperatura moderada y un clima sano.

Ante el grupo del noroeste se presenta el comodoro Simcoe en las primeras horas de la mañana. Ve un atolón [93] arenoso que los mapas designan con el nombre de islote de Coral, y contra el cual el mar, empujado por las corrientes, golpea con extremada violencia.

Dejado este atolón a babor, los vigías no tardan en señalar una primera isla, Fetuú, escarpadísima, circundada de precipicios perpendiculares de cuatrocientos metros. Más allá está Hiaú, de seiscientos metros de altura, de aspecto árido, mientras que la otra, fresca y verde, ofrece cómodas ensenadas a los barcos pequeños.

Frascolín, Yvernés y Pinchinat, abandonando a Sebastián Zom a su mal humor permanente, se han situado en la torre en compañía de Ethel Simcoe y de varios oficiales. No debe sorprender que este nombre de Hiaú haya provocado en Su Alteza algunas ideas relacionadas con onomatopeyas.

—Seguramente —dice— es una colonia de gatos con uno muy inteligente por jefe.

Hiaú queda a babor. Standard Island no se detiene allí y sigue viaje en dirección a la isla principal del grupo, cuyo nombre se ha dicho ya y al que temporalmente se va a unir el de Standard Island.

Al día siguiente, 30 de agosto, desde el alba, nuestros parisienses están en su puesto. Las alturas de

Nuku-Hiva

eran visibles desde la tarde anterior. Con buen tiempo, la cadena de montañas de este archipiélago se ve a una distancia de dieciocho a veinte leguas, pues la elevación de algunas cumbres pasa de mil

doscientos metros, dibujándose como una espalda gigante a lo largo de la isla.

—Ustedes observarán —dice el comodoro Simcoe a sus huéspedes— una disposición general en todo este archipiélago. Sus cumbres son de una desnudez singular en esta zona, mientras que la vegetación, que nace a dos tercios de la montaña, penetra en el fondo de las gargantas y se despliega magníficamente hasta en las blancas arenas del litoral.

—Sin embargo —observa Frascolín—, parece que

Nuku-Hiva

escapa a la regla general, por lo menos en lo que concierne a la vegetación de las zonas medias. Parece estéril.

—Porque nos acercamos a ella por el noroeste —responde el comodoro Simcoe—. Pero cuando la rodeemos por el sur, se sorprenderá usted del contraste. Por todas partes verdes praderas, bosques, cascadas de trescientos metros.

—¡Eh! —exclama Pinchinat—. Una masa de agua que cayese de la torre Eiffel sería algo digno de admiración. El Niágara sentiría envidia.

—¡No! —dice Frascolín—. Se desquita con la anchura, ya que su caída se extiende sobre novecientos metros. Bien lo sabes, Pinchinat, puesto que la hemos visitado.

—Ciertamente, y pido disculpas al Niágara si en algo lo he ofendido —responde Su Alteza.

Aquel día Standard Island se aproxima a una milla de distancia de las costas. Sólo se divisan vertientes áridas que suben hasta la meseta central de Tovii, despeñaderos rocosos que no presentan ninguna cortadura. Sin embargo, según el decir del navegante Brown, se encuentran allí sitios buenos para anclar, y en efecto, han sido descubiertos después.

En suma, el aspecto de

Nuku-Hiva,

cuyo nombre evoca tan graciosos paisajes, es bastante triste. Pero como han observado justamente los señores Dumoulin y Desgraz, compañeros de Dumont

d'Urville

[94] durante su viaje al polo Sur y a Oceanía, «todas las bellezas naturales están encerradas en el interior de las bahías, en los surcos

formados por las ramificaciones de la cadena de los montes que se elevan en el centro de la isla».

Después de haber seguido este litoral desierto, más allá del ángulo agudo que proyecta hacia el oeste, Standard Island modifica ligeramente su dirección disminuyendo la velocidad de sus hélices de estribor y dobla el cabo Chichagoff, así llamado por el navegante ruso Krusenstem. La costa forma un arco prolongado, en medio del cual un estrecho canal da acceso al puerto de Taioa, o Akani, una de cuyas curvas ofrece abrigo seguro contra las más terribles tempestades del Pacífico.

El comodoro Simcoe no se detiene allí. Existen al sur otras dos bahías: la de Ana María o Taio Hae, al centro, y la de Comptroller o de los Taipis, a la vuelta del cabo Martín, punta extrema del sudeste de la isla. Ante la bahía Taio Haé es donde debe hacerse escala por espacio de unos doce días.

A poca distancia de la ribera de
Nuku-Hiva

la sonda indica grandes profundidades. En las cercanías de las bahías se pueden encontrar fondeaderos de cuarenta o cincuenta brazas.[95] Por esto es muy fácil a Standard Island permanecer cerca de Taio Haé, lo que hace a partir del mediodía del 31 de agosto.

Desde que se está a la vista del puerto se oyen cañonazos a la derecha, y una humareda se eleva por encima de los precipicios del este.

—¡Eh! —dice Pinchinat—. Se disparan cañonazos para festejar nuestra llegada.

—No —responde el comodoro Simcoe—. Ni los *tais*, ni los *happas*, las dos principales tribus de la isla, poseen artillería capaz ni para rendir simples saludos. Lo que ustedes oyen es el ruido del mar que se hunde en las profundidades de una caverna, cerca del cabo Martín; y esa humareda es el rocío que forman las olas al golpear violentamente.

—Lo lamento —responde Su Alteza—, pues un cañonazo equivale a un saludo con el sombrero.

La isla de Nuku-Hiva posee varios nombres, debido a los diversos padrinos que sucesivamente la han bautizado: isla Federal, por Ingraham; isla Hermosa, por Marchand; isla *Sir* Heniy Martín,

por Hergert; isla Adam, por Roberts; isla Madison, por Porter. Mide diecisiete millas de este a oeste y diez millas de norte a sur, o sea, una circunferencia de unas cincuenta y cuatro millas. Su clima es sano, y su temperatura, igual a la de las zonas intertropicales, moderada por los vientos alisios.

En este sitio Standard Island no tiene que temer nunca los vientos huracanados ni las lluvias torrenciales, pues no debe permanecer allí más que de abril a octubre, cuando dominan los vientos secos de este a sudeste, a los que los indígenas llaman *tuatuka*. En octubre es cuando se siente el calor más fuerte; en noviembre y diciembre, la mayor sequedad. Después de lo cual, desde abril a octubre, las corrientes de aire corren de este a nordeste.

Respecto a la población del archipiélago, ha sido preciso rebajar algo las exageradas cifras de los primeros descubridores, que la han estimado en cien mil almas. Eliseo Reclús,[96] apoyándose en documentos serios, no la estima más que en seis mil almas, y

Nuku-Hiva

es la más poblada. Si en el tiempo de Dumont d'Urville

el número de los habitantes de

Nuku-Hiva

ha podido elevarse a ocho mil, divididos en *tais*, *happas*, *taionas* y *taipis*, este número no ha cesado de disminuir. ¿Cuál ha sido la causa? Guerras exterminadoras, el abuso del alcohol y, ¿por qué no confesarlo?, todos los males que lleva en sí la conquista, hasta cuando los conquistadores pertenecen a las razas civilizadas.

En el curso de aquella semana de escala, los habitantes de Milliard City hacen varias visitas a

Nuku-Hiva.

Los europeos de más viso se las devuelven, pues gracias a la autorización del gobernador tienen libre acceso a Standard Island. Por su parte, Sebastián Zorn y sus camaradas emprenden largas excursiones, cuyos encantos compensan con creces su fatiga.

La bahía de Taio Haé describe un círculo cortado por un estrecho canal en el que Standard Island no hubiera encontrado sitio, al estar la bahía dividida por dos playas arenosas separadas por una pendiente escarpada, donde todavía se yerguen los restos

del fuerte construido por Porter en 1812, época en que este marino inició la conquista de la isla, mientras una expedición norteamericana ocupaba la playa del este; toma de posesión que no fue ratificada por el gobierno federal.

En cuanto a la ciudad, edificada en la orilla opuesta, nuestros parisienses no encuentran más que una modesta aldea, con la mayor parte de las habitaciones dispuestas bajo los árboles. ¡Pero qué admirables valles, entre otros los de Taio Haé, que los naturales de la isla han elegido entre todos para establecer sus moradas!

Causa profundo placer internarse por entre esos macizos de cocoteros, bananeros, casuarinas, guayabos, árboles del pan, hibiscos y tantos otros llenos de savia desbordante. En las chozas son recibidos con afecto. Allí donde un siglo antes tal vez hubieran sido devorados, pueden saborear galletas hechas con bananas y pasta de *mei*, el árbol del pan, la fécula amarillenta del *taro*, dulce cuando está fresca y después un poco agria, y las raíces comestibles del *tacca*. Pero rehúsan firmemente probar el *haua*, especie de raíz que se come cruda, y los filetes de tiburón, tanto más estimados cuanto más podridos están.

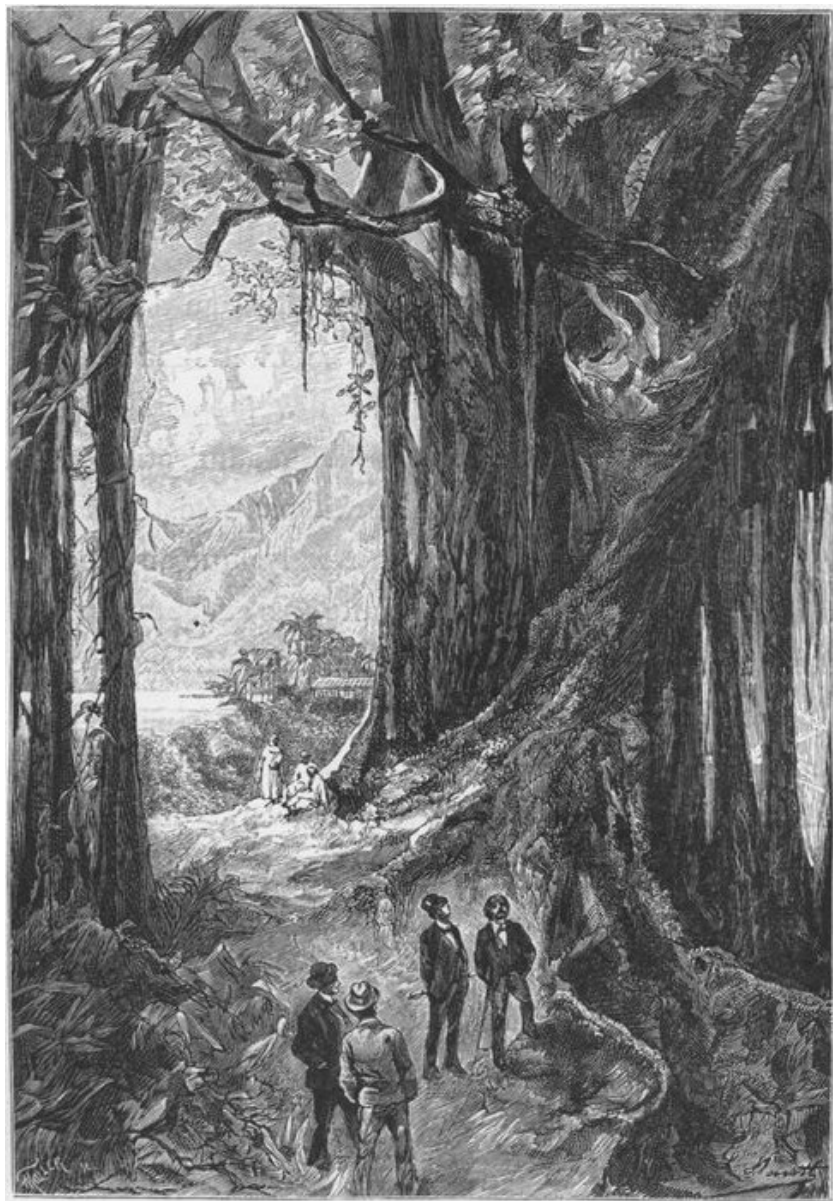
Atanasio Doremus los acompaña algunas veces en sus paseos. El buen hombre ha visitado el archipiélago el año anterior y puede servirles de guía, aunque tal vez no está muy fuerte ni en historia natural ni en botánica, y quizá confunda el soberbio *spondias cytherea*, cuyos frutos se asemejan a las manzanas, con el *pandanus odoratissimus*, que justifica este epíteto superlativo; con la casuarina, cuya madera tiene la dureza del hierro; con el hibisco, cuya corteza emplean los indígenas en la confección de vestidos; con el papayo, y hasta con la gardenia florida.

Verdad es que el cuarteto no tiene necesidad de recurrir a su ciencia un poco sospechosa, cuando la flora nativa les presenta magníficos helechos, soberbios polipodios, rosales de China de flores rojas y blancas, gramíneas, solanáceas, tabaco, entre otras; labiadas de racimos violetas que forman el adorno más buscado por las jóvenes de

Nuku-Hiva;

ricinos de tres metros de altura; caña de azúcar, naranjos, limoneros, cuya reciente importación da tan buenos resultados en esas tierras impregnadas de calores estivales y regadas por múltiples

ríos que bajan de las montañas.



Y una mañana, cuando el cuarteto ha subido más allá de Tais, costeanado un torrente, hasta la cumbre de la cordillera; cuando bajo sus pies y ante sus ojos se desarrollan los valles de los *tais*, de los

taipis y de los *happas*, un grito de admiración escapa de sus labios. Si hubiesen llevado sus instrumentos, no habrían resistido el deseo de responder con la ejecución de alguna obra lírica al espectáculo de aquellas obras maestras de la naturaleza. Claro que los ejecutantes sólo habrían sido oídos por los pájaros. ¡Pero es tan linda la paloma *kurukuru* que vuela por aquellas alturas, y tan encantadores la menuda golondrina marítima que corta el espacio tan caprichosamente, y el faetón, huésped habitual de estas gargantas de Nuku-Hiva!

Por otra parte, no hay que temer la presencia de ningún reptil venenoso en el fondo de aquellos bosques. No hay que prestar atención a las boas, de apenas sesenta centímetros de largo e inofensivas como una culebra, ni a los *simques*, cuya cola azul se confunde con las flores.

Los indígenas son notables por su tipo. Se puede apreciar en ellos las características asiáticas, lo que les asigna un origen muy diferente de los pueblos oceánicos. Son de estatura mediana, proporcionados, muy musculosos y de extremidades finas; anchos de pecho, de rostro ovalado y frente despejada; ojos negros con largas pestañas, nariz aguileña, dientes blancos y regulares; la tez ni roja ni blanca, sino oscura como la de los árabes, y una fisonomía llena a la vez de alegría y dulzura.

El tatuaje ha desaparecido casi por completo; tatuaje que se obtenía, no por incisiones en la piel, sino por picaduras espolvoreadas con carbón. Ahora es reemplazado por las telas de algodón de los misioneros.

—Estos hombres son muy hermosos —dice Yvernés—, pero menos quizá que en la época en que iban vestidos sencillamente con sus taparrabos, cubiertos con sus cabellos y blandiendo el arco y la flecha.

Esta observación es hecha durante una excursión a la bahía Comptroller en compañía del gobernador. Cyrus Bikerstaff ha llevado a sus huéspedes a esta bahía, dividida en varios puertos, como La Valette. Sin duda, en manos de los ingleses, Nuku-Hiva

llegaría a ser una Malta[97] del océano Pacífico. En esta región se ha concentrado la población de los *happas*, entre las gargantas de

una campiña fértil, con un pequeño río alimentado por una ruidosa cascada. Ése fue el principal teatro de la lucha del americano Porter contra los indígenas.

La observación de Yvernés exigía una respuesta que el gobernador da en estos términos:

—Quizá tenga usted razón, señor Yvernés. Los habitantes de las islas Marquesas tenían mejor aspecto con el taparrabos, el maro y el pareo de vivos colores, el *ahu bun*, especie de bufanda vaporosa, y el *tiputa*, prenda parecida al poncho mexicano. Es muy cierto que el traje moderno no les sienta. ¿Qué quiere usted? Es la consecuencia de la civilización. Al mismo tiempo que nuestros misioneros se empeñan en instruir a los indígenas, los instan a vestirse de una manera menos rudimentaria.

—¿Y no tienen razón?

—Desde el punto de vista de las conveniencias, sí; pero no desde el de la higiene. Desde que se visten más decentemente, los habitantes de

Nuku-Hiva

y otros isleños, no duden ustedes, han perdido su robustez nativa, y también su natural alegría. Se fastidian, y su salud se resiente de ello. En otra época ignoraban la bronquitis, la pulmonía, la tisis.

—¡Y desde que no van completamente desnudos se resfrían! — exclama Pinchinat.

—Como usted lo dice, y eso es una causa de mortalidad de esta raza.

—De donde deduzco —replica Su Alteza— que Adán y Eva estornudaron por primera vez cuando se pusieron pantalones y vestidos después de haber sido arrojados del paraíso terrenal, lo que nos ha valido a nosotros, sus hijos degenerados y responsables, las enfermedades de las vías respiratorias.

—Señor gobernador —se interesa Yvernés—, nos ha parecido que en este archipiélago las mujeres son menos bellas que los hombres.

—Lo mismo que en los otros —responde Cyrus Bikerstaff—, y aquí, no obstante, ven ustedes el tipo más perfecto de las mujeres de Oceanía. ¿No es ésta, acaso, una ley de la naturaleza común a las razas que se aproximan al estado salvaje? ¿No pasa lo mismo en el reino animal, donde la fauna, desde el punto de vista de la belleza

física, nos muestra al macho casi superior a la hembra?

—¡Eh! —exclama Pinchinat—. ¡Hay que venir a los antípodas[98] para hacer semejantes observaciones, que jamás admitirán nuestras lindas parisienses!

En Nuku-Hiva no existen más que dos castas, sometidas a la ley del tabú, ley inventada por los fuertes contra los débiles, por los ricos contra los pobres, a fin de proteger sus privilegios y sus bienes. El blanco es el color tabú, y los pobres no pueden tocar los objetos tabú, como los lugares sagrados, los monumentos funerarios, las casas de los jefes. Hay una clase tabú a la que pertenecen los sacerdotes, los hechiceros o *touas*, los *akarkis* o jefes civiles, y una clase no tabú que comprende la mayor parte de las mujeres y el pueblo bajo. Además, no solamente está prohibido tocar un objeto protegido por el tabú, sino hasta dirigir hacia él la vista.



—Y esta regla —añade Cyrus Bikerstaff— es tan severa en las Marquesas, en las Pomotú y en las islas de la Sociedad, que yo aconsejaría a ustedes que jamás la infrinjan.

—¡Ya lo oyes, bravo Zorn! —dice Frascalín—. Cuida tus manos, vigila tus ojos.

El violoncelista se encoge de hombros, como persona a quien estas cosas no interesan.

El 5 de septiembre Standard Island abandona el fondeadero de Taio Haé, dejando al este la isla Hua Huna (Kahuga), la más oriental del primer grupo, de la que sólo se ven las lejanas alturas, cubiertas de vegetación, y la que carece de playas, pues su perímetro está formado por acantilados cortados a pico.

De más está decir que Standard Island tiene cuidado de moderar su velocidad, pues una masa como la suya, lanzada a gran velocidad, produciría una especie de marejada que arrojaría a las embarcaciones contra la costa e inundaría el litoral. Se mantiene a algunas millas de Uapú, isla de notable aspecto, pues está erizada de agujas basálticas, donde el capitán Marchand enarboló la bandera de Francia.

Más allá, Ethel Simcoe, pasando por entre los parajes del segundo grupo, se dirige hacia

Hiv-Oa,

la isla Dominica, según el apelativo español. Es la más vasta del archipiélago, de origen volcánico, y su perímetro mide cincuenta y seis millas. Se pueden observar fácilmente sus precipicios, tallados en una roca negruzca, y las cascadas que se precipitan desde las colinas centrales, revestidas de vigorosa vegetación.

Un estrecho de tres millas separa a esta isla de Tahuata. Como Standard Island no hubiera podido encontrar espacio suficiente para pasar por allí, costea a Tahuata por la parte occidental, donde la bahía Madre de Dios, llamada también Resolución de Cook, acogió los primeros navíos europeos.

Gran ventaja sería para esta isla hallarse algo más distante de su rival

Hiv-Oa.

Tal vez entonces la guerra resultaría más difícil entre una y otra, y su gente no estaría en contacto ni se diezmaría en la forma que lo hace aún.

Después de haber dejado al este la isla de Motane, estéril, sin abrigo, sin habitantes, el comodoro Simcoe toma la dirección de Fatú Hiva, antigua isla de Cook. A decir verdad, no es más que un enorme peñón en el que pululan los pájaros de la zona tropical, especie de pilón de tres millas de circunferencia.

Éste es el último islote del sudeste que los habitantes de Milliard City pierden de vista, en la tarde del 9 de septiembre. A fin de ajustarse a su itinerario, Standard Island pone la proa al sudoeste, lo que le permitirá acercarse al archipiélago de las Pomo tú, cuya parte media debe atravesar. El tiempo es siempre favorable, pues el mes de septiembre corresponde al mes de mayo del hemisferio boreal.

En la mañana del 11 de septiembre, la chalupa de Babord Harbour ha recogido una de las boyas flotantes, a la que está unido uno de los cables de la bahía Magdalena. El extremo de este hilo de cobre, perfectamente aislado por una cubierta de caucho, se conecta a los aparatos del Observatorio, y así se establece la comunicación telefónica con la costa americana.

La administración de la Standard Island Company es consultada sobre la situación de los náufragos del queche malayo. ¿Se autoriza al gobernador para conducirlos hasta los parajes de las islas Fiji, desde donde podrían ser repatriados en condiciones más rápidas y menos costosas?

La respuesta es favorable: Standard Island tiene permiso para ir al oeste, hasta las Nuevas Hébridas, a fin de desembarcar allí a los náufragos, si los personajes de Milliard City no tienen inconveniente.

Cyrus Bikerstaff comunica esta decisión al capitán Sarol, y este ruega al gobernador de Standard Island que transmita la expresión de su agradecimiento a los administradores de la bahía Magdalena.

XII

TRES SEMANAS EN EL POMOTÚ



En verdad, el cuarteto daría pruebas de negra ingratitud hacia Calixtus Munbar si no le estuviera agradecido por haberlo contratado —con engaños, si se quiere— para actuar en Standard Island. ¿Qué importa el medio que ha empleado el superintendente, si ha hecho de los artistas parisienses los huéspedes festejados, adulados y generosamente recompensados de Milliard City?

Sin embargo, Sebastián Zorn no cesa de rezongar, pues un erizo jamás se transformará en una gata de suave piel. Pero Yvernés, Pinchinat y Frascalín mismo no hubieran podido soñar más deliciosa existencia: una excursión sin peligros ni fatigas a través de aquellos admirables mares del Pacífico; un clima siempre sano, casi igual, gracias al cambio de lugares. Y, además, sin tener necesidad de intervenir en la rivalidad de los dos bandos, aceptados como el alma musical de la isla, recibidos en casa de la familia Tankerdon y en las más distinguidas de la sección de babor, lo mismo que en la familia Coverley y en las más notables de la sección de estribor; tratados con consideración por el gobernador y sus subalternos de la Municipalidad, por el comodoro Simcoe y sus oficiales del Observatorio, por el coronel Stewart y su tropa, prestando su concurso a las fiestas del templo lo mismo que a las ceremonias de la catedral, encontrando simpatías en los dos puertos, en las fábricas de electricidad, entre los funcionarios y empleados. Entonces preguntamos a toda persona razonable: ¿pueden nuestros compatriotas echar de menos los tiempos en que recorrían las ciudades de la república federal? ¿No es envidiable su situación?

«¡Ustedes me besarán las manos!», les había dicho el superintendente en la primera entrevista. Y si nunca lo hicieron es porque no habrían de besar jamás una mano masculina.

Un día, Atanasio Doremus, el más afortunado de los mortales, les dijo:

—Dos años hace que estoy en Standard Island, y desearía vivir sesenta años más solo para continuar aquí.

—¡Nada pide usted! —responde Pinchinat—. ¡Pretende llegar a centenario!

—¡Ah, señor Pinchinat, esté usted seguro de que alcanzaré esa edad! ¿Cree usted que se muere en Standard Island?

—Como en todas partes.

—Pero no aquí. En el paraíso celestial no se muere.

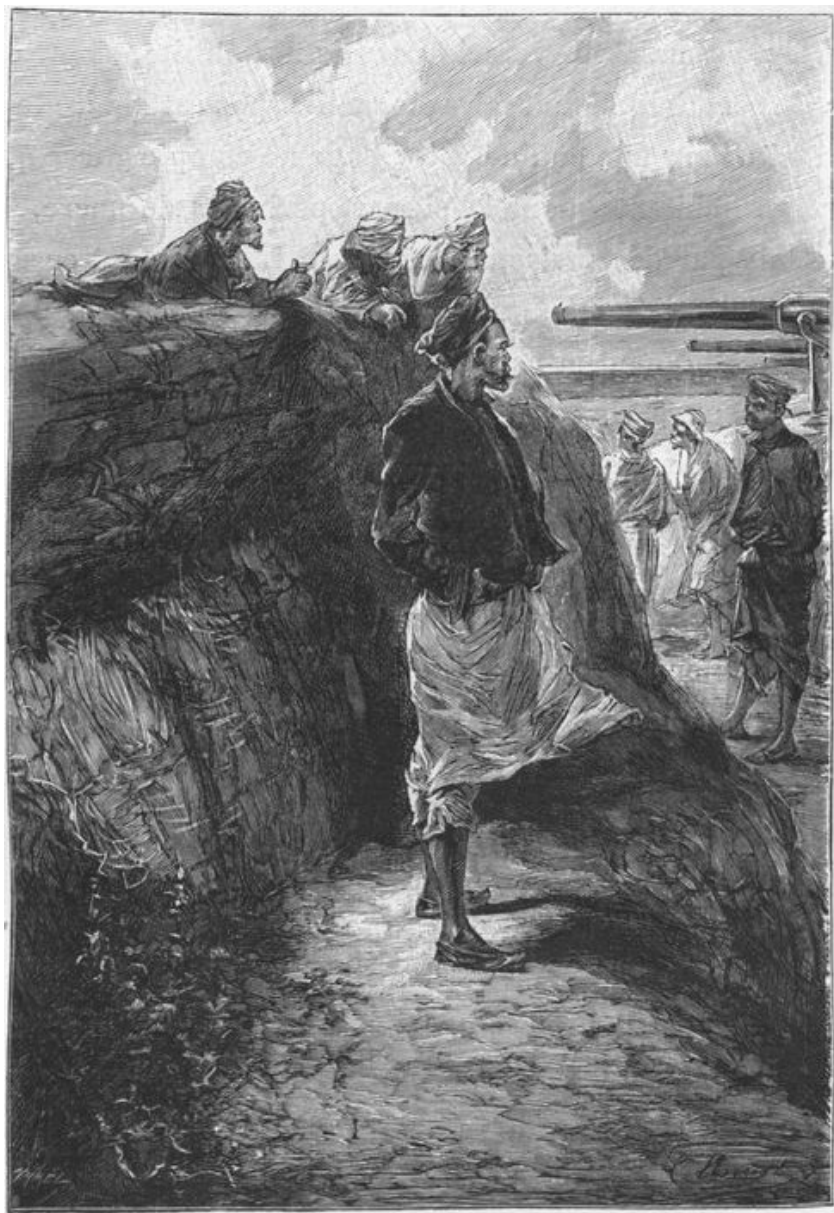
¿Qué responder a esto? Sin embargo, en esta isla encantada, de vez en cuando alguno moría; y entonces los vapores llevaban sus despojos hasta los lejanos cementerios de la bahía Magdalena. Decididamente, está escrito que no se puede ser del todo dichoso en este bajo mundo.

Siempre existen puntos negros en el horizonte, puntos que poco a poco se transforman en nubes cargadas de electricidad y cuyos choques producen tempestades y huracanes. La rivalidad entre los Coverley y los Tankerdon provoca inquietud. Sus partidarios hacen causa común con ellos. ¿Llegará el día en que las dos secciones luchan entre sí? ¿A Milliard City la amenazan revueltas y revoluciones? ¿Tendrá el consejo de administración el brazo bastante enérgico, y el gobernador Cyrus Bikerstaff la mano suficientemente firme, para mantener la paz entre estos Capuletos y Montescos[99] de la isla de hélice? No se sabe. Todo es posible tratándose de rivales cuyo amor propio parece no tener límites.

Desde la escena que se produjo al pasar el ecuador, los dos personajes son enemigos declarados. Sus partidarios los sostienen. Toda relación ha cesado entre las dos secciones. Si se ven de lejos, procuran evitarse, y si llegan a encontrarse, ¡qué cambio de gestos amenazadores, de miradas feroces! Hasta corre el rumor de que el antiguo comerciante de Chicago y algunos de babor van a fundar una casa de comercio, que han pedido a la compañía autorización para erigir una gran fábrica y que importarían cien mil cerdos para salarlos y venderlos en los diversos archipiélagos del Pacífico.

Después de esto no costará creer que las casas Tankerdon y Coverley son dos polvorines, y que bastaría una chispa para hacerlas volar con la isla; no hay que olvidar que es un aparato que

navega sobre los más profundos abismos. Verdad es que esta explosión no podría ser más que «puramente moral», si se nos permite la frase; pero tendría por consecuencia la expatriación de algunos notables, determinación que comprometería el porvenir y, muy probablemente, el estado financiero de la Standard Island Company. La situación reinante amenaza con peligrosas complicaciones, ya que no con catástrofes materiales. ¿Y quién sabe si estas últimas no son también de temer?



En efecto, quizá las autoridades, confiadas en una engañosa seguridad, debieran vigilar más de cerca al capitán Sarol y a sus malayos, tan hospitalariamente acogidos después del naufragio. Esta gente, que se mantiene aparte, son poco locuaces, y gozan de un bienestar que echarán de menos en sus salvajes Nuevas

Hébridas. ¿Hay, pues, motivos para sospechar? Sí y no. Un observador más perspicaz notaría que recorren constantemente Standard Island, que estudian sin cesar a Milliard City, la disposición de sus calles, el lugar de sus palacios y hoteles, como si tuvieran la idea de levantar el plano exacto de la isla. Se les encuentra a menudo en el parque y en el campo. Van con mucha frecuencia, ya a Babord Harbour, ya a Tribord Harbour, observando las llegadas y salidas de los vapores. Se les ve, durante sus largos paseos, explorar el litoral, donde los aduaneros están día y noche de guardia, y visitar las baterías colocadas en la parte anterior y posterior de la isla. Después de todo, ¿no es esto muy natural? ¿En qué otra cosa sino en excursiones pueden estos malayos desocupados emplear el tiempo? ¿Hay en ello algo sospechoso?

Entretanto, el comodoro Simcoe avanza poco a poco hacia el sudoeste, a escasa velocidad. Yvernés, como si su ser se hubiera transformado desde que ha llegado a ser un isleño viajero, se abandona al encanto de la navegación, encanto que también sienten Pinchinat y Frascalín. ¡Qué horas deliciosas las pasadas en el Casino, esperando los conciertos y las veladas en que se les disputa a precio de oro! Todas las mañanas, gracias a los diarios de Milliard City, llenos de noticias frescas transmitidas por los cables y de diversos hechos que datan de algunos días traídos por los vapores de servicio, se ponen al corriente de cuanto interesa a los dos continentes, desde el punto de vista mundano, científico, artístico y político. Y por lo que se refiere a este último punto, es preciso observar que la prensa inglesa, cualquiera que sea su color, no cesa de clamar contra la existencia de esta isla ambulante, que ha tomado al Pacífico para teatro de sus excursiones. Pero tanto en Standard Island como en la bahía Magdalena desdeñan tales reclamaciones.

No olvidemos decir que, desde hace algunas semanas, Sebastián Zorn y sus camaradas han podido leer en las informaciones del extranjero que su desaparición ha sido señalada por los diarios americanos.

El célebre Cuarteto Concertante, tan festejado en los estados de la Unión, tan esperado por aquellos que aún no habían tenido el honor de oírlo, no podía desaparecer sin causar sensación. No ha llegado a San Diego el día indicado, y San Diego ha lanzado el grito

de alarma. De las averiguaciones realizadas, ha resultado que los artistas franceses navegaban en la isla de hélice después de un secuestro practicado en el litoral de la Baja California. Como ellos no han reclamado contra este secuestro, no ha habido cambio de notas diplomáticas entre la compañía y la república federal. Cuando el cuarteto desee reaparecer en el teatro de sus triunfos, será bien recibido.

De más está decir que los dos violines y Pinchinat han impuesto silencio a Sebastián Zorn, al que no hubiera disgustado ser causa de una declaración de guerra entre el nuevo continente y la *Joya del Pacífico*.

Por otra parte, nuestros instrumentistas han escrito varias veces a Francia desde su partida de la bahía Magdalena. Sus familias, ya tranquilas, les dirigen frecuentes cartas y la correspondencia se efectúa tan regularmente como los servicios postales entre París y Nueva York.

Una mañana, el 17 de septiembre, Frascolín, instalado en la biblioteca del Casino, siente el natural deseo de consultar el mapa de este archipiélago de las Pomotú, hacia el cual se dirige. En cuanto abre el atlas y mira aquellos parajes del océano Pacífico, exclama:

—¡Rayos y truenos! ¿Cómo podrá Ethel Simcoe orientarse en este caos? ¡Jamás encontrará paso en este montón de islas e islotes! ¡Hay centenares de ellos! Parece una charca llena de cascotes. Tocaré, chocaré... Acabaremos por quedar inmóviles en este lugar, más intrincado que el Morbihan[100] de nuestra Bretaña.

El sabio Frascolín tiene razón. El Morbihan no cuenta más que 365 islas, tantas como días tiene el año, y en el archipiélago de las Pomotú se puede contar el doble. Verdad que el mar que las baña está circunscrito por un cinturón de arrecifes coralinos cuya circunferencia no es inferior, según Eliseo Reclús, a 650 leguas.

Observando el mapa de este grupo, asombra que un navío, y con mayor motivo un aparato marítimo como Standard Island, ose aventurarse a través de este archipiélago, que comprendido entre los

17°

y

28°

de latitud sur y los

134°

y

147°

de longitud oeste, se compone de un millar de islas e islotes, desde Mata Hiva a Pitcairn.

No es, pues, sorprendente que este grupo haya recibido diversos calificativos, entre otros el de archipiélago Peligroso o Mar Malo. Gracias a la prodigalidad geográfica, de la que el océano Pacífico tiene el privilegio, sé llama también islas Bajas, islas Tuamotú (que quiere decir «islas alejadas»), islas Meridionales, islas de la Noche, Tierras Misteriosas. Respecto al nombre de Pomotú o Pamotú, que significa «islas sometidas», una diputación del archipiélago reunida en 1850 en Papeete, la capital de Tahití, protestó contra esta denominación. Pero aunque el gobierno francés acogió con deferencia esta protesta en 1852 y decidió escoger entre todos esos nombres el de Tuamotú, preferimos conservar en esta historia el nombre más conocido de Pomotú.

Sin embargo, por peligrosa que parezca esta navegación, el comodoro Simcoe no vacila, y está tan acostumbrado a navegar por estos mares que se puede confiar en él. Hace maniobrar la isla como una canoa. Frascalín puede estar tranquilo por Standard Island: las puntas de Pomotú no rozarán su casco de acero.

En la tarde del 19 los vigías del Observatorio señalan las primeras puntas del grupo, a unas doce millas. Estas islas son, en efecto, extremadamente bajas. Si algunas están a cuarenta metros sobre el nivel del mar, setenta y cuatro no sobresalen más que media toesa,[101] y se inundarían dos veces al día si las mareas no fueran casi nulas. Las otras no son más que bancos coralinos rodeados de escollos de una aridez absoluta, arrecifes orientados regularmente en el mismo sentido que el archipiélago.

Standard Island se acerca al grupo por la parte del este, para aproximarse a la isla Anaa, que Fakarava ha reemplazado como capital desde que Anaa fue en parte destruida por el terrible ciclón de 1878, que provocó la muerte de gran número de habitantes y llegó hasta la isla de Kaukura.

Primero se ve a Vahitahi, a tres millas. En estos parajes, los más peligrosos del archipiélago a causa de las corrientes y la extensión

de los arrecifes, que se prolongan al este, se toman las más minuciosas precauciones. Vahitahi no es más que un amontonamiento de coral, flanqueado por tres islotes poblados de árboles. De éstos, en el del norte está la ciudad principal.

Al día siguiente se ve la isla de Akiti, con sus arrecifes tapizados de prionia —hierba rastrera de color amarillento—, y de borraja aterciopelada. Difiere de las otras islas en que no posee su albufera[102] interior, y es visible desde gran distancia porque su altura sobre el nivel del mar es superior al término medio.

Por la mañana encuentran otra isla un poco más importante, Amanú, cuya albufera está en comunicación con el mar por dos pasos de la costa noroeste.

Mientras la población de Milliard City sólo desea pasear indolentemente por entre el archipiélago, que ha visitado el año anterior, y admirar de paso sus maravillas, Pinchinat, Frascalín e Yvernés hubieran deseado hacer algunas escalas, para explorar un poco estas islas, debidas al trabajo de los pólipos, es decir, construidas artificialmente, como Standard Island.

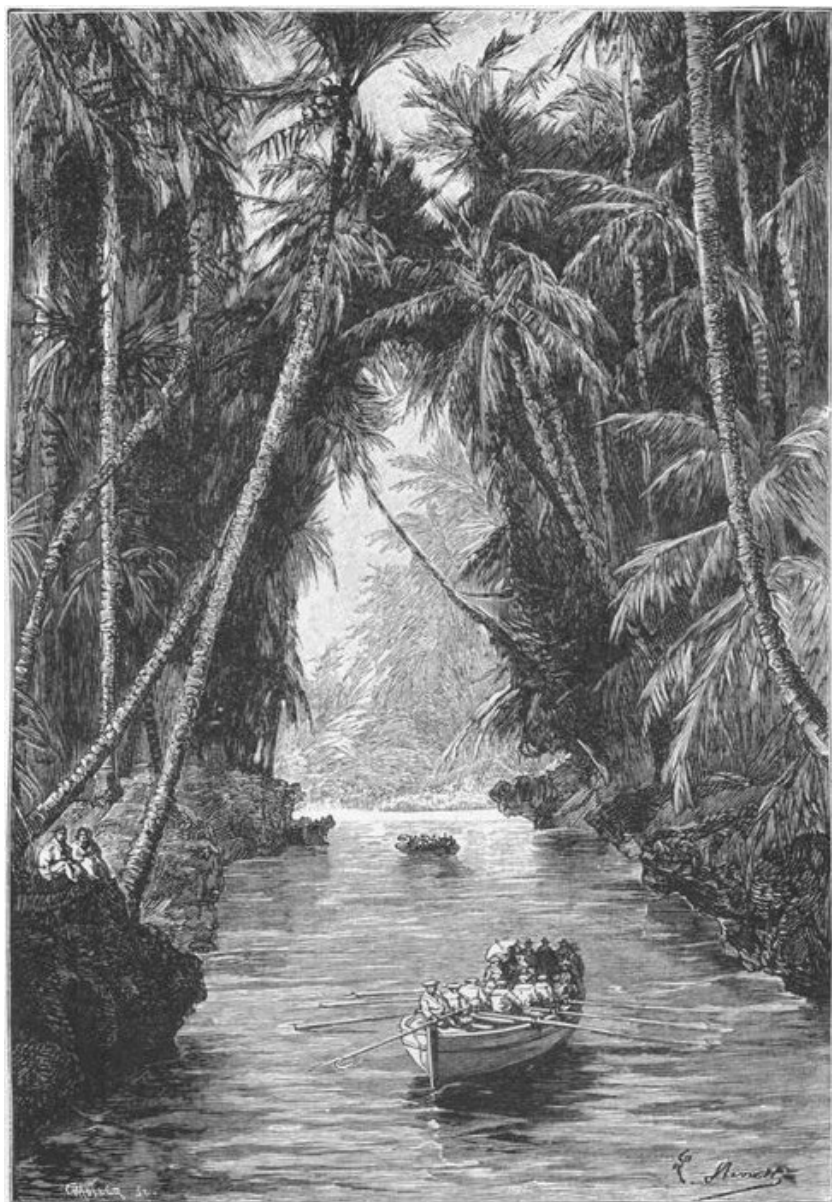
—Sólo que la nuestra —observa el comodoro Simcoe— puede cambiar de lugar.

—Demasiados lugares —replica Pinchinat—, puesto que no se detiene en ninguno.

—Ya se detendrá en las islas Hao, Anaa y Fakarava, y ustedes podrán recorrerlas cómodamente.

Interrogado sobre el origen de esas islas, Ethel Simcoe lo explica conforme a la teoría generalmente admitida. En aquella parte del Pacífico, el fondo submarino ha debido descender gradualmente unos treinta metros, y los zoófitos, los pólipos, han encontrado sobre las cimas sumergidas una sólida base para establecer sus construcciones de coral. Poco a poco esas construcciones han crecido gracias a la labor de los infusorios,[103] que no pueden trabajar a una profundidad más considerable. Han subido a la superficie y formado este archipiélago, cuyas islas pueden clasificarse en barreras, franjas y atolones; este último, nombre indígena que se aplica a las que están provistas de albuferas interiores. Después, los restos arrojados por las olas han formado el humus, los vientos han traído semillas y la vegetación ha aparecido en estos anillos coralíferos; la marga calcárea se ha revestido de

hierbas y de plantas, de arbustos y de árboles, bajo la influencia del clima intertropical.



—Y... ¿quién sabe? —dice Yvernés en un arranque de profético entusiasmo—. ¿Quién sabe si el continente desaparecido bajo las

aguas del Pacífico no reaparecerá un día en la superficie, reconstruido por estos millones y millones de animalillos microscópicos? Y entonces, por los lugares que ahora cruzan los vapores y barcos de vela, circularán a toda marcha los trenes expresos que unirán el antiguo con el nuevo continente.

—¡Disparates, disparates, viejo Yvernés! —replica el irrespetuoso Pinchinat.

Como había dicho el comodoro Simcoe, Standard Island se detiene el 23 de septiembre ante la isla Hao, a la que puede acercarse bastante por haber mucha profundidad. Algunos visitantes van allí, y las chalupas los conducen por uno de los pasos de la derecha, que se abriga bajo una cortina de cocoteros. Hay que hacer cinco millas para alcanzar la aldea principal, situada sobre una colina. El pueblo cuenta apenas unos trescientos habitantes, en su mayor parte pescadores de ostras para el comercio del nácar, empleados como tales por las casas tahitianas. En la isla abundan las pandáneas y los mirtos *mikimikis*, que han sido los primeros árboles de un suelo que produce ahora la caña de azúcar, el ananás, el taro, la prionia, el tabaco y sobre todo los cocoteros, de los cuales existen más de cuarenta mil en los grandes bosques del archipiélago.

Puede decirse que este árbol «providencial» crece casi sin cultivo. Su nuez sirve de alimento habitual a los indígenas, siendo superior en sustancias nutritivas a los frutos del burí. Con ella ceban sus cerdos, sus aves y también sus perros, cuyas costillitas y filetes comen con gusto. Además, la nuez de coco da también un aceite precioso; molida y secada al sol, es sometida a la presión de un mecanismo bastante rudimentario. Los navíos llevan cargamentos de copra al continente, donde hay fábricas que lo preparan de manera más provechosa.

No se puede juzgar a la población de Pomotú por la de Hao, en la que los indígenas son poco numerosos. Donde el cuarteto ha podido observarlos con más detenimiento es en la isla de Anaa, ante la cual Standard Island navega en la mañana del 27 de septiembre.

Sólo desde muy corta distancia Anaa muestra sus bosques de soberbio aspecto. Es una de las más grandes del archipiélago, pues cuenta dieciocho millas de longitud por nueve de ancho, medidas en su base madreporíca.

Se ha dicho que en 1878 un ciclón había devastado la isla, lo que hizo imprescindible trasladar la capital del archipiélago a Fakarava. Esto es cierto, aunque en aquel poderoso clima de la zona tropical era de presumir que la devastación sería reparada en algunos años. Así ha sucedido, y la isla, tan magnífica como en otro tiempo, posee actualmente mil quinientos habitantes. No obstante, es inferior a Fakarava, su rival, por una razón que no deja de tener su importancia: la comunicación entre el mar y el lago interior no puede hacerse más que por un estrecho canal, con remolinos del interior al exterior, debidos a la elevación de las aguas. En Fakarava, por el contrario, el lago se comunica por dos anchos pasos, al norte y al sur. Sin embargo, esto no obsta para que el principal mercado de aceite de coco haya sido esta última isla, Anaa, que, más pintoresca, atrae siempre las preferencias de los viajeros.

Desde que Standard Island ha fondeado en su lugar de escala en excelentes condiciones, muchos habitantes de Milliard City se hacen conducir a tierra. Sebastián Zorn y sus compañeros son de los primeros, pues el violoncelista ha decidido tomar parte en la excursión.

Primero se dirigen a la aldea de Tuahora, después de haber estudiado las condiciones en que se había formado esta isla, comunes a todas las del archipiélago. En ésta, la marga calcárea, el ancho del anillo, es de cuatro a cinco metros, formando escollos del lado del mar y suaves pendientes por la parte del lago interior, cuya circunferencia comprende unas cien millas, como en Rairoa y Fakarava. Sobre este anillo se amontonan millares de cocoteros, principal riqueza de la isla, por no decir única, cuyo follaje protege las chozas de los indígenas.

El pueblo de Tuahora está atravesado por un camino arenoso, de blancura resplandeciente. El cónsul francés del archipiélago no vive allí desde que Anaa ha perdido su importancia como capital. Pero la casa existe aún, protegida por un modesto cerco. La bandera tricolor flota sobre el cuartel de la pequeña guarnición, confiada al cuidado de un sargento de marina.

Algunas casas de Tuahora son dignas de elogio. No son ya chozas, sino casas cómodas, sanas, y bien amuebladas, asentadas sobre el coral. El tejado es de hojas de burí, cuya madera se emplea

para hacer puertas y ventanas. Aquí y allá se ven huertos que la mano del indígena ha cubierto de tierra vegetal y cuyo aspecto es verdaderamente delicioso.

Los indígenas no son de tipo tan agradable como los de las islas Marquesas. Pero, aunque tienen la tez más oscura, la fisonomía menos expresiva y el carácter más duro, ofrecen aún bellos tipos de esta población de la Oceanía ecuatorial. Además de ser trabajadores inteligentes y laboriosos, tal vez opongan más resistencia a la degeneración física que amenaza a los indígenas del Pacífico.

Su principal industria, como Frascolín puede comprobar, es la fabricación del aceite de coco. A esto se debe la considerable cantidad de cocoteros plantados en los bosques del archipiélago. Estos árboles se reproducen tan fácilmente como las excrecencias coralíferas en la superficie de los atolones. Pero tienen un enemigo, y los excursionistas franceses lo han conocido un día que estaban tendidos sobre la arena del lago interior, cuyas verdes aguas contrastan con el azul del mar cercano.

En esos momentos un ruido provoca su atención primero, su horror después; lo produce un animal que se arrastra entre la hierba. ¿Qué ven? Un crustáceo de tamaño monstruoso.

Instintivamente se ponen de pie y miran al animal.

—¡Qué bestia horrible! —exclama Yvernés.

—¡Es un cangrejo! —responde Frascolín.

Es un cangrejo, en efecto, llamado *birgo* por los indígenas, y que abunda en la isla. Las patas delanteras forman dos sólidas tenazas, con las que abre los cocos que constituyen su alimento preferido. Vive en el fondo de madrigueras hechas entre las raíces, donde amontona fibras del fruto para revestir el suelo. Durante la noche, sobre todo, sale en busca de las nueces caídas, y hasta trepa por el tronco y las ramas de los cocoteros para sacar los frutos.

Preciso es que el cangrejo en cuestión tenga un hambre de lobo, como dice Pinchinat, para haber abandonado en pleno día su sombrío escondite. Dejan hacer al animal, pues la operación promete ser en extremo curiosa. Advierte un coco grande entre las hierbas del suelo y con sus pinzas desgarras poco a poco las fibras; después, cuando la nuez está desnuda, ataca la dura corteza golpeándola en el mismo sitio. Una vez abierta, el birgo retira la sustancia del interior empleando sus pinzas posteriores, cuyas

extremidades están fuertemente aguzadas.

—Es indudable —observa Yvernés— que la naturaleza ha creado al birgo para abrir el coco.

—Y al coco para alimento del birgo —añade Frascalín.

—Pues bien, ¿y si contrariásemos las intenciones de la naturaleza impidiendo a este cangrejo comer ese coco y a este coco ser comido por este cangrejo? —propone Pinchinat.

—Pido que no se le moleste —dice Yvernés—. No demos ni siquiera a un birgo una mala idea de los parisienses que viajan.

Todos consienten, y el cangrejo, que sin duda ha arrojado una mirada irritada a Su Alteza, dirige una de reconocimiento al primer violín del Cuarteto Concertante.

Después de sesenta horas de escala ante Anaa, Standard Island continúa en dirección norte y penetra a través del mare mágnam[104] de islas e islotes. El comodoro Simcoe baja por el canal con seguridad asombrosa. Claro que, en estas condiciones, Milliard City está un poco abandonada por sus habitantes, en beneficio del litoral y especialmente de la parte del espolón. Siempre hay nuevas islas a la vista, algunas tan pequeñas y cubiertas de follaje que parecen cestas de verdura flotando en la superficie de las aguas. Se diría que es un mercado de flores sobre uno de los canales de Holanda.

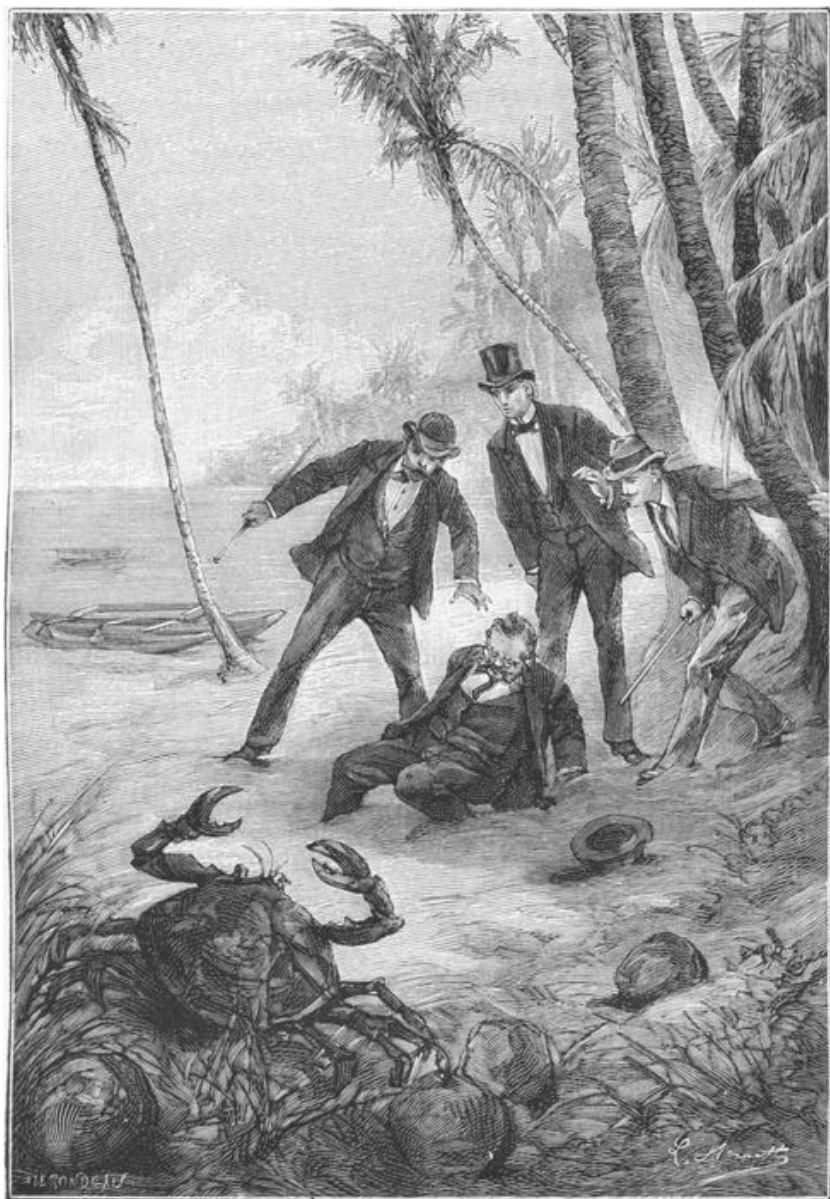
Numerosas piraguas[105] van y vienen por los alrededores de los dos puertos, pero no se permite entrar, y los agentes han recibido órdenes terminantes respecto a este punto. Muchas mujeres indígenas vienen a nado cuando la isla flotante pasa a corta distancia de las costas madreporicas. Si no acompañan a los hombres en las canoas es porque estas embarcaciones son tabú para el bello sexo de Pomotú, al que le está prohibido subir a ellas.

El 4 de octubre Standard Island se detiene ante Fakarava, en la abertura del pasaje sur. Antes de que estén dispuestas las embarcaciones para conducir a los visitantes, el cónsul francés se ha presentado en Tribord Harbour, desde donde, según una orden del gobernador, se le conduce a la Municipalidad.

La entrevista es muy cordial. Cuando las circunstancias lo exigen, Cyrus Bikerstaff sabe asumir el aspecto oficial imprescindible en esta clase de ceremonias. El cónsul, viejo oficial de infantería de marina, no va a la zaga. Imposible imaginar cosa

más grave, más digna y más respetable de una y otra parte.

Terminada la recepción, se autoriza al cónsul para que recorra Milliard City, siendo Calixtus Munbar el encargado de hacerle los honores. En su calidad de franceses, los cuatro parisienses y Atanasio Doremus han querido unirse al superintendente. ¡Qué alegría la de este excelente hombre al encontrarse con compatriotas!



Al día siguiente el gobernador va a Fakarava para devolver la visita al viejo oficial, y ambos vuelven a comportarse como la víspera. El cuarteto, en cuanto pone el pie en tierra, se dirige al consulado. Es un edificio sencillísimo, ocupado por una guarnición de doce antiguos marinos. Sobre el techo de la casa flamea el

pabellón de Francia.

Ya se ha dicho que, aunque Fakarava sea la capital del archipiélago, no vale lo que su rival Anaa. La aldea principal no ofrece un aspecto tan pintoresco bajo el follaje de sus árboles, y, además, sus habitantes son menos sedentarios. Además de la fabricación de aceite de coco, cuyo *centro* está en Fakarava, se dedican a la pesca de ostras perlíferas. El comercio del nácar que produce esta explotación obliga a frecuentar la isla vecina de Toau, especialmente dispuesta para esa industria. Estos osados indígenas no vacilan en descender a profundidades de veinte o treinta metros, pues están habituados a soportar tales presiones sin gran trabajo y a permanecer sin respirar más de un minuto.

Algunos de estos pescadores han sido autorizados para ofrecer el producto de su pesca, nácar o perlas, a los notables de Milliard City. Ciertamente no les faltan alhajas a las opulentas damas de la ciudad, pero no es fácil conseguir estos productos naturales en estado bruto, y, al presentarse la ocasión, los pescadores las venden a precios inverosímiles.

Desde el momento en que *Mrs.* Tankerdon adquiere una perla de gran valor, es de obligación para *Mrs.* Coverley seguir su ejemplo.

Afortunadamente, no hay ocasión de hacer ofertas por un objeto único, pues no se sabe qué cantidad hubiera alcanzado. Otras familias tienen a honra imitar a sus amigos, y aquel día, como se dice en el lenguaje marítimo, los fakaravianos hicieron «una buena marea».

Transcurridos unos diez días, el 12 de octubre, la *Joya del Pacífico* aparece en las primeras horas y abandona la capital de las Pomotú, para tocar el límite occidental del archipiélago. El comodoro Simcoe no tiene ya que preocuparse por aquel inverosímil amontonamiento de islas, islotes, arrecifes y atolones. Ha salido sin encontrar obstáculos de aquellos parajes de la mar Mala. A lo ancho se extiende esa porción del Pacífico que, sobre un espacio de cuatro grados, separa el grupo de las Pomotú del grupo de la Sociedad. Poniendo la proa al sudoeste, Standard Island, movida por los diez millones de caballos de sus máquinas, se dirige en majestuosa marcha hacia la isla tan poéticamente celebrada por Bougainville: [106] la hechicera Tahití.

XIII

ESCALA EN TAHITÍ



El archipiélago de la Sociedad o de Tahití está comprendido

entre los

15°

y

17°

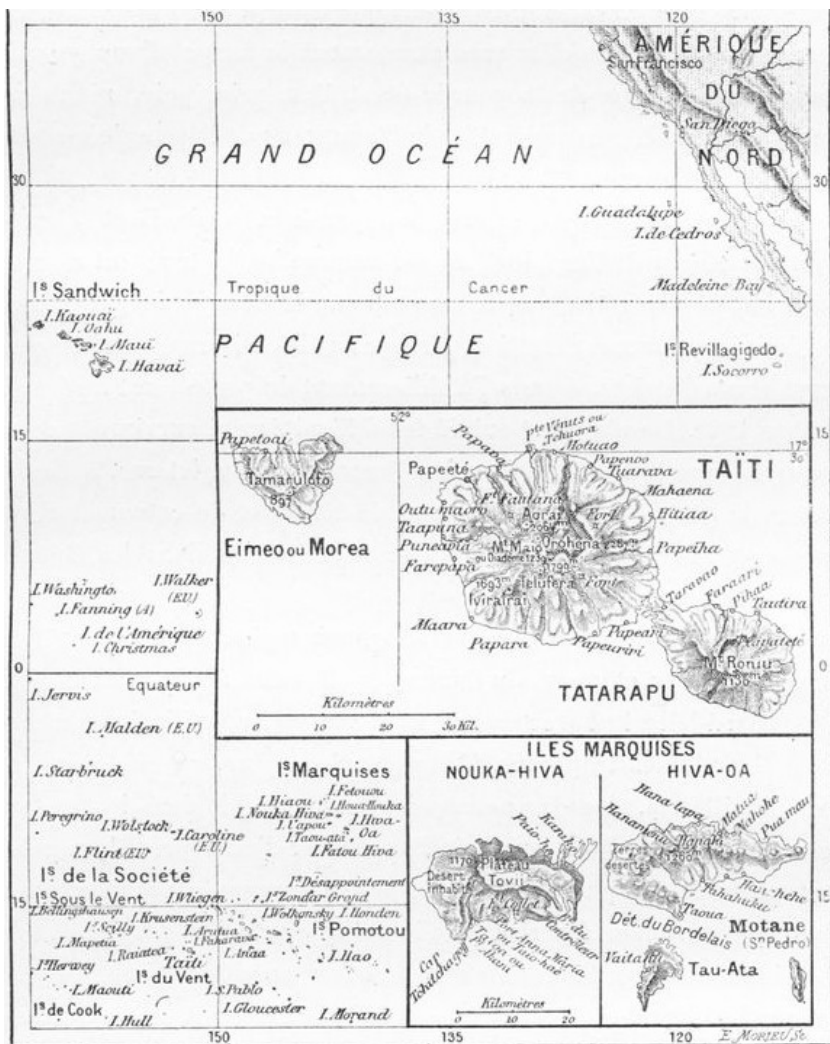
de latitud sur y entre los

150°

y

156°

de longitud oeste del meridiano de París. Ocupa una extensión de dos mil doscientos tres kilómetros cuadrados de superficie. Está constituido por dos grupos: uno que comprende las islas del Viento, Tahití o Taití, Tahaa, Tapamanoa, Eimeo o Morea, Tetiaroa y Meetia, que están bajo el protectorado de Francia, y otro formado por las islas Bajo el Viento, Tubuai, Manu, Huahine, Raiatea Thao, Bora Bora, Moffy Iti, Maupiti, Mapetia, Bellingshausen y Scilly, gobernadas por soberanos indígenas. Los ingleses las llaman islas Georgianas, aunque Cook, su descubridor, las haya bautizado con el nombre de islas de la Sociedad, en honor de la Sociedad Real de Londres.



Los diversos censos hechos en los últimos tiempos asignan a este grupo, situado a unas doscientas leguas marinas de las islas Marquesas, un total de cuarenta mil habitantes, entre extranjeros e indígenas.

Viniendo del nordeste, la primera de las islas del Viento que se muestra a las miradas de los navegantes es Tahití. Los vigías del Observatorio la señalan desde gran distancia, gracias al monte Maiao o Diadema, que se eleva a mil doscientos treinta y nueve metros sobre el nivel del mar.

La travesía se ha efectuado sin inconvenientes. Ayudada por los vientos, Standard Island ha recorrido estos magníficos parajes, sobre los cuales el sol desciende hacia el trópico de Capricornio. Dentro de dos meses y algunos días el astro radiante lo habrá alcanzado y subirá hacia la línea ecuatorial, y la isla de hélice lo tendrá en su cénit durante varias semanas de ardiente calor, para después seguirlo como un perro a su amo, manteniéndose a la distancia reglamentaria.

Ésta es la primera vez que los habitantes de Milliard City van a hacer escala en Tahití, pues el año anterior, por haber comenzado el viaje demasiado tarde, no llegaron tanto al oeste y, después de visitar las islas Pomotú, subieron hacia el ecuador.

El archipiélago de la Sociedad es el más hermoso del Pacífico. Sólo recorriéndolo podían nuestros parisienses apreciar el encanto de un aparato marítimo dotado de movimiento y libre de escoger sus escalas y su clima.

—Sí, pero ya veremos cómo termina esta absurda aventura —concluía invariablemente Sebastián Zorn.

—¡Que no se acabe nunca es todo lo que yo pido! —exclamaba Yvernés.

En la madrugada del 17 de octubre, Standard Island llega a la vista de Tahití, que se muestra por su litoral del norte. Durante la noche ha brillado el faro de la punta Venus. La jornada ha bastado para llegar a la capital Papeete, situada al noroeste, pasando la punta.

El consejo de notables se ha reunido bajo la presidencia del gobernador. Como todo consejo bien equilibrado, está dividido en dos campos: unos, con Jem Tankerdon a la cabeza, se han pronunciado por el oeste; los otros, con Nat Coverley, por el este. Cyrus Bikerstaff, cuyo voto decide en caso de empate, comunica que se llegará a Papeete, rodeando la isla por el sur, decisión muy del agrado del cuarteto, puesto que le permitirá admirar en toda su belleza aquella perla del Pacífico, la nueva Citerea[107] de Bougainville.

Tahití tiene una superficie de ciento cuatro mil doscientos quince hectáreas, o sea, unas nueve veces la superficie de París.

Su población, que en 1875 comprendía siete mil seiscientos indígenas, trescientos franceses y mil cien extranjeros, no llega

ahora más que a siete mil habitantes. Su contorno es exactamente igual a una calabaza volcada, siendo el cuerpo de la misma la parte principal de la isla, unida al gollete que dibuja la península de Taravao.

Frascolín es el que ha hecho esta comparación al estudiar el mapa del archipiélago, y sus camaradas la encuentran tan exacta que bautizan a Tahití con el nombre de Calabaza de los Trópicos.

Desde el punto de vista administrativo, Tahití se divide en seis secciones, subdivididas en veintiún distritos, determinados después del establecimiento del protectorado del 9 de septiembre de 1842. No se habrá olvidado que hubo grandes dificultades entre el almirante Dupetit Thouars, la reina Pomaré e Inglaterra, a causa de las instigaciones de aquel abominable traficante de biblias y de telas de algodón llamado Pritchard, tan finamente caricaturizado en *Les Guêpes*, de Alfonso Karr.[108] Pero ésta es ya historia antigua. Standard Island puede acercarse sin peligro hasta una milla de la costa de la Calabaza de los Trópicos, pues ella, en efecto, descansa sobre una base coralina cuyos escalones descienden a pico hasta las profundidades del océano.

Desde lejos, la población de Milliard City ha podido contemplar su masa imponente, sus montañas, más favorecidas por la naturaleza que las de las Sandwich; sus verdes cimas, sus gargantas boscosas, sus picos, que se yerguen como los agudos pináculos de una gigantesca catedral, y sus bosques de cocoteros, bañados en las cercanías de las rompientes por la blanca espuma de la resaca.

Durante este día, en que se va costeanando el borde occidental, los curiosos, entre los cuales se cuentan, anteojo en mano, los cuatro parisienses, situados en los alrededores de Tribord Harbour, pueden observar los mil detalles del litoral, el distrito de Papenoo, cuyo río se ve a través del valle y que se arroja en el océano en el sitio donde el arrecife falta en un espacio de varias millas; Hitiaa, puerto muy seguro, del que se exportan para San Francisco millones y millones de naranjas; Mahaena, donde en 1845 se terminó la conquista de la isla, pero al precio de un terrible combate contra los indígenas.

Por la tarde pasan por el estrecho istmo de Taravao. Al rodear la península, el comodoro Simcoe se aproxima lo suficiente para que los fértiles campos del distrito de Tautira y los numerosos ríos que hacen de él uno de los más ricos archipiélagos, se puedan admirar

en todo su esplendor. Tatarapu, que reposa sobre su asiento de coral, eleva majestuosamente las ásperas vertientes de sus cráteres apagados.

Cuando el sol declina en el horizonte, las cumbres se empurpuran por última vez, los tonos se suavizan y los colores se funden en la bruma cálida y transparente. Bien pronto todo no es más que una confusa masa, cuyos efluvios cargados de perfumes de naranjos y limoneros son llevados por la brisa de la tarde. Después de un crepúsculo breve, la oscuridad es profunda.

Standard Island dobla la punta del sudeste y al día siguiente evoluciona delante de la costa occidental del istmo.

El distrito de Taravao, muy cultivado y poblado, muestra entre los bosques de naranjos los hermosos caminos que lo unen al distrito de Papeari. En el punto más elevado, un fuerte domina los dos lados del istmo, defendido por algunos cañones cuyas bocas se inclinan hacia afuera como atarjeas de bronce. En el fondo se esconde el puerto de Faetón.

—¿Por qué el nombre de ese presuntuoso cochero del carro solar brilla sobre el istmo? —se pregunta Yvernés.

Emplean la jornada en seguir, a poca velocidad, los contornos de la construcción coralina que forma el oeste de Tahití. Dos distritos muestran a los ojos de los viajeros sus bellezas: Papeari, cruzado en parte por llanuras pantanosas, y Mataiea, excelente puerto de Papeuriri; más allá se ve un ancho valle recorrido por el río Vaihiria, y al fondo se divisa una montaña de quinientos metros, especie de pie de lavatorio que soportase una palangana de medio kilómetro de circunferencia. Este antiguo cráter, sin duda lleno de agua dulce, parece no tener comunicación alguna con el mar.

Después de los distritos de Ahauraono y Papara, el primero dedicado al cultivo del algodón en gran escala y el segundo esencialmente agrícola, Standard Island descubre, más allá de la punta Mara, el gran valle de Paruvia, separado del monte Diadema y regado por el Punarún.

Dejando atrás a Taapuna, la punta Tatao y la embocadura del Faa, el comodoro Simcoe desvía el rumbo ligeramente hacia el nordeste, evitando hábilmente el islote de Motu Uta, y a las seis de la tarde se detiene ante la cortadura que da acceso a la bahía de Papeete.

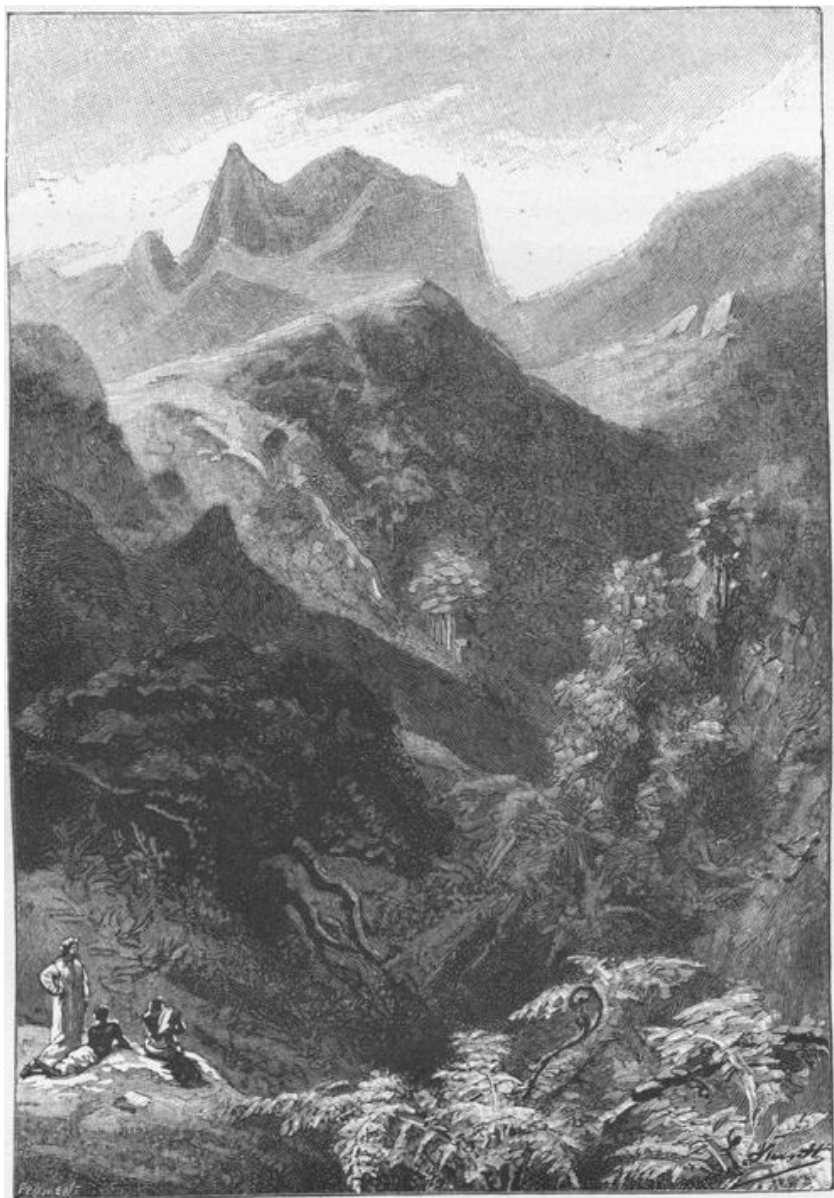
A la entrada, y en sinuosidades caprichosas a través del arrecife de coral, se dibuja el canal que balizan, hasta la punta Farente, cañones fuera de uso.

De más está decir que Ethel Simcoe, gracias a sus mapas, no tiene que recurrir a los pilotos, cuyas balleneras se cruzan en la abertura del canal. Sin embargo, sale una embarcación con pabellón amarillo en la popa. Es la barca de la sanidad, que atraca al pie de Standard Island.

En Tahití son muy severos, y nadie puede desembarcar si antes el médico, acompañado del oficial del puerto, no concede libre plática.

Después de ser conducido a Tribord Harbour, el médico se comunica con las autoridades. Sólo tiene que cumplir con una sencilla formalidad, puesto que ni en Milliard City ni en sus alrededores hay enfermos. Las enfermedades epidémicas, como el cólera, la influenza, la fiebre amarilla, son allí absolutamente desconocidas. El médico concede el permiso para entrar; pero como después de un brevísimo crepúsculo la noche cae rápidamente, se deja el desembarco para el día siguiente, y Standard Island duerme hasta el amanecer.

Desde el alba se oyen detonaciones. Es la batería del espolón, que saluda con veintiún cañonazos al grupo de las islas Bajo el Viento y a Tahití, capital del protectorado francés. Al mismo tiempo, en la torre del Observatorio, el pabellón rojo con el sol de oro sube y baja tres veces.



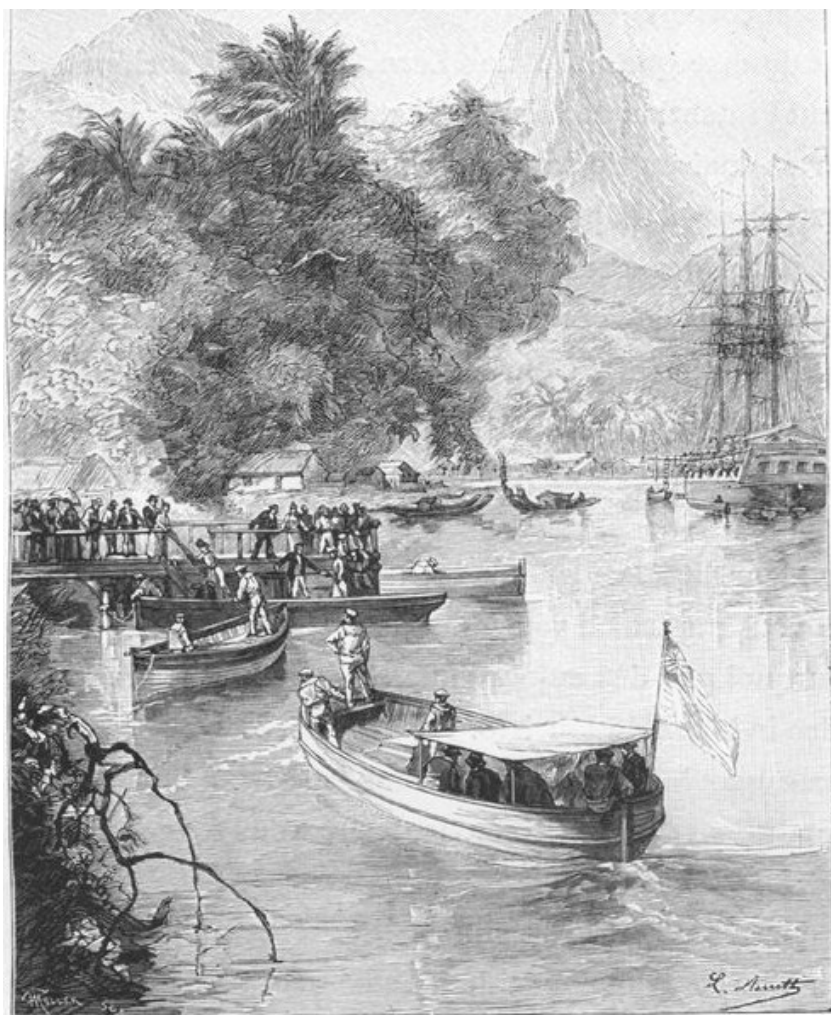
En respuesta, la batería de la Emboscada, situada en la punta del gran canal de Tahití, dispara igual número de cañonazos.

Desde las primeras horas de la mañana Tribord Harbour se llena de gente, y los tranvías llevan al puerto una considerable cantidad de turistas que desean visitar la capital del archipiélago. Sebastián

Zorn y sus compañeros son de los más impacientes. Como las embarcaciones no serían suficientes para transportar tal número de curiosos, los indígenas se apresuran a ofrecer sus servicios para que los turistas puedan franquear la distancia que separa a Standard Island de tierra.

El primero en desembarcar es el gobernador, que debe sostener la entrevista oficial con las autoridades civiles y militares de Tahití y realizar la visita no menos solemne a la reina.

Así, pues, a eso de las nueve, Cyrus Bikerstaff, con traje de gala, lo mismo que sus ayudantes, Barthelemy Ruge y Hubley Harcourt; los principales ciudadanos de las dos secciones, entre ellos Nat Coverley y Jem Tankerdon; el comodoro Simcoe y sus oficiales, con lujosos uniformes, y el coronel Stewart y su escolta, ocupan las chalupas de gala y se dirigen al puerto de Papeete.



Sebastián Zorn, Frascalín, Yvernés, Pinchinat, Atanasio Doremus y Calixtus Munbar, con un cierto número de funcionarios, ocupan otra embarcación.

Canoas y piraguas indígenas forman cortejo al mundo oficial de Milliard City, dignamente representado por su gobernador, sus autoridades y sus personajes, de los cuales los dos principales son lo bastante ricos como para comprar Tahití y hasta el archipiélago de la Sociedad.

El puerto de Papeete es excelente y de tal profundidad que los más grandes barcos pueden anclar en él. Tres canales lo ponen en

comunicación con las diversas regiones de la isla: el del norte, el de Tanoa al este y el de Tanupa al oeste.

Las chalupas se acercan majestuosamente a la orilla, flanqueada de casas de recreo, y en cuyos muelles son amarrados los navíos, y sus ocupantes desembarcan al pie de una hermosa fuente abastecida por los riachuelos que bajan de las montañas vecinas.

Cyrus Bikerstaff y su séquito descienden a tierra en medio de una gran concurrencia de franceses, indígenas y extranjeros que aclaman a la *Joya del Pacífico* como la más extraordinaria de las maravillas creadas por el genio del hombre.

Algo calmadas las primeras aclamaciones de entusiasmo, el cortejo se dirige al palacio del gobernador de Tahití.

Calixtus Munbar está magnífico con su traje de gala, que sólo viste en los días de ceremonia. Invita al cuarteto a seguirlo, y éste se apresura a aceptar.

El protectorado francés se extiende no sólo a las islas Tahití y Morea, sino también al grupo de los alrededores. La autoridad máxima la desempeña un comandante comisario que tiene a sus órdenes un empleado que dirige todo lo concerniente al servicio de tropas, marina, finanzas coloniales y locales, y administración judicial. El secretario general del comisario tiene entre sus obligaciones la de ocuparse de los negocios civiles del país.

Varios consulados están establecidos en las islas de Morea, Fakarava, Pomotú, Taio Hae y Nuku-Hiva,

y existe un juzgado de paz que pertenece a la jurisdicción de las Marquesas. Desde 1861 funciona un comité consultivo para la agricultura y el comercio, que se reúne una vez por año en Papeete.

Allí también residen la Dirección de Artillería y la Jefatura de Ingenieros. La guarnición comprende destacamentos de gendarmería colonial de artillería y de infantería de marina. Un cura y un vicario, retribuidos por el gobierno, y nueve misioneros repartidos por las islas, aseguran el mantenimiento del culto católico. Casi, casi, los cuatro parisienses pueden creerse en un puerto de Francia, lo cual, desde luego, no les desagrada.

Los pueblos de las diversas islas son administrados por una especie de consejo municipal indígena, presidido por un *tavana*, asistido de un juez, de un jefe *mutoi* y de dos consejeros elegidos

por los habitantes.

Bajo la sombra de magníficos árboles, el cortejo se dirige hacia el palacio del gobierno. Por todas partes se ven soberbios cocoteros, *miros* de follaje rosáceo, macizos de naranjos, de guayabos, etc. En medio de este bosque, que sobrepasa apenas su elevado techo, se levanta el palacio, de aspecto elegante y dividido en dos pisos. Ya están reunidos allí los principales funcionarios franceses, y la gendarmería colonial rinde honores.

El comandante comisario recibe a Cyrus Bikerstaff con una amabilidad que no hubiese encontrado, seguramente, en los archipiélagos ingleses de estos parajes. Le da las gracias por haber llevado a Standard Island a las aguas del archipiélago, y espera que esta visita se repita todos los años, lamentando de corazón que Tahití no pueda devolverla.

Media hora dura la entrevista, quedando convenido que Cyrus Bikerstaff esperará a las autoridades de Tahití, al día siguiente, en el Palacio Municipal.

—¿Piensan ustedes permanecer mucho tiempo en Papeete? —pregunta el comisario comandante.

—Unos quince días —responde el gobernador.

—Tendrán, entonces, el placer de conocer la división naval francesa que debe llegar a fines de semana.

—Gran alegría nos causará, señor comandante, hacerle los honores de nuestra isla.

Cyrus Bikerstaff presenta a las personas que lo acompañan, esto es, a sus ayudantes, al comodoro Ethel Simcoe, al comandante de la milicia, a los diversos funcionarios, al superintendente de Bellas Artes y a los artistas del Cuarteto Concertante, que son acogidos como merecen por su compatriota.

Los presentes pasan unos momentos de angustia por culpa de los delegados de las secciones de Milliard City. ¿Cómo conciliar el amor propio de Jem Tankerdon y de Nat Coverley, esos irritables personajes que se creen con derecho a...?

—A marchar al frente los dos a la vez —observa Pinchinat parodiando el famoso verso de Scribe. [109]

El mismo comandante soluciona la dificultad. Conociendo la rivalidad de los dos célebres personajes, se comporta con tal tacto, con tanta corrección y diplomacia, que todo marcha a las mil

maravillas. Nadie duda que, si se presentara una ocasión parecida, el jefe de un protectorado inglés habría puesto fuego a la mecha, con el fin de ser útil a la política del Reino Unido.

Nada de esto ocurre en el palacio del comandante comisario, y Cyrus Bikerstaff, encantado de la acogida de que ha sido objeto, se retira, seguido de su cortejo.

Inútil es decir que Sebastián Zom, Yvernés, Pinchinat y Frascalín tienen la intención de dejar que Atanasio Doremus, ya muy cansado, regrese a su casa de la avenida Veinticinco. Ellos esperan, en efecto, pasar en Papeete el mayor tiempo posible, para visitar los alrededores, hacer excursiones a los principales distritos, recorrer las regiones de la península de Tatarapu y apurar, en fin, hasta la última gota de aquella *calabaza* del Pacífico.

Este proyecto está bien pensado, y cuando se lo comunican a Calixtus Munbar, el superintendente da su entera aprobación.

—Pero —dice— les ruego que esperen cuarenta y ocho horas antes de comenzar el viaje.

—¿Por qué no empezarlo hoy? —pregunta Yvernés, impaciente por empuñar el bastón de turista.

—Porque las autoridades de Standard Island conocerán a Su Majestad y su corte, y conviene que sean ustedes presentados.

—¿Y mañana? —dice Frascalín.

—Mañana, el comandante comisario del archipiélago vendrá a devolver a las autoridades la visita que ha recibido, y conviene...

—Que nosotros estemos allí —responde Pinchinat—. Pues bien, estaremos, señor superintendente, estaremos.

Después de abandonar el palacio del gobernador, Cyrus Bikerstaff y su cortejo se dirigen al palacio de Su Majestad: un sencillo paseo bajo los árboles, que no exige más de un cuarto de hora de marcha.

La real morada está agradablemente situada en medio de macizos verdes. Es un cuadrilátero de dos pisos, cuyo tejado, a semejanza de las casas de campo suizas, cubre dos hileras de galerías superpuestas. Desde las ventanas superiores la mirada puede abarcar las extensas plantaciones que se extienden hasta la ciudad, y más allá se alcanza a ver un ancho trozo de mar. Es, en suma, una encantadora residencia, no lujosa, pero sí cómoda.

Nada de su prestigio ha perdido, pues, la reina al pasar al

régimen del protectorado francés. Si la bandera de Francia se despliega en el mástil de los barcos amarrados en el puerto de Papeete o anclados en la rada y sobre los edificios civiles y militares de la ciudad, por lo menos el pabellón de la soberana muestra sobre su palacio los antiguos colores del archipiélago. Es una bandera con bandas rojas y blancas transversales y el escudo tricolor en un ángulo.

En 1706 fue cuando Quirós conoció la isla de Tahití, a la que dio el nombre de Sagitaria. Después de él, Wallis, en 1767, y Bougainville, en 1768, terminaron la exploración del grupo. Al comienzo del descubrimiento reinaba Oberea, y a la muerte de esta soberana apareció en la historia de Oceanía la célebre dinastía de los Pomarés.

Pomaré I reinó entre 1762 y 1780 haciéndose nombrar Otoo, *la Garza Negra*, cambiándolo después por el de Pomaré. Su hijo Pomaré II, que estuvo en el trono entre 1780 y 1819 acogió favorablemente en 1797 a los primeros misioneros ingleses y se convirtió a la religión cristiana diez años más tarde. Fue ésta una época de disensiones y luchas a mano armada, y la población del archipiélago disminuyó gradualmente de cien mil a dieciséis mil habitantes.

Pomaré III, hijo del anterior, reinó de 1819 a 1827, y su hermana Aimata, la célebre Pomaré protegida del horrible Pritchard, nacida en 1812, ocupó después el trono de Tahití e islas adyacentes. No teniendo hijos de Tapoa, su primer marido, lo repudió, para casarse con Ariifaaite. De esta unión nació en 1840 Ariona, presunto heredero, muerto a la edad de 35 años. A partir del año siguiente la reina tuvo cuatro hijos: una niña, Teriimaevama, princesa de la isla Bora Bora desde 1860; el príncipe Tamatoa, nacido en 1842, rey de la isla Raiatea, y al que destronaron sus súbditos, por su brutalidad; el príncipe Teriitapunui, nacido en 1846, que claudicó vergonzosamente, y, en fin, el príncipe Tuavira, nacido en 1848, que fue a educarse a Francia.

El reinado de Pomaré no fue del todo tranquilo. En 1835, los misioneros católicos entraron en lucha con los misioneros protestantes. Arrojados del lugar, volvieron con una expedición francesa en 1838. Cuatro años después, el protectorado de Francia

era aceptado por cinco jefes de la isla. Pomaré protestó, lo mismo que los ingleses. El almirante Dupetit Thouars proclamó la destitución de la reina en 1843, y expulsó a Pritchard, sucesos que provocaron las sangrientas catástrofes de Mahaena y Rapepa. Pero habiendo sido, como se sabe, desaprobados los actos del almirante, Pritchard recibió una indemnización de veinticinco mil francos.

Tahití se sometió en 1846, y Pomaré aceptó el protectorado el 19 de junio de 1847, conservando la soberanía sobre las islas Raiatea, Huahine y Bora Bora. Hubo aún otros disturbios. En 1852 una sublevación destronó a la reina y proclamó la república, pero al fin el gobierno francés restableció a la soberana, la que abdicó tres de sus coronas: la de Raiatea y Tahaa en favor de su hijo mayor; la de Huahine en favor de su segundo hijo, y la de Bora Bora en favor de su hija. Actualmente, el trono del archipiélago lo ocupa una de sus descendientes, Pomaré IV.

El complaciente Frascalín no cesa de justificar el calificativo de «Larousse del Pacífico» con que lo ha bautizado Pinchinat. Da a sus compañeros estos detalles históricos y biográficos, afirmando que es muy conveniente conocer a la gente entre la que se está y con la que se habla.

Yvernés y Pinchinat le dan la razón y le agradecen que los instruya sobre la genealogía de los Pomaré. Sebastián Zorn manifiesta «que le es completamente igual».

En cambio, el sensible Yvernés se impregna por entero del encanto de esta poética naturaleza tahitiana. En su memoria se agolpan los recuerdos de las narraciones encantadoras de los viajes de Bougainville y de Dumont d'Urville.

No oculta la emoción que le produce la idea de que va a encontrarse en presencia de la soberana de la Nueva Citerea, de una reina Pomaré auténtica, cuyo sólo nombre...

—Significa «noche de tos» —le responde Frascalín.

—¡Bueno! —exclama Pinchinat—. Como quien dice «la diosa del resfrío», «la emperatriz de la coriza». Alerta, Yvernés, no te olvides del pañuelo.

La intempestiva respuesta del eterno bromista pone furioso a Yvernés, pero los otros ríen con tantas ganas que el primer violín acaba por participar de la común hilaridad.

Con gran solemnidad se efectúa la recepción del gobernador de Standard Island, de las autoridades y de la delegación de los tahitianos notables. Los honores son hechos por el *mutoi*, jefe de la gendarmería, y los auxiliares indígenas.

La reina Pomaré IV, que tiene unos cuarenta años y lleva, como su familia, que la rodea, un traje de ceremonia rosa pálido, color preferido de la población tahitiana, recibe los cumplimientos de Cyrus Bikerstaff con una afable dignidad que no hubiera desechado una majestad europea, si se nos permite la frase. Responde graciosamente en un francés muy correcto, pues esta lengua es de uso corriente en el archipiélago de la Sociedad.

Tenía el más vivo deseo de conocer aquella Standard Island de la que tanto se habla en todas las regiones del Pacífico, y espera que esta escala no sea la última.

Jem Tankerdon es, por su parte, objeto de un recibimiento particular, lo que no deja de molestar el amor propio de Nat Coverley. Esto se explica, sin embargo, por la razón de que la familia real pertenece al protestantismo, y Jem Tankerdon es el principal personaje de la sección protestante de Milliard City.

El Cuarteto Concertante no es olvidado en las presentaciones. La reina se digna expresar a sus componentes que le encantaría escucharlos y aplaudirlos. Ellos se inclinan respetuosamente, expresando que están a las órdenes de Su Majestad, y el superintendente toma las medidas necesarias para que el deseo de la soberana sea satisfecho.

Después de la audiencia, que dura una media hora, los honores tributados al cortejo a su entrada en el palacio real le son de nuevo ofrecidos a la salida.

Bajan hacia Papeete, donde hacen un alto en el Círculo Militar, cuyos oficiales han preparado un *lunch*^[110] en honor del gobernador y de las personas notables de la población de Milliard City.

Corre el champán, los brindis se suceden, y son las seis cuando las embarcaciones parten de los muelles de Papeete para volver a Tribord Harbour.

Por la noche, cuando los artistas parisienses se encuentran en la sala del Casino, dice Frascolín:

—Tenemos un concierto en perspectiva. ¿Qué tocaremos ante Su

Majestad? ¿Comprenderá a Mozart y a Beethoven?

—Tocaremos trozos de Offenbach, de Varney, de Lecocq o de Audran —responde Sebastián Zorn.

—No, no, la *bambula* es lo indicado —replica Pinchinat abandonándose a las contorsiones características de esta danza negra.

XIV

DE FIESTA EN FIESTA



a isla de Tahití está destinada a ser un lugar de escala para Standard Island. Todos los años, antes de seguir su camino hacia el trópico de Capricornio, sus habitantes se detienen en los alrededores de Papeete.

Recibidos con simpatía tanto por las autoridades como por los indígenas, se muestran reconocidos abriendo generosamente sus puertas, o, mejor dicho, sus puertos. Militares y civiles afluyen, pues, y recorren el campo, el parque, las avenidas, y seguramente que nunca un incidente, por mínimo que sea, alterará las excelentes relaciones de unos y otros.

Verdad es que, aparte de esto, la policía del gobernador debe asegurarse de que la población no ha aumentado fraudulentamente con la entrada de algunos tahitianos no autorizados para fijar su domicilio en la isla flotante. De ahí que, por reciprocidad, se da amplia licencia a los de Milliard City para recorrer las islas del grupo cuando el comodoro Simcoe visita unas u otras.

En previsión de esta escala, algunas familias ricas han tenido la idea de alquilar casas de recreo en los alrededores de Papeete, y las han pedido por adelantado. Cuentan instalarse allí del mismo modo que los parisienses se instalan en los alrededores de París con sus sirvientes y sus caballos, a fin de disfrutar la vida de los grandes propietarios, convertidos en turistas, en exploradores y hasta en cazadores si se da el caso. Nada hay que temer de este clima, cuya temperatura oscila entre los

14°

y los

30°

de abril a diciembre, mientras que los otros meses constituyen el invierno del hemisferio meridional.

Entre las muchas familias que abandonan sus palacios por las confortables casas del campo tahitiano, hay que citar a los Tankerdon y a los Coverley.

Al día siguiente, muy temprano, *Mr.* y *Mrs.* Tankerdon, con sus hijos e hijas, se hacen conducir a un pintoresco chalé situado en las alturas de la punta de Tatao.

Mr. y *Mrs.* Coverley, *miss* Diana y sus hermanas, cambian igualmente su palacio de la avenida Quince por una deliciosa quinta perdida bajo los enormes árboles de la punta Venus.

Entre ambas casas hay una distancia de varias millas, que a Walter Tankerdon le parecen, tal vez, un poco largas. Pero no está en su poder el aproximar estas dos puntas del litoral tahitiano. Por otra parte, caminos bien cuidados los ponen en comunicación directa con Papeete.

Frascolín hace observar a Calixtus Munbar que, si parten al día siguiente, las dos familias no podrían asistir a la visita del comandante comisario al gobernador.

—¡Eh, tanto mejor! —responde el superintendente, cuya mirada se ilumina—. Esto evitará conflictos de amor propio. Si el representante de Francia fuera primero a casa de los Coverley, ¿qué dirían los Tankerdon? Y si fuese a casa de estos primero, ¿qué dirían los Coverley? No puedo menos que alegrarme de esta doble partida.

—¿No sería posible esperar que tenga fin la rivalidad de esas dos familias? —pregunta Frascalín.

—¿Quién sabe? —responde Calixtus Munbar—. Eso no causa pena quizá más que al amable Walter y a la encantadora Diana.

—Sin embargo, no parece que hasta ahora ese heredero y esa heredera... —observa Yvernés.

—¡Bueno, bueno! —replica el superintendente—. Basta una ocasión, y, si la casualidad no nos la ofrece, nos encargaremos nosotros de reemplazar al azar en provecho de nuestra querida isla.

Y Calixtus Munbar hace una pirueta que hubiese aplaudido Atanasio Doremus y que no hubiera desdeñado un marqués del gran siglo.

En la tarde del 20 de octubre, el comandante comisario, su

auxiliar, el secretario general y los principales funcionarios del protectorado desembarcan en el muelle de Tribord Harbour. Son recibidos por el gobernador con todos los honores debidos a su jerarquía. Las baterías del espolón y de popa disparan cañonazos. Coches empavesados con los colores franceses y de Milliard City conducen a la comitiva hacia la capital, donde ya los salones de recepción del Palacio Municipal han sido adornados para la entrevista. En el trayecto reciben la lisonjera acogida de la población, y ante la escalera del Palacio Municipal se cambian discursos oficiales de bastante duración. Después, visitan el templo, la iglesia de Saint Maiy, el Observatorio, las dos fábricas de energía eléctrica, los dos puertos, el parque, y, en fin, dan un paseo circular en los tranvías que recorren el litoral. Al regreso se sirve un *lunch* en el salón del Casino. Son las seis de la tarde cuando, mientras la artillería de Standard Island atruena el espacio, el comandante comisario y su séquito reembarcan para Papeete llevando un excelente recuerdo de esta recepción.





A la mañana siguiente, 21 de octubre, los cuatro parisienses se hacen desembarcar en Papeete. No han invitado a nadie para que los acompañe, ni siquiera al profesor de elegancia, cuyas piernas no soportarían tan largas peregrinaciones. Libres como el aire, parecen

escolares en vacaciones, dichosos de tener bajo sus pies un verdadero suelo de piedras y tierra vegetal.

En primer lugar visitarán a Papeete. La capital del archipiélago es, sin disputa, una linda ciudad. El cuarteto experimenta un verdadero placer en vagar bajo los hermosos árboles que sombrean las casas de la playa, los almacenes de la marina y los principales establecimientos comerciales instalados en el fondo del puerto. Después, subiendo por una de las calles que desembocan en el muelle, y por la que funciona un ferrocarril de sistema americano, nuestros artistas se aventuran por el interior de la ciudad.

Las calles son allí anchas y trazadas con escuadra y cordel como las avenidas de Milliard City, entre jardines llenos de verdor y frescura. A pesar de la hora matinal pueden observar un incesante vaivén de europeos e indígenas, y esta animación, que aumentará después de las ocho de la noche, se prolongará hasta el alba.

Comprenderán los lectores que las noches de los trópicos, y especialmente las noches tahitianas, no son para pasarlas en el lecho, por más que las camas de Papeete se componen de un enrejado de cuerdas hiladas con la borra del coco, de un jergón de hojas de bananero y de un colchón, sin hablar de los mosquiteros que defienden al que duerme del irritante ataque de los mosquitos.

Respecto de las casas, es muy fácil distinguir las que son europeas de las que son tahitianas. Las primeras, construidas casi todas de madera y elevadas algunos pies sobre los bloques de mampostería, nada dejan que desear en cuanto a comodidad. Las segundas, bastante escasas en la ciudad y distribuidas caprichosamente bajo las frondas, están formadas por bambúes unidos y tapizados de esteras, lo que las hace limpias, ventiladas y agradables.

—Pero... ¿y los indígenas?

—¿Los indígenas? —dice Frascalín a sus compañeros—. Como nos ha sucedido en las Sandwich, tampoco aquí encontraremos a esos bravos salvajes que antes de la conquista comían con mucho gusto una costilla humana y reservaban a su soberano los ojos de un guerrero vencido, asado según la receta de la cocina tahitiana.

—¡Ah! ¡No hay, pues, caníbales en Oceanía! —exclama Pinchinat—. ¡Cómo! ¿Haremos millares de millas sin encontrar uno solo?

—¡Paciencia! —responde el violoncelista agitando el aire con la mano derecha—. ¡Paciencia! Encontraremos tal vez más de los que son necesarios para satisfacer tu estúpida curiosidad.

¡No sabía la verdad que estaba diciendo!

Los tahitianos son de origen malayo, muy probablemente, y de esa raza que se designa con el nombre de maorí. Raiatea, la isla Santa, había sido la cuna de sus reyes, una cuna encantadora que bañan las límpidas aguas del Pacífico en el grupo de las islas Bajo el Viento.

Antes de la llegada de los misioneros, la sociedad tahitiana comprendía tres clases: la de los príncipes, personajes privilegiados a los cuales se les reconocía el don de hacer milagros; la de los jefes o propietarios del suelo, poco considerados y esclavizados por los príncipes, y la del pueblo bajo, que no poseía nada y, si poseía algo, no era más que el usufructo de su tierra. Todo esto se ha modificado después de la conquista, e incluso antes, bajo la influencia de los misioneros anglicanos y católicos. Lo que no ha cambiado es la inteligencia de estos indígenas, su palabra vivaz, su espíritu juguetón, su valor a toda prueba, la belleza de su tipo.

Los parisienses no pueden menos que admirarlos, tanto en la ciudad como en el campo.

—¡Por mi vida, qué guapos muchachos! —exclama uno.

—¡Y qué mujeres más hermosas! —dice otro.

Sí, hombres de estatura más que regular, de tez cobriza animada por sangre ardorosa, de formas admirables como las que ha conservado la estatuaria antigua y de fisonomía dulce y atrayente. Los maoríes son realmente soberbios, con sus grandes ojos vivos y sus labios un poco gruesos pero bien dibujados. Ahora, el tatuaje guerrero tiende a desaparecer al faltarles las ocasiones que tanto abundaban antes. Los más ricos de la isla visten a la europea y son elegantes, aun cuando llevan la camisa escotada, la chaqueta de color rosado y el pantalón que cae sobre el botín.

No son éstos los que atraen la atención del cuarteto. Al pantalón de corte moderno, nuestros turistas prefieren el pareo, cuya tela de vivos y entremezclados colores cae en pliegues desde la cintura hasta el tobillo; y al sombrero de copa y hasta al panamá, el *hei*, ese adorno común a los dos sexos, en el cual se entrelazan hojas y flores.

Las mujeres son aún las poéticas y graciosas tahitianas de Bougainville, ya cuando se adornan las negras trenzas que caen sobre sus espaldas con los blancos pétalos del *tiaro*, especie de gardenia, ya cuando se cubren con ese ligero sombrero hecho con la piel de la yema del cocotero, y...

—Cuyo dulce nombre de *revareva* parece venir de un sueño [111] —declama Yvernés.

Añadan al encanto de este traje, cuyos colores, como los del calidoscopio, se modifican al menor movimiento, la gracia en el andar, la indolencia de las actitudes, la dulzura de la sonrisa, lo penetrante de la mirada, la armoniosa sonoridad de la voz, y comprenderán por qué, en cuanto uno exclama:

—¡Vida mía, qué guapos muchachos!

Responden los otros a coro:

—¡Y qué mujeres más hermosas!

¿Hubiese sido posible que, al crear Dios tan maravillosos tipos, no hubiera pensado en darles un cuadro digno de ellos? ¿Y quién pudiera imaginar cosa más deliciosa que estos paisajes tahitianos, cuya vegetación es tan poderosa, bajo la influencia de las corrientes de agua y del abundante rocío de la noche?

Durante sus excursiones a través de la isla y de los distritos vecinos a Papeete, los cuatro parisienses no cesan de admirar aquel mundo de maravillas vegetales. Dejando las orillas del mar, más favorables al cultivo y donde los bosques son reemplazados por plantaciones de limoneros, de naranjos, de arrurruz, de caña de azúcar, de árboles del café, de algodóneros, y por campos de batatas, de yuca, de índigo y de tabaco, los cuatro camaradas se aventuran bajo los espesos macizos del interior, hasta la base de las montañas, cuyas cumbres asoman por encima de aquella vegetación. Por todas partes se ven cocoteros magníficos, mirtos o palos de rosa, casuarinas, lambanes, *puraus*, tamaños, guayabos, mangos, *taccas*, cuyas raíces son comestibles, y también el soberbio *taro* o árbol del pan, de tronco elevado, liso y blanco, y de anchas hojas color verde oscuro, entre las que se agrupan los gruesos frutos de corteza como cincelada y cuya blanca pulpa constituye el principal alimento de los indígenas.

El árbol más semejante al cocotero es el guayabo —llamado *tuava* en lengua tahitiana—, que crece hasta en las cumbres de las

montañas, cubiertas de espesos bosques, mientras que los *puraus* forman selvas intrincadas, de las que sólo se sale con grandes trabajos cuando se comete la imprudencia de internarse en ellas.

No se encuentran animales peligrosos. El único cuadrúpedo indígena es una especie de puerco, entre cerdo y jabalí. Los caballos y bueyes han sido importados en la isla, donde también se van aclimatando ovejas y cabras. La fauna es mucho menos rica que la flora, hasta en lo que a los pájaros se refiere. Sólo hay palomas y golondrinas de mar, como en las Sandwich, y ningún reptil, excepto el ciempiés y el escorpión.

Los productos de Tahití se reducen al algodón, a la caña de azúcar —cuyo cultivo se desarrolla en detrimento del tabaco y del café—, al aceite de coco, a las naranjas, al nácar y a las perlas. Sin embargo, esto alcanza para mantener un comercio importante con América, Australia, Nueva Zelanda; con China, en Asia, y con Francia e Inglaterra, en Europa.

Las excursiones del cuarteto se extienden hasta la península de Tabaratu. Una visita hecha al fuerte Faetón los pone en contacto con un destacamento de soldados de marina, encantados de recibir a sus compatriotas.

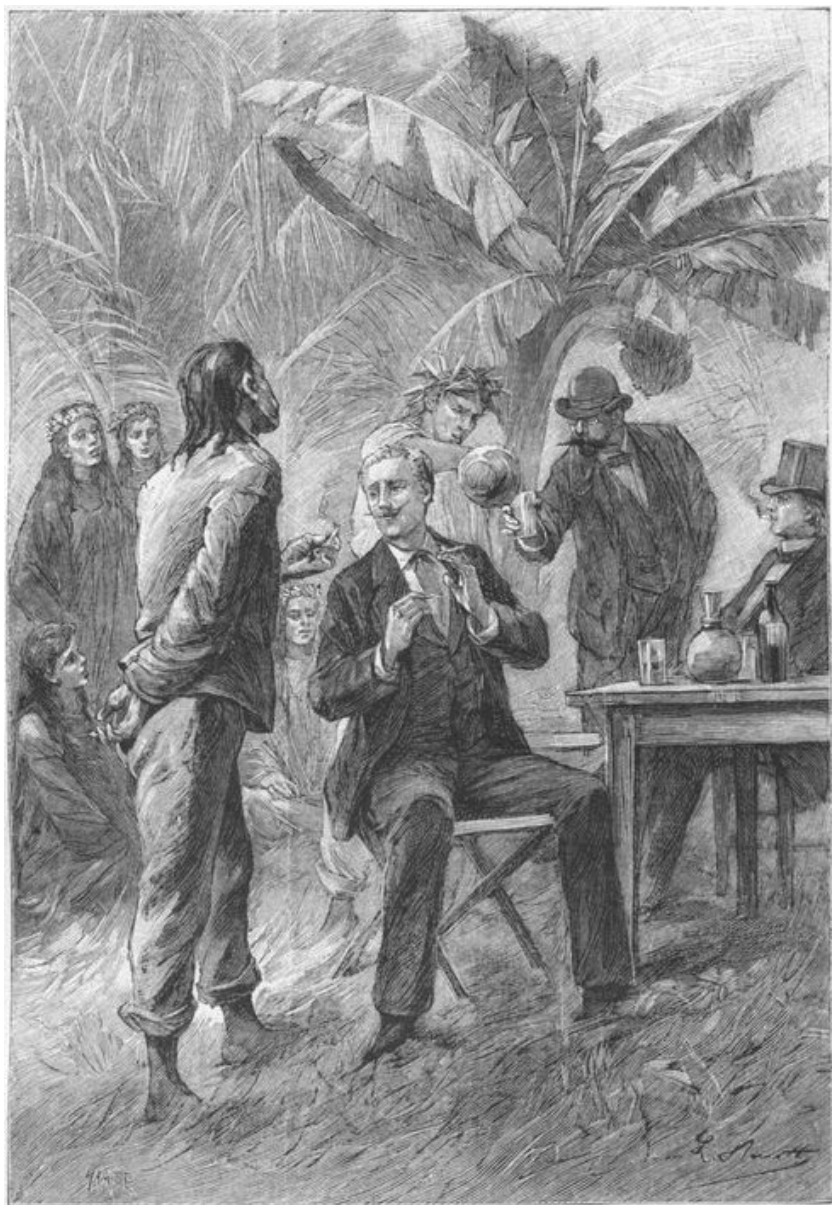
En una posada del puerto, cuyo dueño es un colono, Frascalín hace las cosas como se debe; a los indígenas del contorno y al *mutoi* del distrito los convida con vinos franceses que el digno posadero se hace pagar a buen precio.

En compensación, los naturales ofrecen a sus huéspedes los productos del país: hermosas frutas de color amarillo provenientes de un árbol llamado *fei*, especie de bananero; ñames suculentos; *maiores*, o sea, el fruto del árbol del pan cocido en un agujero lleno de guijarros calientes, y, en fin, una especie de confitura de sabor agridulce, hecha con nuez de cocotero rallada, y que, con el nombre de *taiero*, se conserva en cañas de bambú.

Este *lunch* es muy alegre. Los convidados fuman después centenares de esos cigarrillos hechos con hojas de tabaco secado al fuego y arrollado en una hoja de pandanus; sólo que, en vez de imitar a los tahitianos y tahitianas, que se los pasan de boca en boca después de haber dado unas chupadas, los franceses se contentan con fumarlos a la francesa. Y cuando el *mutoi* les ofrece el suyo, Pinchinat le agradece con un «Mea maitai». —«Muy bien»— cuya

burlona entonación produce general carcajada.

De más está decir que durante estas excursiones los turistas no pueden pensar en volver por la noche a Papeete o a Standard Island; pero en todas partes, ya en los pueblos, ya en las casas aisladas, en las de los colonos como en las de los indígenas, son recibidos con simpatía y... comodidades.



Para ocupar el día 7 de noviembre han forjado el proyecto de visitar la punta Venus, excursión a la que no sabría sustraerse un turista digno de este nombre. Parten al alba, y, después de caminar rápidamente, atraviesan por un puente el pintoresco río Fantahua y suben por el valle hasta la estruendosa cascada, cuya altura es el

doble que la del Niágara, pero infinitamente menos ancha, y que cae desde setenta y cinco metros con soberbio estrépito.

Llegan así, siguiendo el camino que se une al flanco de la colina Taharahi, al borde del mar, a ese cerro al que Cook dio el nombre de cabo del Árbol, nombre justificado en aquella época por la presencia de un árbol abandonado, actualmente muerto de vejez. Una avenida de árboles magníficos conduce, a partir del pueblo de Taharahi, hasta el faro que se yergue en la punta extrema de la isla.

En este sitio, cerca de una verde colina, la familia Coverley ha fijado su residencia. No hay, pues, ningún motivo de peso para que Walter Tankerdon, cuya quinta está lejos, muy lejos, más allá de Papeete, se pasee cerca de la punta Venus. Sin embargo, los parisienses ven al joven, que merodea a caballo por los alrededores de la casa de los Coverley. Cambia un saludo con los turistas franceses y les pregunta si piensan regresar a Papeete aquella misma tarde.

—No, señor Tankerdon —responde Frascalín—. Hemos recibido una invitación de *Mrs.* Coverley, y es probable que pasemos la noche en la quinta.

—Entonces, hasta la vista, señores —replica Walter Tankerdon.

Y parecería que el rostro del muchacho se hubiese oscurecido, aunque en ese instante ninguna nube hubiera velado el sol. Después, espolea el caballo y se aleja al trote, no sin haber arrojado una última mirada a la blanca casa, que se destaca entre los macizos de árboles.

¿Por qué el antiguo comerciante ha reaparecido bajo el riquísimo Tankerdon, arriesgando sembrar la discordia en aquella isla que no ha sido creada para el cuidado de los negocios?

—¡Eh! —dice Pinchinat—. Tal vez ese agradable caballero hubiera querido acompañarnos.

—Sí —añade Frascalín—, y es evidente que nuestro amigo Munbar podría tener razón. Parece que se va muy disgustado por no haber podido encontrar a *miss* Dy Coverley.

—Lo que prueba que los millones no constituyen la felicidad —replica el filósofo Yvernés.

Las horas de la tarde y de la noche transcurren deliciosamente en la quinta de los Coverley.

El cuarteto encuentra allí la misma acogida que en el palacio de

la avenida Quince. En la simpática reunión el arte se mezcla de manera agradable, tocan música escogida; al piano, se entiende. *Mrs.* Coverley descifra algunas partituras nuevas, *miss* Dy canta como una verdadera artista, e Yvernés, dotado de una agradable voz de tenor, acompaña a la joven.

No se sabe por qué, aunque se sospecha que lo hace con intención, Pinchinat dice en la conversación que sus compañeros y él han visto a Walter Tankerdon paseándose por los alrededores de la quinta. ¿Ha hecho bien? ¿O quizá hubiera sido mejor callarlo? De ninguna manera, y si Calixtus Munbar hubiese estado presente, aprobaría lo dicho por Su Alteza.

Una ligera sonrisa, casi imperceptible, se dibuja en los labios de *miss* Dy; sus ojos brillan con vivida luz, y cuando vuelve a cantar parece que su hermosa voz se hace más penetrante. Mientras *Mr.* Coverley frunce el entrecejo, *Mrs.* Coverley la observa un instante, contentándose con decir:

—¿No estás cansada, hija mía?

—No, mamá.

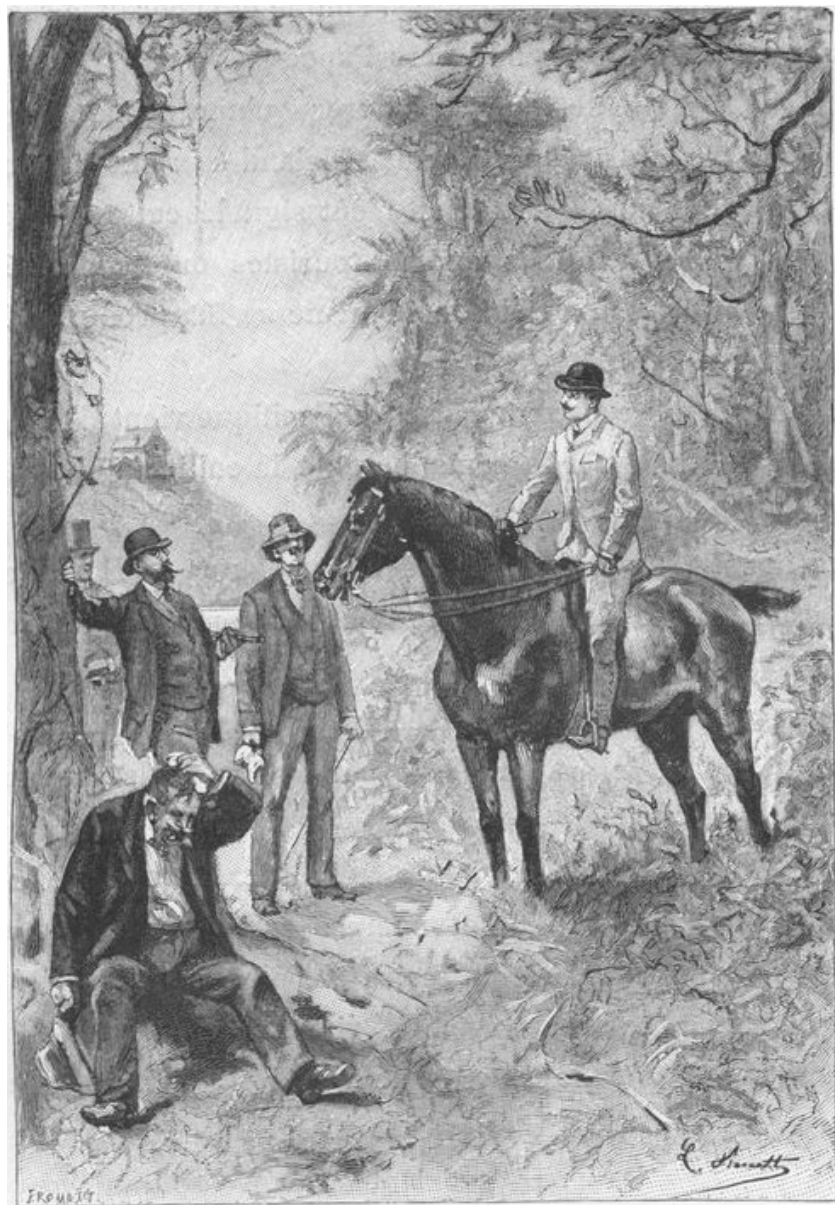
—¿Y usted, señor Yvernés?

—Tampoco, señora. ¡Antes de nacer he debido ser niño de coro en una de las capillas del Paraíso!

Ya es casi la medianoche cuando *Mr.* Coverley juzga que ha llegado la hora de descansar.

Al día siguiente el cuarteto vuelve a tomar el camino de Papeete, encantado de tan sencillo y cordial recibimiento.

La escala en Tahití no debe durar más que una semana; siguiendo el itinerario dispuesto por adelantado, Standard Island se pondrá de nuevo en camino en dirección al sudoeste. Y, sin duda, ningún suceso digno de recordarse habría acontecido en esta última semana, durante la cual los cuatro turistas han completado sus excursiones, si no se hubiera producido un feliz incidente el 11 de noviembre.



A las 11, un crucero de primera clase, el *París*, escoltado por dos cruceros de segunda clase y un falucho, ancla en la rada. De una y otra parte se cambian los saludos reglamentarios, y el comandante, cuya enseña flota sobre el *París*, desciende a tierra con su oficialidad. Después de los cañonazos oficiales, a los que se suman

las descargas de las baterías del espolón y de la popa, el contraalmirante y el comandante comisario se apresuran a visitarse recíprocamente.

Gran suerte es para los navíos de la división, sus oficiales y tripulantes, haber llegado a la rada de Tahití durante la permanencia de Standard Island, pues es otra excusa para nuevas recepciones y bailes.

La *Joya del Pacífico* abre sus puertas a los marinos franceses, que se apresuran a visitarla para conocer y admirar sus maravillas. Durante cuarenta y ocho horas, los uniformes de la marina se mezclan con los trajes de los habitantes de Milliard City. Cyrus Bikerstaff hace los honores del Observatorio, y el superintendente los del Casino y demás establecimientos bajo su dependencia.

Estas circunstancias han sugerido una idea al sorprendente Calixtus Munbar, idea genial cuya realización dejará inolvidables recuerdos. Se la comunica al gobernador, quien la adopta después de consultar al consejo de notables.

Sí, se ha decidido hacer una gran fiesta el 15 de noviembre. El programa comprenderá un banquete y baile en los salones del Palacio Municipal. Ya para esa fecha los millonarios veraneantes habrán vuelto a la isla flotante, puesto que partirán dos días después. Los principales personajes de las dos secciones no faltarán a esta fiesta en honor de la reina Pomaré IV, de las tahitianas europeas o indígenas y de la escuadra francesa.

La organización de la fiesta se deja a cargo de Calixtus Munbar, pues todos confían en su celo e imaginación. El cuarteto se pone a su disposición, y se conviene en que entre los números de más atracción figurará un concierto.

Al gobernador le incumbe la misión de repartir las invitaciones. En primer lugar, Cyrus Bikerstaff va en persona a rogar a la reina Pomaré y a los príncipes y princesas de la corte que asistan a la fiesta. La reina se digna aceptar, lo mismo que el comandante comisario, los altos funcionarios y el contraalmirante y sus oficiales, que se muestran muy reconocidos por la atención.

En resumen, se envían mil invitaciones. Se sobrentiende que los mil invitados no lo son al banquete municipal. No, un centenar solamente, esto es, las personas reales, los oficiales de la división, las autoridades del protectorado, los primeros funcionarios, el

consejo de notables y el alto clero de Standard Island. Pero, para solaz del pueblo, habrá en el parque banquetes, diversiones y fuegos artificiales.

De más está decir que el rey y la reina de Malecarlia no han sido invitados. Pero sus majestades, que, enemigas de la ostentación, viven en su modesto palacete de la avenida Treinta y nueve, agradecieron al gobernador una invitación que lamentaban no poder aceptar.

—¡Pobres soberanos! —exclama Yvernés.

Llegado el gran día, Standard Island está adornada con los colores franceses, los tahitianos y los de Milliard City.

La reina Pomaré y su corte, en traje de gala, son recibidos en Tribord Harbour al sonido de las salvas de las dos baterías de cañones. A estas detonaciones responden los cañones de Papeete y los de la división naval. Como a las seis de la tarde, después de un paseo por el parque, todo el mundo llega al Palacio Municipal, magníficamente adornado. ¡Qué soberbia vista ofrece la monumental escalera, cuyos escalones han costado no menos de diez mil francos cada uno, como los del hotel Vanderbilt de Nueva York!

En el salón del banquete los convidados comienzan a sentarse a la mesa de este inolvidable festín. El gobernador ha observado el código con tacto perfecto. No hay el menor motivo de conflicto entre las grandes familias rivales de las dos secciones. Todos están satisfechos del lugar que se les ha designado; entre otros, *miss Dy Coverley*, a quien han colocado frente a *Walter Tankerdon*. Esto les basta al muchacho y a la joven. Los artistas franceses no tienen por qué quejarse, ya que al incluirlos entre los asistentes al banquete se les ha dado una nueva prueba de la estima y simpatía que despiertan su talento y sus personas.

En cuanto al menú, estudiado, meditado y compuesto por el superintendente, confirma que, desde el punto de vista de los recursos culinarios, Milliard City no tiene nada que envidiar a la vieja Europa; lo que se puede juzgar muy bien examinando la siguiente lista, impresa en oro sobre vitela, idea también de *Calixtus Munbar*:

Le potage á la d'Orléans
La crééme comtesse

Le turbot á la Mornay
Le filet de boeuf á la Napolitaine
Les quenelles de volaille á la Viennoise
Les mousses de foie gras á la Trévisé
Sorbets
Les cailles rôtis sur canapé
La salade provengale
Les petits pois á l'anglaise
Bombe, macédoine, fruits
Gâteaux variées Grissins au parmesan
Vins:
Château d'Yquem
Château Margaux
Chambertin-Champagne
Liqueurs variées

En la mesa de la reina de Inglaterra, del emperador de Rusia, del emperador alemán o del presidente de la República Francesa, ¿se han visto jamás, en los banquetes oficiales, mejores combinaciones? ¿Lo hubieran hecho mejor los cocineros más famosos de ambos continentes?

A las nueve de la noche, los invitados entran en los salones del Casino para escuchar el concierto. El programa comprende cuatro fragmentos escogidos: el *Quinto Cuarteto en la mayor, opus 18*, de Beethoven; el *Segundo Cuarteto en re menor, opus 10*, de Mozart; el *Segundo Cuarteto en re mayor, opus. 64* (segunda parte), de Haydn, y el *Duodécimo Cuarteto en mi bemol*, de Onslow.

Este concierto es un nuevo triunfo para los músicos parisienses, tan felizmente embarcados —por más que el violoncelista opine lo contrario— en Standard Island.

Mientras tanto, europeos y extranjeros toman parte en los diversos juegos instalados en el parque. Se organizan bailes en los jardines, y el pueblo danza al compás de acordeones, muy en boga entre los naturales de las islas de la Sociedad. Además, los marinos franceses gustan mucho de este instrumento, y como les han dado permiso a muchos de ellos para bajar a la isla flotante, las orquestas se encuentran completas y tocan con gran entusiasmo. Se elevan algunas voces, y las canciones americanas responden a los *himerre*, que son los aires populares de las poblaciones oceánicas.

Por lo demás, los indígenas de Tahití, sean hombres o mujeres, tienen notable inclinación por el canto y el baile, en los que son maestros. Esta noche, respondiendo a los pedidos, ejecutan las figuras de la *repauipa*, que puede ser considerada como una danza nacional y cuyo compás es marcado por el redoble del tambor. Después, los amantes del baile, extranjeros e indígenas, se entregan a su diversión predilecta con gran entusiasmo, gracias a los refrescos de todas clases que les ofrece la Municipalidad.

Al mismo tiempo, en los salones del Palacio Municipal, bajo la dirección de Atanasio Doremus, se realiza un baile más ordenado y selecto, en el que toman parte las mejores familias. Las damas de Milliard City y de Tahití rivalizan en elegancia, aunque no es de sorprender que las primeras, clientes fieles de las modistas parisienses, eclipsen sin mayor esfuerzo a las más distinguidas europeas de la colonia. Los brillantes centellean en sus cabezas, cuellos y hombros, y es solamente entre ellas que la lucha presenta algún interés.

Pero ¿quién hubiera osado pronunciarse por *Mrs.* Coverley o por *Mrs.* Tankerdon, que estaban deslumbradoras? No ciertamente Cyrus Bikerstaff, siempre cuidadoso de mantener un perfecto equilibrio entre las dos secciones de la isla.

En la cuadrilla de honor figuran la soberana de Tahití y su augusto esposo; Cyrus Bikerstaff y *Mrs.* Coverley; el contraalmirante y *Mrs.* Tankerdon; el comodoro Simcoe y la primera dama de honor de la reina. Al mismo tiempo se adelantan otras cuadrillas cuyas parejas se forman consultando nada más que sus gustos o sus simpatías.

Es una reunión encantadora. Y sin embargo, Sebastián Zorn se mantiene apartado, en actitud, si no de protesta, por lo menos de desdén. Pero Yvernés, Pinchinat y Frascalín bailan sin descansar vales, mazurcas y polcas con las hermosas jóvenes de Tahití y de Standard Island.

¡Quién puede saber si en este día, durante el baile, no se deciden algunos casamientos, lo que habrá de ocasionar mayor trabajo a los empleados del Registro Civil!

La sorpresa es general cuando la casualidad señala a Walter Tankerdon como compañero de danza de *miss* Coverley en una de las cuadrillas. ¿Fue sólo la casualidad o el resultado de las sabias

combinaciones de ese hábil diplomático que es Calixtus Munbar? Cualquiera que sea la causa, es el gran acontecimiento del día, lleno de enojosas consecuencias si no se inicia la conciliación entre las dos poderosas familias.

Después de los fuegos artificiales quemados en los jardines, el baile continúa en la Municipalidad y en el parque, prolongándose hasta el alba.

Así transcurre esta memorable fiesta, cuyo recuerdo se perpetúa a través de los largos y felices años que el porvenir reserva, sin duda, a Standard Island.

La estadía toca a su fin; al alba, el comodoro Simcoe da las órdenes para aparejar. Las descargas de artillería saludan la partida de la isla de hélice, y ésta, cañonazo por cañonazo, devuelve los saludos a Tahití y a la división naval.

Standard Island se dirige hacia el nordeste, para pasar frente a las otras islas del archipiélago: el grupo Bajo el Viento y después el grupo del Viento. Costea así los pintorescos contornos de Morea, erizada de picos soberbios; Raiatea, la isla que fue la cuna de la realeza indígena; Bora Bora, dominada por una montaña de mil metros, y los islotes de Motu Iti, Mapetia, Tubuai y Manu, anillos de la cadena tahitiana tendida a través de estos parajes.

El 19 de noviembre, a la hora en que el sol se oculta en el horizonte, desaparecen las últimas cumbres del archipiélago. Standard Island pone entonces la proa al sudoeste, orientación que los aparatos telegráficos indican sobre los mapas dispuestos en las vitrinas del Casino.

Y quien hubiera observado en ese momento al capitán Sarol, habría quedado impresionado del fuego sombrío de sus miradas y de la salvaje expresión de su fisonomía, cuando, elevando el puño amenazador, muestra a sus malayos la ruta de las Nuevas Hébridas, situadas a mil doscientas leguas al oeste.

SEGUNDA PARTE



I

A LAS ISLAS COOK



Desde hace seis meses, Standard Island, que había partido de la bahía Magdalena, va de archipiélago en archipiélago a través del Pacífico. Ningún accidente se ha producido en el curso de su maravillosa navegación. En esta época del año los parajes de la zona ecuatorial están en calma, y los vientos alisios soplan entre los trópicos. Por otra parte, cuando se desencadena alguna tempestad, la sólida base que sostiene a Milliard City, los dos puertos, el parque y el campo no experimentan la menor sacudida. La borrasca pasa, la tempestad se apacigua. Apenas se la ha notado en la superficie de la *Joya del Pacífico*. En estas circunstancias sólo es de temer la monotonía de una existencia demasiado uniforme. Pero nuestros parisienses son los primeros en convenir en que no ocurre nada de eso. En aquel inmenso desierto del océano sucédense los oasis, pues como tales pueden considerarse los grupos ya visitados de las Sandwich, las Marquesas, las Pomotú, las islas de la Sociedad y las que se visitarán antes de volver a tomar la ruta norte, como las islas Cook, las Samoa, las Tonga, las Fiji, las Nuevas Hébridas otras más. Se harán escalas, y, en consecuencia, habrá muchas oportunidades para recorrer aquellos países, tan interesantes desde el punto de vista etnográfico.

El Cuarteto Concertante ni sueña con quejarse. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Puede acaso considerarse separado del resto del mundo? ¿No son regulares los servicios postales con los dos continentes? No solamente los navíos cargados de petróleo traen sus cargamentos para atender las necesidades de las fábricas, casi en fechas fijas, sino que no transcurre una quincena sin que los vapores descarguen en Tribord Harbour o en Babord Harbour mercaderías de todas

clases y traigan novedades a la Población de Milliard City.

De más está decir que el sueldo de los artistas es pagado con una puntualidad que prueba los poderosos recursos de la compañía. Millares de dólares caen en sus bolsillos y allí se acumulan. Cuando termine el contrato serán ricos, muy ricos. Jamás se vieron en semejante situación, y ahora no pueden echar de menos los resultados, «relativamente medianos», de sus giras por los Estados Unidos de Norteamérica.

—Veamos —pregunta un día Frascalín al violoncelista—, ¿se han borrado tus prevenciones contra Standard Island?

—No —responde Sebastián Zorn.

—Y sin embargo —añade Pinchinat—, cuando concluya, tendremos la bolsa llena.

—No está todo en tener la bolsa llena; es preciso, además, estar seguro de llevarla consigo.

—¿Y tú no estás seguro?

—No.

¿Qué responder a esto? Y sin embargo, no hay nada que temer por esta parte, puesto que el producto de los trimestres es enviado a América y colocado en un banco de Nueva York. De modo que lo mejor es dejar al testarudo Zorn quebrarse la cabeza con su injusta desconfianza.

El porvenir se muestra más seguro que nunca. Parecería que las rivalidades entre las dos secciones se han calmado, lo que alegra a Cyrus Bikerstaff y sus auxiliares. El superintendente se multiplica desde «el gran acontecimiento del baile en la Municipalidad». ¡Sí, Walter Tankerdon ha bailado con *miss* Dy Coverley! ¿Significa esto que las relaciones entre las dos familias son ya menos tirantes? Lo único real es que ni Jem Tankerdon ni sus amigos hablan de hacer de Standard Island una isla industrial o comercial. En fin, en la alta sociedad se comenta mucho el incidente del baile. Algunos espíritus perspicaces ven allí un acercamiento; quizá más, una unión que pondrá fin a las disensiones privadas y públicas.

Y estamos seguros al afirmar que, si estas previsiones se realizan, una joven y un joven dignos, el uno del otro, cumplirán su más caro deseo. La duda no es posible; Walter Tankerdon no ha podido permanecer insensible a los encantos de *miss* Dy Coverley. Esto data ya de un año. Dada la situación de las dos familias, no ha

confiado a nadie el secreto de sus sentimientos. *Miss Dy* lo ha adivinado, lo ha comprendido, y la discreción del joven la ha conmovido. ¿Ha leído quizá en su propio corazón, y éste se encuentra dispuesto a responder al de *Walter*? Tal vez. Por otra parte, ella ha guardado la reserva que exigen su dignidad y el alejamiento de las dos familias.

Sin embargo, un observador hubiera podido notar que tanto *Walter* como *miss Dy* jamás toman parte en las discusiones que se originan a veces en el hotel de la avenida Quince y en el de la avenida Diecinueve. Cuando el intratable *Jem Tankerdon* lanza alguna fulminante diatriba contra los *Coverley*, su hijo baja la cabeza, se calla y se aleja. Cuando *Nat Coverley* truena contra los *Tankerdon*, su hija baja los ojos, su gracioso rostro palidece, y procura cambiar de conversación, aunque sin resultado. Los dos personajes no han notado nada, cosa común en los padres a quienes la naturaleza ha puesto una venda sobre los ojos. Pero, según lo asegura *Calixtus Munbar*, *Mrs. Coverley* y *Mrs. Tankerdon* no están tan ciegas. El estado del alma de sus hijos es su constante preocupación, porque el único remedio posible es inaplicable. En el fondo comprenden que, dada la enemistad de los dos rivales y su amor propio constantemente herido por cuestiones de etiqueta, ninguna reconciliación, ninguna unión, son admisibles. Pero, *Walter* y *Dy* se aman.

Más de una vez, el joven ha sido apremiado para escoger novia entre las jóvenes de la sección de *Tribord Harbour*. Las hay encantadoras, perfectamente educadas, con fortuna casi igual a la suya, y cuyas familias aceptarían la unión con gran regocijo. Su padre le ha hablado francamente del asunto. Su madre también, aunque no ha insistido tanto. *Walter* ha rehusado siempre, so pretexto de que no siente inclinación al matrimonio. El antiguo comerciante de *Chicago* no quiere ni puede entenderlo. Cuando se poseen varios cientos de millones no es para quedarse soltero. Si su hijo no encuentra una joven de su gusto en *Standard Island*, entre su partido, se sobrentiende que viaje, que recorra la América o Europa... Con su apellido y su fortuna, sin hablar de sus cualidades y atractivos personales, sólo tendrá el trabajo de elegir, así pretenda una princesa de sangre imperial o real. Ésta es la opinión de *Jem Tankerdon*. Pero, cada vez que su padre lo ha puesto al pie del

muro, Walter se ha excusado de saltarlo e ir a buscar esposa al extranjero. En una ocasión su madre le dijo:

—Hijo mío, ¿hay entonces aquí alguna joven que te agrade?

—Sí, madre mía —ha respondido él. Y como *Mrs.* Tankerdon no le ha preguntado quién era, Walter no ha creído oportuno nombrarla.

Lo mismo pasa en la familia Coverley. El antiguo banquero de Nueva Orleáns desea casar a su hija con alguno de los jóvenes que frecuentan su palacio, cuyas recepciones están de moda. Si ninguno de ellos le agrada, sus padres la llevarán al extranjero. Visitarán Francia, Italia, Inglaterra... *Miss* Dy responde entonces que prefiere no abandonar Milliard City. En Standard Island se encuentra bien. Sólo pide continuar allí. *Mr.* Coverley se inquieta bastante con esta respuesta, cuya verdadera causa no comprende.

Mrs. Coverley no ha dirigido a su hija una pregunta tan directa como la de *Mrs.* Tankerdon a Walter, y es probable que *miss* Dy no se animaría a responder con la misma franqueza ni siquiera a su madre.

Así están las cosas. Aunque ya no se engañan sobre la naturaleza de sus sentimientos, jamás se dirigen la palabra; sólo cambian alguna que otra mirada. Se encuentran en los salones oficiales, en las recepciones de Cyrus Bikerstaff, en alguna de las ceremonias a las que asisten sus familias para mantener su posición social. En estas circunstancias, Walter Tankerdon y *miss* Dy guardan una actitud reservada, pues en el terreno que pisan cualquier imprudencia tendría derivaciones desagradables.

Calcúlese, pues, el efecto producido por el extraordinario incidente del baile del gobernador, en el que los espíritus exagerados han creído ver un escándalo, y que a la mañana siguiente es la comidilla de la ciudad. Sin embargo, la causa que lo ha originado no puede ser más sencilla. El superintendente había invitado a bailar a *miss* Coverley, pero al empezar la cuadrilla él no se encontraba allí. ¡Oh, el astuto Calixtus Munbar! Walter Tankerdon se presentó en su lugar, y la joven lo aceptó por caballero.

Nadie pone en duda que, a consecuencia de este hecho extraordinario, ha habido explicaciones de una y otra parte. *Mr.* Tankerdon ha interrogado a su hijo, y sin duda alguna *Mr.* Coverley

a *miss* Dy... ¿Qué ha respondido Walter? ¿Qué *miss* Dy? ¿*Mrs.* Tankerdon y *Mrs.* Coverley han intervenido? ¿Cuál ha sido el resultado obtenido? Con toda su perspicacia y su finura diplomática, Calixtus Munbar no ha conseguido saberlo. Así es que, cuando Frascalín le pregunta, sólo responde guiñando el ojo derecho, lo que no significa nada, puesto que no sabe absolutamente nada. Lo más notable es que, desde aquel día memorable, cuando Walter encuentra a *Mrs.* Coverley y *miss* Dy en sus paseos, se inclina respetuosamente, y la joven y su madre le devuelven el saludo.

Según el superintendente, éste es un paso inmenso hacia el porvenir.

El 25 de noviembre por la mañana ocurre un hecho que no tiene ninguna relación con la situación de las dos principales familias de la isla de hélice.

Al alba, los vigías del Observatorio señalan varios navíos que se dirigen al sudoeste, y que marchan en línea conservando sus distancias. Sólo pueden ser de la división de una de las escuadras del Pacífico. El comodoro Simcoe previene telegráficamente al gobernador, y éste da las órdenes convenientes para que se cambien los saludos de ordenanza. Frascalín, Yvernés y Pinchinat van a la torre del Observatorio, deseosos de asistir a este cambio de cortesías internacionales. Los anteojos están clavados en los barcos, que en número de cuatro se encuentran todavía a unas cinco millas. Como no llevan pabellón es imposible reconocer su nacionalidad.

—¿No hay nada que indique a qué país pertenecen? —pregunta Frascalín al oficial.

—Nada —responde éste—; pero, por su aspecto, estoy casi seguro de que esos barcos son de nacionalidad británica. Además, en estos lugares no se encuentran más que divisiones de las escuadras inglesa, francesa o norteamericana. Sean quienes sean, lo sabremos cuando hayan avanzado una o dos millas más.

Los navíos se aproximan con velocidad muy moderada, y, si no cambian de ruta, pasarán a poca distancia de Standard Island.

Un grupo de curiosos se encuentra en la batería del espolón y sigue con interés la marcha de la escuadra.

Una hora más tarde los barcos se encuentran a menos de dos millas. Son cruceros de modelo antiguo, con tres mástiles, muy

superiores, por su aspecto, a los barcos modernos. Por sus anchas chimeneas escápanse penachos de vapor que la brisa del oeste lleva hasta el lejano límite del horizonte.

Cuando están a milla y media de distancia, el oficial puede afirmar que forman parte de la división británica del Pacífico Oeste, donde algunos archipiélagos, como los de Tonga, Samoa y Cook, son propiedad de Gran Bretaña o están bajo su protectorado. El oficial está preparado para izar el pabellón de Standard Island, ese pabellón en cuya tela resplandece el sol de oro y que la brisa desplegará por entero. Se espera que el saludo sea hecho desde el navío almirante de la división.

Transcurren diez minutos.

—Si son ingleses —observa Frascolín—, no se apresurarán a ser cortes.

—¿Qué quieres? —responde Pinchinat—. John Bull, por lo general, tiene el sombrero atornillado en la cabeza, y la operación de descubrirse exige tiempo.

El oficial se encoge de hombros.

—Son ingleses —dice—. Los conozco; no saludarán.

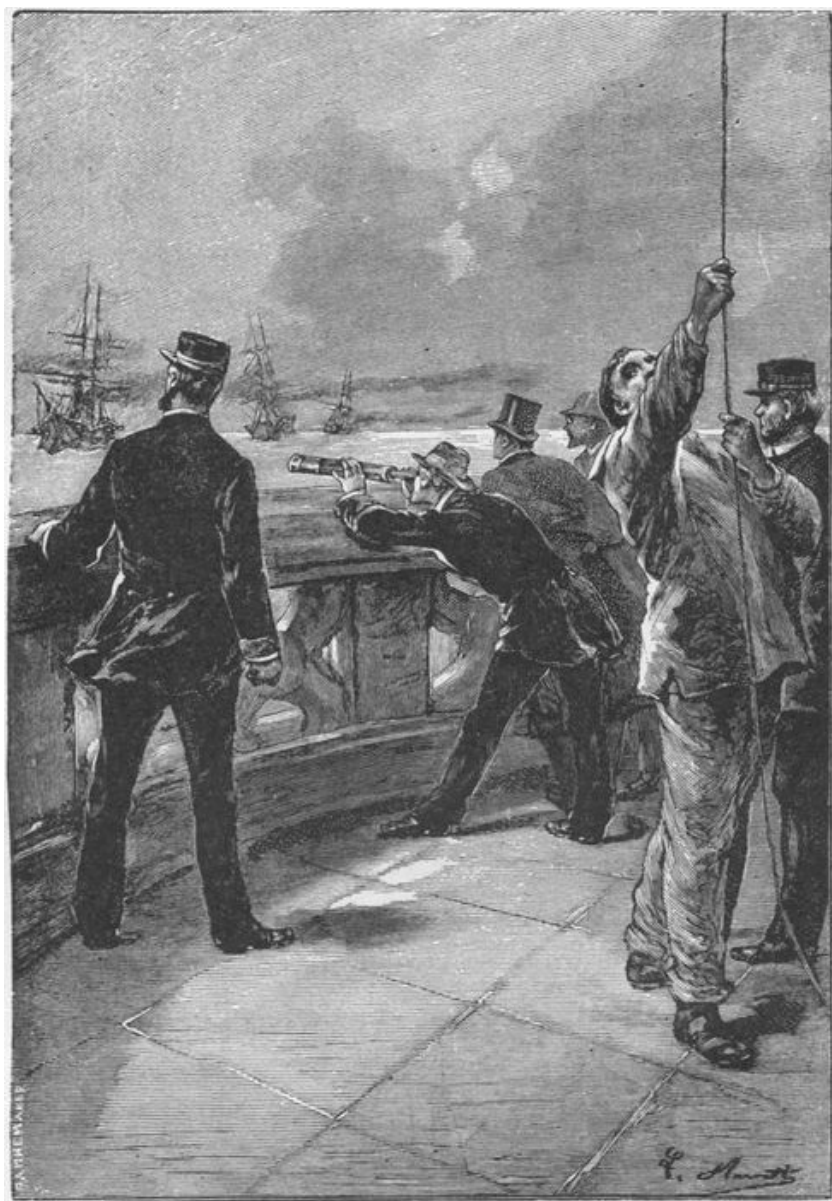
En el navío que marcha a la cabeza no se iza pabellón alguno. La división pasa sin preocuparse por la isla de hélice, como si ésta no existiera. Por otra parte, ¿con qué derecho existe? ¿Por qué vienen a estorbar en estos parajes del Pacífico? ¿Por qué Inglaterra ha de concederle atenciones, si no ha cesado de protestar contra la construcción de aquella enorme máquina, que, a riesgo de causar naufragios, viaja por aquellos mares y corta las rutas marítimas?



La división se aleja como un señor mal educado que se rehúsa a conocer a las personas con quienes se cruza en las aceras de Regent Street o de Strand, y el pabellón de Standard Island permanece al pie del asta.

Hay que ver cómo tratan en la ciudad y en los puertos a la orgullosa Inglaterra, a la pérfida Albión, a la Cartago de los tiempos

modernos. [112] Para siempre se toma la resolución de no responder a un saludo británico, si es que ello ocurre alguna vez, por más que esto está fuera de toda suposición.



—¡Qué diferencia con nuestra escuadra cuando Standard Island

llegó a Tahití! —exclama Yvernés.

—Es que los franceses —contesta Frascolín— son siempre tan corteses...

—*Sostenuto con espressione!* —añade Su Alteza, marcando graciosamente el compás.

En la mañana del 29 de noviembre, los vigías ven las primeras alturas del archipiélago de Cook, situado a los

20°

de latitud sur y a los

160°

de longitud oeste. Llamado Mangia y

d'Harvey,

y después Cook, que desembarcó allí en 1770, se compone de las islas Mangia, Rarotonga, Watim, Mittio, Hervey, Palmerston, Hagemeister, entre otras. Su población, de origen maorí, ha bajado de veinte mil a doce mil, y está formada de malayos polinesios, que los misioneros católicos han convertido al cristianismo.

Estos isleños, muy amantes de su independencia, han resistido siempre a la invasión. Todavía se creen dueños de sus islas, por más que poco a poco sufran la influencia protectora —ya se sabe lo que esta palabra significa— del gobierno de la Australia inglesa.

Mangia es la primera isla del grupo, la más importante y poblada; con justicia, la capital del archipiélago. El itinerario marca en ella una escala de quince días.

En este archipiélago, Pinchinat conocerá a los verdaderos salvajes; esos salvajes a lo Robinson Crusoe [113] que ha buscado sin resultado en las Marquesas, en las islas de la Sociedad y en Nuku-Hiva.

¿Quedará al fin satisfecha su curiosidad de parisiense? ¿Verá caníbales auténticos?

—Viejo Zorn —dice ese día a su compañero—, si aquí no hay antropófagos, es porque ya no los hay en ningún lado.

—Podría contestarte: ¿y a mí qué me importa? —responde el erizo del cuarteto—. Pero deseo saber: ¿por qué en ninguna parte?

—Porque una isla que se llama Mangia sólo puede estar habitada por caníbales. [114]

Y Pinchinat apenas tiene tiempo de esquivar el puñetazo que merece su detestable juego de palabras.

Pero, haya o no antropófagos en Mangia, a Su Alteza no se le presentará la ocasión de ponerse en comunicación con ellos.

Cuando Standard Island llega a una milla de Mangia, una piragua que sale del puerto se presenta al pie de Tribord Harbour. Lleva al ministro inglés, simple pastor protestante que, más poderoso que los jefes mangianos, ejerce su terrible tiranía en el archipiélago. En esta isla, de treinta millas de circunferencia y habitada por cuatro mil almas, cuidadosamente cultivada, rica en plantaciones de *taros*, el reverendo posee las mejores tierras; es suya también la más cómoda casa de Uchora, capital de la isla, que se halla situada al pie de una colina sembrada de cocoteros, de mangos, de pimenteros, y rodeada de un jardín magnífico donde florecen las coleas, las gardenias y las peonías.

Es poderoso porque lo apoyan los *mutois*, esos policías indígenas ante los cuales se inclinan los reyezuelos de Mangia. Esta policía prohíbe trepar a los árboles, cazar y pescar los domingos y demás días festivos, pasear después de las nueve de la noche y comprar los artículos de consumo a otro precio que el marcado en una tarifa arbitraria, todo ello bajo pena de multas pagadas en dinero cuya mayor parte va al bolsillo del poco escrupuloso pastor.

Cuando este personaje, bajo y grueso, desembarca, el oficial del puerto va a su encuentro para saludarlo.

—En nombre del rey y de la reina de Mangia —dice el inglés—, presento los respetos de sus majestades a Su Excelencia el gobernador de Standard Island.

—Los recibo y los agradezco en su nombre, señor ministro —responde el oficial—, hasta tanto nuestro gobernador pueda ir personalmente.

—Su Excelencia será bien recibido —dice el ministro, en cuyo delgado rostro brillan la astucia y la codicia. Después, con tono melifluo, añade—: Supongo que el estado de salud de Standard Island no dejará nada que desear.

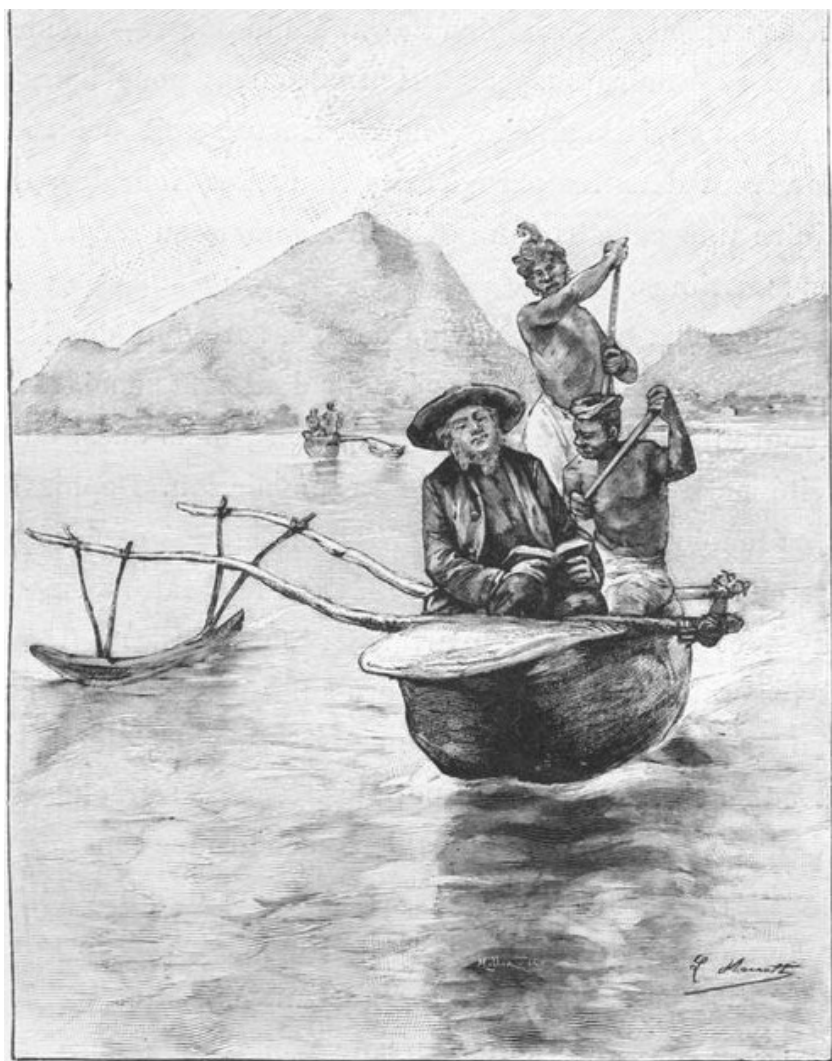
—Jamás ha sido mejor.

—Con todo, algunas enfermedades epidémicas: la influenza, el tífus, la viruela...

—Ni siquiera un resfrío, señor ministro. De modo que usted puede expedir el permiso de rigor, y, una vez que estemos allí, las comunicaciones con Mangia se establecerán en condiciones

regulares.

—Es que —responde el pastor con cierta vacilación—, si las enfermedades...



—Repito que no las hay.

—¿Entonces los habitantes de Standard Island tienen la intención de desembarcar?

—Sí, como lo han hecho no hace mucho en los otros grupos del este.

—¡Muy bien, muy bien! —responde el pastor—. Tenga usted la seguridad de que serán bien recibidos, desde el momento que ninguna epidemia...

—Ninguna, le repito.

—Que desembarquen, pues, en gran número... Los habitantes los recibirán con alegría. Son muy hospitalarios. Solamente...

—¿Solamente qué?

—Sus majestades, de acuerdo con el consejo de jefes, han decidido que en Mangia, como en las demás islas del archipiélago, los extranjeros paguen un derecho de entrada.

—¿Un derecho?

—Sí, dos pesos; poca cosa, como usted ve... Dos pesos por cada persona que baje a la isla.

Evidentemente el ministro es el autor de semejante proposición, que el rey, la reina y el consejo se han apresurado a aceptar. Una buena parte de la recaudación está reservada a Su Excelencia. Como en los grupos del este del Pacífico no existían semejantes «impuestos», el oficial del puerto experimenta cierta sorpresa.

—¿Eso es en serio? —pregunta.

—Muy en serio —responde el ministro—; y sin el pago de los dos pesos no podremos dejar que entre nadie.

—Está bien —responde el oficial.

Y saludando a Su Excelencia, dirígese al teléfono para transmitir la proposición al comodoro.

Ethel Simcoe se pone al habla con el gobernador. ¿Conviene que la isla de hélice se detenga en Mangia, en vista de las pretensiones tan formales como injustificadas de las autoridades?

La respuesta no demora. Después de haber consultado con sus auxiliares, Cyrus Bikerstaff rehúsa someterse a esas tasas vejatorias. Standard Island no se detendrá en Mangia, ni en ninguna de las otras islas del archipiélago. El codicioso pastor quedará burlado. Los viajeros irán a otros parajes vecinos a visitar indígenas menos rapaces y exigentes.

Se da a los maquinistas orden de marchar, de modo que Pinchinat no tiene el placer de estrechar la mano de los honrados antropófagos, si es que allí los hay. Pero que se consuele: ya no existen caníbales en las islas Cook.

Standard Island navega a través del ancho brazo que se prolonga

hasta la aglomeración de las cuatro islas. Se ven numerosas piraguas, unas finamente construidas, otras formadas simplemente de un tronco de árbol ahuecado, pero todas tripuladas por atrevidos pescadores que se aventuran en la persecución de las ballenas, tan numerosas en estos mares.

Estas islas, cubiertas de vegetación, son muy feraces, y se concibe que Inglaterra les haya impuesto su protectorado, mientras espera el momento de unir las a sus propiedades del Pacífico. Ya de lejos se pueden ver sus costas rocosas rodeadas de un anillo de coral, sus casas blanquísimas pintadas con la cal que se extrae de las formaciones coralíferas y sus colinas tapizadas del verde oscuro de la vegetación tropical, y cuya elevación no sobrepasa los doscientos metros.

A la mañana siguiente, el comodoro Simcoe distingue a Rarotonga, fácil de conocer por sus alturas cubiertas de bosques hasta las cumbres más elevadas. En su centro se alza un volcán de mil quinientos metros de elevación, cuya cima emerge de entre el tupido bosque. En medio de los árboles se destaca un blanco edificio de ventanas góticas: es el templo protestante, construido en medio de anchos bosques de *mapés*, que descienden hasta el río. Estos enormes árboles, de ramas vigorosas y troncos caprichosos, tienen la forma de los viejos manzanos de Normandía o de los olivos de la Provenza.

¿Habrán establecido impuestos, a imitación de su colega de Mangia, el reverendo que dirige las conciencias de los habitantes de Rarotonga, con la ayuda del director de la Sociedad Alemana Oceánica, en cuyas manos se concentra todo el comercio de la isla? ¿Podrán los habitantes de Milliard City, sin quebranto de su bolsillo, presentar sus homenajes a las dos reinas que se disputan la soberanía, la una en el pueblo de Arognani, y la otra en el de Avarua? Tal vez, pero a Cyrus Bikerstaff no le parece bien detenerse en esta isla, resolución que aprueba el consejo de notables, acostumbrados a ser recibidos como reyes en viaje. En resumen, es una pérdida para estos indígenas, dominados por los anglicanos, pues los ricachos de Standard Island tienen la bolsa bien repleta.

Al terminar el día sólo se alcanza a ver el volcán, erguido en el horizonte como un centinela. Millares de pájaros se han embarcado sin permiso y revolotean por encima de Standard Island, pero al

llegar la noche huyen velozmente con rumbo a los islotes, incesantemente batidos por las olas. Entonces se celebra una reunión presidida por el gobernador, y en la que se propone una modificación en el itinerario, pues Standard Island atraviesa las regiones en las que predomina la influencia inglesa.

Continuar navegando hacia el oeste sobre el paralelo

20° ,

como ya estaba decidido, es ir hacia las islas Tonga y Fiji. Lo que ha pasado en las islas Cook no es nada agradable. ¿No será más conveniente dirigirse a Nueva Caledonia o al archipiélago de Loyalty, posesiones donde la *Joya del Pacífico* será recibida con urbanidad francesa? Después del solsticio de diciembre, volverá a las zonas ecuatoriales. Sólo que esto significa alejarse de las Nuevas Hébridas, en las que debían descender los náufragos y su capitán.

Durante esta deliberación, los malayos han demostrado una inquietud muy explicable, puesto que si se acepta la modificación del itinerario, su repatriación será más difícil. El capitán Sarol no puede ocultar su descorazonamiento, mejor dicho, su cólera. Pero quien lo hubiese oído hablar a su gente habría encontrado su ira muy sospechosa.

—Véanlos —repetía—; quieren llevarnos a las Loyalty o a Nueva Caledonia. ¡Y nuestros amigos que nos esperan en Erromango! ¡Y nuestro plan, tan bien preparado en las Nuevas Hébridas! ¿Será posible que nos falle este golpe?

Felizmente para los malayos, y desgraciadamente para Standard Island, el consejo no admite el cambio de itinerario. A los personajes de Milliard City no les gusta modificar sus planes. El viaje seguirá en la forma convenida antes de partir de la bahía Magdalena, y los quince días de escala que debían haberse hecho en las islas Cook se emplearán en visitar el archipiélago de las Samoa, antes de tocar en el grupo de las islas Tonga.

Al conocer esta resolución, los malayos no pueden ocultar su alegría. Después de todo, es algo bien justificado. ¿No es para ellos, acaso, un motivo de regocijo que el consejo de notables persista en su proyecto de devolverlos a las Nuevas Hébridas?

II

DE ISLA EN ISLA



Si el horizonte de Standard Island parece estar sereno de un lado, desde que las relaciones son menos tirantes entre los habitantes de estribor y de babor; si esto se debe al sentimiento que Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley sienten el uno por el otro; si el gobernador y el superintendente creen que el porvenir ya no se verá más comprometido por divisiones intestinas, no por eso la *Joya del Pacífico* está menos amenazada en su existencia. Es muy difícil que pueda escapar a la catástrofe que se le prepara. A medida que avanza hacia el oeste se aproxima a los lugares en donde será destruida. El capitán Sarol es el autor de este criminal plan.

No ha sido la casualidad la que condujo a los malayos al grupo de las Sandwich. El queche hizo escala en Honolulu, para esperar allí la llegada de Standard Island en la época de su visita anual. Seguir la después de su partida, navegar cerca de ella sin despertar sospechas, hacerse recoger como náufragos él y los suyos, puesto que no podían ser admitidos como pasajeros, y, una vez realizado esto, bajo el pretexto de una repatriación, dirigirla hacia las Nuevas Hébridas, todo ha sido idea del capitán Sarol.

Los lectores conocen la ejecución de la primera parte del plan. Pero el choque del queche nunca ocurrió. Los mismos malayos barrenaron el barco, de forma tal que pudiera mantenerse a flote hasta tanto llegasen los socorros pedidos a cañonazos y que se hundiera sólo después de que la nave proveniente de Tribord Harbour hubiese recogido a la tripulación. Desde lejos, nadie pondría en duda el choque, y así, considerándolos náufragos, estarían obligados a darles asilo.

Quizá el gobernador no quisiera tenerlos allí, y los reglamentos

se opusieran a que unos extranjeros fueran autorizados para residir en Standard Island. Tal vez decidirían desembarcarlos en el archipiélago más próximo. Había que afrontar esta probabilidad, y el capitán Sarol la afrontó. Pero, como es sabido, la compañía resolvió albergar a los náufragos del queche y conducirlos hasta las Nuevas Hébridas.

Desde hace cuatro meses, el capitán Sarol y sus diez malayos viven en la isla de hélice y gozan de completa libertad. Pueden explorarla en toda su extensión, penetrar sus secretos, y, para ellos, sus planes marchan a la medida de sus deseos. Por un momento temieron que el itinerario fuese modificado por el consejo de notables, lo que les causó tal inquietud que no pudieron ocultarla, con riesgo de hacerse sospechosos. Felizmente para sus proyectos, el itinerario no ha sufrido cambios. Tres meses más y Standard Island llegará a las Nuevas Hébridas, donde ocurrirá una catástrofe sin igual en los anales marítimos.

El archipiélago de las Nuevas Hébridas es peligroso para los navegantes, no sólo porque está sembrado de escollos en los sitios en que se fondea, sino también por las corrientes, y sobre todo por la ferocidad de una parte de la población nativa. Desde la época en que Quirós lo descubrió en 1706, y después de haber sido explorado por Bougainville en 1768 y por Cook en 1773, fue teatro de monstruosas carnicerías, y quizá su mala reputación sea suficiente para justificar los temores de Sebastián Zorn sobre el resultado del viaje de Standard Island. Allí, los canacos, papúes y malayos se mezclan con los negros australianos, pérfidos, cobardes y refractarios a toda tentativa de civilización. Algunas islas del grupo son verdaderas cuevas de bandidos que viven de la piratería.

El capitán Sarol, de origen malayo, pertenece a ese tipo de piratas negreros que, como ha observado el médico de marina Hagon, en su viaje a las Nuevas Hébridas, infestan estos parajes. Audaz, atrevido, acostumbrado a recorrer los archipiélagos peligrosos, muy práctico en su oficio, ha dirigido sangrientas expediciones en más de una ocasión. El golpe que maquina contra Standard Island no es el primero de su vida, ya que sus hazañas lo han hecho célebre en aquella parte del oeste del Pacífico.

Algunos meses atrás, el capitán Sarol y sus compañeros, teniendo por cómplice a la sanguinaria población de Erromango,

isla de las Nuevas Hébridas, han preparado un golpe que, si resulta, les permitirá vivir tranquilamente por el resto de sus vidas en el sitio que más les agrade. Conocen de oídas aquella isla de hélice, que desde el año anterior se mueve entre los dos trópicos. Tienen noticias de la incalculable riqueza que encierra la opulenta capital. Pero como no llegará tan lejos hacia el oeste, es necesario atraerla hasta la salvaje Erromango, donde todo está preparado para asegurar su completa destrucción.

Además, aunque ayudados por los naturales de las islas vecinas, estos neohebridanos deben tener muy en cuenta su inferioridad numérica, dada la población de Standard Island y los medios de defensa de que dispone. Así que no se trata de atacarla en el mar, como a un simple navío de comercio, ni lanzar una flotilla de piraguas al abordaje. Gracias a los sentimientos de humanidad que los malayos han sabido explotar sin despertar sospechas, Standard Island irá a Erromango, anclando a poca distancia de ella. Miles de indígenas la invadirán por sorpresa, la arrojarán contra las rocas, chocará con éstas y será entregada al pillaje y la carnicería. Verdaderamente parece que esta horrible maquinación tendrá éxito. En pago de la hospitalidad concedida al capitán Sarol y sus cómplices, los habitantes de Milliard City marchan a una tremenda catástrofe.

El 9 de diciembre el comodoro Simcoe toca el meridiano
171°
en su intersección con el paralelo
15°.
Entre este meridiano y el
175°

está el grupo de las Samoa, visitado por Bougainville en 1768, por La Pérouse [115] en 1787 y por Edwards en 1791.

La primera isla que se levanta al noroeste es la isla Rosa, inhabitada y que no merece ni el honor de una visita.

Dos días después se ve la isla Manua, franqueada por los islotes de Olosaga y Ofú. Su punto más elevado llega a setecientos setenta metros sobre el nivel del mar. Aunque poblada por unos dos mil habitantes, no es la más interesante del archipiélago, y el gobernador ordena no detenerse allí. Es preferible permanecer unos quince días en las islas Tetuila, Upolú y Savai, las más hermosas de

aquel grupo, bello entre todos. Manua, sin embargo, goza de cierta celebridad en los anales marítimos. Sobre su litoral, en Ma Orna, perecieron varios de los compañeros de Cook, en una bahía a la que ha quedado el nombre muy justificado de bahía de la Carnicería.

Unas veinte leguas separan a Manua de su vecina Tetuila. Standard Island se aproxima a ésta durante la noche del 14 al 15 de diciembre. El cuarteto, que se pasea por los alrededores de la batería del espolón, ha «sentido» a aquella Tetuila, aunque todavía está a varias millas de distancia. El aire está embalsamado con los más deliciosos perfumes.

—Esto no es una isla —exclama Pinchinat—. Es el negocio de Piver, la fábrica de Lubin... Una perfumería a la moda.

—Si Su Alteza no ve en ello inconveniente —observa Yvernés—, prefiero que la compares con un pebetero. [116]

—¡Bueno, un pebetero! —responde Pinchinat, que no quiere contrariar los poéticos arrebatos de su compañero.

Y en verdad se diría que una corriente saturada de aromas es elevada por la brisa hasta la isla móvil. Son las emanaciones de esa esencia tan penetrante a la que los canacos de Samoa llaman *mussooi*.

Al alba, Standard Island costea a Tetuila por el norte. Parece una cesta de flores, o más bien un conjunto de bosques que se extienden hasta las cimas más elevadas, las que pasan de mil setecientos metros. La preceden algunos islotes, entre otros el de Anuu. Centenares de elegantes piraguas, tripuladas por vigorosos indígenas medio desnudos que manejan sus remos al compás de una canción del país, rodean la isla de hélice. Cincuenta o sesenta remeros no es una cifra exagerada para esas largas embarcaciones, de una solidez que les permite navegar por alta mar. Nuestros parisienses comprenden entonces la razón de que los primeros europeos dieran a estas islas el nombre de archipiélago de los Navegantes. Su verdadero nombre geográfico es Hamoa, o, mejor aún, Samoa.

Savai, Upolú y Tetuila, escalonadas del noroeste al sudoeste, y Olosaga, Ofú y Manua, repartidas en el sudeste, son las principales islas de este grupo, de origen volcánico. Su superficie total es de mil ochocientos kilómetros cuadrados, poblados por treinta y cinco mil seiscientos habitantes, es decir, la mitad de la población indicada

por los primeros exploradores.

Es digno de observar que cualquiera de estas islas presenta condiciones climáticas tan favorables como las de Standard Island. La temperatura media oscila entre los 26 y los 34 grados. Julio y agosto son los meses fríos, y los calores se dejan sentir en febrero. De diciembre a abril las lluvias son abundantes; ésta es la época en que se desencadenan esas borrascas y tempestades tan fecundas en siniestros.

El comercio, que estuvo primero en las manos de los ingleses, luego en las de los norteamericanos y al fin en las de los alemanes, se eleva a un millón ochocientos mil francos para la importación, y a novecientos mil para la exportación. La principal fuente de riqueza se encuentra en ciertos productos agrícolas, como el algodón, cuyo cultivo aumenta de año en año, y la copra, es decir, la almendra seca del coco.

La población, de origen malayo polinésico, está mezclada con apenas unos trescientos blancos y varios miles de trabajadores reclutados en las diversas islas de la Melanesia. Desde 1830 los misioneros han convertido al cristianismo a los samoanos, que conservan, sin embargo, algunas prácticas de sus antiguos ritos religiosos. La mayoría de los indígenas es protestante, merced a la influencia alemana e inglesa. El catolicismo cuenta con algunos miles de neófitos, cuyo número procuran aumentar los padres maristas a fin de combatir el proselitismo anglosajón.

Standard Island se detiene al sur de la isla Tetuila, a la entrada de la rada de Pago Pago. Ése es el verdadero puerto de la isla, cuya capital, Leone, está en la parte central. Esta vez no hay dificultades entre el gobernador Cyrus Bikerstaff y las autoridades samoanas. Se les permite desembarcar libremente. El soberano del archipiélago reside, no en Tetuila, sino en Upolú, donde están los consulados inglés, norteamericano y alemán. No hay, pues, recepciones oficiales. Cierta número de samoanos aprovechan la oportunidad que se les ofrece para visitar a Milliard City y sus alrededores, en tanto que los habitantes de Standard Island reciben seguridades de que la población de las islas les hará una cordial acogida.

El puerto está en el fondo de la bahía. Es de fácil acceso, y el abrigo que ofrece contra los vientos es excelente. A menudo los navíos de guerra hacen escala en él.

Aquel día, entre los primeros que desembarcaron se encuentran Sebastián Zorn, sus tres compañeros y el superintendente, que ha querido participar de la excursión.

Como siempre, Calixtus Munbar está de muy buen humor. Se ha enterado de que tres o cuatro de las principales familias han organizado una excursión hasta Leone, en cochecillos tirados por caballos neozelandeses. Puesto que los Coverley y los Tankerdon se encontrarán allí, quizá ocurra otro acercamiento entre Walter y *miss* Dy, lo que le causaría gran satisfacción. Mientras pasea con el cuarteto, habla de este acontecimiento con su animación habitual.

—Amigos —repite—, estamos en plena ópera cómica. Felizmente se acerca el desenlace de la obra. Si ocurriera algo..., un caballo que se desboca, un carruaje que vuelca...

—Un ataque de bandidos —dice Yvernés.

—Una matanza general de excursionistas... —añade Pinchinat.

—Lo que muy bien podría suceder —gruñe el violoncelista con fúnebre voz, como si arrancase lúgubres notas de su cuarta cuerda.

—No, amigos, no —exclama Calixtus Munbar—. No lleguemos a tanto. Me refiero a un accidente sin peligro y en el que Walter Tankerdon tuviera la suerte de salvar la vida de *miss* Dy Coverley.

—Y después un poco de música de Boieldieu o de Auber —dice Pinchinat, haciendo con la mano cerrada ademán de dar vueltas a la manivela de un organillo.

—¿De modo, señor Munbar —exclama Frascalín—, que usted piensa siempre en ese matrimonio?

—¡Sí, pienso en él, mi querido Frascalín...! ¡Sueño con él noche y día! Pierdo el buen humor, adelgazo... Moriré si no se efectúa...

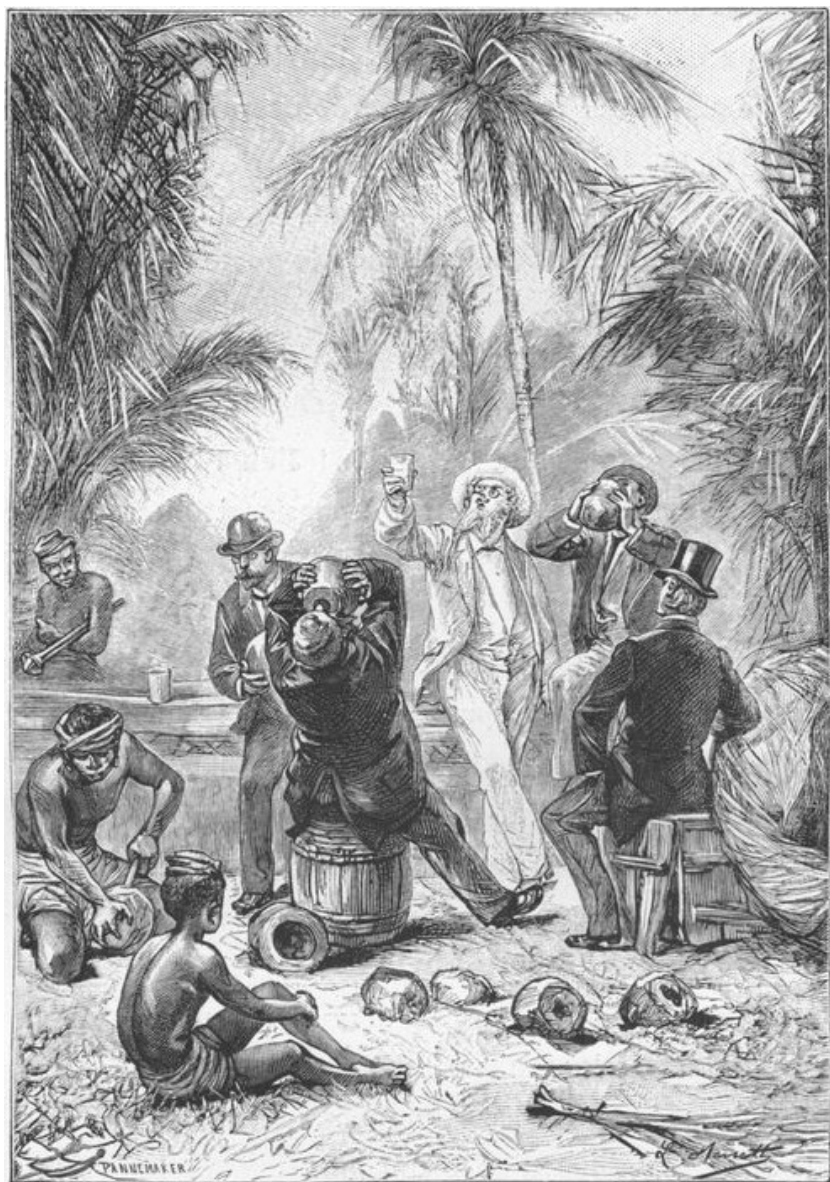
—Se efectuará, señor superintendente —replica Yvernés, dando a su voz una Sonoridad profética—, pues Dios no querrá la muerte de Su Excelencia.

—Seguramente que no la querrá —responde Calixtus Munbar.

Y los cuatro se dirigen a una taberna indígena, donde beben a la salud de los futuros esposos varios vasos de agua de coco y comen riquísimas bananas.

Un paseo por la población samoana, esparcida a lo largo de las calles de Pago Pago, y a través de los macizos que rodean el puerto, constituye un verdadero placer para nuestros amigos. Los hombres, de color moreno amarillento, son de elevada estatura, cabeza

redonda, el pecho amplio, los miembros musculosos y la fisonomía dulce y jovial. Tal vez muestren demasiados dibujos en los brazos, en el torso y hasta en los muslos, que recubren imperfectamente con una especie de falda de hierbas u hojas. Su cabellera es negra, lacia u ondulada, de acuerdo con la moda indígena, pero como la recubren con una capa de cal blanca parece una peluca.



—¡Salvajes a lo Luis XV! —observa Pinchinat—. No les falta más que el traje, la espada, los calzones, las medias, los zapatos con talones rojos, el sombrero de plumas y la tabaquera para asemejarse a los elegantes de Versalles. [117]

Las samoanas, viejas y jóvenes, van vestidas como los hombres y

tatuadas en las manos y en el pecho, con la cabeza adornada de gardenias y el cuello orlado de collares de hibiscos rojos. Justifican la admiración que desborda de los relatos de los primeros navegantes. Son, sin embargo, reservadas y algo gazmoñas; graciosas y sonrientes, encantan al cuarteto cuando le dan los buenos días con una voz dulce y melodiosa.

Una excursión, o más bien una peregrinación, que nuestros turistas hacen al día siguiente los obliga a atravesar la isla de un litoral al otro. Un coche del país los conduce al lado opuesto, a la bahía Franca, cuyo nombre les recuerda la patria. Allí, sobre un monumento de coral blanco inaugurado en 1884, se ve una placa que tiene grabados los inolvidables nombres del comandante de Langle, del naturalista Lamanón y de nueve marineros —los compañeros de La Pérouse— asesinados en aquella playa el 11 de diciembre de 1877.

Sebastián Zorn y sus compañeros han regresado a Pago Pago por el interior de la isla. ¡Qué magníficos bosquecillos de cocoteros, de bananeros silvestres, de arbustos indígenas entrelazados con bejucos! Por el campo se extienden las plantaciones de *taros*, de caña de azúcar, de cafetales, de algodoneros. Por todas partes hay naranjos, guayabos, mangos, avocateros, aguacates y helechos trepadores.

Una flora asombrosamente rica brota de este suelo fértil, que fecunda un clima húmedo y cálido. La fauna samoana, reducida a algunos pájaros y reptiles casi inofensivos, no cuenta entre los mamíferos indígenas más que con una especie de rata, único representante de la familia de los roedores.

Cuatro días después, el 18 de diciembre, Standard Island parte de Tetuila, sin que se haya efectuado «el accidente providencial», tan deseado por el superintendente. Pero puede observarse que las relaciones entre las dos familias enemigas no son tan tirantes.

Unas doce leguas separan a Tetuila de Upolú. Al día siguiente por la mañana el comodoro Simcoe pasa sucesivamente a un cuarto de milla de los islotes Nuntua, Samusú y Salafuta, que defienden a esa isla como tres fortalezas. Maniobra con gran habilidad, y por la tarde detiene a Standard Island delante de Apia.

Con sus dieciséis mil habitantes, Upolú es la más importante ciudad del archipiélago. Allí es donde Alemania, Estados Unidos de

Norteamérica e Inglaterra han establecido sus consules, que forman una especie de consejo para la protección de los intereses de sus compatriotas. El soberano del grupo «reina» en medio de su corte en Malinuu, en la extremidad este de la punta Apia.

El aspecto de Upolú es el mismo que el de Tetuila; un conjunto de montañas dominado por el pico del monte de la Misión, que constituye la espina dorsal de la isla en toda su longitud. Estos volcanes extinguidos están cubiertos de espesísimos bosques que llegan hasta sus cráteres. Al pie de estas montañas se extienden planicies cuya vegetación presenta la incomparable fantasía de los trópicos.

Al día siguiente, el gobernador Cyrus Bikerstaff, sus dos ayudantes y algunos notables desembarcan en el puerto de Apia. Van a hacer una visita oficial a los representantes de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos de Norteamérica, que forman una especie de Municipalidad, en manos de la cual se concentra la administración del archipiélago.

Mientras Cyrus Bikerstaff y su escolta van a visitar a los consules, Sebastián Zorn, Frascolín, Yvernés y Pinchinat emplean el tiempo en recorrer la ciudad. En primer lugar les llama la atención el contraste que presentan las casas europeas, donde los comerciantes tienen sus negocios, con las chozas del antiguo pueblo canaco, que habitan los indígenas. Éstas son cómodas, sanas, encantadoras, y sus bajos tejados parecen guarecerse en la elegante sombrilla que forman las hojas de las palmeras diseminadas por las riberas del río Apia.

Su puerto, que no carece de animación, es el más frecuentado del grupo, y la Sociedad Comercial de Hamburgo mantiene allí una flotilla destinada al cabotaje entre las de Samoa y las islas vecinas.

Aunque la influencia de esta triple unión inglesa, norteamericana y alemana es preponderante en este archipiélago, Francia está representada por misioneros católicos, cuya honradez y abnegación les ha ganado aprecio entre los pobladores samoanos. Nuestros artistas experimentan gran satisfacción y emoción profunda al ver la pequeña iglesia de la misión, que no tiene la severidad puritana de las capillas protestantes, y un poco más allá, sobre la colina, la escuela, cuyo pabellón tricolor corona el tejado.

Hacia allí se dirigen, y pocos minutos después son recibidos en

el establecimiento francés. Los maristas hacen a los *falanis* —así llaman los samoanos a los extranjeros— una patriótica acogida. En la escuela residen tres padres dedicados al servicio de la misión, la que cuenta, además, con otros dos en Savai y algunos religiosos instalados en las islas.

¡Qué alegría les causa hablar con el superior, de edad avanzada, que vive en Samoa desde hace muchos años! Experimentan gran dicha al recibir a sus compatriotas, y, lo que es más, a artistas de su país. Los visitantes son obsequiados con refrescos cuya receta poseen sólo los misioneros.

—Ante todo —dice el anciano— no piensen, queridos hijos, que las islas de nuestro archipiélago son salvajes. ¡No es en las de Samoa donde encontrarán indígenas que practiquen el canibalismo!

—Hasta ahora no los hemos encontrado —observa Frascolín.



—¡Con gran disgusto de nuestra parte! —añade Pinchinat.

—¿Cómo, con disgusto de ustedes?

—Perdone, padre, este deseo de un parisiense curioso... ¡Es por amor al color local!

—¡Oh! —dice Sebastián Zorn—. Aún no llegamos al final del

viaje, y quizá veamos más de lo que queramos de esos antropófagos solicitados por nuestro compañero.

—Es posible —responde el superior—. Cerca de los grupos del oeste, en las Nuevas Hébridas, en las Salomón, los navegantes deben aventurarse con extrema prudencia. Pero en Tahití, en las Marquesas, en las islas de la Sociedad, lo mismo que en Samoa, los progresos de la civilización son muy grandes. Reconozco que el asesinato de los compañeros de La Pérouse ha valido a los samoanos la reputación de gente feroz entregada al canibalismo. ¡Pero, desde entonces, cuánto han cambiado, gracias a la influencia de la religión de Cristo! Los indígenas de ahora son personas civilizadas que disfrutan de un gobierno a la europea, con dos cámaras, también a la europea, y hasta de revoluciones.

—¿A la europea? —observa Yvernés.

—Así como usted lo dice, querido hijo; los samoanos no están exentos de disensiones políticas.

—Esto ya lo sabíamos en Standard Island, padre —responde Pinchinat—. ¿Qué se ignora en aquella isla bendita de los dioses? Hasta creímos caer aquí en medio de una guerra dinástica entre dos familias reales...

—Efectivamente, el rey Tupua, que descende de los antiguos soberanos del archipiélago, y que nosotros sostenemos con toda nuestra influencia, ha luchado contra el rey Malietoa, protegido de los ingleses y los alemanes. Ha corrido mucha sangre, sobre todo en la gran batalla de diciembre de 1887. Estos reyes se han visto sucesivamente proclamados y destronados; y, finalmente, Malietoa ha sido declarado soberano por la corte de Berlín. ¡De Berlín...! —Y el anciano misionero no puede contener un movimiento convulsivo cuando sale este nombre de sus labios, pero continúa—: Hasta ahora, la influencia de los alemanes ha dominado en Samoa. Las nueve décimas partes de las tierras cultivadas están en sus manos. Cerca de Apia, en Suluafata, han obtenido del gobierno una concesión muy importante: la proximidad de un puerto que podrá servir para el avituallamiento de sus navíos de guerra. Las armas de tiro rápido han sido introducidas por ellos. Los samoanos han aprendido a usarlas. El mejor día esto tendrá fin.

—¿En provecho de Francia? —pregunta Frascalín.

—No, en provecho del Reino Unido.

—¡Oh! —exclama Yvernés—. Inglaterra o Alemania...

—No, hijo mío —responde el superior—. Hay una gran diferencia.

—Pero ¿y el rey Malietoa? —inquire Yvernés.

—El rey Malietoa ya en otra ocasión fue destronado. ¿Y saben ustedes quién es el pretendiente que hubiera tenido entonces mayores probabilidades de sucederle? Un inglés, uno de los personajes más considerados en el archipiélago: un simple novelista.

—¿Un novelista?

—Sí, Robert Louis Stevenson, el autor de *La isla del tesoro* y de *Las nuevas noches árabes*.

—¡Adonde puede llevar la literatura! —exclama Yvernés.

—¡Qué ejemplo para nuestros novelistas franceses, eh! —replica Pinchinat—. ¡Zola[118] I, rey de los samoanos, reconocido y sostenido por el gobierno británico, en el trono de los Tupua y de los Malietoa...! Su dinastía sucediendo a la de los soberanos indígenas... ¡Qué sueño!

En la conversación, el superior da diversos detalles respecto a las costumbres de los samoanos. Añade que, si bien la mayoría pertenece a la religión protestante wesleyana, parece que el catolicismo se extiende cada día más. La iglesia de la misión es ya muy pequeña para las ceremonias religiosas, y la escuela pide a gritos que se la ensanche, y se felicita de ello con sus huéspedes.

La escala de Standard Island en la isla Upolú ha durado tres días. Los misioneros han devuelto la visita a los artistas franceses. Han pasado por Milliard City, mostrándose muy maravillados. Y, ¿por qué no decirlo?, en el salón del Casino el Cuarteto Concertante ha hecho oír al padre misionero y a sus compañeros algunas piezas de su repertorio. El buen viejo, que adora la música clásica, se ha enternecido hasta el punto de derramar lágrimas. No es en las fiestas de Upolú, por cierto, donde tiene ocasión de oírla.

La víspera de la partida, Sebastián Zorn, Frascolín, Pinchinat e Yvernés, acompañados del profesor de baile, van a despedirse de los misioneros maristas. Se dicen ese adiós conmovedor de las personas que sólo se han visto unos días y que no se volverán a ver jamás. El anciano los abraza y los bendice, y ellos se retiran profundamente conmovidos.

Al día siguiente, 23 de diciembre, el comodoro Simcoe apareja

al alba, y Standard Island se pone en marcha en medio de las piraguas que la escoltarán hasta la vecina isla de Savai. Esta isla está separada de Upolú por un estrecho de siete a ocho leguas. Pero como el puerto de Apia está situado en la costa septentrional, es preciso costear este litoral durante todo el día antes de llegar al estrecho.

Según el itinerario establecido por el gobernador, no se trata de dar la vuelta a Savai, sino de maniobrar entre ella y Upolú, a fin de ir por el sudoeste al archipiélago de Tonga. De aquí que Standard Island navegue a velocidad muy moderada, para no arriesgarse durante la noche a través de ese paso que flanquean los islotes de Apolinia y Manono.

Al día siguiente, al amanecer, el comodoro Simcoe maniobra entre los dos islotes, de los cuales el de Apolinia está poblado por unos doscientos cincuenta habitantes, y el otro, Manono, por un millar. Estos indígenas tienen fama muy justificada de ser los más valientes y los más honrados samoanos del archipiélago.

Desde allí se puede admirar a Savai en todo su esplendor. Indestructibles acantilados la protegen de los ataques de un mar que las borrascas y ciclones del período invernal vuelven formidable. Savai está cubierta de espesos bosques dominados por un antiguo volcán de mil doscientos metros de altura, y se adorna con aldehyelas resplandecientes bajo palmeras gigantescas, estando regada por tumultuosas cascadas y agujereada de profundas cavernas donde los golpes de mar producen formidables ecos.

Según las leyendas, esta isla ha sido la única cuna de las razas polinésicas, cuyos once mil habitantes han conservado el tipo más puro. En aquel entonces se llamaba Savaiki, famoso edén de las divinidades maoríes.

Standard Island se aleja de ella lentamente, y pierde de vista sus cumbres en las últimas horas de la tarde del 24 de diciembre.

III

UN CONCIERTO EN LA CORTE



Desde el 21 de diciembre, el sol, en su movimiento aparente, después de haberse detenido sobre el trópico de Capricornio, ha comenzado su carrera hacia el norte, abandonando esos lugares a las inclemencias del invierno y en pos del verano del hemisferio septentrional. Standard Island está a unos diez grados de este trópico. Si desciende hasta las islas de Tonga Tabú, llegará a la latitud máxima fijada en el itinerario, para dirigirse de nuevo hacia el norte, manteniéndose de este modo en las regiones de clima más favorable. Verdad es que no podrá evitar un período de extremos calores mientras el sol esté en su cénit; pero estos calores serán moderados por la brisa del mar y disminuirán al alejarse el astro que los produce.

Entre las islas de Samoa y la isla principal de Tonga Tabú hay ocho grados, o sea, unos mil kilómetros. No hay por qué aumentar la velocidad. La isla de hélice vagará por este mar siempre bello, no menos tranquilo que la atmósfera, apenas turbada por tempestades muy raras y pasajeras. Basta con estar en Tonga Tabú en los primeros días de enero, hacer allí escala durante una semana y dirigirse después hacia las Fiji. Desde allí, Standard Island subirá por la costa de las Nuevas Hébridas, donde dejará la tripulación malaya; después, poniendo la proa al nordeste, volverá a las latitudes de la bahía Magdalena, y entonces habrá concluido su segundo viaje.

La vida, pues, continúa en Milliard City en medio de una calma inalterable, como en cualquier gran ciudad de América o de Europa. Las comunicaciones son constantes con el nuevo continente gracias a los vapores o a los cables telegráficos. Las familias se visitan. El acercamiento que se efectúa entre las dos secciones rivales es visible

y se manifiesta en los paseos y juegos; los conciertos del cuarteto siguen gozando del favor de todos.

La Navidad, el *Christmas* tan caro a los protestantes y a los católicos, se celebra con gran pompa en el templo y en la iglesia de Saint Maiy, como también en los palacios, hoteles y casas del barrio comercial. Esta solemnidad va a vestir de fiesta a toda la isla durante la semana que comienza en Navidad para acabar el primero de año. Como siempre, los periódicos de Standard Island, el *Starboard Chronicle* y el *New Herald*, ofrecen a sus lectores las últimas noticias del interior y del extranjero. Una de ellas, publicada simultáneamente por estos dos periódicos, da lugar a extensos comentarios.

En efecto, en el número del 26 de diciembre se dice que el rey de Malecarlia ha ido a la Municipalidad, donde Cyrus Bikerstaff le ha concedido audiencia. ¿Qué objeto tiene esta visita de Su Majestad? ¿A qué motivo obedece? Por la ciudad han circulado a este respecto toda clase de hipótesis, y hubieran llegado a las suposiciones más inverosímiles si al día siguiente el diario no hubiese dado una información completa. El rey de Malecarlia ha solicitado un puesto en el Observatorio de Standard Island, y la administración superior se lo ha concedido inmediatamente.

—¡Diablo! —exclama Pinchinat—. Hay que vivir en Milliard City para ver estas cosas... Un soberano inspeccionando con el antejo las estrellas del cielo.

—¡Un astro de la tierra que interroga a sus hermanos del firmamento! —responde Yvernés.

Los motivos por los cuales Su Majestad se ha visto obligado a solicitar ese puesto son los siguientes: el rey de Malecarlia era un buen rey, y su esposa, una buena reina. Hacían todo el bien que podían en uno de los pequeños estados de Europa; de talento claro y espíritu liberal, no pretendían que su dinastía, aunque era una de las más antiguas del viejo continente, fuera de origen divino.

El rey era muy instruido en todas las ciencias y un gran conocedor en cosas de arte, siendo sobre todo apasionado por la música. Sabio y filósofo, no abrigaba ilusiones sobre el porvenir de los soberanos europeos, estando también dispuesto a abandonar su reino desde el momento en que su pueblo lo rechazara. No teniendo heredero directo, no causaría perjuicio alguno a su familia cuando

le pareciera que había llegado el momento de abandonar su trono y su corona.



Este momento había llegado tres años atrás. No hubo revolución, o, por lo menos, revolución sangrienta. De común acuerdo se

rompió el contrato entre Su Majestad y los súbditos. El rey, convertido en un particular, partió como un viajero. Su régimen de gobierno fue sustituido por otro.

Lleno de brío a pesar de sus sesenta años, gozaba el rey de una salud excelente, pero la de la reina reclamaba un clima que estuviese exento de los bruscos cambios de temperatura. Muy difícil era encontrar esta uniformidad de condiciones climáticas fuera de Standard Island, desde el momento que no podían imponerse la fatiga de ir buscando las buenas estaciones en diversas latitudes. Les pareció que Standard Island presentaba estas múltiples ventajas, puesto que los multimillonarios de los Estados Unidos de Norteamérica se habían establecido en ella. Por ello, en cuanto la isla de hélice estuvo terminada, el rey y la reina de Malecarlia resolvieron vivir allí. Se les concedió autorización para ello, siempre que vivieran como simples ciudadanos sin ninguna distinción ni privilegio.

Sus Majestades no pensaban vivir de otro modo. Alquilaron un palacete en la avenida Treinta y nueve de la sección de estribor, rodeado de un jardín que daba al gran parque. Allí, los dos soberanos llevan una vida muy retirada, sin mezclarse para nada en las intrigas de las secciones rivales y conformándose con una existencia modesta. El rey se ocupa en estudios de astronomía, por los que siempre ha demostrado gran afición. La reina, católica sincera, lleva una vida semiclaustral, sin tener siquiera la ocasión de dedicarse a las obras de caridad, puesto que la miseria es desconocida en la *Joya del Pacífico*.

Tal es la historia de los antiguos soberanos del reino de Malecarlia, historia que el superintendente ha contado a nuestros artistas, agregando que estos reyes eran las mejores personas del mundo, por más que su fortuna fuera relativamente escasa.

El cuarteto, muy conmovido ante aquella caída soberana, soportada con tanta filosofía y resignación, experimenta por los soberanos destronados una respetuosa simpatía. En vez de refugiarse en Francia, la patria de los reyes exiliados, han elegido a Standard Island, como algunos opulentos personajes escogen a Niza o Corfú por razones de salud. Verdad es que no han sido desterrados ni arrojados del reino, donde hubieran podido seguir viviendo, y que en cualquier momento pueden volver con sólo

reclamar sus derechos de ciudadanos. Pero no piensan hacerlo, pues aman esta tranquila existencia, conformándose con las leyes y reglamentos de la isla de hélice.

Comparados con la mayoría de los habitantes de Milliard City, y en relación con la vida que en ésta se hace, los reyes de Malecarlia no son ricos. ¿Qué se puede hacer con doscientos mil francos de renta cuando el alquiler de una casa cuesta cincuenta mil? Los exsoberanos son pobres comparados con los emperadores y reyes de Europa, que, a su vez, tampoco harían buena figura al lado de los Gould, los Vanderbilt, los Rothschild, los Astor, los Mackay y otros dioses de las finanzas. Así que, aunque viven con lo estrictamente necesario, sus rentas no son suficientes. Pero como a la salud de la reina le sienta este clima, el rey no quiere abandonar la isla.

Entonces ha pensado acrecentar sus rentas con el trabajo, y como ha quedado vacante una plaza en el Observatorio, empleo muy bien retribuido, lo ha solicitado al gobernador. Cyrus Bikerstaff, después de haber consultado por cablegrama a la administración superior de la bahía Magdalena, ha dispuesto de la vacante en favor del soberano, y los periódicos han anunciado que el rey de Malecarlia acababa de ser nombrado astrónomo de Standard Island.

¡Qué asunto para la chismografía en otro país! En la isla han comentado el caso durante dos días, y después no han pensado más en él. Les parece muy natural que un rey busque en el trabajo la posibilidad de continuar disfrutando de la tranquila existencia de Milliard City, y como es un sabio, se aprovecharán de su ciencia. Nada tiene esto de deshonoroso. Si descubre un nuevo astro, planeta, cometa o estrella, se le dará su nombre, que figurará gloriosamente entre los bautismos mitológicos que llenan los anuarios oficiales.

Mientras se pasean por el parque, Sebastián Zorn, Pinchinat, Yvernés y Frascalín hablan del acontecimiento. Esa mañana han visto al rey cuando iba a su escritorio: todavía no están bastante *americanizados* para aceptar esta situación. Hablan, pues, de ello, y Frascalín ha dicho:

—Parece que, si Su Majestad no hubiera sido capaz de desempeñar este empleo, habría dado lecciones de música.

—¡Un rey dando lecciones a domicilio! —exclama Pinchinat.

—Se dice que es muy buen músico —observa Yvernés.

—No me extraña —añade Sebastián Zorn—, puesto que lo hemos visto a la puerta del Casino durante muchos conciertos, por no poder pagar la entrada para la reina y para él.

—Compañeros, tengo una idea —dice Pinchinat.

—¡Una idea de Su Alteza! —replica el violoncelista—. Sólo tiene ideas extravagantes.

—Extravagante o no, viejo Sebastián, estoy seguro de que la aprobarás.

—Veamos la idea de Pinchinat —dice Frascalín.

—La de ir a dar un concierto a Sus Majestades, un concierto para ellos solos, en su salón, y tocar allí las más hermosas piezas de nuestro repertorio.

—¡Vaya! —dice Sebastián—. ¿Sabes que no es una mala idea?

—¡Diablo! Tengo la cabeza llena de ideas de esta clase. Cuando la sacudo...

—¡Suenan como un cascabel! —responde Yvernés.

—Querido Pinchinat —dice Frascalín—, nos basta por hoy tu proposición. Estoy seguro de que daremos una gran alegría a estos excelentes reyes.

—Mañana les escribiremos solicitando una audiencia —dice Sebastián Zorn.

—Haremos algo mejor —responde Pinchinat—. Esta misma noche nos presentamos en la mansión real con nuestros instrumentos, como una compañía de músicos que van a dar un concierto.

—Una serenata, querrás decir —replica Yvernés—, puesto que será por la noche...

—Sea, primer violín severo pero justo... No discutamos por palabras. ¿Resueltos?

—¡Resueltos!

Cierto que es una idea magnífica. No hay duda de que el rey *dilettante* agradecerá la atención de los artistas franceses y se sentirá feliz al escucharlos. En consecuencia, el Cuarteto Concertante, cargado con los tres estuches de violines y la caja del violoncelo, sale al atardecer del Casino y se dirige hacia la avenida Treinta y nueve, situada en el límite de la sección de estribor.

Es un inmueble sencillo, de dos pisos, rodeado de un jardín con verde césped. A un lado están los anexos, y al otro las caballerizas,

que nadie utiliza. A derecha e izquierda, dos magníficos olmos dan sombra a los senderos que conducen a la entrada de la casa. Bajo los árboles de este jardín, que apenas mide doscientos metros cuadrados de superficie, se extiende una verdadera alfombra de césped.

No hay que comparar esta casa con los palacios de los Coverley, los Tankerdon y otros millonarios de Milliard City. Éste es el retiro de un filósofo, de un sabio, que vive lejos del mundo. Abdolónimo [119] viviría allí contento al descender del trono de los reyes de Sidón.

El rey de Malecarlia tiene por único chambelán a su ayuda de cámara, y la reina por toda dama de honor a su mucama. Éstos y una cocinera norteamericana completan el personal al servicio de aquellos soberanos caídos, que trataron en otra época de igual a igual a los emperadores del antiguo continente.

Frascolín oprime el botón del timbre, y le hace saber al ayuda de cámara que abre la puerta de la verja, que sus compañeros y él, artistas franceses, tienen el deseo de presentar sus respetos a Su Majestad, y que solicitan el favor de ser recibidos. El criado los quiere hacer entrar, pero ellos se detienen ante la escalera.

Casi enseguida el ayuda de cámara vuelve a informarles que el rey los recibirá con mucho gusto. Los introduce en el vestíbulo, donde dejan sus instrumentos, y pasan después al salón, al que Sus Majestades entran por otra puerta casi al mismo tiempo. Éste fue todo el ceremonial de esa recepción.

Los artistas se han inclinado llenos de respeto ante el rey y la reina. Esta última, sencillamente vestida con un traje oscuro, no cubre con nada su abundante cabellera, cuyos bucles grises prestan belleza a su rostro pálido y a su mirada ligeramente velada. Se sienta en un sillón colocado cerca de la ventana que da al jardín, más allá del cual se alcanzan a ver los macizos del parque.

El rey, de pie, responde al saludo de sus visitantes y los invita a que le manifiesten el motivo que los ha llevado a su casa, perdida en un barrio alejado de Milliard City.

Los cuatro se sienten conmovidos mirando a aquel soberano, en cuyo rostro está impresa una inexplicable dignidad. Bajo las cejas casi negras, la mirada es viva; es la mirada profunda del sabio. La barba blanca y sedosa cae sobre su pecho. Su fisonomía, cuya

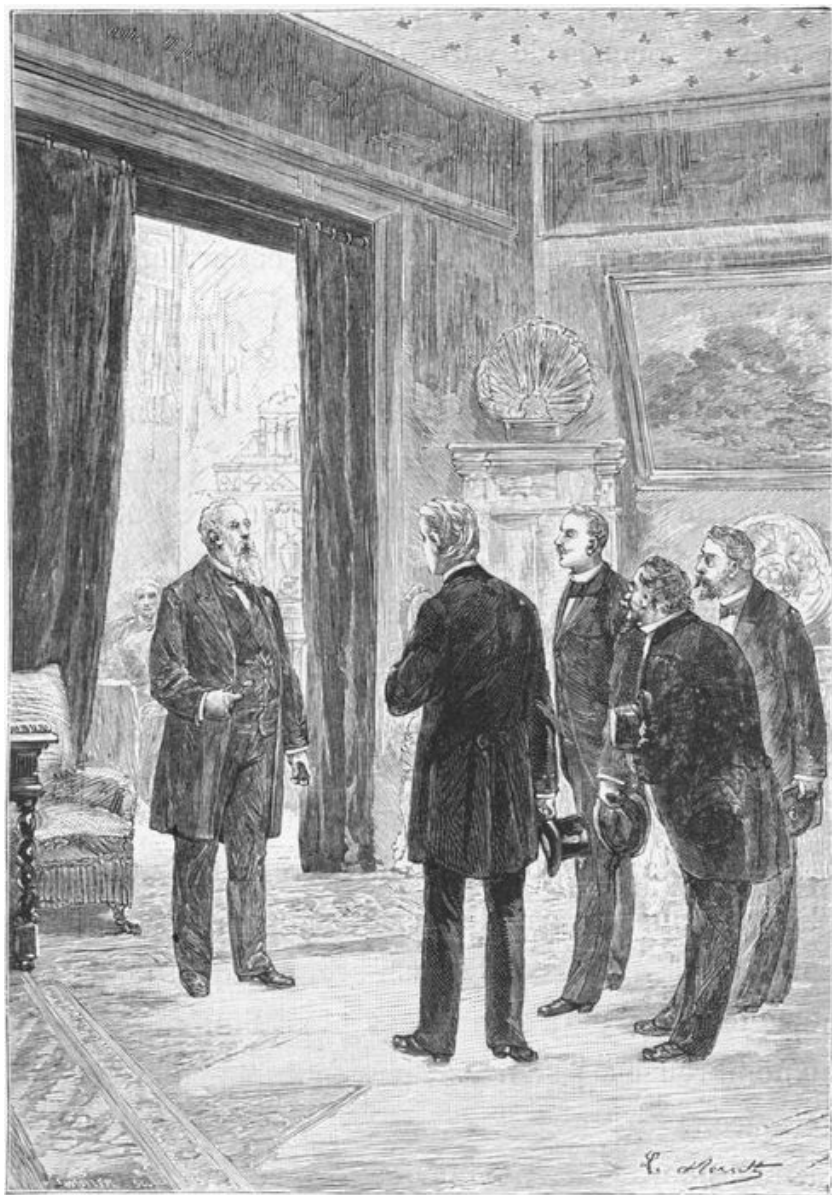
seriedad dulcifica una ligera sonrisa, lo hace simpático a las personas que se le acercan.

Frascolín toma la palabra y, con voz ligeramente temblorosa, dice:



—Agradecemos a Sus Majestades el haberse dignado recibir a unos artistas que deseaban ofrecerles sus respetuosos homenajes.

—La reina y yo se lo agradecemos —responde el rey—, y estamos conmovidos por el paso que dan. A esta isla, donde pensamos terminar una existencia tan tormentosa, han traído ustedes un poco del hermoso ambiente de Francia. Ustedes, señores, no son desconocidos para un hombre que, al mismo tiempo que se dedica a la ciencia, ama con pasión la música, ese arte en el que han adquirido ustedes tan justificada celebridad. Conocemos el éxito que han obtenido en Europa y en América. También nosotros, aunque de lejos, hemos tomado parte en los aplausos con que Standard Island ha recibido al Cuarteto Concertante. Tenemos una pena, y es la de no haberlos podido escuchar a ustedes como conviene.



El rey hace tomar asiento a sus huéspedes y se coloca ante la chimenea, sobre la cual hay un magnífico busto de la reina.

Para entrar en materia, Frascolín no tiene más que responder a la última frase pronunciada por el rey.

—Su Majestad tiene razón, y la pena que expresa no está

justificada en lo que concierne al género de música del que somos intérpretes. La música de cámara, esos cuartetos de los maestros de la música clásica, exigen una intimidad que no da un público numeroso. Hace falta algo así como el recogimiento de un santuario.

—Sí, señores —dice la reina—. Esta música debiera ser escuchada como una armonía celeste, y lo que más le conviene es un santuario.

—Que el rey y la reina —dijo entonces Yvernés— nos permitan transformar este salón en santuario por una hora, para hacernos oír de Sus Majestades solamente.

Antes de que Yvernés acabe de decir estas palabras, la fisonomía de los soberanos se ha iluminado.

—Caballeros —responde el rey—, ¿ustedes quieren..., ustedes han tenido esa idea...?

—Es el objeto de nuestra visita.

—¡Ah! —dice el rey tendiéndoles la mano—. Reconozco en este gesto a músicos franceses, en los que el corazón iguala al talento. Les doy a ustedes las gracias en nombre de la reina y en el mío. ¡Nada, nada podía causarnos más alegría que esto!

Y mientras el ayuda de cámara recibe la orden de traer los instrumentos y de disponer el salón para el improvisado concierto, el rey y la reina invitan a sus huéspedes a bajar al jardín. Allí hablan de música como podrían hacerlo artistas en la más completa intimidad.

El rey se abandona a su entusiasmo por aquel arte como hombre que aprecia todo su encanto y comprende toda su belleza. Da muestras, hasta el punto de asombrar a sus oyentes, de lo bien que conoce a aquellos maestros, que oírán dentro de algunos instantes. Celebra el talento, a la vez inocente e ingenioso, de Haydn. Recuerda lo que un crítico ha dicho de Mendelssohn, ese compositor excepcional en la música de cámara, que expresa sus ideas en la lengua de Beethoven... «Weber, ¡qué exquisita sensibilidad, qué espíritu caballeresco que hacen de él un maestro originalísimo! ¡Beethoven, el príncipe de la música instrumental...! Su alma se revela en sus sinfonías. Las obras de su genio no ceden ni en grandeza ni en valor a las obras maestras de la poesía, de la pintura, de la escultura y de la arquitectura. Astro sublime que se

ha extinguido en la *Sinfonía con coro*, en la que la voz de los instrumentos se funde tan íntimamente con las voces humanas».

—Y sin embargo, ¡jamás pudo bailar a compás!

Cualquiera puede imaginarse que esta inoportuna observación procede de Pinchinat.

—Sí —responde el rey, sonriendo—, lo cual prueba que el oído no es órgano indispensable para el músico. ¡Oyen con el corazón! ¿No lo prueba acaso Beethoven en esa incomparable *Sinfonía* de la que hablaba a ustedes, compuesta cuando su sordera no le permitía oír más los sonidos?

Después de hablar de Haydn, de Weber, de Mendelssohn, de Beethoven, Su Majestad habla de Mozart con arrebatadora elocuencia.

—¡Ah, señores —dice—, dejen ustedes que mi entusiasmo se desborde! ¡Hace tanto tiempo que no puedo hablar de este modo, desde mi llegada a Standard Island! ¡Mozart, Mozart! Uno de los compositores dramáticos franceses, en mi opinión el más grande del siglo XIX, le ha dedicado páginas admirables. ¡Las he leído, y nada las borrará de mi recuerdo! Él ha dicho que Mozart da a cada nota un sentido especial sin turbar la medida y el carácter de la frase musical, y que a la verdad patética ha unido la perfección de la belleza plástica. ¿No es Mozart el único que ha adivinado con una seguridad constante y completa la forma musical de todos los sentimientos, con todos sus matices de pasión y de carácter, es decir, con todo lo que forma el drama humano? Mozart... no es un rey. Porque, ¿qué es un rey ahora? —añade Su Majestad meneando la cabeza—. Diría más bien que es un dios, puesto que se tolera que Dios exista aún. ¡Es el dios de la música!

No se puede expresar el fuego con que Su Majestad manifiesta su admiración. Y cuando la reina y él entran al salón, seguidos por los artistas, toma un libro colocado sobre una mesa. Este libro, que ha leído y releído, lleva como título: *Don Giovanni*, de Mozart. Lo abre, y lee estas líneas escritas por el maestro que mejor ha penetrado el alma de Mozart, el ilustre Gounod: [120]

«¡Oh Mozart, divino Mozart! ¡Comprenderte es adorarte! ¡Tú, la verdad constante! ¡Tú, la belleza perfecta! ¡Tú, un encanto inextinguible! ¡Tú, la humanidad completa y la sencillez del niño! ¡Tú, que lo has sentido todo y explicado todo en una frase musical

que no ha sido sobrepujada nunca ni será sobrepujada jamás!».

Entonces Sebastián Zorn y sus compañeros toman sus instrumentos y, a la luz de la lámpara que derrama una dulce claridad por el salón, tocan la primera de las piezas que han elegido para aquel concierto. Es el *Segundo Cuarteto en la menor, opus 13*, de Mendelssohn, que el real auditorio escucha con placer y recogimiento infinitos.

A este cuarteto sigue el *Tercero en si mayor, opus 75*, de Haydn, es decir, el *Himno austríaco*, ejecutado con incomparable maestría.



Los músicos jamás han estado más cerca de la perfección que en la intimidad de aquel santuario, donde sólo tienen por oyentes a dos soberanos caídos.

Concluido el himno, tocan el *Sexto Cuarteto*, en si bemol, opus 18, de Beethoven, esa *Malinconia* tan triste y penetrante, que los

ojos de Sus Majestades se llenan de lágrimas. Ejecutan después la admirable *Fuga en si menor*, de Mozart; tan perfecta, tan natural que parece correr como agua purísima o pasar como la brisa entre el ligero follaje. Esta inolvidable velada termina con uno de los más hermosos cuartetos del divino compositor, el *Décimo en re mayor*, *opus 35*. Nunca los ricachos de Standard Island han disfrutado de conciertos semejantes.

Los franceses no se cansan de ejecutar estas obras admirables, ni los reyes de oírlas. Pero son las once, y Su Majestad les dice:

—Desde el fondo del corazón les agradecemos a ustedes el placer que nos han proporcionado. Gracias a lo perfecto de su ejecución acabamos de experimentar una alegría que nunca olvidaremos. ¡Nos han hecho ustedes tanto bien...!

—Si el rey lo desea —dice Yvernés—, podríamos aún...

—Gracias, una vez más, señores, gracias. No queremos abusar de su complacencia. Es tarde..., y además..., esta noche estoy de servicio.

Esta expresión, en boca del rey, lleva a los artistas al sentido de la realidad. Ante el soberano que habla así, se sienten casi confusos, y bajan los ojos.

—Sí, señores —dice el rey con voz alegre—. ¿No soy el astrónomo del Observatorio de Standard Island, y —añade, no sin cierta emoción en sus palabras— el inspector de estrellas..., de estrellas fugaces?

IV

ULTIMÁTUM BRITÁNICO



Durante aquella última semana del año, dedicada a las fiestas de Navidad, circulan numerosas invitaciones para comidas, bailes y recepciones oficiales. Un banquete ofrecido por el gobernador a los principales personajes de Milliard ard City, y aceptado por las familias de babor y de estribor, atestigua cierta fusión entre las dos secciones de la ciudad. Los Tankerdon y los Coverley se encuentran en la misma mesa. El primero de año se cambian felicitaciones entre los moradores del hotel de la avenida Diecinueve y los de la avenida Quince. Por vez primera, Walter Tankerdon recibe una invitación para uno de los conciertos de *Mrs.* Coverley. La acogida que le reserva la dueña de casa parece ser de buen augurio. Pero de esto a formar lazos más estrechos hay gran distancia aún, por más que Calixtus Munbar repite a todo el que quiere oírlo:

—Ya es un hecho, amigos, ya es un hecho.

Mientras tanto, la isla de hélice continúa su pacífica navegación, siempre en dirección al archipiélago de Tonga Tabú. Parece que nada habría de turbar el viaje, cuando en la noche del 30 al 31 de diciembre ocurre un inesperado fenómeno meteorológico.

Entre las dos y las tres de la madrugada se oyen lejanas detonaciones. Los vigías no se preocupan por ello. Es casi imposible que se libre allí un combate naval, a menos que sea entre navíos de esas repúblicas de la América meridional que están frecuentemente en riña. Y aun así, ¿qué le puede importar esto a Standard Island, isla independiente y en paz con las potencias de ambos mundos?

Aquellas detonaciones, que vienen de la parte occidental del Pacífico, se prolongan hasta el alba; no pueden ser confundidas con

el ruido fuerte y regular de una artillería lejana.

El comodoro Simcoe, advertido por uno de sus oficiales, inspecciona el horizonte desde la torre del Observatorio. Ninguna luz brilla en el ancho espacio de mar que se extiende ante sus ojos. Sin embargo, el cielo no presenta su aspecto habitual. Reflejos de llamas lo colorean hasta el cénit. En el aire parece flotar cierta neblina, por más que el tiempo sea hermoso y el barómetro no indique, por medio de un descenso repentino, perturbaciones de las corrientes del espacio.

Al salir el sol, los madrugadores de Milliard City experimentan una extraña sorpresa. No solamente continúan las detonaciones, sino que el aire se mezcla con una bruma roja y negra, especie de impalpable polvo que comienza a caer en forma de lluvia. Parece un chaparrón de moléculas fuliginosas. En pocos minutos, las calles de la ciudad y los techos de las casas están cubiertos de una sustancia donde se combinan los colores del carmín, de la rubia, del nácar, de la púrpura, con escorias negruzcas.

Todos los habitantes están fuera, excepto Atanasio Doremus, que nunca se levanta antes de las once, aunque se acuesta la víspera a las ocho. De más está decir que el cuarteto se ha lanzado fuera del lecho y ha ido al Observatorio, donde el comodoro, sus oficiales y sus astrónomos, entre ellos el nuevo funcionario real, procuran averiguar la causa del fenómeno.

—Es una lástima —dice Pinchinat— que esta materia roja no sea un líquido y que este líquido no sea una lluvia de perfume.

¿Cuál es la causa del fenómeno? Hay numerosos ejemplos de estas lluvias de polvo rojo compuestas de silicio, alúmina, óxido de cromo y óxido de hierro. A principios de siglo, Calabria y los Abruzos fueron inundados por esos chaparrones, en los que los supersticiosos habitantes creían ver gotas de sangre, cuando sólo era, como en Blancenbergh, en 1819, cloruro de cobalto.

El viento arrastra también moléculas de carbón o de hollín, producto de incendios lejanos. ¿No se han visto caer lluvias de hollín en Pernambuco, en 1820; lluvias amarillas en Orleáns, en 1829, y en los Bajos Pirineos, en 1836, lluvias de polen arrancado a los abetos en flor? ¿Cuál será el origen de esta lluvia de polvo mezclado de escorias que inunda el espacio, y que arroja grandes masas rojizas sobre Standard Island y el mar que la rodea?

El rey de Malecarlia opina que esas materias deben provenir de algún volcán de las islas del oeste, y sus colegas del Observatorio son de la misma opinión. Se recogen algunos puñados de este polvo, cuya temperatura es superior a la del aire y que no se ha enfriado al pasar a través de la atmósfera. Una violenta erupción explicaría las detonaciones irregulares que aún se oyen. Además, estos parajes están sembrados de cráteres, unos en actividad, otros extinguidos, pero susceptibles de volver a encenderse bajo una acción infratélúrica, sin hablar de aquéllos a los que un empuje geológico levanta del fondo del océano, y cuyo poder de proyección es a menudo extraordinario.

Precisamente, en medio del archipiélago de las Tonga, por donde marcha Standard Island, algunos años atrás el pico de Tufua cubrió una superficie de cien kilómetros con sus materias eruptivas. Durante largas horas, las detonaciones del volcán se propagaron hasta doscientos kilómetros de distancia. Y en el mes de agosto de 1883 las erupciones del Krakatoa devastaron parte de las islas de Java y de Sumatra vecinas al estrecho de Sonda, al provocar temblores que destruyeron pueblos enteros y causaron numerosas víctimas. El suelo se cubrió de un lodo espeso y se levantaron las aguas en remolinos formidables, al tiempo que se infestaba la atmósfera de vapores sulfurosos. El cataclismo fue causa también de la pérdida de muchos barcos.

En verdad, el caso es como para preguntarse si la isla de hélice no estará amenazada por un peligro de este género.

El comodoro Simcoe está un poco inquieto, pues la navegación parece hacerse más difícil. Da orden de moderar la velocidad, con lo que Standard Island camina muy lentamente. El temor se apodera de la población de Milliard City. ¿Estarán por realizarse los desagradables pronósticos de Sebastián Zorn, ahora que el viaje toca a su fin?

A mediodía la oscuridad es profunda. Los habitantes han abandonado sus casas, que volarían por los aires si las fuerzas del mar destrozasen el casco metálico. También es de temer que el mar pase por encima de la armadura del litoral y precipite sus trombas de agua sobre el campo.

El gobernador Cyrus Bikerstaff y el comodoro Simcoe van a la batería del espolón, seguidos de una parte de la población. Envían

varios oficiales a los dos puertos, con orden de permanecer en ellos. Los maquinistas están prontos para hacer evolucionar la isla de hélice, si fuera preciso huir en dirección contraria. Lo malo es que, a medida que el cielo se cubre de espesas tinieblas, la navegación se hace cada vez más compleja.

A las tres de la tarde no se ve nada a diez pasos de distancia; la masa de cenizas absorbe los rayos solares. Lo más temible es que Standard Island, sobrecargada por el peso de las escorias caídas en su superficie, no consiga conservar su línea de flotación sobre el nivel del océano. La isla no es un navío que se pueda aligerar arrojando las mercancías al mar y desembarazándolo de su lastre. ¡Nada se puede hacer, salvo esperar, confiando en la solidez del aparato!

Llega la tarde, o mejor dicho, la noche, que sólo se conoce por la hora que marcan los relojes. La oscuridad es completa. Bajo la lluvia de escorias es inútil mantener en el aire las lámparas eléctricas, por lo que se las ha colocado en el suelo. De más está decir que todo el día se ha tenido la luz prendida en las casas y en las calles. Llegada la noche, la situación no se modifica. Parece, sin embargo, que las detonaciones son menos frecuentes y violentas. Los furores de la erupción tienden a disminuir, y la lluvia de cenizas, arrastrada hacia el sur por una fuerte brisa, comienza a apaciguarse.

Los habitantes, algo más tranquilos, deciden volver a sus casas, con la esperanza de que al día siguiente Standard Island se encontrará en condiciones normales. No habrá más que proceder a una completa limpieza de la isla.

¡No importa! ¡Qué primer día del año más triste para la *Joya del Pacífico*, y qué poco ha faltado para que Milliard City haya corrido la suerte de Pompeya o Herculano! [121] Aunque no está situada al pie del Vesubio, su navegación la expone a encontrar alguno de los numerosos volcanes de que están erizadas las regiones submarinas del Pacífico.

Entretanto, el gobernador, sus auxiliares y el consejo de notables, permanecen en el Palacio Municipal. Los vigías de la torre están atentos al menor cambio que se produzca en el horizonte o en el cielo. A fin de conservar su dirección hacia el sudoeste, la isla de hélice camina siempre, pero a una velocidad de dos o tres millas

por hora solamente. Cuando vuelva el día —o, por lo menos, desde que se disipen las tinieblas— pondrá la proa en dirección al archipiélago de las Tonga. Sin duda, allí se sabrá cuál de las islas de aquella región del océano ha sido escenario de la erupción.

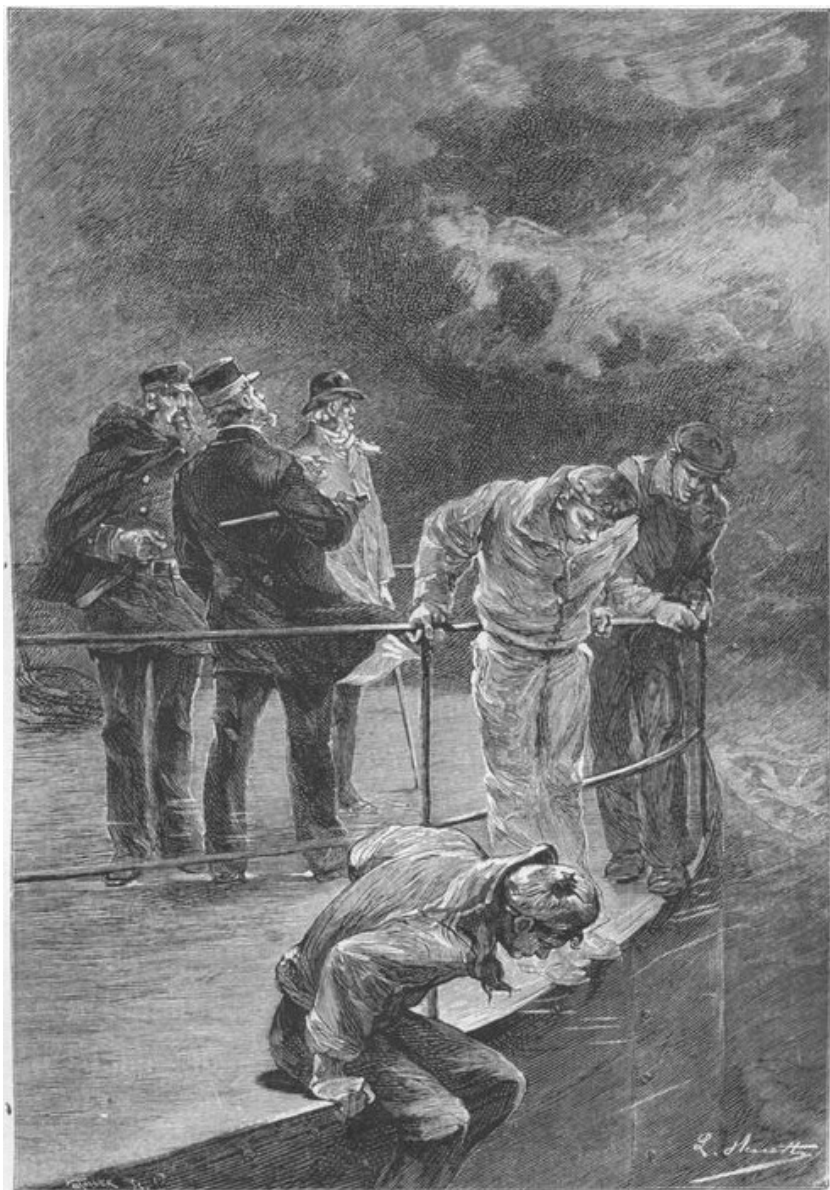
Es evidente, al llegar la noche, que el fenómeno tiende a disminuir.

Hacia las tres de la mañana otro incidente provoca un nuevo espanto entre los habitantes de Milliard City. Standard Island acaba de recibir un choque que ha repercutido a través de los compartimientos de su cubierta metálica. Verdad es que la sacudida no ha sido tan violenta como para provocar el derrumbamiento de las casas ni la rotura de las máquinas. Las hélices no se han detenido. Sin embargo, no hay duda; ha habido un choque.

¿Qué ha pasado? ¿Ha golpeado Standard Island contra algún pico submarino? No, porque continúa andando. ¿Ha tropezado con algún escollo? ¿Habrà chocado en medio de aquella profunda oscuridad con algún navío cuyas luces no ha podido ver? ¿Se habrá averiado seriamente, si no para comprometer su seguridad, al menos para necesitar importantes reparaciones en la escala próxima?

Por entre aquella espesa capa de cenizas, Cyrus Bikerstaff y el comodoro Simcoe se dirigen con dificultad a la batería del espolón. Allí, los aduaneros les dicen que, efectivamente, ha habido un choque. Un navío de gran tonelaje, un vapor que se dirigía de oeste a este, ha chocado con el espolón de Standard Island. Que el choque no haya producido desperfectos en la isla de hélice, ¿quiere decir que tampoco los haya causado en el vapor? Apenas vieron su masa en el momento del abordaje. Oyeron gritos, pero sólo por un instante. El jefe del puerto y sus ayudantes corrieron al extremo de la batería, pero no vieron ni oyeron nada más. ¿Se habrá hundido el barco? Desgraciadamente, esta hipótesis es admisible.

En Standard Island pueden comprobar que el choque no ha ocasionado graves desperfectos. La isla es tan enorme que, aun marchando a poca velocidad, con sólo rozar al barco, así fuese éste un acorazado de primera categoría, lo hundiría. Esto es, sin duda alguna, lo que ha sucedido.



En cuanto a la nacionalidad del navío, el jefe del puerto cree haber oído dar órdenes con voz ruda, uno de esos rugidos propios de los comandantes de la marina inglesa. Sin embargo, no podría afirmarlo formalmente.

El caso es muy grave, y puede traer consecuencias

desagradables. ¿Qué dirá el Reino Unido? Un barco inglés es un pedazo de Inglaterra, y ya se sabe que Gran Bretaña no se deja amputar impunemente miembro alguno. ¡Qué de reclamaciones debe esperar Standard Island!

De este modo empieza el año nuevo. Aquel día, hasta las diez de la mañana, el comodoro Simcoe no se halla en situación de emprender búsquedas en el mar. El espacio está lleno todavía de vapores, pero el viento, que refresca, comienza a disipar la lluvia de cenizas y, al fin, el sol agujerea las brumas del horizonte.

¡En qué estado se encuentran Milliard City, el parque, el campo, las fábricas, los puertos! ¡Qué limpieza hay que hacer! Este trabajo pertenece al servicio de vialidad. Sólo es cuestión de tiempo y de dinero, y en la isla no faltan ni el uno ni el otro. Se atiende primero a lo más urgente; los ingenieros van a la batería del espolón, sobre la costa del litoral donde ha ocurrido el choque. Los daños son insignificantes.

A lo lejos, ni restos del vapor. Desde lo alto de la torre del Observatorio, los anteojos más poderosos nada alcanzan a divisar, y eso que, desde el choque, Standard Island apenas ha marcado unas dos millas.

En nombre de la humanidad continúan las investigaciones. El gobernador consulta con el comodoro Simcoe. Se ordena a los maquinistas detener las máquinas, y a las embarcaciones de los dos puertos lanzarse al mar. Las investigaciones, que se extienden en un radio de cinco a seis millas, no dan resultados... Seguramente que el barco, cuyo casco ha sido hendido, ha debido hundirse sin dejar rastros.

El comodoro Simcoe ordena entonces que se vuelva a tomar la velocidad reglamentaria. La observación de mediodía indica que Standard Island se encuentra a ciento cincuenta millas al sudoeste de las Samoa.

Los vigías, que están encargados de seguir velando atentamente, a eso de las cinco de la tarde dan aviso de que al sudeste se extienden espesas humaredas. ¿Serán las últimas bocanadas del volcán cuya erupción ha turbado tan profundamente aquellos parajes? Poco probable es esto, porque los mapas no indican ni isla ni islote próximos. ¿Habrá brotado un nuevo cráter del fondo del océano? No, es evidente que las humaredas se aproximan a

Standard Island.

Una hora más tarde, tres barcos que van en línea se acercan rápidamente forzando sus máquinas. Media hora después no cabe duda de que son navíos de guerra. Una hora más, y puede reconocerse su nacionalidad. Es la división de la escuadra británica que cinco semanas atrás negó el saludo al pabellón de Standard Island.

Al caer la noche, los barcos están a cuatro millas de la batería del espolón. ¿Pasarán cerca y proseguirán su camino? Quién sabe, pues levantan sus luces de posición y quedan quietos.

—Parecería que esos barcos tienen la intención de ponerse al habla con nosotros —dice el comodoro Simcoe al gobernador.

—Esperemos —responde Cyrus Bikerstaff.

Pero ¿en qué forma responderá el gobernador al jefe de la división, si éste viene a reclamar a propósito del reciente choque? Es posible que ésa sea su intención; quizá la tripulación del vapor hundido haya sido recogida por ellos, salvándose en sus chalupas... De cualquier manera, tiempo habrá de tomar una resolución cuando conozcamos de qué se trata.

Se sabe al día siguiente desde la primera hora. Al salir el sol, el pabellón del contraalmirante inglés flota en el palo del crucero que va al frente y que se mantiene a dos millas de Babord Harbour. Una embarcación se dirige al puerto, y un cuarto de hora después el comodoro Simcoe recibe este telegrama:

El capitán Turner, del crucero El Heraldo, jefe del estado mayor del almirante sir Edward Collinson, solicita ser llevado inmediatamente a presencia del gobernador de Standard Island.

Cyrus Bikerstaff, al saberlo, autoriza al oficial del puerto para que permita el desembarco, y responde que espera al capitán Turner en el Palacio Municipal. A los diez minutos, un coche puesto a disposición del jefe del estado mayor, a quien acompaña su ayudante, deja a los dos personajes ante el palacio indicado. Al instante son recibidos por el gobernador en el salón contiguo a su despacho. Se saludan con frialdad. Después, pausadamente, puntualizando sus palabras como si recitase un trozo literario, el capitán Turner pronuncia la siguiente interminable frase:



—Tengo el honor de poner en conocimiento de Su Excelencia, el gobernador de Standard Island, en este momento a los 177° y 13' al este del meridiano de Greenwich y a los 16° y 54' de latitud sur, que en la noche del 31 de diciembre al 1° de enero, el vapor *Glen*, del puerto de Glasgow, de tres mil quinientas toneladas, cargado de trigo, arroz, vinos y otras mercancías de considerable valor, ha sido chocado por Standard Island,

perteneciente a la Standard Island Company Limited, con domicilio social en Magdalena, Baja California, Estados Unidos de Norteamérica, por más que este vapor tuviese sus luces reglamentarias: luz blanca en el palo de mesana y luces de posición, verde a estribor y roja a babor, y que después del choque ha sido encontrado al día siguiente a treinta y cinco millas del lugar de la catástrofe, habiéndose ido a pique, después de haberse podido, afortunadamente, recoger a su capitán, oficiales y tripulación a bordo de *El Heraldo*, crucero de primera clase de Su Majestad británica, que navega bajo el pabellón del contraalmirante Edward Collinson, el cual denuncia el hecho a Su Excelencia el gobernador Cyrus Bikerstaff, pidiéndole reconozca la responsabilidad en que ha incurrido la Standard Island Company Limited, bajo la garantía de los habitantes de dicha Standard Island respecto a los armadores del nombrado *Glen*, cuyo valor, en casco, máquinas y cargamento, se eleva a la suma de un millón doscientas mil libras esterlinas, o sea, seis millones de dólares, suma que deberá ser entregada a dicho almirante *sir* Edward Collinson, pues en caso contrario se procederá hasta por la fuerza contra la susodicha Standard Island.

¡Sólo una frase en tantas palabras cortadas con comas, sin un solo punto, pero que lo resume todo, y que no deja lugar a escapatorias! Cyrus Bikerstaff debe responder: «sí» o «no».

¿Se resuelve el gobernador a admitir la reclamación hecha por *sir* Edward Collinson y a aceptar lo que pide: primero, la responsabilidad de la compañía, y segundo, el valor, estimado en un millón doscientas mil libras, atribuido al vapor *Glen*, de Glasgow?

Cyrus Bikerstaff responde con los argumentos usuales en semejantes circunstancias.

—El tiempo estaba muy oscuro a causa de una erupción volcánica que debió producirse en los parajes del oeste. Si el *Glen* tenía prendidas sus luces, Standard Island llevaba las suyas. De una y otra parte era imposible verlas. Nos encontramos ante un caso de fuerza mayor. Así, pues, según los reglamentos marítimos, las averías son por cuenta de cada uno de los buques, y no puede haber materia de reclamación ni de responsabilidad.

A lo que argumenta el capitán Turner:

—Su Excelencia, el gobernador, tendría razón sin duda, en el caso de que se tratara de dos barcos navegando en condiciones

ordinarias. Si el *Glen* reunía estas condiciones, es evidente que Standard Island no las cumplía, pues no puede ser considerada como un navío ordinario y constituye un peligro permanente al llevar su enorme masa a través de las rutas marítimas como una isla, un islote, un escollo que se moviese sin que su posición pueda ser indicada de modo definitivo en los mapas. Inglaterra ha protestado siempre contra ese obstáculo imposible de fijar, y Standard Island debe ser siempre responsable de los accidentes que provengan de su naturaleza.

Es evidente que los argumentos del capitán Turner se apoyan en cierta lógica. En el fondo, Cyrus Bikerstaff conoce la justicia de ello. Mas no puede tomar ninguna resolución por sí mismo. La causa será llevada ante quien de derecho pueda resolverla; él sólo puede dar al almirante *sir* Edward Collinson testimonio de su reclamación. Por fortuna, no ha habido desgracias personales.

—Felizmente —responde el capitán Turner—; pero se ha perdido el navío. ¿Consiente el gobernador en entregar al almirante *sir* Edward Collinson la suma que representa el valor atribuido al *Glen* y a su cargamento?

¿Cómo ha de consentir el gobernador? Después de todo, Standard Island no ofrece garantías suficientes. Está allí para responder de los perjuicios ocasionados si los tribunales juzgan que es responsable, después de una formal investigación, tanto sobre las causas del accidente como sobre la importancia de la pérdida ocasionada.

—¿Ésta es la última palabra de Su Excelencia? —pregunta el capitán Turner.

—Es mi última palabra —responde Cyrus Bikerstaff—, pues no tengo atribuciones para aceptar la responsabilidad de la compañía.

El gobernador y el capitán inglés se saludan con más tirantez, si cabe, y enseguida el segundo sube al coche, que lo conduce nuevamente a Babord Harbour, de donde regresa a *El Heraldo* en la chalupa de vapor.

Cuando el consejo de notables se entera de la respuesta de Cyrus Bikerstaff, la aprueba plenamente, lo mismo que la población de Standard Island al conocerla. No es posible someterse a la insolente e imperiosa reclamación de los representantes de Su Majestad británica.



Resuelto esto, el comodoro Simcoe da las órdenes necesarias para que la isla de hélice vuelva a tomar su camino a toda velocidad.

Pero si la división del almirante Collinson se empeña, ¿será

posible escapar a su persecución? ¿No tienen sus barcos una marcha más veloz? Y si apoya su reclamación con algunas granadas de melinita, ¿será posible resistir? Sin duda que las baterías de la isla son capaces de responder a los Armstrong [122] de que van armados los cruceros de la división; pero el campo ofrecido al tiro inglés es infinitamente más extenso. ¿Qué será de las mujeres y de los niños en la imposibilidad de encontrar un abrigo? Todos los golpes darán en el blanco, mientras que las baterías del espolón y de popa perderán, por lo menos, un cincuenta por ciento de sus proyectiles al disparar sobre un objetivo pequeño y movable.

Hay, pues, que esperar lo que va a decidir el almirante *sir* Edward Collinson. Éste no demora mucho. A las nueve y cuarenta y cinco, un primer cañonazo parte de la torre central de *El Herald*, al mismo tiempo que el pabellón del Reino Unido sube a la punta del mástil.

Bajo la presidencia del gobernador y sus auxiliares, el consejo de notables discute en el salón de sesiones del Palacio Municipal. Esta vez, Jem Tankerdon y Nat Coverley se hallan de acuerdo. Estos americanos, como gente práctica, no piensan intentar una resistencia que podría acarrear la pérdida de vidas humanas de Standard Island.

Disparan un segundo cañonazo. Esta vez, dirigida de manera que cae en el mar a escasa distancia de la isla, pasa silbando una granada que estalla con formidable violencia, levantando enormes masas de agua.

Por orden del gobernador, el comodoro Simcoe hace bajar el pabellón, que ha sido izado en respuesta al de *El Herald*. El capitán Turner vuelve a Babord Harbour, donde recibe los documentos firmados por Cyrus Bikerstaff, y endosados por los principales notables, por la suma de un millón doscientas mil libras.

Tres horas más tarde, las últimas humaredas de la división desaparecen por el este, y Standard Island continúa su camino hacia el archipiélago de las Tonga.

V

EL TABÚ EN TONGA TABÚ



entonces —dice Yvernés—, ¿haremos escala en las principales islas de Tonga Tabú?

—Sí —responde Calixtus Munbar—. Tendrá usted el gusto de conocer este archipiélago, al que puede llamar también archipiélago de Hapai, y hasta archipiélago de los Amigos, como lo designó el capitán Cook en reconocimiento de la buena acogida que había recibido allí.

—¿Y seremos allí mejor tratados que en las islas Cook? —pregunta Pinchinat.

—Es probable.

—¿Visitaremos todas las islas de este grupo? —pregunta Frascalín.

—No, por cierto, puesto que pasan de ciento cincuenta.

—¿Y después? —dice Yvernés.

—Después iremos a las Fiji, de allí a las Nuevas Hébridas, y al fin, cuando hayamos repatriado a los malayos, volveremos a la bahía Magdalena, donde terminará nuestro viaje.

—¿Y Standard Island hará escala en varios puntos de las Tonga? —averigua Frascalín.

—En Vavao y en Tonga Tabú únicamente —responde el superintendente—, pero ni siquiera en estos lugares encontrará usted los verdaderos salvajes de sus sueños, querido Pinchinat.

—Ya veo que no los hay ni en el oeste del Pacífico —replica Su Alteza.

—No crea. Existe una cantidad respetable en las Nuevas Hébridas y en las Salomón. Pero en Tonga, los súbditos del rey Jorge I son casi civilizados. Les comunico que sus súbditas son encantadoras. Sin embargo, no les aconsejaría a ustedes que se

casasen con una de esas lindísimas tonganas.

—¿Por qué?

—Porque los matrimonios entre extranjeros e indígenas no suelen ser felices. Por lo general, hay incompatibilidad de caracteres.

—¡Vaya! —exclama Pinchinat—. ¡Y Zom que esperaba casarse en Tonga Tabú!

—¿Yo? —responde el violoncelista encogiéndose de hombros—. Ni en Tonga Tabú ni en ninguna parte, ¿entiendes?

—Por lo visto, nuestro director de orquesta es muy cuerdo —responde Pinchinat—. Mire usted, Calixtus, y hasta permítame que le llame Eucalixtus, [123] tanta simpatía me inspira usted...

—Se lo permito, Pinchinat.

—Pues bien, querido Eucalixtus, todo el que ha rascado durante cuarenta años las cuerdas del violoncelo llega a ser filósofo, y la filosofía enseña que el único medio de ser feliz en el matrimonio es no ser casado.

En la mañana del 6 de enero aparecen en el horizonte las alturas de Vavao, la elevación más importante del grupo septentrional. Por su formación volcánica, este grupo es muy diferente de los otros dos de Hapai y Tonga Tabú. Los tres están comprendidos entre los

17°

y

22°

de latitud sur y los

176°

y

178°

de longitud oeste, y ocupan un área de dos mil quinientos kilómetros cuadrados, sobre la que se reparten ciento cincuenta islas pobladas por unos sesenta mil habitantes.

Por allí se pasearon los navíos de Tasman en 1643, y los de Cook en 1773, durante su segundo viaje de exploración a través del Pacífico. Después de la dinastía de los Finare y de la fundación de un Estado federativo, una guerra civil diezmo en 1797 la población del archipiélago. En esta época desembarcaron los misioneros metodistas, que hicieron triunfar esta ambiciosa secta de la religión anglicana. Actualmente el rey Jorge I es el soberano de este reino,

bajo la protección de Inglaterra, que espera... Estos puntos suspensivos indican el porvenir que la protección británica reserva a menudo a sus protegidos de allende el mar.

En medio de este dédalo de islas e islotes plantados de cocoteros, la navegación se hace bastante difícil, pero es necesario maniobrar entre ellos para llegar a Nu Ofa, la capital del grupo de las Vavao.

Vavao es volcánica y, como tal, se halla expuesta a los temblores de tierra. El peligro que estos representan se ha tenido en cuenta al hacer las casas, cuya construcción no lleva un solo clavo. Juncos trenzados forman las paredes, y sobre pilares o troncos de árboles descansa un tejado de forma oval. El conjunto es muy fresco y limpio, y atrae la atención de nuestros artistas, colocados en la batería del espolón, cuando Standard Island pasa a través de los canales bordeados de ciudades canacas. Aquí y allá, sobre algunas casas a la europea, flamean los pabellones de Alemania e Inglaterra.

Pero aunque esta parte del archipiélago es volcánica, ninguno de sus volcanes es el autor de la formidable erupción de escorias y cenizas caídas en aquellos parajes. Los tonganos no han estado sumidos en las tinieblas durante aquellas cuarenta y ocho horas, pues las brisas del oeste arrojaron las nubes de materias eruptivas hacia el horizonte opuesto. Es probable que el cráter que las ha lanzado pertenezca a alguna isla del este, a menos que se trate de un volcán de formación reciente entre las Samoa y las Tonga.

La escala de Standard Island en Vavao dura ocho días. Esta isla merece ser visitada, por más que años antes fue arrasada por un terrible ciclón que derribó la iglesia de los maristas franceses y destruyó gran número de casas indígenas. Con todo, la campiña es atrayente, con, sus numerosos pueblecitos ocultos entre naranjales, sus fértiles planicies, sus campos de caña de azúcar, sus grupos de bananeros, moreras, árboles del pan y sándalos.

De los animales domésticos sólo se crían cerdos y aves. Hay millares de palomas y papagayos de alegres colores y sonoro cacareo, y entre los reptiles únicamente se encuentran algunas serpientes inofensivas y vistosos lagartos verdes, semejantes a hojas caídas de los árboles.

El superintendente no ha exagerado la hermosura del tipo indígena, cuya belleza es común a la raza malaya de los diversos

archipiélagos del Pacífico central. Los hombres son soberbios, de elevada estatura, tal vez un poco obesos, pero de una admirable estructura, mirada altiva y tez cuyo matiz va desde el color del cobre hasta el de la aceituna, y de noble actitud. Las mujeres son graciosas y bien proporcionadas, con manos y pies de una delicadeza de formas y de una pequeñez tal que dan envidia a las alemanas e inglesas de la colonia europea.

Las indígenas no se ocupan más que en la fabricación de esteras, de cestas y de telas semejantes a las de Tahití, y, por supuesto, los dedos no se deforman con estos trabajos manuales. Fácil es juzgar con la vista las perfecciones de la belleza tongana. Ni el abominable pantalón ni el ridículo traje con cola han sido adoptados por las modas del país. Un sencillo taparrabos para los hombres, y el *caraco* y la falda corta con adornos de finas cortezas secas para las mujeres, que son, a la vez, reservadas y coquetas. Los dos sexos cuidan mucho el cabello, que las jóvenes levantan con gracia sobre su frente, sosteniéndolo con un tejido de fibras de cocotero a modo de peineta.

Sin embargo, estas ventajas no desvanecen las prevenciones del cascarrabias Zorn. Él no se casará ni en Vavao, ni en Tonga Tabú, ni en ningún otro país del mundo sublunar.

Gran satisfacción es para él y sus compañeros desembarcar en estos archipiélagos. Standard Island les agrada, por cierto, pero poner el pie en tierra firme no es cosa que les disguste. Montañas de verdad, ríos y campos naturales, compensan la contemplación de riberas ficticias y de litorales artificiales. Hay que ser un Calixtus Munbar para creer a la *Joya del Pacífico* superior a las obras de la naturaleza.

Aunque Vavao no sea la residencia ordinaria del rey Jorge, este posee en Nu Ofa un palacio, mejor dicho, una linda villa en la que habita con bastante frecuencia. Pero el palacio real y las oficinas de los cónsules ingleses se elevan sobre la isla de Tonga Tabú. Standard Island va a hacer allí su última escala, casi en el límite del trópico de Capricornio, punto extremo que tocará en el curso de su viaje por el hemisferio meridional.

Después de abandonar a Vavao, los habitantes de Milliard City han disfrutado durante dos días de una navegación variada. Al perder de vista una isla, aparece otra. Todas presentan el mismo

carácter volcánico, pues tienen su origen en la acción de las fuerzas plutónicas. [124] Están a igual distancia del grupo septentrional que del grupo central de las Hapai. Los mapas hidrográficos de estos lugares, levantados con extrema precisión, permiten al comodoro Simcoe aventurarse sin peligro entre los canales de este dédalo, desde Hapai hasta Tonga Tabú, aunque no faltarían pilotos si se necesitase de ellos.

Muchas embarcaciones costean las islas; en su mayor parte son goletas que enarbolan el pabellón alemán, empleadas en el cabotaje, mientras que los grandes navíos comerciales exportan algodón, copra, café y maíz, principales producciones del archipiélago.

No solamente los pilotos se hubieran apresurado a acudir, al pedírselo Ethel Simcoe, sino hasta las tripulaciones de aquellas dobles piraguas con balancines, reunidas por una plataforma y capaces de contener hasta doscientos hombres. Sí, centenares de indígenas habrían acudido a la primera señal. ¡Y qué fortuna por poco que el pilotaje fuese calculado sobre el tonelaje de Standard Island! ¡Doscientos cincuenta y nueve millones de toneladas! Pero el comodoro Simcoe, para quien todos esos sitios son familiares, no tiene necesidad de recurrir a sus buenos servicios. Sólo tiene confianza en sí mismo, y cuenta con la pericia de sus oficiales, que ejecutan sus órdenes con precisión absoluta.

En la mañana del 9 de enero aparece Tonga Tabú a una distancia de tres o cuatro millas. Es muy baja, pues su formación no se debe a un esfuerzo geológico, no ha subido del fondo submarino como tantas otras islas, inmovilizadas después de haber salido a la superficie de las aguas. Los infusorios la han construido poco a poco, edificando sus pisos madrepóricos... ¡Qué trabajo han realizado! La isla mide cien kilómetros de circunferencia, y una superficie de setecientos a ochocientos kilómetros cuadrados, sobre los que viven veinte mil habitantes.

El comodoro Simcoe se detiene frente al puerto de Maofuga. Enseguida se establecen las relaciones entre la isla sedentaria y la isla móvil. ¡Qué diferencia ofrece este archipiélago con las Marquesas, las Pomotú y el archipiélago de la Sociedad! En las Tonga domina la influencia inglesa, y, sometido a ella, el rey Jorge I no se molestará en hacer una buena acogida a los habitantes de

Milliard City, que son de origen americano.

Sin embargo, el cuarteto halla en Maofuga un pequeño centro francés. Encuentran al obispo de Oceanía, que hacía entonces una visita pastoral a los diversos grupos. Allí está la misión católica, la casa de las religiosas y las escuelas de jóvenes de ambos sexos. Los parisienses son recibidos cordialmente por sus compatriotas. El superior de la misión les ofrece hospitalidad, cosa que les evita acudir a la Casa de los Extranjeros.

Sólo harán excursiones a los dos puntos más importantes: Nakualofa, la capital de los estados del rey Jorge, y la aldea de Mua, cuyos cuatrocientos habitantes profesan la religión católica.

Cuando Tasman descubrió a Tonga Tabú, la bautizó Ámsterdam, nombre que no justificarían sus casas de hojas de pandáneas y fibras de cocotero. Verdad que no faltan casas a la europea, pero el nombre indígena le sienta más a esta isla.

El puerto de Maofuga está situado sobre la costa septentrional. Si Standard Island se hubiese detenido algunas millas más al oeste, Nakualofa, con sus jardines y su palacio real, se habría ofrecido a sus miradas. Por el contrario, de haberse dirigido el comodoro Simcoe más al este, habría encontrado una bahía que entra profundamente en el litoral, y cuyo semicírculo está ocupado por el pueblo de Mua. No lo ha hecho así porque el aparato hubiera corrido el riesgo de chocar entre esos centenares de islotes cuyos canales sólo permiten el paso a navíos de mediano tonelaje. La isla de hélice debe, pues, permanecer ante Maofuga durante todo el tiempo que dure la escala.

Cierto número de habitantes de Milliard City desembarca en este puerto, pero son bastante escasos los que piensan recorrer el interior de la isla. Es, sin embargo, encantadora, y merece las alabanzas de que Eliseo Reclús la ha colmado.

El fuerte calor, la atmósfera tormentosa y las lluvias violentísimas son bastantes para calmar el entusiasmo de los excursionistas; a menos de estar atacado de la locura del turismo. Sin embargo, Frascolín, Pinchinat e Yvernés resuelven recorrer el país; es imposible convencer al violoncelista para que abandone su cómoda habitación del Casino antes de la tarde, cuando la brisa del mar refresca las arenas de Maofuga. El mismo superintendente se excusa de acompañar a los tres entusiastas.

—¡Me liquidaría en el camino! —les dice.

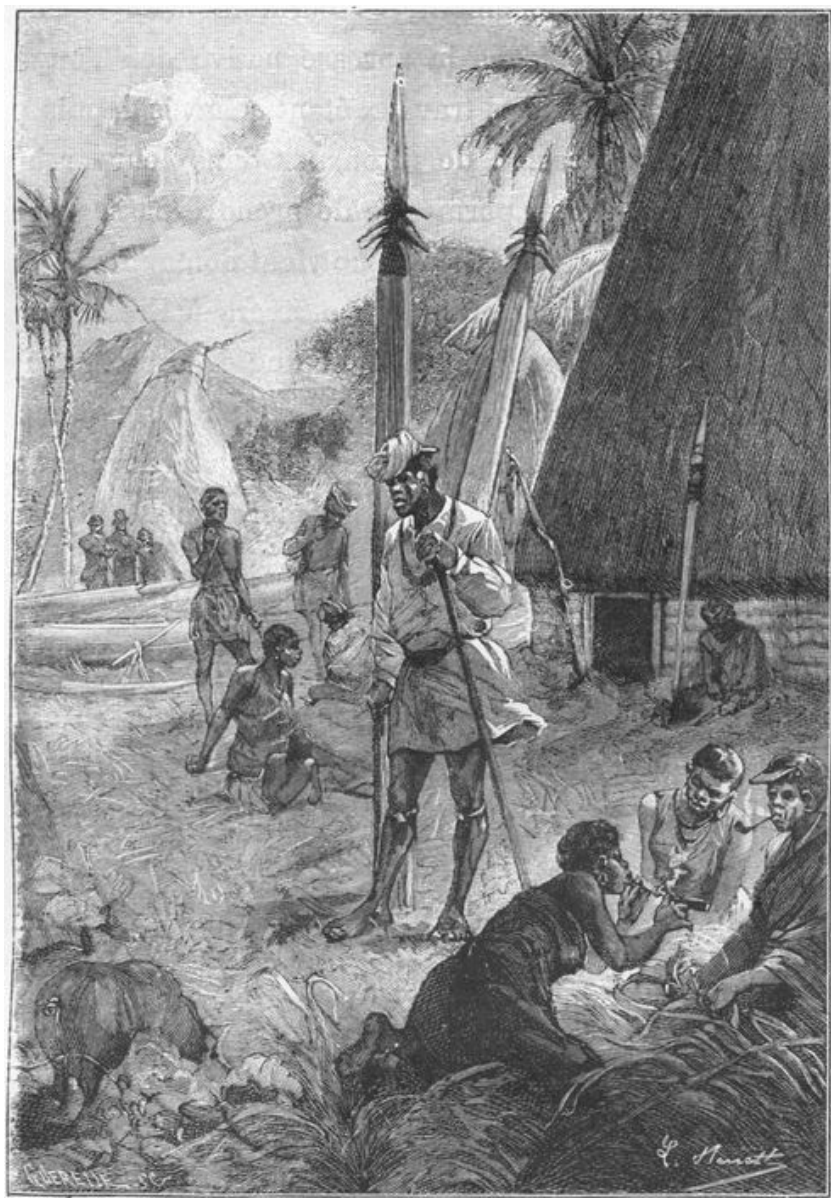
—No se aflija por eso: lo traeríamos a usted en una botella — responde Su Alteza.

Esta perspectiva no convence a Calixtus Munbar, que prefiere mantenerse en estado sólido.

Por suerte para los habitantes de Milliard City, desde hace tres semanas el sol sube hacia el hemisferio septentrional; y Standard Island sabrá mantenerse a distancia de ese foco incandescente, con lo que podrá conservar una temperatura agradable.

Al día siguiente muy temprano los tres amigos abandonan a Maofuga y se dirigen hacia la capital de la isla. Es verdad que hace calor, pero este calor es soportable bajo las copas de los cocoteros, de los *leki leki*, de los *tuis tuis* y de las cocas, cuyas bayas, rojas y negras, forman racimos de deslumbrantes colores.





Ya es mediodía cuando la capital se deja ver en toda su esplendorosa floración, imagen exacta en esta época del año. El palacio real parece salir de un gigantesco ramo. Hay un gran contraste entre las chozas indígenas, todas floridas, y las casas de aspecto británico que pertenecen a los misioneros protestantes. La

influencia de estos ministros wesleyanos ha sido considerable, y después de haber asesinado a varios de ellos, los tonganos han concluido por adoptar sus creencias. Sin embargo, no han renunciado por completo a las prácticas de su mitología canaca. Para ellos, el gran sacerdote es superior al rey.

Según enseña su cosmogonía, los buenos y los malos genios desempeñan un papel importante. El cristianismo no desterrará fácilmente el tabú. Cuando se trata de romperlo, lo hacen con ceremonias expiatorias en las que hasta sacrifican vidas humanas. Es preciso mencionar que, según los relatos de los exploradores, particularmente los de *Mr. Aylie Marín* en sus viajes de 1882, Nakualofa no es todavía más que un centro a medio civilizar.

Frascolín, Pinchinat e Yvernés no han sentido el deseo de ir a depositar sus homenajes a los pies del rey Jorge; y no hay que tomar esto en sentido metafórico, puesto que la costumbre es besar los pies a este soberano. Nuestros parisienses se felicitan de ello cuando en la plaza de Nakualofa ven al *tui*, como se llama a Su Majestad, vestido con una especie de camisa blanca y una pollera de tela del país sujeta a la cintura. El besapiés se hubiera contado, seguramente, entre los más desagradables recuerdos del viaje.

—Se conoce —observa Pinchinat— que los ríos son poco abundantes en el país.

En efecto, en Tonga Tabú, en Vavao, lo mismo que en las demás islas del archipiélago, la hidrografía no indica ni un arroyo, ni una laguna. El agua de lluvia, recogida en cisternas, es todo lo que la naturaleza ofrece a los indígenas. No es de extrañar, pues, que tanto el rey como sus súbditos la usen con parquedad.

El mismo día, los tres turistas, muy fatigados, regresan al puerto de Maofuga y entran con gran satisfacción en su departamento del Casino. Ante el incrédulo Sebastián Zom afirman que su excursión ha sido de las más interesantes. Pero las poéticas incitaciones de Yvernés no deciden al violoncelista a volver, al día siguiente, al pueblo de Mua.

Este viaje debe ser bastante largo y agotador. Fácilmente se ahorrarían esta fatiga utilizando una de las chalupas eléctricas que Cyrus Bikerstaff pondría con mucho gusto a disposición de los excursionistas; pero vale la pena tomarse algún trabajo para explorar el interior de este curioso país, y los turistas parten a pie

por la bahía de Mua, recorriendo un litoral de coral bordeado de islotes, donde parece que se han dado cita todos los cocoteros de Oceanía.

No llegarán a Mua hasta la tarde, por lo que se quedarán allí a dormir. Hay un sitio indicado para recibir franceses: la residencia de los misioneros católicos. El superior, al acoger a sus huéspedes, muestra una conmovedora alegría que les recuerda el modo como han sido recibidos por los maristas de Samoa.

¡Qué espléndida velada, qué interesante conversación, en la que más se ha hablado de Francia que de la colonia tongana! Los religiosos piensan con alguna pena en su tierra natal, tan lejana. Pero este pesar, ¿acaso no está compensado por el bien que hacen a aquellas islas? ¿No es un consuelo verse respetado por aquel pequeño mundo que han sustraído a la influencia de los ministros anglicanos y convertido a la fe católica? Su buen éxito es tal que los metodistas han tenido que fundar una especie de anexo al pueblo de Mua, a fin de ayudar a los intereses del proselitismo wesleyano.

No sin santo orgullo el superior muestra a sus huéspedes los establecimientos de la misión: la casa, construida por los indígenas de Mua, y la linda iglesia, obra de los arquitectos de Tonga, que no desaprobarían sus compañeros de Francia.

Por la noche pasean por los alrededores del pueblo, llegando hasta las antiguas tumbas de Tui Tonga, donde el esquisto y el coral se mezclan con arte primitivo y encantador. Visitan también la antigua plantación de higueras monstruosas, de raíces entrelazadas como serpientes, cuya circunferencia pasa alguna vez de sesenta metros. Frascalín los mide, y después de anotar la cifra en su libreta, la hace certificar por el superior. ¡Después de esto, vayan a poner en duda la existencia de semejante fenómeno vegetal!

Cenan bien y duermen mejor en los más confortables cuartos de la misión.

Al día siguiente, después de un buen almuerzo, se despiden de los misioneros residentes en Mua y regresan a Standard Island, a la que llegan cuando suenan las cinco en la torre del Palacio Municipal. Esta vez los excursionistas no tienen que recurrir a ampliificaciones metafóricas para asegurar a Sebastián Zorn que su viaje les dejará recuerdos imborrables.

Al otro día Cyrus Bikerstaff recibe la visita del capitán Sarol, que

lo entera de lo siguiente: un centenar de malayos había sido reclutado en las Nuevas Hébridas y conducido a Tonga Tabú para los trabajos de desmonte, reclutamiento indispensable teniendo en cuenta la indiferencia, mejor dicho, la pereza nativa de los tonganos, que viven al día. Como estos trabajos han terminado, los susodichos malayos deben volver a su archipiélago. ¿Les permitiría el gobernador viajar en Standard Island? Esto es lo que solicita el capitán Sarol. En cinco o seis semanas se llegaría a Erromango, y el traslado de estos indígenas costará muy poco al presupuesto municipal.

No sería generoso negar a esa buena gente un servicio tan fácil. Así es que el gobernador concede la autorización. Esto le vale las gracias del capitán Sarol, y también las de los maristas de Tonga Tabú, que habían reclutado a los malayos. ¿Quién hubiera podido imaginar que el capitán Sarol se ganaba así más cómplices, pues estos neohebridanos le prestarían ayuda, llegada la ocasión, y que las autoridades de Standard Island no tendrían por qué felicitarse de haberlos encontrado en Tonga Tabú e introducido en la isla de hélice?

Ese día es el último que los habitantes de Milliard City deben pasar en el archipiélago, pues la partida está fijada para el siguiente. Por la tarde podrán asistir a una de esas fiestas medio civiles, medio religiosas, en las que los indígenas toman parte con extraordinario entusiasmo.

Como sus congéneres de las Samoa y de las Marquesas, los tonganos son muy aficionados a estas fiestas. El programa comprende varios números de danzas diversas. El espectáculo interesa a nuestros parisienses, que para contemplarlo se ponen en marcha a eso de las tres. El superintendente los acompaña, y esta vez Atanasio Doremus se ha unido a ellos. ¿No está indicada la presencia de un profesor de baile en una ceremonia de este género? Sebastián Zorn ha decidido seguir a sus compañeros, pues tiene más deseos de oír la música tongana que de asistir a la diversión coreográfica de la población.

Cuando llegan a la plaza, la fiesta está en su apogeo. El *kava*, licor extraído de la raíz seca de la pimienta, circula en las calabazas y baja por las gargantas de un centenar de bailarines, jóvenes de ambos sexos.

Ellas están coquetonamente adornadas con sus largos cabellos, que deben llevar así hasta el día de su matrimonio.

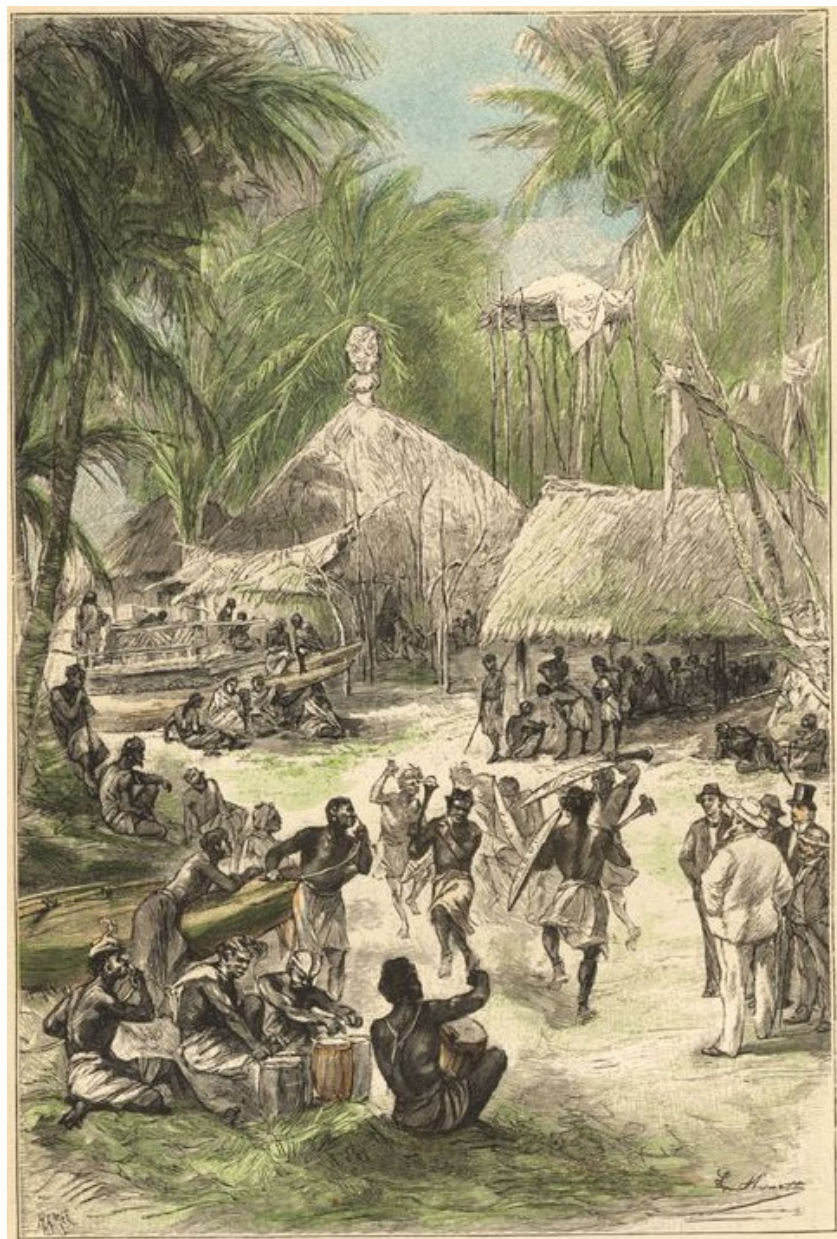
La orquesta es muy sencilla: la forman una flauta llamada *fangufangu* y una docena de *nafas*, tambores, en los que se redobla hasta con cierto compás, como observa Pinchinat.

De más está decir que el profesor Atanasio Doremus sólo experimenta desdén por aquellas danzas, que no entran en la categoría de las cuadrillas, polcas, mazurcas y valeses de la escuela francesa. Así que se encoge de hombros ante Yvernés, que encuentra estas danzas llenas de verdadera originalidad.

En primer lugar, ejecutan bailes sentados, compuestos únicamente de actitudes, gestos, pantomimas y balanceos de cuerpo, con un ritmo lento y triste de extraño efecto. Siguen a esto las danzas en pie, en las que los tonganos y las tonganas se abandonan a todo el fuego de su temperamento, representando, ya pasos graciosos, ya el furor de los guerreros corriendo a la batalla.

El cuarteto contempla este espectáculo con ojos de artista, preguntándose a qué punto llegarían estos indígenas si fueran sobreexcitados por la música levantisca de los bailes parisienses. Y entonces Pinchinat tiene una idea como todas las suyas. Propone a sus camaradas enviar por sus instrumentos al Casino y tocar ante aquellos bailarines los más rabiosos *seis por ocho* y los más formidables *dos por cuatro* de los repertorios de Lecocq, Audran y Offenbach.

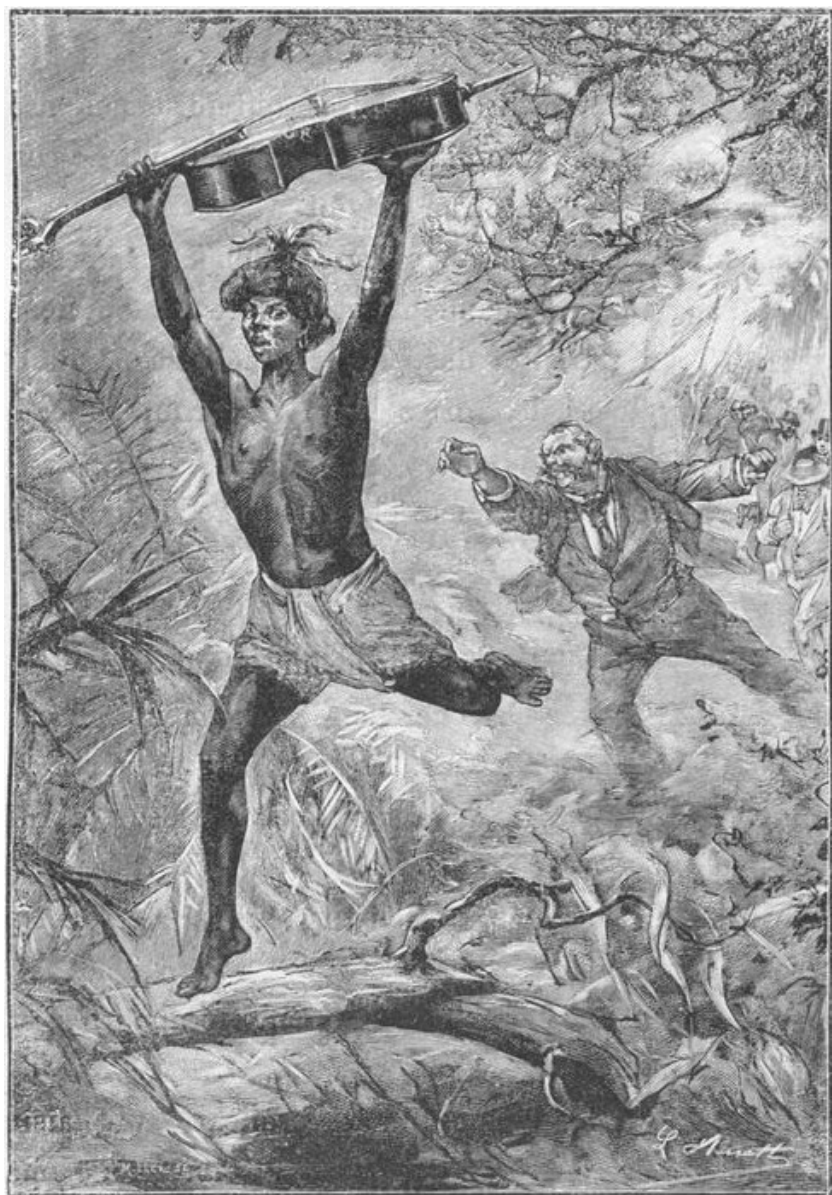
La proposición es aceptada, y Calixtus Munbar cree que va a causar un efecto prodigioso. Media hora después los instrumentistas están allí y comienza la música. Aunque esta causa enorme sorpresa a los indígenas, demuestran también el placer que experimentan escuchando un violoncelo y tres violines manejados a arco lleno, y de los que se escapa una música ultrafrancesa. Los indígenas no son insensibles a tales armonías. Está probado hasta la evidencia, que esas danzas características al son de la gaita son instintivas y se aprenden sin maestros, piense lo que piense Atanasio Doremus.



Cuando Sebastián Zorn, Yvernés, Frascalín y Pinchinat atacan los endiablados compases de *Orfeo en el infierno*, tonganos y tonganas rivalizan en saltos y volteretas. El mismo superintendente no puede contenerse, y baila también él, abandonándose a las más

increíbles y fantásticas piruetas, mientras el profesor de baile se cubre el rostro para no ver tales horrores. En lo más fuerte de aquella cacofonía, a la que se mezclan las flautas y los sonoros tambores, la furia de los bailarines llega al máximo de intensidad, y no se sabe cómo hubiera concluido la fiesta de no sobrevenir un incidente que pone fin a aquella infernal coreografía.

Maravillado de los sonidos que el violoncelista saca de su instrumento, un tongano, joven y robusto, se precipita sobre el violoncelo, se lo arranca de las manos y huye con él gritando:



—¡Tabú, tabú!

¡El violoncelo tiene tabú! Nadie lo puede tocar sin cometer sacrilegio. Los grandes sacerdotes, el rey Jorge, los dignatarios de su corte, toda la población de la isla se levantarían si alguien violase esa costumbre sagrada. Sebastián Zorn no lo comprende así. Quiere su

obra maestra de Gand y Bernardel. Así que se lanza tras el ladrón. Sus camaradas lo siguen. Los indígenas se mezclan... Es una desbandada general. Pero el tongano corre tan velozmente que renuncian a alcanzarlo. En algunos minutos está lejos..., ¡muy lejos!

Sebastián Zorn y los demás quedan sin aliento, y vuelven a reunirse con Calixtus Munbar, también medio ahogado. Decir que el violoncelista se encuentra en un estado de indescriptible furor no sería bastante. Echa espumarajos de rabia; se ahoga. Con tabú o sin él, quiere que le devuelvan el instrumento, así tenga Standard Island que declarar la guerra a Tonga Tabú. ¿Acaso no han estallado guerras por motivos más fútiles? El violoncelo debe ser restituido a su propietario.

Oportunamente las autoridades de la isla han intervenido en el asunto. Una hora después se ha conseguido aprehender al indígena y obligarlo a devolver el instrumento.

Esta restitución ha costado cierto esfuerzo, y no ha estado lejos el momento en que un ultimátum de Cyrus Bikerstaff, a propósito de una cuestión del tabú, levantara tal vez las pasiones religiosas de todo el archipiélago.

La ruptura del tabú ha tenido que efectuarse de acuerdo con el ceremonial del culto del *fata*, en uso en estas circunstancias. Siguiendo la costumbre, los nativos degollaron un número considerable de cerdos, y después de asarlos en un agujero lleno de piedras ardientes, con patatas dulces, taros y frutos del macoré, los comieron, con gran satisfacción de sus estómagos tonganos.

En cuanto al violoncelo, Sebastián Zorn no ha tenido más que volverlo a afinar, después de haber comprobado que no había perdido ninguna de sus cualidades por causa de los hechizos indígenas.

VI

UNA COLECCIÓN DE FIERAS



Al abandonar Tonga Tabú, Standard Island pone proa al noroeste, hacia el archipiélago de las Fiji. Comienza a alejarse del trópico, siguiendo al sol, que sube hacia el ecuador. No es preciso que se apresure: doscientas leguas solamente la separan del grupo fijiano, y el comodoro Simcoe mantiene una velocidad de simple paseo.

La brisa es variable... Pero ¿qué le importa la brisa a este poderoso aparato marino? Si alguna vez se desencadenan violentas tormentas en esas zonas del paralelo 23, la *Joya del Pacífico* no se inquieta por ello. La electricidad que satura la atmósfera es contenida por los numerosos pararrayos que defienden sus palacios y casas. Las lluvias, aun las torrenciales, son siempre bien recibidas. El parque y el campo reverdecen bajo estas duchas, muy raras, por otra parte.

La existencia transcurre, pues, feliz y tranquila, en medio de fiestas, conciertos y recepciones. Al presente, las relaciones entre ambas secciones son cordiales y frecuentes, y parece que nada puede amenazar la seguridad del porvenir. Cyrus Bikerstaff no tiene por qué arrepentirse de haber concedido pasaje a los neohebridanos, embarcados por petición del capitán Sarol. Estos indígenas procuran ser útiles, y por ello se ocupan en los trabajos del campo, como lo hacían en Tonga Tabú.

Sarol y sus compañeros permanecen en la campiña todo el día y al anochecer regresan a los dos puertos, donde la Municipalidad les ha dado alojamiento. Nadie se queja de ellos. ¿Habrà llegado el momento oportuno para convertirlos? Hasta ahora no han adoptado las creencias del cristianismo, al que una gran parte de la población

neohebridana se muestra refractaria, a despecho de los esfuerzos de los misioneros anglicanos y católicos. El clero de Standard Island ha pensado ya en ello, pero el gobernador no ha querido autorizar ninguna tentativa de este género.

Estos neohebridanos, cuya edad varía entre los veinte y los cuarenta años, son de estatura mediana; más oscuros de color que los malayos, si no ostentan la belleza de los naturales de Tonga o de Samoa, parecen dotados de gran resistencia. El poco dinero que han ganado al servicio de los maristas de Tonga Tabú lo guardan celosamente y no piensan gastarlo en bebidas alcohólicas, que, por otra parte, no les serían vendidas más que con extrema reserva. Además, libres de todo cuidado, nunca, sin duda, han sido tan dichosos en su salvaje archipiélago.

Y sin embargo, gracias al capitán Sarol, estos indígenas, unidos a sus compatriotas de las Nuevas Hébridas, van a realizar la obra de destrucción cuya hora se aproxima. Entonces reaparecerá toda su ferocidad nativa. ¿Acaso no son descendientes de los sacrificadores sanguinarios que han dado tan terrible fama a las poblaciones de aquella parte del Pacífico?

Entretanto, los habitantes de Milliard City viven con la idea de que nada podrá comprometer una existencia donde todo está tan lógicamente previsto y tan sabiamente organizado. El cuarteto obtiene siempre el mismo éxito. Nadie se cansa de oírlo ni de aplaudirlo. Las obras de Mozart, Beethoven, Haydn, Mendelssohn, agradan siempre. Sin hablar de los periódicos conciertos del Casino, *Mrs.* Coverley da veladas musicales con gran frecuencia, que el rey y la reina de Malecarlia han honrado muchas veces con su presencia. Aunque los Tankerdon no han visitado todavía el hotel de la avenida Quince, Walter se ha convertido en un asiduo concurrente a los conciertos. Es imposible que su matrimonio con *miss* Dy no se efectúe algún día. De ello se habla sin disimulo en los salones de una y otra sección... Se señalan hasta los testigos de los futuros novios, y sólo falta el consentimiento de los jefes de ambas familias. ¿No surgirá algún suceso capaz de obligar a Jem Tankerdon y a Nat Coverley a dar su consentimiento?

Esta circunstancia, tan impacientemente esperada, no tardó en producirse, pero ¡al precio de qué peligros, y cómo amenazó la seguridad de Standard Island!

En la tarde del 16 de enero, y cerca del centro de esa porción de mar que separa las Tonga de las Fiji, es señalado al sudeste un navío. Parece dirigirse hacia Tribord Harbour. Debe ser un vapor de setecientas a ochocientas toneladas. Ningún pabellón ondea en su mástil, y sólo lo ha izado al hallarse a una milla de distancia.

¿Cuál es la nacionalidad de este vapor? Los vigías del Observatorio no pueden reconocerla por su construcción. Como no ha saludado a la detestada Standard Island, no sería imposible que fuese inglés. Por lo demás, dicho barco no pretende llegar a ninguno de los puertos. Parece que quiere pasar de largo, y, sin duda, pronto estará fuera del alcance de la vista.

La noche se aproxima, muy oscura, sin luna. El cielo está cubierto de esos nubarrones que absorben toda la luz. No hay viento. Calma absoluta en el agua y en el aire. El silencio es profundo en medio de las espesas tinieblas. A eso de las once el tiempo cambia, y parece desatarse la tormenta. Brillan los relámpagos hasta pasada la medianoche, y los truenos continúan sin que caiga una sola gota de agua.

Tal vez estos ruidos, provenientes de alguna lejana tempestad, han impedido a los aduaneros que vigilan en la batería de popa oír extraños silbidos y singulares aullidos que han turbado aquella parte del litoral, y que no pueden atribuirse ni al viento ni al trueno. Este fenómeno se ha producido entre las dos y las tres de la mañana.

Al día siguiente, una inquietante novedad se difunde por los barrios alejados de la ciudad. Los guardianes del ganado que pasta en el campo, presas de repentino pánico, se han dispersado en todas direcciones, unos hacia los puertos, otros hacia la verja que rodea a Milliard City. Algo grave sucede: unos cincuenta carneros han sido devorados durante la noche, y sus ensangrentados restos yacen en los alrededores de la batería de popa. Algunas docenas de vacas, ciervos y gamos y una veintena de caballos que estaban encerrados en los cercados del parque han corrido la misma suerte.

No hay duda de que estos animales han sido atacados por fieras. Pero ¿qué fieras? ¿Leones, tigres, panteras, hienas? ¿Es esto admisible? ¿Cuándo, acaso, se ha sabido que hubiese en Standard Island ni uno siquiera de estos temibles animales? ¿Es posible que estas fieras lleguen por el mar? En fin, ¿acaso la *Joya del Pacífico*

se encuentra en la vecindad de las Indias, de África o de Malasia, cuya fauna comprende gran variedad de bestias feroces?

¡No! Standard Island no está tampoco en las proximidades de la desembocadura del Amazonas, ni en las bocas del Nilo, y sin embargo, a eso de las siete de la mañana dos mujeres que acaban de ser recogidas en el Palacio Municipal han sido perseguidas por un enorme cocodrilo, el que llegó hasta las orillas del río Serpentina y desapareció bajo las aguas. Al mismo tiempo, el movimiento de las hierbas, a lo largo de las riberas, indica la presencia de otros saurios.

¡Júzguese el efecto producido por estas increíbles novedades! Una hora más tarde los vigías han hecho constar que varias parejas de tigres, leones y panteras andan por los campos. Varios carneros que huían por la parte de la batería del espolón son aniquilados por dos tigres de gran tamaño. De todas direcciones llegan animales domésticos espantados por los rugidos de las fieras, y lo mismo les ha ocurrido a las personas que trabajan en los campos. El primer tranvía para Babord Harbour apenas ha tenido el tiempo preciso para volver a la estación. Tres leones lo han perseguido, y no ha faltado más que un centenar de pasos para que lo alcanzaran.

Ya no queda duda: Standard Island ha sido invadida durante la noche por una banda de animales feroces, y pronto lo será también la ciudad si no se toman inmediatamente las precauciones necesarias. Atanasio Doremus ha puesto a nuestros artistas al corriente de la situación. El profesor de baile, que había salido más temprano que de ordinario, no se atreve a regresar a su domicilio y se ha refugiado en el Casino, del que ningún poder humano podrá arrancarlo.

—¡Vamos, pues, sus tigres, leones y cocodrilos son una patraña!
—exclama Pinchinat.

Pero se tienen que rendir a la evidencia. Así es que la Municipalidad ha dado orden de cerrar las verjas de la ciudad y poner barreras en la entrada de los dos puertos y de los puestos aduaneros del litoral. Al mismo tiempo se ha suspendido el servicio de trenes y prohibido aventurarse por el campo o el parque hasta que se hayan conjurado los peligros de esta inexplicable invasión.

En el momento en que los agentes cerraban la extremidad de la avenida Primera por la parte del Observatorio, a unos cincuenta

pasos de allí saltó una pareja de tigres con los ojos echando fuego y las fauces ensangrentadas. Unos segundos más, y aquellos feroces animales hubieran franqueado la verja. La misma precaución se ha tomado del lado del Palacio Municipal, de modo que Milliard City no tiene nada que temer.



¡Qué acontecimiento, qué novedad, qué tema para los comentarios y crónicas del *Starboard Chronicle*, del *New Herald* y de los otros diarios de Standard Island!

En realidad, el terror ha llegado al colmo. En los hoteles y casas se han levantado barricadas y los comercios han cerrado; ni una

sola puerta está abierta. En las ventanas de los pisos altos aparecen caras asustadas. En las calles sólo transitan las escuadras de la milicia, bajo las órdenes del coronel Stewart, y los destacamentos de policía, dirigidos por sus oficiales. Cyrus Bikerstaff y sus ayudantes Barthelemy Ruge y Hubley Harcourt, que han acudido desde el primer momento, permanecen en el salón de la administración. Por los aparatos telefónicos de los dos puertos, de las baterías y de los puestos del litoral, la Municipalidad recibe las noticias más inquietantes: hay fieras por todas partes... Por lo menos, varios centenares, dicen los telegramas; en los que el miedo ha puesto, quizá, un cero de más. Lo cierto es que un buen número de leones, tigres, panteras y caimanes corren por el campo.

¿Qué es, pues, lo que ha pasado? ¿Es que la colección de fieras de un jardín zoológico ha roto sus jaulas y se ha refugiado en Standard Island? Mas ¿de dónde han venido? ¿Qué barco las transportaba? ¿Será, acaso, el vapor visto desde la isla? ¿Qué se ha hecho de ese vapor? ¿Se habrá acercado durante la noche? ¿Acaso las fieras, después de escapar a nado, han conseguido trepar por el litoral? ¿El barco que las transportaba habrá naufragado enseguida? Sin embargo, hasta donde llega la mirada de los vigías, hasta donde alcanza el anteojo del comodoro Simcoe, no se ve flotar ningún resto en la superficie del mar, y Standard Island ha caminado muy poco durante la noche. Además de lo cual, y de haberse ido a pique el barco, ¿cómo es que su tripulación no ha buscado refugio en Standard Island, desde el momento que sus fieras han podido hacerlo?

El teléfono de la Municipalidad interroga con este motivo a los distintos puestos de la aduana, de donde responden que no ha habido choque ni naufragio. Esto no hubiera podido engañar su atención, por más que la oscuridad haya sido profunda. Decididamente, de todas las hipótesis, ésta es la menos admisible.

—¡Misterio, misterio! —no cesa de repetir Yvernés.

Él y sus compañeros están en el Casino, donde partirán con Atanasio Doremus el desayuno, que será seguido, si es preciso, por el almuerzo al mediodía y por la comida a las seis.

—A fe mía —responde Pinchinat mientras muerde el diario de chocolate, mojado previamente en la taza humeante—, a fe mía, me doy por vencido. Pero, sea lo que sea, comamos, señor Doremus, en

espera de ser comidos...

—¡Quién sabe! —replica Sebastián Zorn—. Y que esto sea por leones, tigres o caníbales...

—¡Yo prefiero los caníbales! —responde Su Alteza—. Cada uno tiene sus gustos, ¿no es verdad?

Y el incorregible bromista ríe, pero el profesor de buenos modales no ríe, y Milliard City, presa del espanto, tampoco tiene ganas de divertirse.

Desde las ocho de la mañana, el consejo de notables, convocado en la Municipalidad, no ha vacilado en reunirse con el gobernador.

No hay nadie en las avenidas ni en las calles, salvo los milicianos y policías que se dirigen a los puestos que se les han asignado.

El consejo, que preside Cyrus Bikerstaff, comienza enseguida su deliberación.

—Señores —dice el gobernador—, conocen ustedes la causa del pánico muy justificado que se ha apoderado de la población de Standard Island. Esta noche nuestra isla ha sido invadida por un grupo de carniceros y de saurios. Lo más urgente es proceder a su destrucción, lo que llegaremos a conseguir, no hay duda de ello. Pero nuestros ciudadanos deberán conformarse con las medidas que tomemos. Si la circulación se permite todavía en Milliard City, cuyas puertas han sido cerradas, no debe serlo por el campo y el parque. Así, pues, hasta nueva orden quedarán prohibidas las comunicaciones entre la ciudad, los dos puertos y las baterías de popa y del espolón.

Aprobadas estas medidas, el consejo pasa a la discusión de los medios que permitirán destruir los terribles animales que infestan Standard Island.

—Nuestros milicianos y nuestros marinos —continúa el gobernador— van a realizar batidas en diversos puntos de la isla. Rogaremos a aquellos que han sido cazadores que se unan a ellos y los dirijan, a fin de prevenir en lo posible toda desgracia.

—En otro tiempo —dice Jem Tankerdon— he cazado en la India y en América. No soy, pues, un novicio. Estoy a su disposición, y mi hijo mayor me acompañará.

—Damos las gracias al honorable Jem Tankerdon —responde Cyrus Bikerstaff—, y, por mi parte, lo imitaré. Al mismo tiempo que

los milicianos del coronel Stewart, actuará también una compañía de marinos, bajo las órdenes del comodoro Simcoe, y sus filas están abiertas para ustedes, señores.

Nat Coverley hace una proposición análoga a la de Jem Tankerdon, y finalmente todos aquellos de los notables a quienes su edad se lo permite, se apresuran a ofrecer sus servicios. Las armas de tiro rápido y de gran alcance no faltan en Milliard City. No es dudoso que, gracias al sacrificio y al valor de todos, Standard Island quedará pronto libre de aquel peligro. Pero, como repite Cyrus Bikerstaff, lo esencial es que no haya que lamentar la muerte de nadie.

—Importa que esas fieras, cuyo número no podemos precisar, sean destruidas en breve espacio de tiempo. Darles lugar a aclimatare y multiplicarse sería comprometer la seguridad de nuestra isla.

—Es probable —observa uno de los notables— que la cantidad no sea considerable.

—En efecto, pues no han podido llegar más que en un navío que transportase una colección —responde el gobernador—, un navío expedido de la India, de Filipinas o de las islas de la Sonda, por cuenta de alguna casa de Hamburgo, donde se hace especialmente el comercio de estos animales.

Allí está el principal mercado de fieras, cuyos precios corrientes son: doce mil francos por un elefante, veintisiete mil por una jirafa, veinticinco mil por un hipopótamo, cinco mil por un león, cuatro mil por un tigre, dos mil por un jaguar, precios bastante elevados, como se ve, y que tienden a aumentar, mientras baja el de las serpientes.

A propósito de esto, habiendo preguntado un miembro del consejo si se habían visto algunos ejemplares de la clase de los ofidios, el gobernador responde que no se ha notado aún la presencia de ningún reptil. Por otra parte, si los leones, tigres y cocodrilos han podido introducirse a nado por la desembocadura del Serpentina, esto no les hubiera sido posible a las serpientes, como lo hace observar Cyrus Bikerstaff.

—Pienso, pues —dice—, que no debemos temer la presencia de boas, serpientes de coral, crótalos; víboras y otros ejemplares de la misma especie. No obstante, haremos todo lo que sea necesario para

resguardar a la población de este peligro. Pero no perdamos tiempo, señores, y antes de buscar la causa de la invasión de estos animales feroces ocupémonos en destruirlos. Están aquí y es preciso que desaparezcan.

Se convendrá en que nada hay más sensato ni mejor dicho que estas frases. El consejo de notables va a separarse, con el fin de tomar parte en las batidas con la ayuda de los más hábiles cazadores de Standard Island, cuando Hubley Harcourt pide la palabra para hacer una observación. Le es concedida, y he aquí lo que el honorable ayudante cree su deber decir al consejo:

—Señores notables, no es mi intención retardar las operaciones decididas. Lo más urgente es proceder a la caza de esas fieras. Permítanme, no obstante, que les comunique una idea que tal vez ofrece una explicación lógica de la presencia de esas fieras en Standard Island.

Hubley Harcourt, descendiente de una antigua familia francesa de las Antillas, americanizada durante su estancia en la Luisiana, goza de gran consideración en Milliard City. De espíritu serio y muy reservado, jamás juzga a la ligera y es muy parco en palabras, por lo que su opinión se tiene en gran aprecio. De modo que el gobernador le ruega que se explique, lo que hace con frases de gran lógica.

—Señores notables, un barco ha sido avistado en la tarde de ayer. Este barco no ha hecho conocer su nacionalidad, sin duda por querer mantenerla oculta. No es, pues, dudoso, en mi opinión, que él transportara este cargamento de fieras.

—Eso es evidente —responde Nat Coverley.

—Pues bien, señores notables, si algunos de ustedes creen que la invasión de Standard Island ha sido debida a un accidente marítimo, yo... ¡yo no lo pienso así!

—Pero, entonces —responde Jem Tankerdon, que cree entrever la luz a través de las palabras de Hubley Harcourt—, ¿habrá sido voluntariamente, adrede, con premeditación...?

—¡Oh! —exclama el consejo.

—Tengo la convicción de ello —afirma el ayudante con voz segura—, y esta maquinación no ha podido ser obra más que de nuestro eterno enemigo, de ese John Bull para el que todos los medios contra Standard Island son buenos.

—¡Oh! —repite el consejo.

—No teniendo el derecho de exigir la destrucción de nuestra isla, ha querido hacerla inhabitable. Éste es el origen de la colección de leones, jaguares, tigres, panteras y cocodrilos que el vapor ha arrojado durante la noche en nuestros dominios.

—¡Oh! —dice por tercera vez el consejo.

Pero esta exclamación, dubitativa al principio, se ha hecho afirmativa. ¡Sí, debe ser una venganza de aquellos encarnizados ingleses, que no retroceden ante nada cuando se trata de mantener su soberanía marítima! ¡Sí, aquel barco ha sido fletado para realizar esta obra criminal, y, después de cometerla, ha desaparecido! ¡Sí, el gobierno del Reino Unido no ha vacilado en gastar algunos miles de libras con el objeto de hacer imposible a sus habitantes la vida en Standard Island!

Y Hubley Harcourt añade:

—Si he formulado esta observación, si las sospechas que había concebido se han trocado en certeza, es, señores, porque mi memoria me ha recordado un hecho idéntico, una maquinación perpetrada en circunstancias casi iguales, y cuya mancha nunca han podido lavar los ingleses.

—¡No será porque les falte agua! —observa uno de los notables.

—¡El agua salada no lava! —responde otro.

—¡Toda el agua del mar no habría podido lavar las manchas de sangre de la mano de *lady* Macbeth! [125] —exclama un tercero.

—Señores notables —continúa Hubley Harcourt—, cuando Inglaterra tuvo que abandonar las Antillas francesas a Francia, quiso dejar allí la huella de su paso, ¡y qué huella! Hasta entonces nunca había habido una sola serpiente en Guadalupe ni en la Martinica, y después de la partida de los anglosajones esta última isla fue infestada. ¡Era la venganza de John Bull! Antes de abandonarla, había arrojado centenares de reptiles sobre el dominio que se les escapaba, y desde aquella época estas venenosas bestias se han multiplicado hasta el infinito, con gran perjuicio de los colonos franceses.

Parecería que esta nunca desmentida acusación contra Inglaterra hiciese bastante plausible la explicación dada por Hubley Harcourt. Pero ¿se puede creer que John Bull haya querido hacer inhabitable la isla de hélice, y hasta que lo haya intentado en una de las

Antillas francesas? Ninguno de estos dos hechos ha sido probado jamás. Sin embargo, en lo que se refiere a Standard Island, la población de Milliard City tiene el caso por auténtico.

—Pues bien —exclama Tankerdon—, si los franceses no han podido limpiar la Martinica de las víboras que los ingleses habían dejado en su lugar —una verdadera tempestad de vítores y aplausos acoge esta comparación del fogoso personaje—, los habitantes de Milliard City sabrán limpiar a Standard Island de las fieras que Inglaterra ha arrojado en ella.

Nueva tempestad de aplausos y vítores, que sólo cesan para recomenzar de nuevo, y con más entusiasmo aún, cuando Jem Tankerdon añade:

—A nuestro sitio, señores, y no olvidemos que exterminando esos leones, jaguares, tigres y caimanes, perseguimos a los mismos ingleses.



El consejo se dispersa. Una hora después, cuando los principales periódicos publican el relato taquigráfico de aquella sesión, cuando se sabe que manos enemigas han abierto las jaulas de aquel zoológico flotante, cuando se conoce a quién se debe la invasión de aquellas legiones de bestias feroces, un grito de indignación brota

de todos los pechos, e Inglaterra es maldecida en sus hijos y en sus nietos, en espera de que su detestado nombre se borre al fin hasta de los recuerdos del mundo.

VII

BATIDAS



Hay que proceder a la destrucción total de los animales que han invadido a Standard Island. Con una sola pareja de esas terribles bestias, saurios o carniceros, que escape, la seguridad del porvenir quedaría comprometida. La pareja se multiplicaría, y entonces sería lo mismo que vivir en los bosques de la India o de África.

Haber fabricado un aparato de acero, haberlo lanzado sobre la inmensidad del Pacífico sin que jamás se haya acercado a las costas de los archipiélagos sospechosos, haber tomado toda clase de precauciones para que esté al abrigo de las epidemias y de las invasiones, y de repente, en una sola noche... En verdad, no debiera dudar la Standard Island Company en demandar al Reino Unido ante un tribunal internacional y reclamarle una elevadísima indemnización. ¿Acaso no ha sido violado el más elemental derecho ciudadano? ¡Sí, y si alguna vez llega a probarse el caso...!

Pero remediar la situación es lo más urgente, como lo ha decidido el consejo de notables. En primer lugar, y contra lo que algunas familias han pedido bajo el imperio del espanto, no es posible que la población se refugie en los vapores de los dos puertos y huya de Standard Island. Por otra parte, aquellos navíos no bastarían.

¡No! Se dará caza a esos animales de importación inglesa, se les destruirá, y la *Joya del Pacífico* no tardará en recobrar su seguridad de otros tiempos. Los habitantes de Milliard City ponen manos a la obra sin perder un instante. Algunos han propuesto medios extremos; entre otros, introducir el mar en la isla o propagar el incendio a través de los macizos del parque para ahogar o

quemar aquellos animales. Pero, en todo caso, el remedio sería ineficaz en lo que concierne a los anfibios, y lo mejor es proceder por batidas sabiamente organizadas. Esto es lo que se hace.

Hay que advertir que el capitán Sarol, los malayos y los neohebridanos han ofrecido sus servicios, aceptados al punto por el gobernador. Esta buena gente ha querido mostrar su reconocimiento por el favor que se les ha dispensado. Aunque lo que ocurre en realidad es que el capitán Sarol teme que este incidente interrumpa el viaje, que los habitantes de la isla quieran abandonarla y obliguen a la administración a regresar directamente a la bahía Magdalena, lo que reduciría a la nada sus proyectos.

El cuarteto se muestra a la altura de las circunstancias y digno de su nacionalidad: jamás se dirá que cuatro franceses no ofrecen su persona cuando se trata de correr un peligro. Los cuatro se ponen a las órdenes de Calixtus Munbar, el que, según dice, ha visto cosas peores, y se encoge de hombros en señal de desprecio hacia aquellos leones, tigres, panteras y demás «inofensivas» bestias. ¿Habrá sido quizá domador, o, por lo menos, director de zoológicos ambulantes?

Las batidas comienzan aquella misma mañana y dan buen resultado desde el principio. Durante el primer día, dos cocodrilos han cometido la imprudencia de aventurarse fuera del Serpentina, y, como se sabe, estos saurios, muy temidos en el líquido elemento, no lo son tanto en tierra por la dificultad que tienen para volverse. El capitán Sarol y sus malayos los atacan valerosamente y libran el parque de estos dos animales, no sin que uno de los hombres recibiese una herida.

Entretanto han sido vistos unos diez más. Son animales de gran tamaño, pues miden de cuatro a cinco metros, y en consecuencia representan un enorme peligro. Como se han refugiado en las aguas del río, los marinos se han apostado cerca, dispuestos a enviarles algunas de esas balas explosivas que hacen estallar los más sólidos caparazones.

Los cazadores se dispersan por el campo. A uno de los leones lo mata Jem Tankerdon, quien decía la verdad cuando afirmaba que no era un novato, y ha demostrado su sangre fría y su destreza de antiguo cazador del oeste americano. Es un soberbio animal, de esos que se valúan en cinco mil o seis mil francos. La bala le ha

atravesado el corazón en el momento en que saltaba en dirección al cuarteto, y Pinchinat afirma «que ha sentido en el rostro el viento de su cola».

Por la tarde, se produce un ataque en el que uno de los milicianos recibe una dentellada en un hombro, el gobernador abate una magnífica leona. Si John Bull ha contado con que estos feroces animales tendrían numerosa descendencia, su esperanza ha desaparecido. No termina el día sin que una pareja de tigres caiga bajo las balas del comodoro Simcoe, siempre a la cabeza de un destacamento de marinos, de los que uno, gravemente herido, ha tenido que ser trasladado a Tribord Harbour. Según los informes recogidos, estos terribles felinos parecen ser los más numerosos entre los carniceros embarcados en la isla de hélice.

Al caer la noche, las fieras, después de haber sido resueltamente perseguidas, se esconden entre los macizos, por la parte de la batería del espolón, en donde se las atacará en cuanto asome el día. Pero no han dejado de oírse sus terribles rugidos, sembrando el terror entre las mujeres y los niños. El espanto no se calma, porque, ¿cómo estar seguros de que Standard Island ha concluido con aquella vanguardia del ejército británico? De manera que las recriminaciones contra la pérfida Albión se recrudecen y se oyen en todas las clases sociales.

Las batidas se reanudan al alba. Siguiendo las órdenes del gobernador, y de acuerdo con la opinión del comodoro Simcoe, el coronel Stewart se dispone a emplear la artillería contra las fieras, con el fin de arrojarlas de sus guaridas, y al efecto se llevan a la parte de la batería del espolón dos cañones de Tribord Harbour, de los que funcionan como los Hotchkiss, [126] lanzando metralla.

En aquel sitio los macizos están atravesados por la línea del tranvía que empalma con el Observatorio. Cierta número de fieras ha pasado la noche al abrigo de esos árboles. Entre las ramas bajas aparecen algunas cabezas de leones y de tigres con ojos centelleantes. Los marineros, los milicianos y los cazadores, dirigidos por Jem y Walter Tankerdon, Nat Coverley y Hubley Harcourt, se han apostado a la izquierda de estos macizos, esperando la salida de las bestias feroces que no haya matado la metralla.

A una señal del comodoro Simcoe, los dos cañones hacen fuego

simultáneamente. Responden formidables rugidos. No hay duda de que varios carniceros han sido alcanzados. Los otros, una veintena, se lanzan fuera, y al pasar cerca del cuarteto son saludados con una descarga que hiere mortalmente a dos de ellos. En esos momentos un enorme tigre salta sobre el grupo, y Frascalín recibe tan terrible golpe que rueda a diez pasos de distancia. Sus camaradas se precipitan a socorrerlo. Lo levantan sin conocimiento, mas pronto vuelve en sí. No ha sido nada grave, pero... ¡qué golpe!

Al mismo tiempo se persigue a los caimanes ocultos en el Serpentina, aunque, ¿cómo se puede estar seguro de verse libre de tales animales? Felizmente, el ayudante Hubley Harcourt ha tenido la idea de levantar las compuertas del río, y es posible atacar a los saurios en mejores condiciones y con éxito.

La única víctima que hay que lamentar es un magnífico perro, propiedad de Nat Coverley. Alcanzado por un cocodrilo, el pobre animal ha sido partido en dos de una dentellada. Pero ya una docena de estos anfibios ha sucumbido a las balas de los milicianos, y es posible que Standard Island se vea definitivamente libre de ellos.

La jornada ha sido buena: seis leones, ocho tigres, cinco jaguares y nueve panteras se cuentan entre los animales muertos.

Llegada la noche, el cuarteto, integrado con Frascalín, ya repuesto del golpe, va a sentarse en el comedor del Casino.

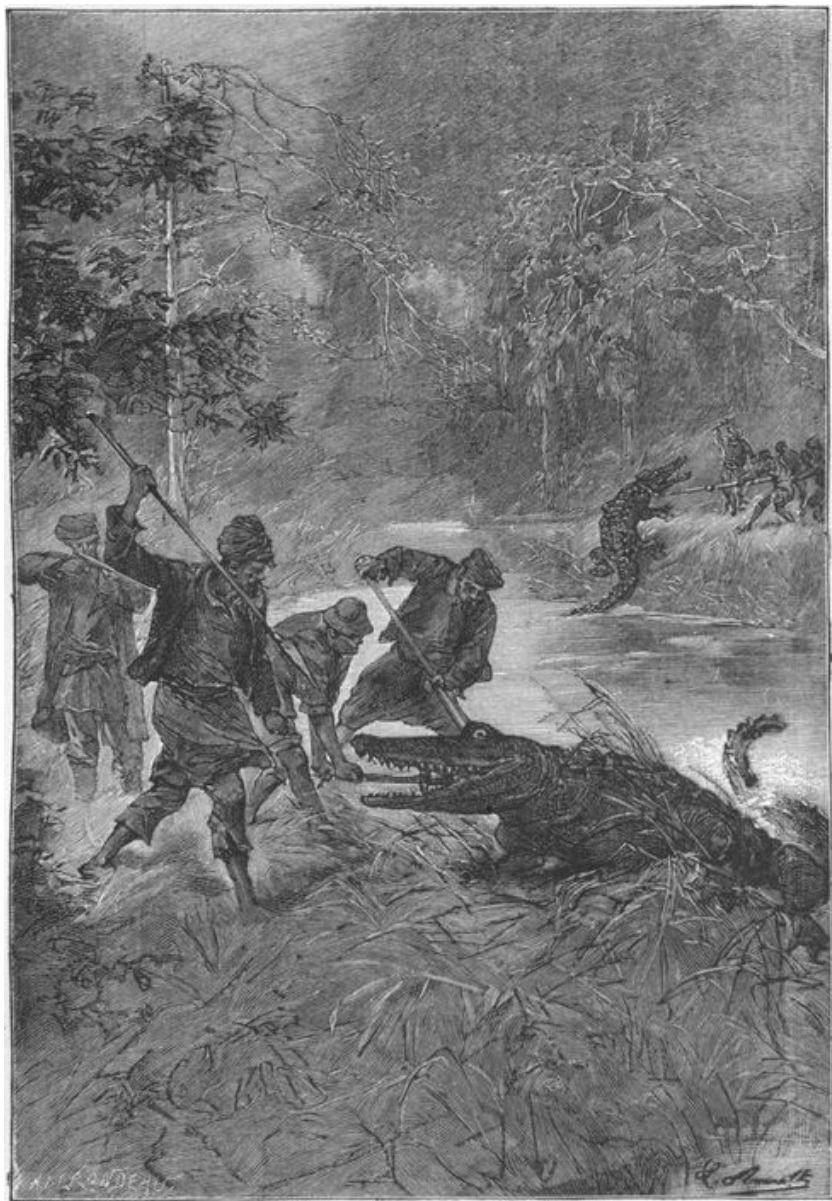
—Quiero pensar que el trabajo está casi concluido —dice Yvernés.

—A menos que ese vapor, segunda arca de Noé, haya encerrado todos los animales de la Creación [127] —responde Pinchinat.

No es esto probable, y Atanasio Doremus se siente lo bastante seguro como para regresar a su domicilio de la avenida Veinticinco. Allí en su casa, dispuesta como una barricada, encuentra a su vieja sirvienta, desesperada ante el pensamiento de que sólo quedaban los restos informes de su antiguo señor.

Aquella noche ha sido bastante tranquila. Apenas si a lo lejos se han oído rugidos por la parte de Babord Harbour. Es de suponer que al día siguiente, procediendo a una nueva batida general por el campo, la destrucción de las fieras será completa. Los grupos de cazadores se organizan desde el alba. De más está decir que desde hace veinticuatro horas Standard Island se ha detenido, pues todo el

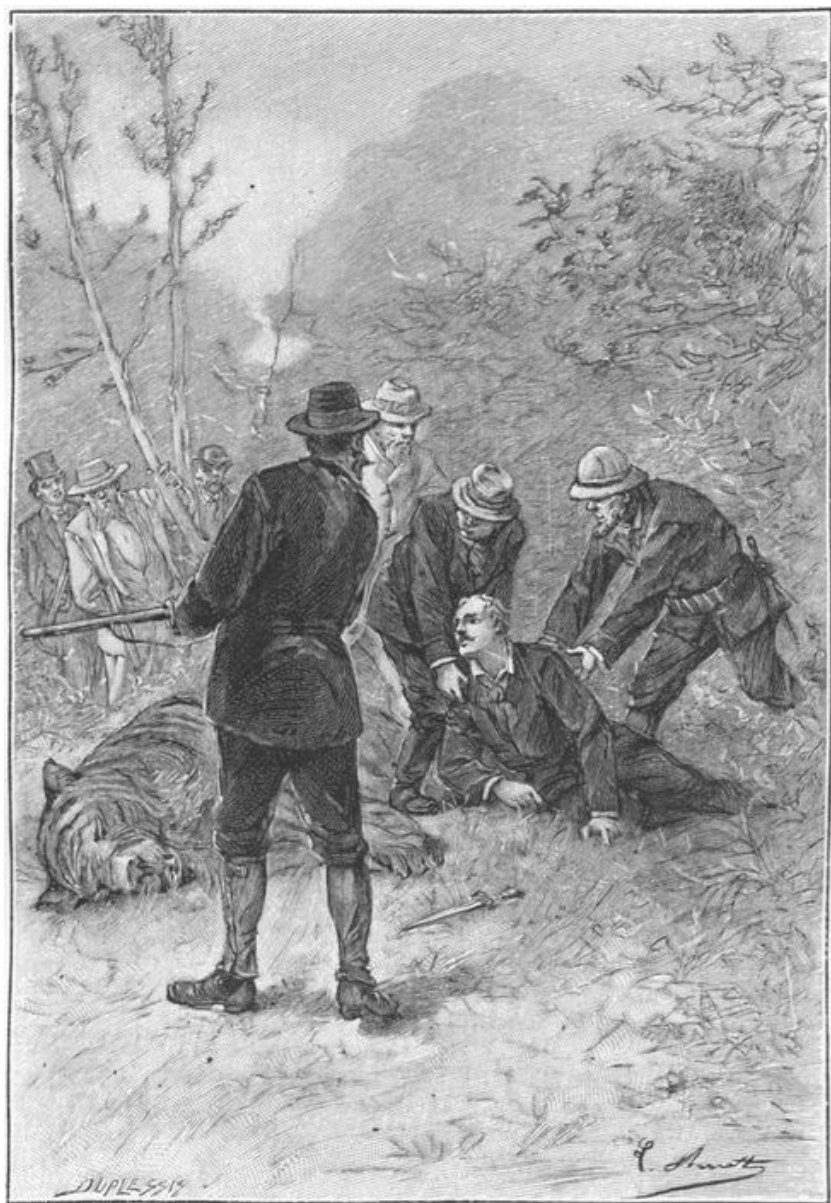
personal de la maquinaria coopera en la obra común.



Las escuadras, compuesta cada una de veinte hombres armados con fusiles de tiro rápido, tienen orden de recorrer toda la isla. El coronel Stewart no ha juzgado útil emplear las piezas de artillería

contra las fieras, puesto que al presente se han dispersado. Trece de estos animales, acorralados cerca de la batería de popa, caen bajo las balas. Pero costó trabajo librar a dos aduaneros del puesto vecino, que, acometidos por un tigre y una pantera, han recibido graves heridas. Esta última caza eleva a cincuenta y tres el número de animales destruidos desde la primera batida de la víspera.

Son las cuatro de la mañana. Cyrus Bikerstaff y el comodoro Simcoe, Jem Tankerdon y su hijo, Nat Coverley, los dos auxiliares y algunos notables, escoltados por un destacamento de tropas, se dirigen al Palacio Municipal, donde el consejo espera los informes expedidos de los puertos y de las baterías del espolón y de popa. Ya están cerca, sólo les faltan unos cien pasos para llegar al edificio, cuando se oyen violentos gritos y se ve a gran número de personas, mujeres y niños, presas de repentino pánico, huir a lo largo de la avenida Primera.



Al instante, el gobernador, el comodoro Simcoe y sus compañeros se precipitan hacia la plaza, cuya verja debiera estar cerrada... Pero, por una inexplicable negligencia, la verja está abierta, y no es dudoso que alguna de las fieras, la última tal vez, la haya franqueado.

Nat Coverley y Walter Tankerdon, que son los primeros en llegar, se precipitan en la plaza. De pronto, y cuando está a tres pasos de Nat Coverley, Walter es acometido por un enorme tigre. No teniendo Nat Coverley tiempo de cargar su fusil, desenvaina el cuchillo de caza y va en socorro de Walter, en el momento que las garras de la fiera caen sobre el hombro del joven.

Walter está salvado, pero el tigre se vuelve y se dirige contra Nat Coverley. Éste lo hiere con el cuchillo, sin poder alcanzarlo en el corazón, y cae de espaldas. Con la quijada abierta, que deja ver su roja lengua, el tigre retrocede rugiendo.

Se oye un tiro. Es Jem Tankerdon, que acaba de hacer fuego.

Suena otra detonación. Es una bala de su fusil, que acaba de estallar en el cuerpo del tigre.

Levantán a Walter, que tiene un hombro medio desgarrado. En cuanto a Nat Coverley, si no ha sido herido, por lo menos nunca ha visto la muerte tan cerca. Se yergue, y avanzando hacia Jem Tankerdon, le dice con voz grave:

—Me ha salvado usted... ¡Gracias!

—Ha salvado usted a mi hijo... ¡Gracias! —responde Jem Tankerdon.

Y ambos se estrechan la mano, en testimonio de un reconocimiento que muy bien podría terminar en sincera amistad.

Enseguida Walter es transportado al hotel de la avenida Diecinueve, en donde está refugiada su familia, mientras Nat Coverley regresa a su casa, del brazo de Cyrus Bikerstaff. El superintendente se encarga de utilizar la magnífica piel del tigre. El soberbio animal será disecado admirablemente y figurará en el Museo de Historia Natural de Milliárd City con esta inscripción:

*Ofrecido por el Reino Unido de Gran Bretaña
e Irlanda a Standard Island.
Infinitamente reconocido.*

Suponiendo que el atentado deba cargarse en la cuenta de Inglaterra, sería difícil vengarse con más ingenio. Por lo menos, ésta es la opinión de Su Alteza, buen perito en tal materia.

No hay que extrañarse de que al día siguiente *Mrs.* Tankerdon visite a *Mrs.* Coverley para agradecerle el favor prestado a Walter, ni tampoco que *Mrs.* Coverley devuelva la atención a *Mrs.*

Tankerdon para darle las gracias por el servicio prestado a su marido.

Digamos también que *miss* Dy ha querido acompañar a su madre.

¿Y no resulta natural que las dos hayan pedido noticias de su querido enfermo?

En fin, todo marcha a las mil maravillas, y, completamente libre de sus terribles huéspedes, Standard Island puede seguir en plena seguridad su camino hacia el archipiélago de las Fiji.

VIII

LAS FIJI Y LOS FIJIANOS



—¿Cuántos dices? —pregunta Pinchinat.

—Doscientos cincuenta y cinco, amigos —responde Frascalín—. Sí, entre islas e islotes se cuentan doscientos cincuenta y cinco en el archipiélago de las Fiji.

—¿Y qué puede importarnos eso —responde Pinchinat—, si la *Joya del Pacífico* no debe hacer doscientas cincuenta y cinco escalas?

—¡Nunca sabrás geografía! —exclama Frascalín.

—¡Y tú... sabes demasiado! —replica Su Alteza.

Siempre que el segundo violín quiere instruir a sus camaradas, es acogido de ese modo. Sin embargo, Sebastián Zorn, que lo escucha con más gusto, se deja llevar ante el mapa del Casino, en el que todos los días se marca la posición. Allí es fácil seguir el itinerario de Standard Island, desde su partida de la bahía Magdalena. Este itinerario forma una especie de gran S, cuya curva inferior se desarrolla hasta el grupo de las Fiji.

Frascalín muestra al violoncelista ese amontonamiento de islas que, descubiertas por Tasman en 1643, forman un archipiélago, comprendido, de una parte, entre los paralelos 10 y 20 al

sur, y de otra entre los meridianos 174 oeste y 179 este.

—¿Vamos, pues, a meter esta enorme máquina por entre esos centenares de guijarros sembrados por el camino? —observa Sebastián Zorn.

—Sí, mi viejo compañero en cuerdas —responde Frascalín—, y si miras con un poco de atención...

—Y cerrando la boca... —añade Pinchinat.

—¿Por qué?

—Porque, como dice el refrán, «en boca cerrada no entran moscas».

—¿Y a qué mosca quieres referirte?

—¡A la que te pica cuando se trata de difamar Standard Island!

Sebastián Zorn se encoge desdenosamente de hombros y, volviéndose hacia Frascalín, pregunta:

—¿Decías?

—Decía que para tocar las dos grandes islas, Viti Levú y Vanua Levú existen tres pasos que atraviesan el grupo oriental: el paso Nanuku, el paso Lakemba y el paso Oneata.

—¡Sin contar el paso donde uno se hará pedazos! —grita Sebastián Zorn—. ¡Esto será lo que al fin nos suceda! ¿Acaso está permitido navegar por estos mares con toda una ciudad y toda una población en esta ciudad? ¡No! ¡Esto está contra las leyes de la naturaleza!

—¡La mosca! —responde Pinchinat—. Miren... ¡La mosca de Zorn! ¡Ahí está!

En efecto, ¡siempre esos fastidiosos pronósticos que el testarudo violoncelista no quiere desechar!

En realidad, en aquella parte del Pacífico el primer grupo de las Fiji opone una especie de barrera a los navíos que llegan del este. Pero los pasos son lo bastante anchos como para que el comodoro Simcoe pueda aventurar por ellos su aparato flotante sin hablar de los indicados por Frascalín. De estas islas, las más importantes, fuera de las dos Levú, situadas al oeste, son Ono, Ngaloa y Kandabú.

Entre estas cumbres que emergen del fondo del océano está encerrado el mar de Koro, y si este archipiélago, entrevisto por Cook y visitado por Bligh en 1789, y por Wilson en 1792, es tan minuciosamente conocido, se debe a los notables viajes de Dumont d'Urville

en 1828 y 1833, del americano Wilkes en 1839 y del inglés Erskine en 1853, y después a la expedición de *El Herald*, al mando del capitán Durham de la marina británica, los cuales han permitido trazar los mapas con una precisión que hace honor a los ingenieros hidrógrafos. De manera que el comodoro Simcoe no vacila al marcar el rumbo.

Viniendo del sudeste, emboca el paso Vulanga, tras dejar a

babor la isla de este nombre, especie de galleta empezada y servida en su plato de coral. Al día siguiente, Standard Island entra en el mar interior, que está protegido contra las grandes olas por sólidas cadenas submarinas.

De más está decir que el temor causado por las fieras aparecidas bajo pabellón británico no se ha extinguido por completo. Los habitantes de Milliard City viven siempre sobre aviso. Se organizan constantes batidas por los bosques, los campos y el río, pero no se encuentra huella alguna de fieras, ni se oyen rugidos de día ni de noche. Durante los primeros días, los más miedosos se resistían a abandonar la ciudad para caminar por el parque o el campo. ¿Acaso no era de temer que el vapor hubiese desembarcado una carga de serpientes —¡como en la Martinica!— y que las espesuras estén infestadas? Se ofrece una recompensa en dinero a quien se apodere de alguno de estos reptiles: se le pagará a peso de oro, a tanto el centímetro, y, por pequeño que aquél sea, el premio constituirá una bonita suma.

Pero como las búsquedas no dan resultado la población se tranquiliza. Standard Island ha recobrado su antigua quietud. Los autores de la maquinación no han tenido éxito. El resultado más positivo es el haberse efectuado una reconciliación completa entre las dos secciones de la isla. Desde el asunto Walter-Coverley y Coverley-Tankerdon, las familias de estribor y de babor se visitan y se invitan. Recepción tras recepción, fiesta tras fiesta, todas las noches hay baile y concierto en casa de los más notables habitantes de Standard Island, pero sobre todo en los palacios de la avenida Diecinueve y de la avenida Quince. El Cuarteto Concertante apenas da abasto, por cuanto el entusiasmo que ha despertado no ha disminuido, sino muy al contrario.

En fin, la gran noticia se esparce una mañana, cuando Standard Island bate con sus poderosas hélices la tranquila superficie del mar de Koro. Míster Jem Tankerdon ha hecho una visita oficial al palacio de mister Nat Coverley y le ha pedido la mano de *miss* Dy Coverley, su hija, para su hijo Walter Tankerdon, y mister Nat Coverley ha otorgado la mano de *miss* Dy, hija suya, a Walter Tankerdon, hijo de mister Jem Tankerdon. La dote no provoca ninguna dificultad: será de doscientos millones para cada uno de los jóvenes esposos.

—Tendrán con qué vivir... hasta en Europa —observa Pinchinat.

Las dos familias reciben felicitaciones de todas partes. El gobernador Cyrus Bikerstaff no oculta su gran satisfacción. Gracias a este matrimonio desaparecen las causas de una rivalidad comprometedora para la seguridad de la isla.

El rey y la reina de Malecarlia son los primeros en enviar su enhorabuena a los jóvenes, haciendo votos por su felicidad. Las tarjetas de visita, impresas con letras de oro sobre aluminio, llenan las bandejas de los dos palacios. Los periódicos hacen extensas crónicas a propósito de los esplendores que se preparan, tales como nunca se han visto en Milliard City ni en ningún otro punto del globo.

Se expiden cablegramas a Francia para la confección del ajuar. Las tiendas de novedades, los establecimientos y talleres de las grandes modistas, las fábricas de joyas y objetos de arte, reciben pedidos inverosímiles. Un vapor especial que ha de partir de Marsella vendrá por Suez y el océano Índico para traer aquellas maravillas de la industria francesa.

La fecha del matrimonio ha sido fijada para cinco semanas después, o sea, para el 27 de febrero. Los comerciantes de Milliard City tendrán también su parte de ganancia en el negocio, pues contribuirán a la confección de las galas mencionadas. Sólo con los gastos que harán algunos ricachos de Standard Island se podrán realizar fortunas.

El organizador indicado para todas las fiestas es el superintendente Calixtus Munbar. Hay que renunciar a describir su estado de ánimo cuando el matrimonio de Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley fue anunciado públicamente. Ya se sabe cómo lo deseaba, cuánto hizo para que se llevara a efecto. Es la realización de sus sueños, y si la Municipalidad le da carta blanca en el asunto, estemos seguros de que se mantendrá a la altura de sus funciones organizando ultramaravillosos festejos.

El comodoro Simcoe hace saber por los diarios que, en la fecha elegida para la ceremonia nupcial, la isla de hélice se encontrará en el punto comprendido entre las Fiji y las Nuevas Hébridas, pero que antes tocará en Viti Levú, donde la escala debe durar unos diez días, siendo la única que se propone hacer en medio de aquel vasto archipiélago.

¡Qué viaje delicioso! En la superficie del mar se ven numerosas ballenas. Con los mil chorros de agua de sus narices, parece aquello un inmenso estanque de Neptuno, que en comparación con el de Versalles, éste no es más que un juguete de niños, como hace notar Yvernés. También aparecen por centenares enormes tiburones que escoltan a Standard Island como si siguieran a un navío en marcha.

Esta porción del Pacífico limita con la Polinesia, que confina con la Melanesia, donde se encuentra el grupo de las Nuevas Hébridas. Está cortada por el grado 180 de longitud, línea convencional que describe el meridiano que separa las dos mitades de este inmenso océano.[128] Los marinos que viniendo del este tocan este meridiano, borran un día del calendario; y, a la inversa, los que vienen del oeste añaden uno. Sin esta precaución no habría concordancia de fechas. El año anterior Standard Island no había tenido que hacer este cambio, puesto que no avanzó hacia el oeste más allá de dicho meridiano. Pero ahora tiene que acomodarse a esta regla, y, en consecuencia, como viene del este, el 22 de enero pasa a ser el 23.

De las doscientas cincuenta islas que componen el archipiélago de las Fiji, solamente un centenar están habitadas. La población total no pasa de ciento veintiocho mil habitantes, escasa para una extensión de veintiún mil kilómetros cuadrados. De estos islotes, ya fragmentos de atolones, ya simples cúspides de montañas submarinas rodeadas de una franja de coral, no hay ninguno que mida ciento cincuenta kilómetros de superficie. Este dominio insular no es, para decir la verdad, más que una división política de la Australasia,[129] dependiente de la corona inglesa desde 1874, lo que significa que Inglaterra lo ha anexo a su imperio colonial. Los fijianos se han avenido a someterse al protectorado británico por haber sido amenazados en 1859 con una invasión tongana, invasión que el Reino Unido impidió con la intervención del famosísimo Pritchard, el Pritchard de Tahití.

Al presente, el archipiélago está dividido en diecisiete distritos, administrados por subjeses indígenas más o menos aliados a la familia soberana del último rey Thakumbau.

—¿Será ello una consecuencia del sistema inglés? —dice el comodoro, que conversa a propósito de esto con Frascolín—. ¿Pasará en las Fiji lo mismo que en Tasmania? No lo sé, pero lo

cierto es que el indígena tiende a desaparecer; ni la colonia prospera ni la población aumenta, y esto está demostrado por la inferioridad numérica de las mujeres con relación a los hombres.

—En efecto, ése es el indicio de la extinción próxima de una raza —responde Frascalín—; en Europa hay ya algunos estados a los que amenaza esta inferioridad.

—Además, aquí —continúa el comodoro— los indígenas no son más que verdaderos siervos, lo mismo que los naturales de las islas vecinas, reclutados por los plantadores para trabajos de labranza. Añadamos que las enfermedades los diezman; sólo en 1875 la viruela ha hecho perecer a más de treinta mil. Sin embargo, como lo puede usted observar, este archipiélago es un país admirable. Si en el interior de las islas la temperatura es elevada, no ocurre así en el litoral, muy fértil en frutos y legumbres, en cocoteros y en toda clase de vegetación. No hay más trabajo que el de recolectar las patatas, el fruto de los *taros* o árboles del pan y la sustancia alimenticia de la palmera que produce el sagú.

—¡El sagú! —exclama Frascalín—. ¡Qué recuerdo de nuestro Robinson suizo!

—En cuanto a los animales —prosigue el comodoro Simcoe—, los cerdos y las gallinas se han multiplicado, desde su importación, de un modo extraordinario. Ya ve usted que hay toda clase de facilidades para satisfacer los imperativos de la existencia. Desgraciadamente, los indígenas son propensos a la indolencia, al *dolce far niente*, [130] aunque sean muy despiertos y de excelente carácter espiritual.

—¡Y cuando se tiene tanto talento...! —dice Frascalín.

—¡Los niños viven poco! —responde el comodoro Simcoe.

En verdad, todos esos polinesios, melanesios y otros, ¿qué son sino niños?

Avanzando hacia Viti Levú, Standard Island pasa entre varias islas intermediarias, como Vanua Vatú, Moala, Ngan, sin detenerse en ellas.

Rodeando su litoral, pasan y repasan flotillas de largas piraguas, provistas de un balancín de bambúes entrecruzados que sirve para mantener el equilibrio del aparato y acomodar el cargamento. Circulan, evolucionando con gracia, pero no pretenden entrar ni en Tribord Harbour ni en Babord Harbour.

Es posible que tal cosa no se les hubiera permitido, dada la mala reputación de los fijianos, no obstante haber abrazado estos indígenas el cristianismo. Desde que los misioneros europeos se establecieron en Lecumba en 1835, casi todos ellos son protestantes wesleyanos, mezclados con algunos millares de católicos. Pero antes, estaban tan entregados a las prácticas del canibalismo, que es probable que aún conserven su preferencia por la carne humana. Por lo demás, esto es una cuestión de principios religiosos. Sus dioses amaban la sangre, y la benevolencia era mirada en estos pueblos como una debilidad y hasta como un pecado. Comerse a los enemigos era hacerles un honor. Al hombre que se despreciaba se le cocía, pero no se le comía. Los niños servían de plato principal en los festines, y no está lejos el tiempo en que el rey Thakumbau gustaba de sentarse bajo un árbol, cada una de cuyas ramas sostenía un miembro humano reservado a la mesa real. A veces hasta una tribu, como sucedió a la de los nulocas, de Viti Levú, cerca de Namosi, fue completamente devorada, excepto algunas mujeres, una de las cuales vivió hasta 1880.

Decididamente, si Pinchinat no encuentra en cualquiera de estas islas nietos de antropófagos que conserven las costumbres de sus abuelos, deberá renunciar para siempre a pedir un resto de «color local» a esos archipiélagos del Pacífico.

El grupo occidental de las Fiji comprende dos grandes islas, Viti Levú y Vanua Levú, y dos islas medianas, Kandavu y Taviuni. Más al noroeste está la isla Wassava y el sitio por donde se abre el paso de la isla Ronda, por el cual el comodoro Simcoe debe salir remontando hacia las Nuevas Hébridas.

En la tarde del 25 de enero las alturas de Viti Levú se dibujan en el horizonte. Esta isla montañosa, la más considerable del archipiélago, tiene poco más de diez mil kilómetros cuadrados, o sea, es un tercio mayor que la de Córcega. Sus cimas llegan a mil doscientos y mil quinientos metros sobre el nivel del mar, y son volcanes extinguidos o dormidos cuyo despertar es generalmente muy desagradable.

Viti Levú está unida a su vecina del norte, Vanua Levú, por una barrera submarina de arrecifes que emergió, sin duda, en la época de la formación telúrica. Standard Island puede aventurarse sin peligro por sobre esta barrera. Por otra parte, al norte de Viti Levú

se han medido profundidades de cuatrocientos y quinientos metros, y al sur, de quinientos a dos mil.

En otra época, la capital del archipiélago era Levuka, en la isla Qvalau, al este de Viti Levú. Tal vez hasta las factorías fundadas por las casas inglesas sean allí más importantes que las de Suva, la capital actual, en la isla de Viti Levú. Pero este puerto ofrece grandes ventajas a la navegación, por estar situado en la extremidad este de la isla, entre dos deltas cuyas aguas bañan el litoral. El puerto de atraque de los vapores que hacen el viaje a las Fiji ocupa el fondo de la bahía de Ngalao, al sur de la isla de Kandava, la más próxima a Nueva Zelanda, Australia e islas francesas de Nueva Caledonia y de la Lealtad.

Standard Island ancla en la abertura del puerto de Suva. En el transcurso de ese mismo día se llenan las formalidades necesarias, concediéndose permiso para desembarcar. Como estas visitas son una fuente de beneficios tanto para los colonos como para los indígenas, los de Milliard City tienen la seguridad de encontrar una excelente acogida, en la que tal vez exista más interés que simpatía. No hay que olvidar que las Fiji dependen de la corona inglesa y que las relaciones entre el Foreign Office[131] y la Standard Island Company siempre son tirantes, pues la última se muestra muy celosa de su independencia.

Al día siguiente, 26 de enero, los comerciantes de Standard Island que tienen que efectuar compras o ventas se hacen conducir a tierra desde temprano. Los turistas, entre ellos nuestros parisienses, no se quedan atrás.

Aunque Pinchinat e Yvernés le gastan algunas bromas a Frascalín —«aventajado alumno del comodoro Simcoe por sus estudios etnográficos y geográficos», como dice Su Alteza—, no por eso dejan de aprovechar sus conocimientos. El señor violín siempre tiene una respuesta instructiva para las preguntas de sus camaradas sobre los habitantes de Viti Levú, sus costumbres, sus prácticas, etc. Sebastián Zom no desdeña interrogarlo cuando llega la ocasión, y al enterarse Pinchinat de que esos parajes eran no hace mucho tiempo el principal foco del canibalismo, no puede contener un suspiro, diciendo:

—Sí, pero llegamos demasiado tarde, y ustedes verán cómo esos fijianos, enervados por la civilización, han sucumbido al guisado de

pollo y a las patitas de cerdo a la Sainte-Menehould. [132]

—¡Antropófago! —le grita Frascolín—. Merecerías haber figurado en la mesa del rey Thakumbau.

—¡Ja, ja, ja! ¡Un bistec de Pinchinat a la bordelesa...!

—¡Vamos! —replica Sebastián Zorn—. Si perdemos el tiempo en consideraciones ociosas...

—¡No progresaremos en la marcha hacia adelante! —exclama Pinchinat—. He aquí una frase como a ti te gustan, mi viejo *violonceloide*. Pues bien, ¡andando! ¡En marcha!

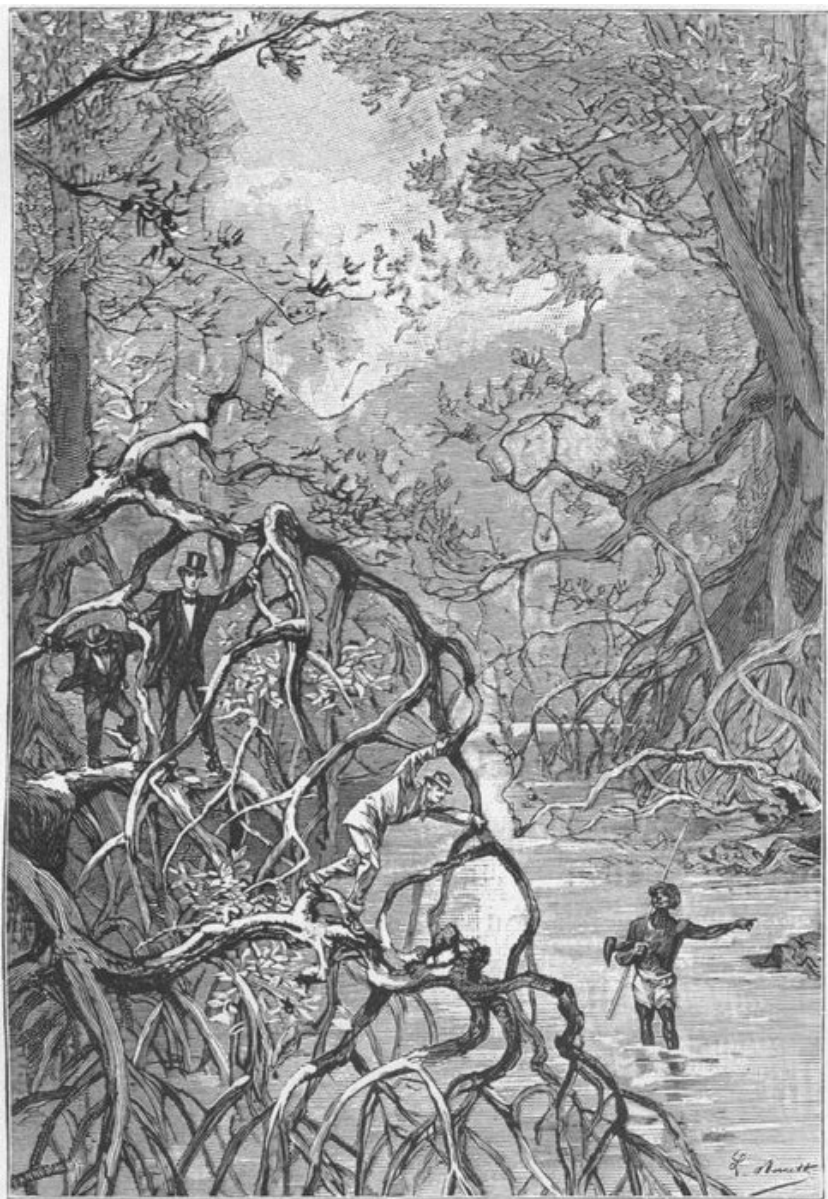
La ciudad de Suva, edificada sobre la orilla derecha de una pequeña bahía, esparce sus casas tras una verde colina. Posee muelles dispuestos para el atraque de los barcos y calles con aceras, ni más ni menos que las playas de las grandes estaciones balnearias. Las casas de madera, de un solo piso, y alguna, aunque rara vez, de dos pisos, son alegres y frescas. En los alrededores de la ciudad las cabañas indígenas muestran sus paredes adornadas con conchillas. Sus techumbres, muy sólidas, resisten las lluvias de invierno de mayo a octubre, que son torrenciales. En efecto —según cuenta Francolín—, Mbua, situada en el este de la isla, recibió, en un día de marzo de 1871, treinta y ocho centímetros de agua.

Como las otras islas del archipiélago, Viti Levú está sometida a las desigualdades climáticas, por lo que su vegetación difiere de un litoral al otro. En el lado expuesto a los vientos alisios del sudeste, la atmósfera es húmeda y magníficos bosques cubren el suelo. En el otro lado se extienden inmensas llanuras excelentes para el cultivo. No obstante, ciertos árboles comienzan a desaparecer, entre otros el sándalo y el *dakua*, especie de pino de las Fiji. Sin embargo, en sus paseos, el cuarteto comprueba que la flora es de una exuberancia tropical.

Por todas partes se ven bosques de palmeras y cocoteros de troncos tapizados por orquídeas parásitas, de macizos de casuarinas, de buríes, de acacias, de helechos arborescentes; y en los sitios pantanosos crecen numerosos mangles, cuyas raíces serpentean fuera del suelo. Pero el cultivo del algodón y del té no ha dado los resultados que este clima tan vigoroso permitía esperar. En realidad, el suelo de Viti Levú —cosa que es común a todo el grupo—, arcilloso y de color amarillento, no está formado más que de cenizas volcánicas, a las que la descomposición ha dado cualidades

productivas.

La fauna es más o menos como la de los otros parajes del Pacífico; se compone de unas cuarenta especies de pájaros, cotorras y canarios aclimatados, murciélagos, ratas en tal cantidad que forman legión, reptiles de especie no venenosa muy apreciados por los indígenas desde el punto de vista culinario, lagartos y cucarachas repugnantes, de voracidad inverosímil. Pero no hay fieras, lo que provoca esta burla de Pinchinat:



—Nuestro gobernador Cyrus Bikerstaff hubiera debido conservar algunas parejas de leones, tigres, panteras y cocodrilos para dejar en las Fiji, lo cual habría sido una mera restitución, puesto que estas islas pertenecen a Inglaterra.

Estos indígenas, mezcla de las razas polinésica y melanésica,

presentan todavía muy hermosos tipos, menos notables, sin embargo, que los de las Samoa y las Marquesas. Los hombres, de tez cobriza, casi negra, y cabeza cubierta de cabellera crespa, son grandes y vigorosos, y entre ellos se encuentran muchos mestizos.

Su vestido es bastante rudimentario, por lo general un simple taparrabos o una faldilla hecha de *masi*, tela indígena que se saca de una especie de moral que produce también papel. En su primer grado de fabricación, esa tela es de una blancura perfecta, pero los fijianos saben teñirla y adornarla con dibujos variados, teniendo mucha aceptación en todos los archipiélagos del Pacífico este. Es de advertir que estos hombres no desdeñan vestir, en ocasiones, los viejos despojos europeos escapados de las prenderías del Reino Unido o de Alemania. Es motivo de diversión para un parisiense ver a estos fijianos embutidos en un pantalón extravagante, en un sobretodo viejo y hasta en un frac que tras muchas fases de decadencia ha venido a concluir sobre las espaldas de un natural de Viti Levú.

—Habría que hacer la historia de cada uno de esos fracs —observa Yvernés.

—¡Historia que peligraría terminar en chaqueta! —responde Pinchinat.

Las mujeres llevan la pollera y la chambra de *masi*, que las visten de un modo más o menos decente, a despecho de los sermones wesleyanos. Tienen buenas formas, y, con el atractivo de la juventud, algunas hasta podrían pasar por lindas si no fuera por su detestable costumbre —lo mismo que los hombres— de endurecerse la cabellera con cal, formando una especie de sombrero calcáreo que tiene por objeto preservarlos de las insolaciones. Además, fuman, lo mismo que sus esposos y hermanos, ese tabaco del país que huele a heno quemado; y cuando el cigarrillo no está en sus labios, está enhebrado en el lóbulo de sus orejas, en el sitio donde en Europa llevan aros de brillantes y de perlas. En general, estas mujeres se hallan reducidas a la condición de esclavas y cargan con los más duros trabajos de la casa, cuando no está lejano el tiempo en que, después de haber penado para mantener a sus insolentes maridos, se las estrangulaba sobre la tumba a la muerte de éstos.

Nuestros turistas, varias veces durante los tres días que han

dedicado a sus excursiones por los alrededores de Suva, intentaron visitar algunas casas indígenas. Pero no pudieron entrar, no por falta de hospitalidad de sus moradores, sino por el mal olor que de tales sitios salía, a causa de que los habitantes se frotan el cuerpo con aceite de coco, de la promiscuidad en sus nauseabundas chozas con los cerdos, pollos, perros y gatos, y de la luz sofocante obtenida de la goma resinosa del damara. ¡No, no había medio de permanecer allí! Y además, después de haber tomado sitio en el hogar fijiano, ¿no hubiera sido preciso, so pena de faltar a las conveniencias, beber la taza de *kava*, el licor fijiano por excelencia? Aparte de que, por sacarse de la raíz seca de la pimienta, el *kava* es inaguantable para los paladares europeos, hay que tener en cuenta la forma en que se lo prepara. ¿No es para excitar todo ello la más invencible repugnancia? Esta pimienta no se muele, sino que se la machaca y se la tritura entre los dientes, después de lo cual se la echa en un vaso de agua que se ofrece con una insistencia tan salvaje que no permite rehusarse. No hay otro remedio que dar las gracias con estas palabras, que son de uso corriente en el archipiélago: *E mana ndina*, o lo que es lo mismo: Amén.

Y no hablemos de las cucarachas que pululan en el interior de las chozas; de las hormigas blancas, que las devastan, y de los mosquitos, que se cuentan por millones y se ven correr en innumerables falanges por las paredes, por el suelo, por los vestidos de los indígenas.

En fin, ni Yvernés ni sus compañeros tienen el valor suficiente para penetrar en las casas fijianas. En consecuencia, los estudios etnológicos quedan incompletos, y hasta el mismo Frascolín ha dado marcha atrás, lo que produce una laguna en sus recuerdos de viaje.

IX

UN CASUS BELLI^[133]



En tanto que nuestros artistas pasean y se enteran de las costumbres del archipiélago, algunos notables de Standard Island no han desdeñado entrar en relaciones con las autoridades indígenas del archipiélago. Los *papalangis* —así se llama a los extranjeros en estas islas— no podían temer ser mal recibidos.

Un gobernador general inglés representa a las autoridades europeas en estos grupos del oeste, que sufren más o menos eficazmente el protectorado del Reino Unido. Cyrus Bikerstaff no se cree en el deber de hacerle una visita oficial. Dos o tres veces se han clavado ambos la vista, pero sus relaciones no han pasado de ahí.

Con el cónsul de Alemania, que es al mismo tiempo uno de los principales comerciantes del país, las relaciones se han limitado a un cambio de tarjetas.

Durante la escala, las familias Tankerdon y Coverley han organizado excursiones a los alrededores de Suva y a los bosques que se levantan hasta en las últimas cumbres. A propósito de esto el superintendente hace una observación muy justa a sus amigos del cuarteto:

—Si los de Milliard City se muestran tan aficionados a estos paseos por las alturas, ello obedece a que nuestra Standard Island no es bastante accidentada. Ella es muy chata y demasiado uniforme, pero yo espero que algún día podamos contar con una montaña artificial que pueda rivalizar con las más altas cimas del Pacífico. Entretanto, siempre que la ocasión se presenta, nuestros conciudadanos se apresuran a respirar el aire puro y vivificante del espacio a algunos centenares de metros. Esto responde a una necesidad de la naturaleza humana.

—¡Muy bien! —responde Pinchinat—. Pero... un consejo, mi estimado Eucalixtus. Cuando usted construya su montaña de acero o de aluminio, no se olvide de ponerle dentro un lindo volcán, un volcán con cajas fulminantes y fuegos artificiales...

—¿Y por qué no, señor burlón? —pregunta Calixtus Munbar.

—Es lo que yo me digo: ¿y por qué no? —replica Su Alteza.

No hay que decir que Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley, tomados del brazo, participan en estas excursiones.

Los turistas no han dejado de visitar en Viti Levú las curiosidades de la capital: los *mburekalu* o templos de los espíritus, y también el local destinado a las asambleas políticas. Estas construcciones, que se levantan sobre una base de piedra, se componen de bambúes trenzados, de vigas cubiertas de una especie de galones vegetales y de listones ingeniosamente dispuestos para soportar el tejado de paja. Los excursionistas visitan también el hospital, que reúne excelentes condiciones higiénicas, y el jardín botánico, que tiene forma de anfiteatro y se encuentra detrás de la ciudad.

A menudo estos paseos se prolongan hasta la noche, y entonces el regreso se efectúa, como en los antiguos tiempos, con la linterna en la mano. Las islas Fiji no cuentan aún con gasómetros, ni con mecheros Auer, ni con lámparas de arco o de gas acetileno, pero todo llegará «bajo el luminoso protectorado de Gran Bretaña», insinúa Calixtus Munbar.

Entretanto, ¿qué hacen durante esta escala el capitán Sarol y sus malayos neohebridanos embarcados en Samoa? Nada que esté en pugna con su existencia habitual. No descienden a Viti Levú, pues conocen la isla y sus vecinas, unos por haberla frecuentado durante su navegación y los otros por haber trabajado allí por cuenta de los plantadores. Prefieren permanecer en Standard Island, que exploran sin cesar, no dejando de visitar la ciudad, los puertos, el parque, el campo, las baterías de popa y del espolón. Unas semanas más, y, gracias a la amabilidad de la compañía y del gobernador Cyrus Bikerstaff, desembarcarán en su país, después de una estadía de cinco meses en la isla de hélice.

Algunas veces nuestros artistas conversan con Sarol, que es muy inteligente y se expresa generalmente en inglés. Sarol les habla con entusiasmo de las Nuevas Hébridas, de los indígenas de este grupo,

de sus costumbres, de su alimentación, de su cocina, todo lo cual interesa particularmente a Su Alteza. La ambición secreta de Pinchinat es descubrir un nuevo plato cuya receta comunicaría a las sociedades gastronómicas de la vieja Europa.



El gobernador ha puesto a disposición del cuarteto una de las chalupas eléctricas de Tribord Harbour. El 30 de enero, Sebastián Zorn y sus compañeros parten en ella con la intención de remontar el curso del Rewa, uno de los principales ríos de la isla. El patrón de la chalupa, un maquinista y dos marineros componen la tripulación, junto con un piloto fijiano. En vano invitan a Atanasio Doremus para que se una al grupo. La curiosidad se ha extinguido en el profesor de baile. Además, durante su ausencia podría presentarse algún alumno, por lo que prefiere no abandonar la sala de bailes del Casino.

Bien dispuesta y con provisiones, pues no piensan regresar hasta la noche a Tribord Harbour, la embarcación sale del puerto de Suva a las seis de la mañana y sigue el litoral hasta la bahía del Rewa. No sólo los arrecifes, sino también los tiburones, se muestran en gran número en estos parajes, y conviene guardarse tanto de los unos como de los otros.

—¡Bah! —observa Pinchinat—. Estos tiburones no son caníbales de agua salada. ¡Los misioneros ingleses han debido convertirlos al cristianismo como han convertido a los fijianos! Apostaría a que estas bestias han perdido el gusto por la carne humana.

—No se fíe usted de ellos —responde el piloto— más de lo que se fiaría de los fijianos del interior.

Pinchinat se encoge de hombros. ¡Ya lo aburren esos pretendidos antropófagos que no «antropofaguean» ni siquiera en los días festivos!

El piloto conoce perfectamente la bahía y el curso del Rewa. Sobre este importante río, llamado también Wai Levú, el oleaje se hace sentir a una distancia de cuarenta y cinco kilómetros, y los barcos pueden remontarlo unos ochenta.

En su desembocadura, el Rewa tiene más de doscientos metros de anchura y corre entre riberas arenosas: baja la de la izquierda, escarpada la de la derecha, y en las que los bananeros y cocoteros se destacan nítidamente sobre un ancho fondo de follaje. Su nombre es Rewa Rewa, conforme a esa repetición de palabras que es casi general en los pueblos del Pacífico, y que, como hace observar Yvernés, no es más que una imitación de esa pronunciación infantil que se encuentra en las palabras *mamá*, *papá*, *guauguau*, *bombón* y otras. ¡De hecho, apenas si estos indígenas parecen salidos de la

infancia!

El verdadero Rewa está formado por la confluencia del Wai Levú (agua grande) y del Wai Manú, y su desembocadura principal es designada con el nombre de Wai Niki.

Después de costear el recodo que forma el delta, la chalupa se dirige hacia el pueblo de Kamba, medio oculto entre el follaje. Pero los paseantes no se detienen allí, ni tampoco en la aldea de Naitasiri, a fin de no perder la marea. Además; este pueblo acaba de ser declarado tabú, con sus casas, sus árboles, sus habitantes y hasta las aguas del Rewa que bañan la arena. Los indígenas no hubieran permitido a nadie poner el pie allí. El tabú es una costumbre, si no muy respetable, por lo menos muy respetada. Sebastián Zorn está bien enterado al respecto.

Cuando los excursionistas costean a Naitasiri, el piloto los invita a mirar un enorme árbol, un *tavana*, que se yergue en un ángulo de la ribera.

—¿Y qué tiene de notable ese árbol? —pregunta Frascolín.

—Nada —responde el piloto—, como no sea su corteza, llena, desde la base del tronco hasta las ramas, de incisiones que indican el número de cuerpos humanos que fueron asados en ese lugar y comidos enseguida.

—¿Como las muescas que el panadero marca sobre la tarja? [134] —observa Pinchinat, que se encoge de hombros en señal de incredulidad.

Pero hace mal en burlarse. Las islas Fiji fueron por excelencia el país del canibalismo, y estas prácticas no han sido desterradas por completo. La gula las conservará largo tiempo aún entre las tribus del interior, puesto que, en opinión de los fijianos, nada es comparable, por su gusto y delicadeza, a la carne humana, muy superior a la de vaca. Según el piloto, existió un jefe, Ra Undrenudu, que hacía colocar en su dominio piedra sobre piedra, y cuando murió el número de ellas se elevaba a ochocientos veintidós.

—¿Y saben ustedes lo que indican esas piedras?

—Nos es imposible adivinarlo —responde Yvernés—, ni aun aplicando toda nuestra inteligencia de instrumentistas.

—Pues indican el número de cuerpos humanos que este jefe había devorado.

—¿Él solo?

—¡Él solo!

—¡Es que era muy comilón! —se contenta con responder Pinchinat, que ya tiene formada su opinión respecto a estas «mentiras» fijianas.

A eso de las once una campana suena en la ribera derecha. El pueblo de Naililii, compuesto por unas cuantas chozas, aparece entre las frondas, bajo la sombra de los cocoteros y bananeros. En este pueblo hay una misión católica. ¿No podrían los turistas detenerse una hora, el tiempo para dar un apretón de manos al misionero compatriota?

El piloto no ve en ello inconveniente, y la embarcación es amarrada al tronco de un árbol. Sebastián Zorn y sus compañeros bajan a tierra, y no han andado ni dos minutos cuando encuentran al superior de la misión. Es un hombre de unos cincuenta años, de rostro enérgico y simpático. Feliz de poder hablar con franceses, los conduce a su casa, que se halla en medio de la aldea, poblada por un centenar de fijianos, e insiste en que sus huéspedes acepten algún refresco del país.

Pueden tranquilizarse, pues no se trata del repugnante *kava*, sino de una especie de bebida, o más bien caldo, de bastante buen gusto, obtenido por la cocción de los *cyreae*, mariscos muy abundantes en las arenas del Rewa.

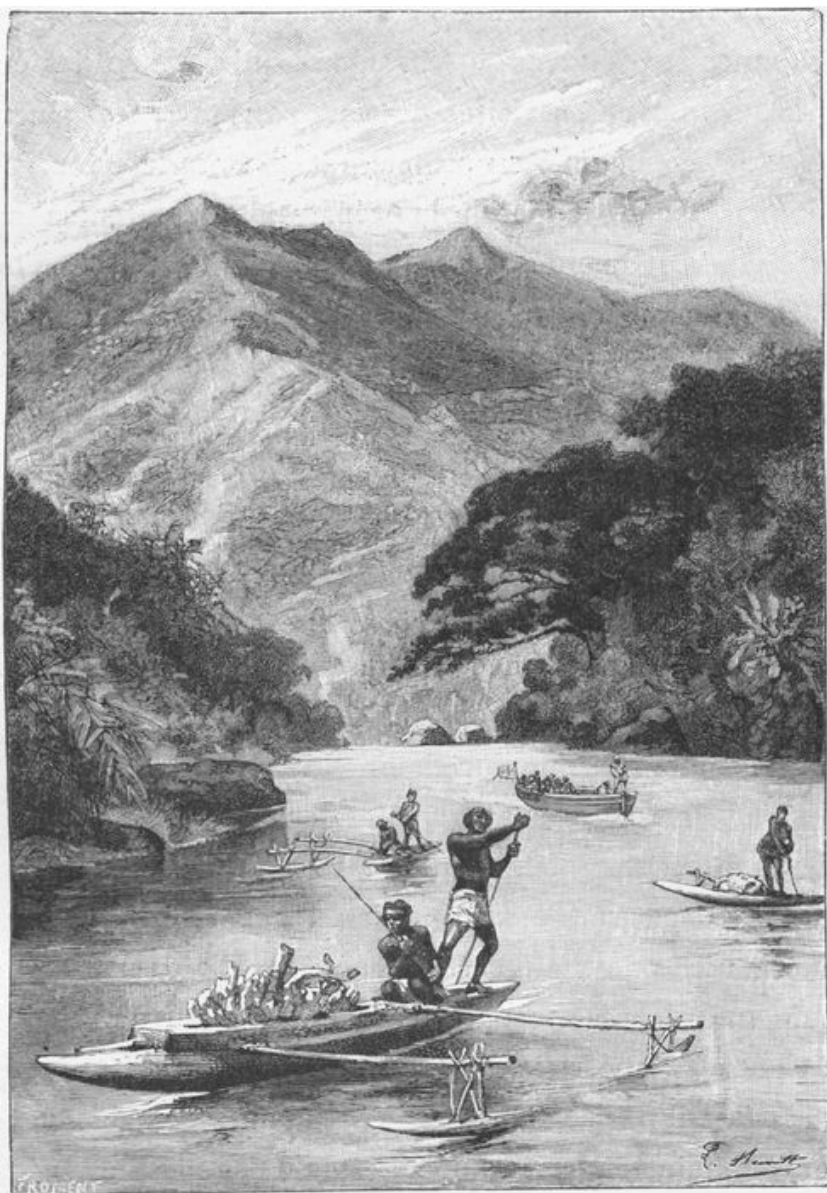
Este misionero se ha dedicado en cuerpo y alma a la propagación del catolicismo, no sin dificultades, ya que tiene que luchar con un pastor wesleyano que le hace formal competencia en la vecindad. Con todo, está muy satisfecho de los resultados obtenidos, aunque le cuesta gran trabajo extinguir en sus fieles el amor por el *bukalo*, es decir, por la carne humana.

—Y puesto que se dirigen ustedes al interior, queridos huéspedes —añade—, sean prudentes y estén atentos.

—¿Oyes, Pinchinat? —dice Sebastián Zorn.

Parten un poco antes que el ángelus del mediodía haya sonado en el campanario de la iglesia. En el camino, la embarcación se cruza con algunas piraguas con balancín que llevan cargamentos de bananos, que es la moneda corriente que el recaudador de impuestos acaba de recoger entre sus administrados. Las orillas desaparecen bajo los laureles, acacias, limoneros y cactus de flores

rojas. Por encima de ellos los bananeros y cocoteros yerguen sus elevadas ramas cargadas de frutos, y todo este follaje se prolonga hasta las últimas montañas, dominadas por el pico de Mbugge Levú.



Entre estos macizos se destacan una o dos fábricas a la europea,

no muy en armonía con la naturaleza salvaje del país. Son fábricas de azúcar provistas de todo lo que exige la última palabra de la maquinaria moderna, y cuyo producto, según se ha dicho, «puede sostener ventajosamente la comparación con los azúcares de las Antillas y de las demás colonias».

En una hora la embarcación llega al término de su viaje por el Rewa. Dentro de dos horas se dejará sentir el reflujo, que podrá aprovecharse para volver a bajar el río, operación que se efectuará rápidamente, pues la bajante es viva. Los excursionistas, sin duda, llegarán a Tribord Harbour antes de las diez de la noche. Disponen, pues, de cierto tiempo, que emplean en visitar la aldea de Tampoo, cuyas primeras casas se ven a media milla de distancia.

Se resuelve que el maquinista y los dos marineros quedarán guardando la chalupa, y que el piloto guiará a los pasajeros hasta el pueblo, en donde las antiguas costumbres fijianas se han conservado en toda su pureza. En esta parte de la isla, los misioneros han perdido su trabajo y sus sermones. Allí reinan todavía los brujos, y los hechiceros se reúnen en sociedades que llevan nombres complicados como *Vaka-Ndranni-Kan-Tacka*, es decir, «la conjuración practicada por las hojas». Se adora a los *Katoauus*, dioses cuya existencia no ha tenido comienzo ni tendrá fin, y que no desdeñan recibir sacrificios especiales que el gobernador general es impotente para impedir y hasta para castigar.

Tal vez hubiera sido más prudente no aventurarse en medio de estas tribus sospechosas. Pero nuestros artistas, curiosos como verdaderos parisienses, insisten, y el piloto consiente en acompañarlos, recomendándoles que no se alejen unos de otros.

En primer lugar, a la entrada de Tampoo, formado por un centenar de chozas, encuentran algunas mujeres, verdaderas salvajes vestidas con un simple taparrabo anudado a la cintura, que no demuestran ningún asombro a la vista de estos extranjeros que vienen a sorprenderlas en su trabajo. Se han acostumbrado a estas visitas desde que el archipiélago está sometido al protectorado de Inglaterra.

Estas mujeres están ocupadas en la preparación de la *cúrcuma*, especie de raíces conservadas en zanjás tapizadas previamente de hierbas y hojas de bananero, y luego asadas, ralladas y prensadas en cestas recubiertas de helechos; el jugo que se escapa es introducido

en cañas de bambú. Este jugo sirve a la vez de alimento y de pomada, y es muy usado en ambos conceptos.

Los turistas entran en el pueblo sin que los indígenas les hagan recibimiento alguno ni se apresuren a cumplimentarlos o a ofrecerles hospitalidad.

Aparte de esto, el aspecto exterior de las casas no ofrece atractivo alguno. De ellas se escapa un olor nauseabundo, en el que predomina el del aceite rancio de coco, por lo que el cuarteto se felicita de que no se cumplan con ellos las leyes de la hospitalidad.

Sin embargo, cuando llegan ante la choza del jefe, éste —un fijiano de gran estatura, aspecto feroz y fisonomía horrible— se dirige hacia ellos entre un cortejo de indígenas. Su cabeza, cubierta de cal, muestra la cabellera rizada. Viste traje de ceremonia: camisa rayada, cinturón, el pie izquierdo calzado con una vieja zapatilla y —¿cómo Pinchinat no ha soltado la carcajada?— una antigua levita azul con botones de oro, remendada en muchos sitios y cuyos faldones desiguales le golpean, uno la pantorrilla y el otro el tobillo. Al avanzar hacia el grupo de los *papalangis*, el jefe tropieza con un tronco, pierde el equilibrio y cae al suelo. Inmediatamente, conforme a la etiqueta, los demás tropiezan a su vez y caen, a fin de tomar su parte de ridículo en la caída. Así lo explica el piloto, y Pinchinat aprueba esta formalidad, no más ridícula que otras tantas en uso en las cortes europeas, en su opinión al menos.

Entretanto, cuando todo el mundo se ha levantado, el jefe y el piloto cambian en lengua fijiana algunas palabras de las que el cuarteto no comprende nada. Estas frases, traducidas por el piloto, no tienen más objeto que el de interrogar a los extranjeros sobre el objeto de su visita al pueblo de Tampoo. Se responde que sólo desean conocerlo y hacer una excursión por los alrededores, autorización que se les concede después de haber cambiado algunas preguntas y respuestas. Por otra parte, el jefe no manifiesta placer ni disgusto por la llegada de los turistas a Tampoo, y a una señal suya los indígenas vuelven a entrar en sus casas.

—Después de todo, no parecen mala gente —observa Pinchinat.

—Lo cual no es razón para incurrir en alguna imprudencia —responde Frascalín.

Durante una hora los artistas se pasean por el pueblo sin ser molestados por los indígenas. El jefe de la levita azul ha entrado en

su casa, y es visible que la acogida de los naturales está llena de profunda indiferencia.

Después de haber vagado por las calles de Tampoo sin que ninguna casa se haya abierto para recibirlos, Sebastián Zorn, Yvernés, Pinchinat, Frascalín y el piloto se dirigen a las ruinas de unos templos situados no lejos de la casa que sirve de vivienda a uno de los hechiceros de aquel sitio. Este hechicero, sentado a la puerta, les dirige una mirada aviesa, y con sus ademanes parece arrojarles alguna maldición. Frascalín intenta entablar conversación con él valiéndose del piloto. El hechicero toma entonces tan amenazadora actitud que es preciso renunciar a la esperanza de sacar una palabra de aquel puerco espín fijiano.



Durante este tiempo, y no obstante las recomendaciones que le han sido hechas, Pinchinat se ha alejado a través de un espeso macizo de bananeros situado al pie de una colina. Cuando Sebastián Zorn, Frascalín e Yvernés, rechazados por la acritud del hechicero, se disponen a abandonar Tampoo, no ven a su compañero. Sin

embargo, ya es tiempo de volver a la embarcación. Él no ha de tardar, y esas pocas horas hay que aprovecharlas para bajar el río Rewa.

Frascolín, inquieto por la ausencia de Pinchinat, lo llama a gritos.

Nadie responde.

—¿Dónde está, pues? —inquieta Zorn.

—No sé —responde Yvernés.

—¿Alguno de ustedes ha visto alejarse a su amigo? —pregunta el piloto.

¡Nadie lo ha visto!

—Habrà, tal vez, vuelto a la chalupa por el camino del pueblo —dice Frascolín.

—Es una imprudencia... Pero no perdamos tiempo y reunámonos con él —responde el piloto.

Parten, no sin una ansiedad bastante viva. Ese Pinchinat será siempre el mismo; y considerar como imaginaria la ferocidad de aquellos indígenas, que siguen siendo tan obstinadamente salvajes, puede exponerle a peligros muy graves y reales.

Al atravesar Tampoo, el piloto nota, no sin cierta aprensión, que ningún fijiano se deja ver. Todas las puertas de las casas permanecen cerradas. Frente a la casa del jefe no se ve grupo alguno. Las mujeres que se ocupaban en la preparación de la *cúrcuma* han desaparecido. No parece sino que el pueblo haya sido abandonado desde hace una hora.

El grupo apresura el paso, llamando varias veces al ausente, pero el ausente no responde. ¿Habrà, pues, ganado la ribera por la parte donde está amarrada la chalupa? ¿O es que la embarcación no se halla ya en aquel sitio, al cuidado del maquinista y los dos marineros?

Quedan aún por recorrer algunos centenares de pasos. Se apresuran, y, traspuesto el límite de la arboleda, se ve la chalupa y a los tres hombres en su puesto.

—¿Nuestro compañero? —grita Frascolín.

—¿No está con ustedes? —responde el maquinista.

—No, desde hace media hora.

—¿No ha venido aquí? —pregunta Yvernés.

—No.

¿Qué le ha ocurrido a aquel imprudente? El piloto no oculta su inquietud.

—Es necesario volver al pueblo —dice Sebastián Zorn—. No podemos abandonar a Pinchinat.

Dejan la chalupa al cuidado de uno de los marineros, aunque proceder así tal vez sea peligroso. Pero vale más que sean muchos los que vuelvan a Tampoo, bien armados esta vez. Registrarán todas las casas, y no abandonarán el pueblo, no volverán a Standard Island sin haber encontrado a Pinchinat.

Toman de nuevo el camino de Tampoo. La misma soledad reina en el pueblo y en los alrededores. ¿Dónde, pues, se ha refugiado aquella población? En las calles no se oye un ruido, y las casas están vacías. Por desgracia, la duda no es posible. Pinchinat se ha aventurado por el bosque de bananeros... Han caído sobre él... Ha sido arrastrado. ¿Adónde? Ya se puede calcular la suerte que le preparan aquellos caníbales de quienes se burlaba...

La búsqueda por los alrededores de Tampoo no produciría resultado alguno. ¿Cómo encontrar una pista en medio de aquella región boscosa, a través de aquellos matorrales que sólo conocen los fijianos? Además, ¿no hay motivo para temer que quieran apoderarse de la embarcación, guardada por un solo marinero? Si aconteciera esta desgracia, se perdería toda esperanza de salvar a Pinchinat, y, por añadidura, la vida de sus compañeros se vería comprometida.

Es imposible expresar la desesperación de Frascolín, de Yvernés y de Sebastián Zorn. El piloto y el maquinista no saben qué partido tomar. Entonces Frascolín, que ha conservado su sangre fría, dice:

—Volvamos a Standard Island.

—¡¿Sin nuestro compañero?! —exclama Yvernés.

—¿Y tú piensas...? —añade Zorn.

—No veo que se pueda tomar otro partido —responde Frascolín—. Es preciso que se prevenga al gobernador de Standard Island, que las autoridades de Viti Levú sean advertidas y puestas en condiciones de proceder.

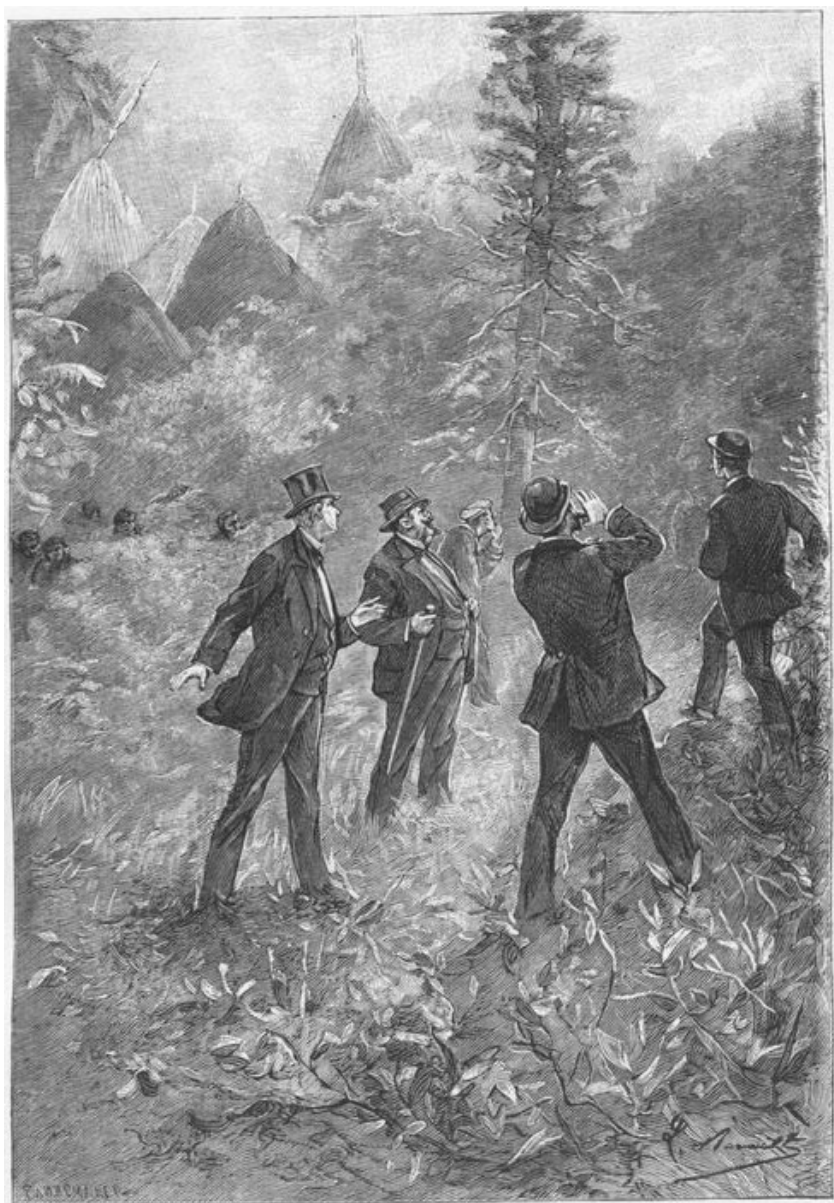
—Sí, partamos —aconseja el piloto—, y si queremos aprovechar la marea descendente no tenemos un momento que perder.

—Es el único medio de salvar a Pinchinat —exclama Frascolín—, si es que ya no es tarde.

El único medio, en efecto.

Abandonan Tampoo con el temor de no hallar la chalupa en su sitio. En vano el nombre de Pinchinat es gritado por todas las bocas. Y si hubieran estado menos azorados, tal vez el piloto y sus compañeros habrían podido ver entre los zarzales próximos algunos de aquellos feroces fijianos que espiaban su partida.

La embarcación está en su sitio. El marinero no ha visto a nadie rondando por las riberas del Rewa. Con el corazón oprimido, Sebastián Zorn, Frascalín e Yvernés se deciden a ocupar sus puestos en el barco. Vacilan, llaman todavía... Pero, como ha dicho Frascalín con mucha razón, es preciso partir. El maquinista pone en marcha el motor, y la chalupa, ayudada por la marea, desciende por el Rewa con rapidez prodigiosa.



A las seis dobla la punta oeste del delta y una hora después amarra en Tribord Harbour. Quince minutos más tarde, Frascalín y sus dos compañeros, transportados por el tren, llegan a Milliard City y se dirigen al Palacio Municipal.

Desde que se le pone al corriente de lo que sucede, Cyrus

Bikerstaff se hace conducir a Suva y solicita una entrevista con el gobernador general del archipiélago, lo que le es concedido. Cuando el representante de la reina se entera de lo ocurrido en Tampoo, no oculta que es muy grave el asunto. ¡Aquel francés está en manos de una de esas tribus del interior que escapan a toda autoridad!

—Por desgracia, no podemos intentar nada antes de mañana —añade—. Nuestras chalupas no podrían subir a Tampoo luchando contra el reflujo del Rewa. Además, es preciso ir en buen número, y lo mejor sería dirigirse a través de la selva...

—Sea —responde Cyrus Bikerstaff—; pero no mañana, sino hoy y al momento, es preciso partir.

—No dispongo ahora de los hombres necesarios —responde el gobernador.

—Los tenemos nosotros, caballero —replica Cyrus Bikerstaff—. Tome usted, pues, las medidas que crea convenientes para unirlos a los soldados de su milicia, a las órdenes de uno de los oficiales que conozca bien el país.

—Perdone usted, caballero —responde secamente el gobernador—, no tengo costumbre...

—Perdone usted también —responde Cyrus Bikerstaff—; pero le prevengo que, si no se hace inmediatamente lo que digo, si nuestro amigo, nuestro huésped, no nos es devuelto, la responsabilidad caerá sobre usted, y...

—¿Y...? —pregunta el gobernador en tono altivo.

—Las baterías de Standard Island destruirán a Suva, vuestra capital, y todas las propiedades extranjeras, sean inglesas o alemanas.

El ultimátum es formal, y no hay más remedio que someterse. Los escasos cañones de la isla no podrían luchar contra la artillería de Standard Island. El gobernador, pues, se somete, y preciso es confesar que hubiera sido mejor que mostrara más buena voluntad en nombre de la humanidad.

Media hora más tarde, cien hombres, entre marineros y milicianos, desembarcan en Suva a las órdenes del comodoro Simcoe, que ha querido conducir la empresa por sí mismo. El superintendente, Sebastián Zorn, Yvernés y Frascalín están a su lado. Una escuadra de la gendarmería de Viti Levú les presta

auxilio.

Desde la partida, la expedición se arroja a través de la maleza, rodeando la bahía del Rewa, bajo la dirección del piloto que conoce aquellas difíciles regiones del interior. Van por el camino más corto, con paso rápido, a fin de llegar a Tampoo en el menor tiempo posible.

No es necesario llegar hasta el pueblo. A eso de la una de la madrugada se da orden de hacer alto. En lo más profundo de un bosque casi impenetrable se ve el resplandor de una hoguera. No hay duda de que allí hay un grupo de nativos de Tampoo, ya que el pueblo no se encuentra más que a una media hora de camino al este.

El comodoro Simcoe, el piloto, Calixtus Munbar y los tres parisienses van a la cabeza. A unos cien pasos de distancia se detienen y quedan inmóviles. Frente a un fuego vivísimo, rodeado de una tumultuosa multitud de hombres y mujeres, Pinchinat, medio desnudo, está atado a un árbol, y el jefe fijiano corre hacia él con el hacha levantada.

—¡Corramos, corramos! —grita el comodoro Simcoe a sus marinos y milicianos.

La súbita irrupción causa sorpresa y terror muy justificados en estos indígenas, a los que el destacamento ataca a balazos y mandobles. En un abrir y cerrar de ojos el lugar queda despejado, pues toda la tribu se dispersa por el bosque.

Pinchinat, desatado del árbol, cae en los brazos de su amigo Frascolín. ¿Cómo expresar la alegría de aquellos artistas, de aquellos hermanos, a la que se mezclaron lágrimas y también reproches muy merecidos?

—Pero, desdichado —dice el violoncelista—, ¿por qué se te ocurrió alejarte?

—Todo lo desdichado que quieras, mi viejo Sebastián —contesta Pinchinat—; pero contén tu indignación y no abrumes con reproches a un hombre casi desnudo. Dame mis ropas, a fin de que pueda presentarme de modo conveniente ante las autoridades.

Al pie del árbol están las ropas, que Pinchinat recoge conservando su sangre fría admirable. Después, cuando está «presentable», va a estrechar la mano del comodoro Simcoe y del superintendente.

—Vamos —le dice Calixtus Munbar—, ¿creerá usted ahora en el canibalismo de los fijianos?



—No tan caníbales —replica Su Alteza—, puesto que no me falta ni un miembro.

—¡Siempre el mismo! —exclama Frascalín.

—¿Saben lo que me humillaba más en la situación de caza humana y ya a punto de ser asado? —dice Pinchinat.

—¡Que me ahorquen si lo adivino! —responde Yvernés.

—Pues bien, no era el ser comido deprisa y corriendo por esos indígenas, no; era el ser devorado por un salvaje con traje azul y botones de oro, y con un paraguas bajo el brazo..., un horrible paraguas británico.

X

CAMBIO DE PROPIETARIOS



La partida de Standard Island está fijada para el 2 de febrero.

Concluidas las excursiones, todos los turistas han regresado a Milliard City la víspera. El asunto de Pinchinat ha sido muy comentado, y todos en la *Joya del Pacífico* han hecho suya la causa de Su Alteza, tan universal es la simpatía de que goza el Cuarteto Concertante. El consejo de notables ha dado su entera aprobación a la enérgica conducta del gobernador Cyrus Bikerstaff, y los periódicos lo han felicitado vivamente. De manera que Pinchinat se ha transformado en el hombre del día. ¡Un músico terminando su carrera artística en el estómago de un fijiano! Pinchinat conviene al fin en que los indígenas de Viti Levú no han renunciado por completo a sus gustos de antropófagos. Después de todo, y según ellos, la carne humana es tan buena, y aquel diablo de Pinchinat estaba tan apetitoso...

Standard Island aparece al alba y pone la proa en dirección a las Nuevas Hébridas. Esta vuelta va a alejarla unos diez grados, o sea, unas doscientas leguas hacia el oeste. Pero se puede evitar ya que es necesario dejar al capitán Sarol y a sus compañeros en las Nuevas Hébridas. Por otra parte, nadie está disgustado por ello. Todos se alegran de prestar este favor a esa brava gente que tanta valentía ha demostrado en la lucha contra las fieras. ¡Y parecen tan satisfechos de ser repatriados en aquellas condiciones, después de una ausencia tan larga! Además, esto será una ocasión para visitar aquel grupo, que los habitantes de Milliard City no conocen aún.

La navegación se realiza con lentitud. En efecto, en los parajes comprendidos entre las Fiji y las Nuevas Hébridas, o sea, a los

170° 35'

de longitud este y

19° 13'

de latitud sur, es donde el vapor expedido de Marsella por encargo de las familias Tankerdon y Coverley debe reunirse con Standard Island.

De más está decir que el matrimonio de Walter y *miss* Dy es más que nunca motivo de preocupación general. ¿Se podría pensar en otra cosa? Calixtus Munbar no tiene un momento libre. Prepara y combina los varios elementos de una fiesta que se contará entre los grandes acontecimientos de la isla de hélice. Si llegara a adelgazar, a nadie lo sorprendería.

Standard Island, que no camina más de veinte o veinticinco kilómetros por día, avanza hasta hallarse a la vista de Viti, cuyas soberbias riberas están bordeadas de lujuriantes bosques de un verde sombrío. Emplea tres días en salir de aquellas aguas tranquilas desde la isla Wanara a la isla Ronda. El paso al que los mapas asignan este último nombre ofrece un ancho camino a la *Joya del Pacífico*, que lo atraviesa lentamente. Gran número de ballenas, asustadas y enloquecidas, chocan de cabeza contra el casco de acero, que se estremece con estos golpes, pero es sólido y no hay nada que temer.

Por fin, en la tarde del 6 de febrero, las últimas cimas de las Fiji desaparecen en el horizonte. En este momento el comodoro Simcoe acaba de abandonar los dominios polinésicos por los dominios melanésicos del océano Pacífico.

añade Pinchinat.

—Esperemos a que el viaje haya concluido —replica el violoncelista—, y a que nos hayamos embolsado el cuarto trimestre del sueldo, que habremos ganado merecidamente.

—¡Eh! —dice Yvernés—. Ya son tres los que la compañía nos ha entregado desde nuestra partida, y apruebo la idea de Frascalín, nuestro inapreciable administrador, de haber enviado esa gran cantidad al Banco de Nueva York.

En efecto, el inapreciable administrador ha creído más acertado depositar ese dinero, por conducto de los banqueros de Milliard City, en uno de los honrados bancos de la Unión. No significaba esto desconfianza, sino únicamente que aquel banco inmóvil parecía ofrecer más seguridad que un banco flotante, con un abismo de cinco o seis mil metros debajo, profundidad que mide comúnmente el Pacífico.

En el curso de esta conversación, entre el humo perfumado de los cigarros y las pipas, Yvernés hace la siguiente observación:

—Amigos, las fiestas que se preparan con motivo de la boda prometen ser espléndidas. Nuestro superintendente no economiza ni su imaginación ni su trabajo. Habrá lluvia de dólares, y las fuentes de Milliard City verterán vinos generosos, sin duda alguna. Sin embargo, ¿saben ustedes qué faltará a la ceremonia?

—¡Una catarata de oro líquido corriendo sobre montañas de diamantes! —exclama Pinchinat.

—No —responde Yvernés—. Una cantata.

—¿Una cantata? —replica Frascalín.

—Sin duda —dice Yvernés—. Se hará música: ejecutaremos los trozos más en boga y apropiados a las circunstancias, pero si no hay cantata, canción nupcial, epitalamio en honor a los novios...

—¿Por qué no, Yvernés? —dice Frascalín—. Encárgate tú de hacer rimar *amor* con *dolor* y *día* con *alegría* en unos doce versos desiguales, y Sebastián Zorn, que ha hecho ya pruebas como compositor, le pondrá música a tu poesía.

—¡Excelente idea! —exclama Pinchinat—. ¿Qué te parece, mi viejo gruñón? Algo bien matrimonial, con muchos *pizzicatos*, *allegros*, *molto agitato* y una *coda* delirante, [135] a cinco dólares la nota.

—No, gratis esta vez —responde Frascalín—. Será el presente

del Cuarteto Concertante a estos ricachos de Standard Island.

Así se decide, y el violoncelista se muestra dispuesto a implorar las inspiraciones del dios de la música, si el dios de la poesía derrama las suyas en el corazón de Yvernés. Y de esta colaboración va a salir la *Cantata de las Cantatas*, a imitación del *Cantar de los Cantares*, [136] en honor de los Tankerdon unidos a los Coverley.

En la tarde del 10 se esparce el rumor de que un gran vapor está a la vista, en dirección nordeste. Su nacionalidad no ha podido ser reconocida, pues está aún a una distancia de diez millas en el momento en que las brumas del crepúsculo han ensombrecido el mar.

Este vapor parece forzar la marcha y puede verse bien que se dirige hacia Standard Island. Aunque no llegará hasta el día siguiente al alba. La noticia produce un efecto indescriptible. Todas las imaginaciones femeninas se conmueven al pensamiento de las maravillas de joyería, de trajes de moda y de objetos de arte que conduce aquel barco transformado en una enorme canastilla de bodas... con una fuerza de quinientos a seiscientos caballos.

No se han equivocado: el destino de aquel barco es la isla de hélice. Por la mañana se acerca a Tribord Harbour desplegando el pabellón de la Standard Island Company. De repente, otra noticia transmiten los teléfonos a Milliard City: el pabellón del barco está plegado. ¿Qué ha ocurrido? ¿Una desgracia, una muerte a bordo? Esto sería un mal augurio para aquel matrimonio, que debe asegurar el porvenir de Standard Island.

Pero se trata de otra cosa. El barco en cuestión no es el esperado, y no llega de Europa. Viene del litoral americano, de la bahía Magdalena. Aparte de esto, el vapor cargado con las riquezas nupciales no se retrasa. La fecha del matrimonio está fijada para el 27, y aún no es más que el 11 de febrero; tiene, pues, tiempo de llegar.

¿Qué quiere entonces aquel navío? ¿Qué noticias trae? ¿Por qué ha plegado su pabellón? ¿Por qué la compañía lo ha enviado hasta aquel paraje de las Nuevas Hébridas donde sabía que iba a encontrar a Standard Island? ¿Es que lleva alguna comunicación de excepcional gravedad? Sí, y no deben tardar en saberlo.

En cuanto el vapor se acerca al muelle, un pasajero desembarca. Es uno de los empleados superiores de la compañía, que se niega a

contestar a las preguntas de los numerosos e impacientes curiosos agrupados en Tribord Harbour. Un tren está dispuesto para partir, y, sin perder instante, el agente salta a uno de los coches. Diez minutos después llega al Palacio Municipal y pide audiencia al gobernador, «para un negocio urgente», audiencia que le es concedida en el acto. Cyrus Bikerstaff lo recibe en el gabinete, cuya puerta es cerrada.

No ha transcurrido un cuarto de hora cuando todos los miembros del consejo de notables son avisados telefónicamente para que se reúnan inmediatamente en el salón de sesiones. Entretanto, la imaginación de todos se echa a volar en los puertos y en la ciudad; la aprensión, sucediendo a la curiosidad, llega al colmo.

A las ocho menos veinte el consejo está reunido bajo la presidencia del gobernador, asistido por sus dos auxiliares. El agente dice entonces lo siguiente:

—Con fecha 23 de enero, la Standard Island Company Limited ha sido declarada en quiebra, y *Mr.* William T. Pomeroy nombrado liquidador, con plenos poderes para tratar el negocio del mejor modo en lo que se relaciona con los intereses de dicha compañía.

Mr. William T. Pomeroy, al que se han dado estas funciones, es el agente en persona.

La noticia se difunde, y, en verdad, no produce el efecto que hubiera causado en Europa. ¿Qué se puede esperar? Standard Island es «un pedazo separado de los Estados Unidos de Norteamérica», como dice Pinchinat. Una quiebra no es para asombrar a los americanos, ni menos para encontrarlos desprevenidos. ¿Acaso no es una de las fases naturales de los negocios, un accidente aceptable y aceptado?

Los millardarios encaran, pues, el caso con su flemma habitual. La compañía se ha hundido. Sea. Esto les puede suceder a las más honradas compañías financieras. ¿Su pasivo[137] es muy considerable? Sí, lo es, como lo da a conocer el balance presentado por el liquidador: quinientos millones de dólares. ¿Y qué ha causado la quiebra? Especulaciones insensatas, si se quiere, puesto que han resultado mal, pero que hubieran podido tener buen éxito: un inmenso negocio para fundar una ciudad nueva sobre terrenos de Arkansas, que se han hundido por efecto de una depresión

geológica que nada hacía prever. Después de todo, no es culpa de la compañía; y si los terrenos se hunden, no es de extrañar que a los accionistas les suceda lo mismo. Por firme que parezca Europa, igual cosa pudiera ocurrirle algún día.

Nada de esto hay que temer con Standard Island, lo cual demuestra su superioridad sobre los continentes e islas terrestres.

Lo más importante es tomar una resolución conveniente. El activo de la compañía se compone *hic et nunc*[138] del valor de la isla de hélice: casco, fábricas, hoteles, casas, campos, flota; en una palabra, todo lo que lleva el aparato del ingeniero William Tersen, todo lo que a él se une, más los establecimientos de la bahía Magdalena. ¿Cabe que se funde una nueva sociedad para comprarlo todo en conjunto? Sí. No hay que dudarlo, y el producto de esta venta será destinado a la liquidación de las deudas de la compañía. Pero ¿será preciso, para la formación de esta sociedad, acudir a capitales extranjeros? ¿Acaso los millardarios no son bastante ricos para comprar Standard Island con sus propios recursos? De simples arrendatarios, ¿no es preferible que se transformen en propietarios de la *Joya del Pacífico*? ¿Acaso su administración no será mejor que la de la compañía extinguida?

Se sabe que hay mucho dinero en las arcas de los miembros del consejo de notables, los que son de la opinión de que se proceda sin tardanza a la compra de Standard Island. ¿Tiene el liquidador bastantes poderes para tratar este asunto? Los tiene. Además, si la compañía mantiene la esperanza de hallar en poco tiempo la suma necesaria para la liquidación, sólo es en las arcas de los notables de Milliard City, algunos de los cuales se cuentan entre sus más fuertes accionistas. Ahora que ha terminado la rivalidad entre las dos principales familias y las dos secciones de la ciudad, la cosa marcha perfectamente. Entre los anglosajones de Estados Unidos de Norteamérica, los negocios no se dilatan mucho. De modo que los fondos se ofrecen en la misma sesión. A juicio de los notables, es inútil proceder a una suscripción pública. Jem Tarkerdon, Nat Coverley y algunos otros ofrecen cuatrocientos millones de dólares. Es para tomarlo o dejarlo..., y el liquidador acepta.

El consejo se había reunido a las ocho y cuarto en el gran salón del Palacio Municipal. Cuando se separa a las nueve y cuarenta y siete, la propiedad de Standard Island está en manos de los dos

archimillonarios y algunos otros amigos, bajo la razón social de Jem Tankerdon, Nat Coverley and Company.

Así como la noticia de la quiebra de la compañía no ha producido ningún temor entre los pobladores de la isla de hélice, de igual manera la noticia de la adquisición hecha por los notables de la isla no ha producido emoción alguna. Encuentran la cosa muy natural, y si hubiera sido preciso reunir una suma más considerable, los fondos se habrían encontrado al instante. Es una profunda satisfacción para los millardarios ver que se hallan en su casa, o que, por lo menos, no dependen de una sociedad extranjera, por lo que la *Joya del Pacífico*, representada en todas sus clases por empleados, agentes, funcionarios, oficiales, militares, marineros, quiere dar las gracias a los dos jefes de familia que tan bien han entendido el interés general.

Aquel día, en una reunión celebrada en el parque, se hace una proposición sobre el asunto, seguida de una triple salva de hurras y vítores. Enseguida se nombran delegados que se envían en comisión a los hoteles de Coverley y Tankerdon. Los delegados son recibidos con amabilidad y salen con el convencimiento de que en nada se cambiarán los reglamentos, usos y costumbres de Standard Island. La administración seguirá en la misma forma. Todos los empleados continuarán desempeñando sus tareas. ¿Y cómo podía ser de otro modo?

El comodoro Ethel Simcoe queda encargado de los servicios marítimos, manteniendo la dirección suprema de la marcha de Standard Island, conforme a los itinerarios establecidos por el consejo de notables. Las milicias siguen bajo las órdenes del coronel Stewart. Lo mismo ocurre en lo que se refiere a los servicios del Observatorio, que no son modificados, y, por lo tanto, el rey de Malecarlia no está amenazado con la cesantía. En fin, a nadie se destituye del puesto que ocupa, ni en los puertos, ni en las fábricas de fuerza eléctrica, ni en la administración municipal, ni siquiera a Atanasio Doremus en sus inútiles funciones, aunque los discípulos se obstinan siempre en no frecuentar sus clases. Y por supuesto, tampoco se modifica el contrato celebrado con el Cuarteto Concertante, que hasta el fin de la campaña continuará disfrutando del inverosímil sueldo convenido.

—¡Esta gente es extraordinaria! —exclama Frascolín al enterarse

de que el negocio ha terminado satisfactoriamente para todos.

—Esto pasa porque son riquísimos —responde Pinchinat.

—Quizá debiéramos aprovechar el cambio de propietarios para rescindir nuestro contrato —observa Sebastián Zom, que no cesa en sus absurdas prevenciones contra Standard Island.

—¡Rescindirlo! —exclama Su Alteza—. Pues bien, inténtalo solamente —y con la mano izquierda, cuyos dedos se abren y se cierran como si tocaran el instrumento, amenaza al violoncelista con aplicarle uno de esos bofetones que se dan a la velocidad de ocho metros por segundo.

No obstante, en lo que se refiere al gobierno de la isla, va a haber una modificación: Cyrus Bikerstaff, representante directo de la Standard Island Company, se cree en el deber de presentar su renuncia, determinación que parece lógica en el estado actual de las cosas. Su dimisión es aceptada en los términos más honrosos para el gobernador. En cuanto a sus dos auxiliares, Barthelemy Rudge y Hubley Harcourt, medio arruinados por la quiebra de la compañía, de la que eran fuertes accionistas, abrigan la intención de abandonar la isla de hélice en uno de los próximos vapores. Sin embargo, Cyrus Bikerstaff acepta permanecer al frente de la administración municipal hasta el fin de la campaña.

De este modo, sin ruido, sin discusiones, sin temores ni rivalidades, se realiza la importante transformación financiera del dominio de Standard Island. Y el negocio se realiza de manera tan hábil y rápida, que aquel mismo día el liquidador ha podido embarcarse con las firmas de los principales compradores y con la garantía del consejo de notables.

Respecto a aquel importantísimo personaje llamado Calixtus Munbar, superintendente de bellas artes y de las diversiones de la incomparable *Joya del Pacífico*, ha sido simplemente confirmado en sus atribuciones, emolumentos y beneficios. Y en verdad, ¿se le hubiera podido encontrar sucesor a un hombre irreemplazable?

—¡Vamos! —observa Frascalín—. Todo marcha perfectamente. El futuro de Standard Island está asegurado y nada hay que temer.

—¡Veremos! —murmura el testarudo violoncelista.

He aquí en qué condiciones se va a efectuar ahora la boda de Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley. Las dos familias quedarán unidas por los intereses pecuniarios, que en América, como en otras

partes, forman los más sólidos lazos sociales.

¡Qué certeza de prosperidad para los ciudadanos de Standard Island! Desde que pertenece a los principales millardarios, parece que es más independiente y más dueña de su destino. Antes, una amarra la sujetaba a aquella bahía Magdalena de los Estados Unidos de Norteamérica, y ahora acaba de romper esta amarra... Al presente todo es fiesta. ¿Es preciso insistir en la alegría inexplicable, pintar la dicha que resplandece en todos los rostros?

Los dos novios no se separan. Lo que ha parecido ser un matrimonio de conveniencia para Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley es realmente un matrimonio por amor. Se aman con un amor en el que para nada entra el interés. Ambos jóvenes poseen esas cualidades que deben asegurarles la más dichosa de las existencias. El alma de Walter es de oro, y estén convencidos de que el alma de *miss* Dy está hecha del mismo metal, en sentido figurado, se entiende, y no en el sentido material que autorizarían sus millones. Han nacido el uno para el otro, y jamás esta frase un poco trivial ha tenido un sentido más estricto. Los dos cuentan los días y las horas que los separan de aquella fecha tan deseada del 27 de febrero. No lamentan más que una cosa, y es que Standard Island no se dirija hacia el

180°

de longitud, ya que, viniendo del oeste, debería borrar veinticuatro horas en el calendario, y así la dicha de los futuros esposos se adelantaría un día. Pero no, la ceremonia debe efectuarse a la vista de las Nuevas Hébridas, y no tienen más remedio que resignarse.

Observemos, por otra parte, que el navío cargado con todas aquellas maravillas de Europa, el «navío canastilla», no ha llegado aún. He aquí un lujo del que los novios prescindirían. ¿Acaso tienen necesidad de aquellas magnificencias casi reales? Se aman, ¿y qué más les puede hacer falta?

Pero las familias, los amigos, la población de Standard Island, desean que la ceremonia esté rodeada de un brillo extraordinario. Así es que los prismáticos se clavan obstinadamente en el horizonte. Jem Tankerdon y Nat Coverley han ofrecido una fuerte prima a cualquiera que señale el vapor tan esperado.

Entretanto, el programa de la fiesta es preparado con sumo cuidado. Comprende juegos, recepciones, la doble ceremonia en el

templo protestante y en la catedral católica, la reunión de gala en el Palacio Municipal y el festival en el parque. Calixtus Munbar, que lo vigila todo, se prodiga, y puede decirse que se arruina en lo que a su salud se refiere... ¿Qué quieren? Su temperamento lo arrastra, y no se detendrá, como no se detendría un tren a toda velocidad.

La cantata está lista. El poeta Yvernés y el músico Zorn se han mostrado dignos el uno del otro. Será cantada por las masas corales de un orfeón[139] fundado para la ocasión. El efecto será maravilloso cuando al caer la noche resuene en la plaza del Observatorio, alumbrada eléctricamente. Después, los jóvenes esposos comparecerán ante el encargado del Registro Civil, y el matrimonio religioso se celebrará a medianoche, entre el delirante entusiasmo de Milliard City.

Finalmente llega el navío esperado. Uno de los vigías de Tribord Harbour gana la prima, que consiste en un respetable número de dólares. A las nueve de la mañana del 19 de febrero, el vapor dobla el muelle, y el desembarque de las mercancías comienza enseguida.

Es imposible hacer una minuciosa relación de los artículos, alhajas, vestidos y objetos de arte que componen aquel cargamento nupcial. Baste saber que la exposición que se hace en los grandes salones del palacio Coverley obtiene un éxito sin precedentes.



Cierto es que muchos de esos personajes inverosímilmente ricos pueden procurarse aquellos magníficos productos, pero es preciso tener en cuenta el gusto, el sentido artístico que ha presidido la elección, y que nunca será demasiado admirado. Los que tengan curiosidad por conocer la nómina de los referidos artículos pueden

satisfacerla leyendo los números del *Starboard Chronicle* y del *New Herald* de los días 21 y 22 de febrero. Si no quedan satisfechos, será porque la satisfacción absoluta no es de este mundo.

—¡Diablo! —dice Yvernés al salir con sus tres compañeros de los salones de la avenida Quince.

—Me parece una justa expresión para el caso —expresa Pinchinat—. Le dan a uno deseos de casarse con *miss* Dy Coverley sin dote, nada más que por ella misma...

En verdad, los novios no han concedido más que una vaga atención a aquel envío de obras maestras del arte y de la moda.

Entretanto, desde la llegada del vapor, Standard Island ha vuelto a tomar la dirección del oeste, a fin de acercarse a las Nuevas Hébridas. Si llegara a la vista de alguna de las islas del grupo antes del 27, el capitán Sarol desembarcaría con sus compañeros, y Standard Island comenzaría su viaje de regreso.

El conocimiento que el capitán malayo tiene de estos parajes facilita la navegación. El comodoro Simcoe ha solicitado sus servicios, y Sarol permanece de continuo en el Observatorio. En cuanto aparezcan las primeras alturas, nada más fácil que aproximarse a la isla Erromango, una de las más orientales del grupo, lo que permitirá evitar los numerosos escollos de las Nuevas Hébridas.

El capitán Sarol, deseoso de asistir a las fiestas nupciales, maniobra con cierta lentitud; y las primeras islas no son señaladas hasta la mañana del 27 de febrero, precisamente el día fijado para la ceremonia nupcial. Poco importa, sin embargo. El matrimonio de Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley no será menos feliz por ser celebrado cerca de las Nuevas Hébridas. Esto permite a los malayos asistir a las fiestas, que les causan gran alegría.

Encuentran primero algunos islotes, y después de pasarlos, según las indicaciones precisas del capitán Sarol, la isla de hélice se dirige hacia Erromango, dejando al sur las alturas de la isla Tanna. En estos parajes, Sebastián Zorn, Frascolín, Pinchinat e Yvernés no están lejos —trescientas millas a lo más— de las posesiones francesas en aquella parte del Pacífico, las islas Loyalty y Nueva Caledonia, esa penitenciaría situada en los antípodas de Francia.

Erromango posee en el interior grandes bosques y múltiples colinas, al pie de las cuales se extienden anchas planicies aptas para

el cultivo.

El comodoro Simcoe se detiene a una milla de la bahía de Cook, en la costa oriental. No hubiera sido prudente aproximarse más, pues los bancos de coral avanzan a flor de agua hasta media milla de la costa. Además, la intención del gobernador Cyrus Bikerstaff no es anclar frente a dicha isla, ni detenerse en ninguna otra del archipiélago. Después de las fiestas, los malayos desembarcarán, y Standard Island remontará hacia el ecuador, para volver a la bahía Magdalena.

Es la una de la tarde cuando Standard Island se detiene. Por orden de las autoridades, todo el mundo está libre, funcionarios y empleados, marinos y militares, a excepción de los aduaneros de guardia en los puertos del litoral, a los que nada debe distraer en su vigilancia.

Inútil es decir que el tiempo es magnífico, refrescado por la brisa del mar. Siguiendo la expresión consagrada por el uso, diremos que el sol se ha puesto de parte de las fiestas.

—Positivamente, ese disco orgulloso parece estar a las órdenes de estos millonarios —exclama Pinchinat—. Sí, como Josué, [140] quisieran prolongar el día, él los obedecería... ¡Oh poder del oro!

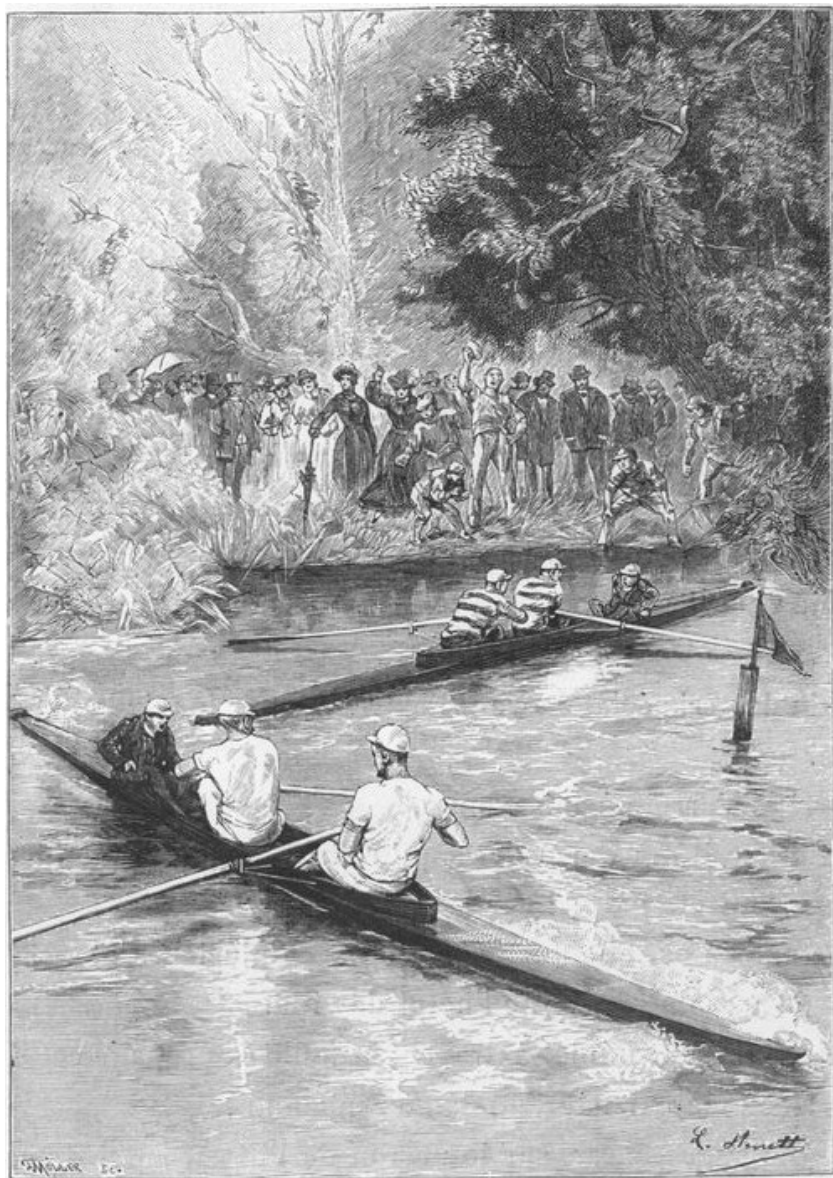
No hay para qué insistir en los diversos números del sensacional programa preparado por el superintendente de Milliard City. Desde las tres, todos los habitantes, tanto los del campo como los de la ciudad y los de los puertos, afluyen al parque y se acomodan en las riberas del río Serpentina. Los notables se confunden familiarmente con el pueblo.

Los juegos se desarrollan en medio de gran entusiasmo, por el afán de ganar los premios ofrecidos. Se organizan bailes al aire libre. El más brillante se realiza en uno de los grandes salones del Casino, donde los jóvenes de ambos sexos rivalizan en gracia y animación. Yvernés y Pinchinat toman parte en estas danzas y a nadie ceden en galantería al atender a las más bellas señoritas de Milliard City. Nunca Su Alteza ha estado más amable ni ha mostrado más ingenio. No es de extrañar, pues, la contestación que ha dado a una de sus parejas, que le ha dicho, después de un vals vertiginoso:

—¡Ah, caballero! Estoy transpirando...

—Transpirando agua de vals, señorita, agua de vals —ha

respondido él.



Frascolín, que lo escucha, enrojece hasta las orejas, e Yvernés, que lo oye también, se pregunta si los rayos del cielo no van a caer sobre la cabeza del culpable.

Añadamos que las familias Tankerdon y Coverley están en la

fiesta, y que las graciosas hermanas de la novia participan de su dicha. *Miss Dy* se pasea del brazo de Walter, lo que no choca con las conveniencias sociales, tratándose de ciudadanos originarios de la libre América.

Todos aplauden y cumplimentan a la simpática pareja, que se muestra muy contenta.

Y durante las horas que se suceden, los refrescos, servidos con profusión, no dejan de mantener el buen humor general.

Por la noche, el parque resplandece a la luz eléctrica que las lámparas de aluminio vierten a torrentes. El sol ha obrado sabiamente al desaparecer en el horizonte, pues hubiera quedado humillado ante aquellos rayos artificiales que hacen la noche tan clara como el día.

La cantata es entonada entre las nueve y las diez con tal éxito, que hasta el violoncelista ha sentido quizá desvanecerse sus injustas prevenciones contra la *Joya del Pacífico*.

Al sonar las once un largo cortejo se dirige hacia el Palacio Municipal. Walter Tankerdon y *miss Dy Coverley* marchan en medio de sus familias. Toda la población los acompaña, llenando la avenida Primera. El gobernador Cyrus Bikerstaff permanece en el gran salón de la Municipalidad. Va a celebrar el más hermoso de los matrimonios en que ha intervenido durante su carrera administrativa.

De repente, se oyen gritos en la extremidad del barrio babordés. El cortejo se detiene en mitad de la calle. Casi enseguida, en medio de los gritos que aumentan, se dejan oír lejanas detonaciones. Un instante después varios aduaneros, algunos de ellos heridos, se precipitan en la plaza del Palacio Municipal.

La ansiedad llega a su límite. Entre la multitud se propaga ese espanto instintivo que nace de un peligro desconocido.

Cyrus Bikerstaff aparece en la escalera del palacio, seguido del comodoro Simcoe, del coronel Stewart y de algunos notables. Los aduaneros responden a las preguntas que se les hacen: Standard Island acaba de ser invadida por una banda de neohebridanos —tres o cuatro mil—, con el capitán Sarol a la cabeza.

XI

ATAQUE Y DEFENSA



al es el principio del abominable complot urdido por el capitán Sarol y los malayos acogidos en Standard Island, a quienes ayudan los neohebridanos embarcados en las Samoa y los indígenas de Erromango e islas vecinas. ¿Cuál será el desenlace? No es posible preverlo, dadas las condiciones en que se realiza la brusca y terrible agresión.

El grupo neohebridano comprende unas ciento cincuenta islas que, bajo la protección de Inglaterra, forman una dependencia geográfica de Australia. Aquí como en las Salomón, situadas al noroeste de los mismos parajes, esta cuestión del protectorado es la manzana de la discordia entre Francia y el Reino Unido. Y hasta los Estados Unidos de Norteamérica no ven con buenos ojos el establecimiento de colonias europeas en medio de un océano sobre el que pretenden tener exclusivo dominio. Implantando su pabellón sobre estos diversos grupos, Gran Bretaña busca asegurarse una estación de abastecimiento que le será indispensable en el caso de que las colonias australianas escaparan a la autoridad del Foreign Office.

La población de las Nuevas Hébridas está compuesta de negros y de malayos de origen canaco. Mas el carácter de estos indígenas, su temperamento, sus instintos, difieren según pertenezcan a las islas del sur o a las del norte, lo que permite dividir este archipiélago en dos grupos.

En el septentrional, en la isla Santo, en la bahía de San Felipe, el tipo es más hermoso, de tez menos oscura y cabellera no tan crespa. Los hombres, fuertes pero dulces y pacíficos, no han atacado jamás a las agencias ni a los navíos europeos. La misma observación puede hacerse respecto a la isla Vaté o Sandwich, en la que muchos

pueblos son florecientes, entre otros Port Vila, capital del archipiélago —conocida también con el nombre de Franceville—, en donde los colonos explotan las riquezas de un suelo admirable que posee abundantes pastos y se presta para toda clase de cultivos, especialmente del café, de los bananeros, de los cocoteros y la fructífera industria de la copra.

En este grupo, las costumbres de los indígenas han variado completamente desde la llegada de los europeos. Su nivel moral e intelectual se ha elevado. Merced a los esfuerzos de los misioneros, las escenas de canibalismo, tan frecuentes en otra época, han desaparecido. Desgraciadamente, la raza canaca tiende a extinguirse, y es indudable que ello ocurrirá forzosamente, en detrimento de ese grupo del norte, transformado al contacto de la civilización europea.

Pero tratándose de las islas meridionales del archipiélago, la cosa varía. No sin razón el capitán Sarol ha elegido este grupo del sur para organizar su criminal tentativa contra Standard Island. En estas islas, los indígenas, que siguen siendo verdaderos papúes, ocupan un lugar muy bajo en la escala humana, tanto en Tanpa como en Erromango.

En efecto, la raza de estos canacos, de origen inferior, no se ha revivificado con la sangre polinésica como en las islas septentrionales. En Erromango, de unos dos mil quinientos habitantes, los misioneros anglicanos, de los que después de 1839 han sido sacrificados cinco, no han convertido más que una mitad al cristianismo. La otra mitad sigue siendo pagana. Además, convertidos o no, todos son todavía dignos representantes de estos indígenas feroces, que merecen su triste reputación, aunque sean de talla más pequeña y constitución menos robusta que los naturales de la isla Santo o de las Sandwich. Los turistas que se aventuran a través de ese grupo del sur deben estar prevenidos contra los más serios peligros.

Se pueden citar diversos ejemplos: hace unos cincuenta años se cometieron actos de piratería contra el bricbarca *Aurora*, por lo que fueron severamente reprimidos por Francia; en 1869, al misionero Gordon lo mataron a mazazos; en 1875, la tripulación de un navío inglés, atacada a traición, fue asesinada, y los cadáveres devorados después por los caníbales; en 1894, en los archipiélagos vecinos a la

Luisiada, en la isla Rossel, un comerciante francés y sus obreros, y el capitán de un barco chino y su tripulación, perecieron bajo los golpes de estos antropófagos; en resumen, el crucero inglés *Royalist* se vio en la necesidad de emprender una campaña a fin de castigar a aquellas salvajes poblaciones por haber asesinado un gran número de europeos. Cuando Pinchinat, que ha escapado recientemente de los terribles dientes fijianos, oye esta relación, se cuida bien de encogerse de hombros.

Tal es la población en que el capitán Sarol ha reclutado sus cómplices. Les ha prometido el saqueo de la opulenta *Joya del Pacífico*. Muchos de los salvajes que espiaban su aparición en las cercanías de Erromango han venido de las islas vecinas, separadas por brazos de mar, principalmente de Tanna, que no está más que a treinta y cinco millas al sur. Ella es la que ha lanzado a los robustos naturales del distrito de Wanissi —feroces adoradores del dios Teapolo— cuya desnudez es casi completa, y a los indígenas de Playa Negra y de Sangalle, los más temibles y temidos del archipiélago.

Pero aunque el grupo septentrional sea relativamente menos salvaje, no hay que deducir de ello que no haya dado ningún contingente al capitán Sarol. Al norte de la isla Sandwich está la isla de Api, con sus dieciocho mil habitantes, donde se devora a los prisioneros, el tronco de los cuales se reserva a la gente joven, los brazos y piernas a los hombres maduros y los intestinos a los perros y a los cerdos. También está la isla de Paama, con sus feroces tribus, que no ceden en nada a los naturales de Api; la isla de Mallicolo, con sus canacos antropófagos, y, en fin, la isla Aurora, una de las peores del archipiélago, que ningún blanco puede habitar y donde, algunos años antes, había sido asesinada la tripulación de un barco francés. De estas diversas islas han venido refuerzos para el capitán Sarol.

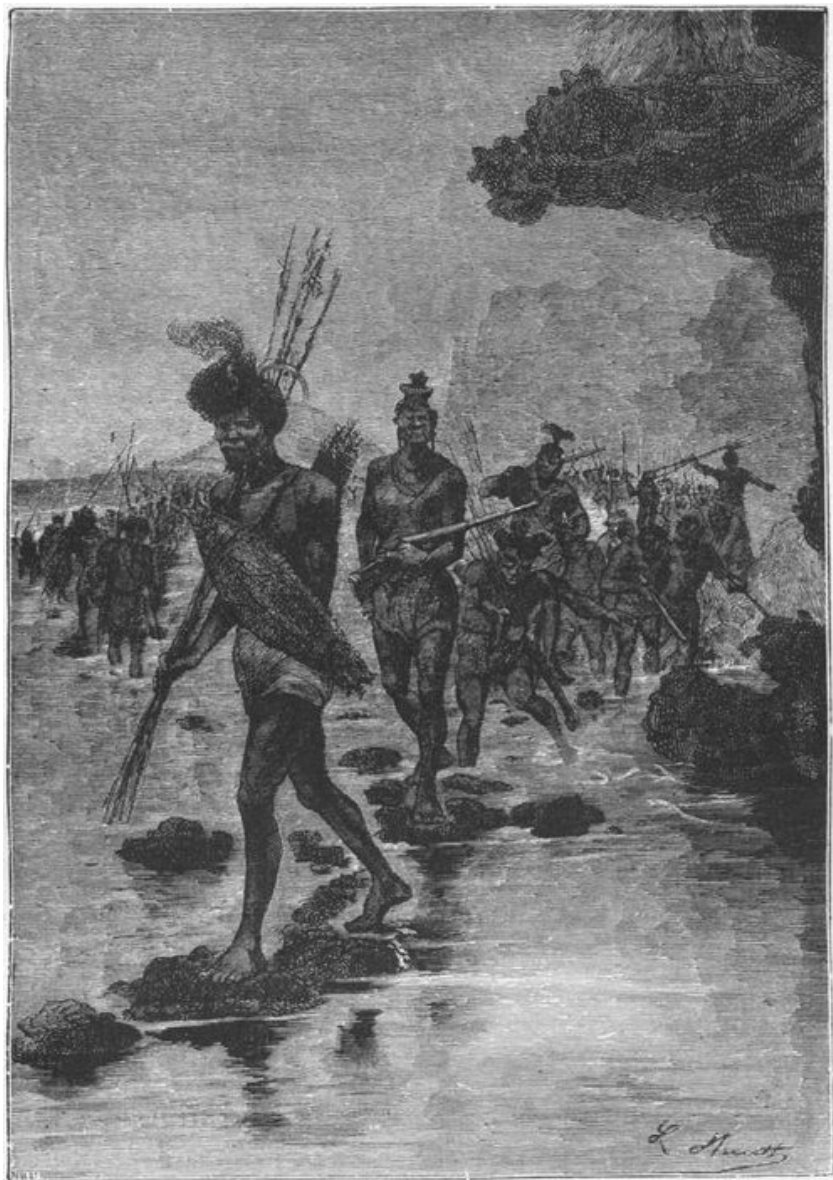
Cuando Standard Island no estaba más que a unos cables de Erromango, el capitán Sarol ha hecho la señal esperada por los indígenas, y en algunos minutos las rocas a flor de agua han facilitado el paso a tres o cuatro mil salvajes.

El peligro es de los más graves, pues los neohebridanos desencadenados sobre la población de la isla de hélice no retrocederán ante ningún atentado ni violencia. Tienen la ventaja

de la sorpresa, y están armados no solamente, de largas azagayas con puntas de hueso, que causan heridas muy peligrosas, y de flechas envenenadas, sino también de fusiles Snyders, cuyo uso se ha extendido por el archipiélago.

Sarol va a la cabeza de los invasores, lo que prueba que ha preparado con anticipación el asalto. En cuanto se sabe la noticia, se llama a los soldados, marineros, funcionarios, es decir, a todos los hombres válidos en estado de combatir para cooperar en la defensa.

Cyrus Bikerstaff, el comodoro Simcoe y el coronel Stewart han conservado toda su sangre fría. El rey de Malecarlia ha ofrecido sus servicios, y, aunque no tiene el vigor de la juventud, es muy valiente.



Los indígenas están todavía lejos de Babord Harbour, donde el oficial del puerto procura organizar la resistencia. Pero, sin duda, las bandas no tardarán en precipitarse sobre la ciudad.

Ante todo se da orden de cerrar las puertas de la verja de Milliard City, donde está casi toda la población para asistir a las

fiestas de la boda. Hay que temer que el campo y el parque sean devastados, los dos puertos arruinados, y las fábricas de electricidad y las baterías del espolón y de popa destruidas. La mayor desgracia sería que la artillería de Standard Island se volviese contra la ciudad, y no es imposible que los malayos sepan manejarla.

Por lo pronto, y a propuesta del rey de Malecarlia, se hace entrar en el Palacio Municipal a la mayor parte de las mujeres y los niños. El vasto palacio, como la isla entera, está sumido en la más profunda oscuridad, pues los aparatos eléctricos, por la huida de los maquinistas ante los salteadores, han cesado de funcionar.

El comodoro Simcoe dispone que las armas depositadas en el Palacio Municipal sean distribuidas entre los militares y marinos; municiones no les faltarán. Después de haber dejado a *miss* Dy con *Mrs.* Tankerdon y *Mrs.* Coverley, Walter se reúne con el grupo en que están Jem Tankerdon, Nat Coverley, Calixtus Munbar, Pinchinat, Yvernés, Frascalín y Sebastián Zorn.

—¡Vamos! ¡Esto no podía concluir de otro modo! —murmura el último.

—¡Pero no ha concluido! —exclama el superintendente—. ¡No, no es nuestra querida Standard Island la que sucumbirá ante un puñado de canacos!

¡Bien dicho, Calixtus Munbar! Se comprende que te devore la cólera ante la idea de que esos bribones neohebridanos hayan interrumpido una fiesta tan admirablemente organizada... Sí, es de creer que serán rechazados. Por desgracia, tienen la ventaja de la sorpresa.

A lo lejos, entretanto, en dirección a los dos puertos, se oyen detonaciones. El capitán Sarol ha comenzado por interrumpir el funcionamiento de las hélices, a fin de que Standard Island no pueda alejarse de Erromango, donde se encuentra la base del ataque.

El gobernador, el rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe y el coronel Stewart, reunidos en consejo de defensa, han pensado primero en efectuar una salida. Pero eso hubiera significado sacrificar gran número de hombres, de los que tanta necesidad se tiene. No se puede esperar más merced de aquellos salvajes que de las fieras que quince días antes invadieron Standard Island. Además, ¿no intentarán hacer estrellar a esta contra las rocas de Erromango

para saquearla enseguida?

Una hora después, los invasores han llegado ante las rejas de Milliard City. Procuran destruirlas, pero ellas resisten. Tratan de franquearlas, mas se las defiende a tiros. Como Milliard City no ha podido ser sorprendida desde el principio, será difícil forzar la muralla en medio de aquella profunda oscuridad. De modo que el capitán Sarol conduce a los indígenas hacia el parque y el campo, donde parece que aguardará a que sea de día.



Entre las cuatro y las cinco de la mañana, las primeras luces del alba matizan al este el horizonte. La mitad de los soldados y marineros queda en el Palacio Municipal, y el resto, a las órdenes del coronel Stewart, se dirige a la plaza del Observatorio, pensando que el capitán Sarol intentará forzar las verjas de esta parte. Como

no se puede esperar que de fuera venga socorro alguno, hay que impedir a cualquier precio que los asaltantes penetren en la ciudad.

El cuarteto ha seguido a los defensores, a los que sus oficiales arrastran hasta la extremidad de la avenida Primera.

—¡Haber escapado de los caníbales de las Fiji —exclama Pinchinat— y verse obligado a defender las propias costillas contra los caníbales de las Nuevas Hébridas!

—No nos comerán enteros, ¡qué diablo! —responde Yvernés. Y añade un poco después—: ¡Y yo resistiré hasta mi último pedazo, como el héroe de Labiche! [141]

Sebastián Zorn permanece silencioso. Ya se sabe qué piensa de aquella aventura, lo que no le impedirá cumplir con su deber.

Desde el alba se cambian disparos a través de la verja. Comienza la defensa del Observatorio. Se producen víctimas de una y otra parte. Por la de los millardarios, Jem Tankerdon es ligeramente herido en un hombro; pero se niega a abandonar su puesto. Nat Coverley y Walter se baten en primera línea. El rey de Malecarlia, desafiando las balas de los Snyders, trata de ver al capitán Sarol, que anima a sus indígenas.

En realidad, los atacantes son muchos. Todos los combatientes de Erromango, de Tanna y de las islas vecinas se encarnizan contra Milliard City. Sin embargo, hay una circunstancia feliz que el comodoro Simcoe ha podido observar, y es que Standard Island, en vez de ser empujada hacia la costa de Erromango, sube, bajo la influencia de una ligera corriente, y se dirige hacia el grupo septentrional, aunque mejor hubiera sido seguir a lo largo.



Transcurren las horas; los indígenas redoblan sus esfuerzos, y, a pesar de la valiente resistencia, los defensores no podrán contenerlos. A eso de las diez, las verjas son arrancadas. Ante la aulladora multitud que invade la plaza, el comodoro se ve obligado

a replegarse hacia el Palacio Municipal, donde procurará defenderse como en una fortaleza.

Aunque retroceden, los militares y marinos ceden palmo a palmo el terreno. Tal vez, puesto que han logrado forzar el cerco de la ciudad, los neohebridanos, arrastrados por su instinto del pillaje, se dispersen por los diversos barrios, lo cual significará alguna ventaja para los millardarios. ¡Vana esperanza! El capitán Sarol no permitirá a los indígenas alejarse de la avenida Primera. Atacarán el palacio, donde reducirán los últimos esfuerzos de los sitiados. Dueño el capitán Sarol del mencionado edificio, habrá sonado la hora del pillaje y de la matanza.

—Decididamente, son muchos —dice Frascalín en el momento en que un dardo lo hiere ligeramente en un brazo.

Siguen lloviendo flechas y balas, y la retirada se hace más aprisa. A las dos, los defensores han retrocedido hasta la plaza del Palacio Municipal. Se cuentan unos cincuenta muertos por ambas partes, y una cantidad doble o triple de heridos. Antes de que el palacio haya sido invadido por los indígenas, se precipitan los defensores en él y cierran las puertas, obligando a las mujeres y los niños a refugiarse en las habitaciones interiores, donde estarán al abrigo de los proyectiles. Después, Cyrus Bikerstaff, el rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe, el coronel Stewart, Jem Tankerdon, Nat Coverley, sus amigos, los militares y los marinos toman posición tras las ventanas, y el fuego se reanuda con nueva violencia.

—¡Es preciso mantenerse aquí! —dice el gobernador—. Es nuestra última esperanza, ¡y que Dios haga un milagro para salvarnos!

El asalto es ordenado enseguida por el capitán Sarol, que cree seguro el buen éxito, aunque la tarea sea ruda. En efecto, las puertas son sólidas, y será difícil echarlas abajo sin artillería. Los indígenas tratan de derribarlas a hachazos, bajo el fuego que se les hace desde las ventanas, que les causa grandes bajas. Esto no detiene al jefe, y sin embargo, si muriera, tal vez cambiara la faz de las cosas.

El tiempo corre. El Palacio Municipal resiste aún. Si las balas diezman a los sitiadores, su gente se renueva sin cesar. En vano los más diestros tiradores, Jem Tankerdon y el coronel Stewart, dirigen

sus tiros contra Sarol. En tanto que numerosos de los suyos caen alrededor de él, Sarol parece invulnerable.

En medio de una descarga más nutrida, una bala de Snyders da contra el balcón central y hiere a Cyrus Bikerstaff en mitad del pecho. Cae... No puede pronunciar más que algunas palabras ahogadas. La sangre le sube a la garganta. Lo llevan a la antecámara, y no tarda en exhalar el último suspiro. Así sucumbe el que fue primer gobernador de Standard Island, hábil administrador y corazón grande y honrado.

El asalto continúa con furor creciente. Las puertas van a ceder a los hachazos de los indígenas. ¿Cómo impedir la invasión de aquella última fortaleza de Standard Island? ¿Dónde buscar refugio? ¿En la batería de popa? Pero ¿se podrá llegar a ella? ¿En alguno de los puertos? Pero ¿no son los indígenas dueños de ellos? ¿Y se dejará abandonados a los numerosos heridos?

En ese momento ocurre un suceso feliz que modifica la situación. El rey de Malecarlia ha avanzado sobre el balcón, sin cuidarse de las balas ni de las flechas que llueven en torno. Se echa a la cara el fusil y apunta al capitán Sarol en el momento en que una de las puertas va a dejar el paso franco a los sitiadores. El capitán Sarol cae muerto.

Los asaltantes se detienen y retroceden, llevando el cadáver de su jefe, y la masa de indígenas es rechazada hacia la verja de la plaza del Observatorio. Casi al mismo tiempo se oyen gritos a lo lejos, en la avenida Primera, donde la fusilería estalla con nueva intensidad. ¿Qué ha sucedido? ¿Los defensores de los puertos y de las baterías están en situación más ventajosa? ¿Acuden a la ciudad? ¿Es que, no obstante su inferioridad numérica, atacan a los indígenas por la espalda?

—¡El tiroteo redobla por el lado del Observatorio! —dice el coronel Stewart.

—¡Algún refuerzo que llega a esos infames! —responde el comodoro Simcoe.

—No lo creo —observa el rey de Malecarlia—. Esos tiros no se explicarían...

—Sí, debe de ocurrir alguna novedad..., y a nuestro favor —exclama Pinchinat.

—¡Miren, miren! —replica Calixtus Munbar—. ¡Esos miserables

abandonan el campo!

—Vamos, amigos míos —dice el rey de Malecarlia—, arrojemos a esos infames de la ciudad. ¡Adelante!

Oficiales, soldados y marinos descienden al piso bajo y se precipitan fuera por la puerta principal. La plaza es abandonada por la multitud de salvajes, que huyen, unos por la avenida Primera, otros por las calles vecinas.

¿Cuál es el motivo de este cambio tan súbito como inesperado? ¿Será menester atribuirlo a la muerte del capitán Sarol y a la falta de su dirección? ¿Es admisible que los asaltantes, tan superiores en número, se hayan desanimado hasta ese punto por la muerte de su jefe, en momentos en que el Palacio Municipal iba a ser invadido?

Arrastrados por el comodoro Simcoe y el coronel Stewart, unos doscientos hombres de la marina y de la milicia, entre ellos Jem y Walter Tankerdon, Nat Coverley, Frascalín y sus compañeros, descienden por la avenida Primera y rechazan al enemigo, que no se vuelve para lanzarles la última bala o la última flecha, y que arroja fusiles, arcos y azagayas.

—¡Adelante! ¡Adelante! —grita el comodoro con potente voz.

Entretanto, en el Observatorio los tiros redoblan. Es seguro que allí se baten encarnizadamente.

¿Ha llegado, pues, un socorro a Standard Island? ¿Pero cuál? ¿De dónde? Sea lo que fuere, los asaltantes huyen por todas partes, presas de incomprensible pánico. ¿Son atacados por los refuerzos llegados de Babord Harbour? Sí. Un millar de neohebridanos ha invadido a Standard Island bajo la dirección de los colonos franceses de la isla Sandwich. ¡No hay por qué asombrarse de que el cuarteto sea saludado en su lengua natal cuando se encuentra con sus valientes compatriotas! Véase en qué circunstancias se ha efectuado esta intervención inesperada, por no decir milagrosa.

Durante la noche anterior y todo ése día, Standard Island no ha cesado de derivar hacia la isla Sandwich, donde no olvidarán los lectores que existía una colonia francesa en vías de prosperidad. Cuando los colonos tuvieron noticia del ataque realizado por el capitán Sarol, acordaron con la ayuda de un millar de indígenas sometidos a su influencia acudir en auxilio de la isla de hélice. Pero las embarcaciones de la isla Sandwich no bastaban para transportarlos hasta aquélla.

Es de imaginar la alegría de aquellos honrados colonos cuando por la mañana, y arrastrada por la corriente, Standard Island llegó a la altura de la isla Sandwich. Al instante parten todos, se embarcan en las chalupas de pesca, seguidos de los indígenas —a nado la mayor parte— y desembarcan en Babord Harbour.

En un momento los hombres de las baterías del espolón y de popa, que habían permanecido en los puertos, se unieron a ellos. A través del campo y del parque se dirigieron hacia Milliard City, y gracias a ello el Palacio Municipal no cayó en manos de los invasores, ya desmoralizados por la muerte del capitán Sarol.

Dos horas después, las bandas neohebridanas, arrojadas de todas partes, no pueden buscar su salvación más que arrojándose al mar para llegar a la isla Sandwich, pero antes gran número de ellos perece bajo las balas de las tropas.

Ahora Standard Island no tiene nada que temer. Se ha salvado del pillaje y de la matanza. Parecería que el resultado de la aventura debiera producir grandes manifestaciones de regocijo público y de acciones de gracias. Pues no es así. ¡Oh! ¡Estos americanos son siempre raros! Se diría que el resultado no los ha sorprendido, que estaba previsto. ¡Sin embargo, poco faltó para que la tentativa del capitán Sarol tuviera éxito y llegara para Standard Island la hora de la catástrofe!

No obstante, se puede creer que, *in petto*, [142] los principales propietarios de Standard Island se felicitan de haber conservado su propiedad, precisamente en el momento en que el matrimonio de Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley iba a asegurar su porvenir. Expresemos ahora que los novios, cuando han vuelto a verse, han caído el uno en brazos del otro. Nadie ve en esto una infracción a las conveniencias sociales. ¿Acaso no debieran estar casados desde hace veinticuatro horas?

No hay nada de esa reserva ultraamericana en la acogida que nuestros artistas hacen a los colonos franceses de la isla de Sandwich. ¡Qué apretones de manos! ¡Qué de felicitaciones recibe el cuarteto de sus compatriotas! Las balas los han respetado y han cumplido valerosamente con su deber.

En cuanto al excelente Atanasio Doremus, ha permanecido tranquilamente en el salón del Casino, en espera de un discípulo que se obstina en no ir. ¿Quién podría reprochárselo?

El superintendente, aunque yanqui, es una excepción. Por ultraamericano que sea, su alegría ha sido delirante. Por sus venas corre la sangre del ilustre Barnum, y no debe extrañar, que el descendiente de tal antecesor no sea tan circunspecto como sus conciudadanos del norte de América.

Terminada felizmente la aventura, el rey de Malecarlia, acompañado de la reina, ha regresado a su casa de la avenida Treinta y nueve, donde el consejo de notables le dará las gracias por su valor y abnegación en la causa común. Standard Island está, pues, sana y salva. Su salvación le ha costado cara. Cyrus Bikerstaff ha muerto en lo más rudo de la acción, junto a unos sesenta soldados y marinos, y otros tantos funcionarios y comerciantes están heridos por las balas y las flechas. La población entera se asociará al duelo público, y la *Joya del Pacífico* los recordará siempre.

Por otra parte, con la rapidez que les es propia, los millonarios volverán las cosas a su estado anterior. Después de una escala de algunos días en la isla Sandwich, las huellas de aquella sangrienta lucha habrán desaparecido.

Mientras tanto están de acuerdo sobre la cuestión de los poderes militares, que siguen en manos del comodoro Simcoe, respecto de lo cual no hay discusión ni rivalidad alguna. Ni *Mr.* Jem Tankerdon ni *Mr.* Nat Coverley tienen pretensiones sobre este asunto. Más tarde la elección decidirá la importante incógnita del nuevo gobernador de Standard Island.

A la mañana siguiente una imponente ceremonia congrega a la población en los muelles de Tribord Harbour. Los cadáveres de los malayos y de los indígenas han sido arrojados al mar; pero esto no debe hacerse con los ciudadanos muertos en defensa de la isla de hélice. Los cuerpos, piadosamente recogidos, son llevados al templo o a la catedral, y allí reciben los honores debidos. Tanto el gobernador Cyrus Bikerstaff como el más humilde ciudadano son objeto de la misma oración y del mismo dolor.

Después, aquel fúnebre cargamento es confiado a uno de los más rápidos vapores de Standard Island, y el barco parte para la bahía Magdalena conduciendo aquellos preciosos restos a tierra cristiana.

XII

ESTRIBOR Y BABOR: LA SEPARACIÓN



El 3 de marzo Standard Island abandona los parajes de la isla Sandwich. Antes de su partida, la colonia francesa y sus aliados indígenas son objeto de demostraciones de gratitud por parte de los millardarios. Son amigos que volverán a ver, hermanos que Sebastián Zorn y sus camaradas dejan en aquel grupo de las Nuevas Hébridas, que a partir de este instante figurará en el itinerario anual.

Bajo la dirección del comodoro Simcoe, las reparaciones se han realizado con rapidez, ya que los desperfectos eran poco considerables. Las máquinas de las fábricas de electricidad están intactas. Con el petróleo que aún queda, el funcionamiento de las dinamos está asegurado para varias semanas. Además, la isla de hélice no tardará en llegar a aquella parte del Pacífico en que los cables submarinos le permiten comunicarse con la bahía Magdalena. Se tiene, pues, la seguridad de que el viaje acabará sin contratiempo; antes de cuatro meses Standard Island habrá anclado en la costa americana.

—Esperémoslo —dice Sebastián Zorn cuando el superintendente habla con su acostumbrado entusiasmo del porvenir del maravilloso aparato marítimo.

—Pero —observa Calixtus Munbar—, ¡qué lección hemos recibido! ¡Aquellos malayos tan serviciales, ese capitán Sarol...! ¡Nadie hubiera podido sospechar de ellos! Ésta es la última vez que Standard Island habrá dado asilo a extranjeros.

—¿Ni aun cuando un naufragio los arrojara en su camino? —pregunta Pinchinat.

—Amigo mío, yo no creo más ni en náufragos ni en naufragios... Aunque el comodoro Simcoe continúa encargado, como antes,

de la dirección de la isla de hélice, los poderes civiles no están en sus manos. Desde la muerte de Cyrus Bikerstaff, Milliard City no tiene gobernador, y los antiguos auxiliares han renunciado a sus cargos. En consecuencia, hay que nombrar un nuevo gobernador de Standard Island. Por consiguiente, no habiendo funcionario civil, no se puede celebrar el matrimonio de Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley. ¡Una dificultad que no hubiera surgido sin las maquinaciones de aquel miserable Sarol! Y no solamente los dos futuros esposos, todos los notables de Milliard City y toda la población desean que el matrimonio se realice cuanto antes, ya que él significa la más segura garantía del porvenir. Walter Tankerdon habla de embarcarse en uno de los vapores de Tribord Harbour e ir con las dos familias al archipiélago más próximo, donde cualquier alcalde procederá a la ceremonia nupcial. ¡Qué diablo! Los hay en las Samoa, en las Tonga, en las Marquesas, y antes de una semana, viajando a bastante velocidad...

Las personas prudentes hacen entrar en razón al impaciente joven. Ya se están preparando las elecciones. Dentro de algunos días estará nombrado el nuevo gobernador. El primer acto de su administración será celebrar con gran pompa el matrimonio tan ardientemente esperado. El programa de fiestas se repetirá. ¡Un gobernador, un gobernador! Éste es el grito que sale de todas las bocas.

—¡Con tal que esas elecciones no reaviven las rivalidades mal extinguidas! —observa Frascalín.

Parece que no. Por su parte, Calixtus Munbar está decidido a hacer toda clase de esfuerzos para llevar las cosas a buen fin.

—Y además —exclama—, ¿se olvida usted de los novios? Espero que esté de acuerdo conmigo en que nada puede el orgullo contra el amor.

Standard Island sigue subiendo al nordeste, hacia el punto en que se cruzan el paralelo 12 sur y el meridiano 175 oeste. Los últimos cablegramas expedidos antes de la escala en las Nuevas Hébridas han citado en estos lugares a los navíos que traen víveres de la bahía Magdalena, aunque la cuestión de las provisiones no preocupa mayormente al comodoro Simcoe. Las reservas de Standard Island durarán más de treinta días. Hay pocas novedades del extranjero. De ello se lamentan el *Starboard Chronicle* y el *New*

Herald. Pero ¿qué importa? ¿Acaso no forma Standard Island un pequeño mundo aparte? ¿Qué le puede importar lo que pasa en el resto de la esfera terrestre? ¿Son noticias políticas las que se desean? ¡No pasará mucho tiempo sin que se susciten cuestiones de esta clase a bordo de la misma Standard Island! Quizá hasta demasiadas, pues el período electoral ya se ha abierto.

Los dos partidos buscan afiliados entre los treinta miembros del consejo de notables, donde los babordeses y los tribordeses se cuentan en igual número. Es indudable que la elección del gobernador será la causa de grandes disensiones, pues reaparecerá la rivalidad entre Jem Tankerdon y Nat Coverley.

Transcurren algunos días en reuniones preparatorias. Desde un principio se ve la dificultad de llegar a un acuerdo, dado el amor propio de los dos candidatos. Ya reina en la ciudad y en los puertos gran agitación. Los caudillos de las dos secciones tratan de provocar un movimiento popular, a fin de ejercer presión sobre los notables. El tiempo pasa, y parece que cada vez es más difícil llegar a un acuerdo. ¿No es como para temer ahora que Jem Tankerdon y los principales babordeses pretendan imponer su proyecto, rechazado por los de estribor, de hacer de Standard Island una isla industrial y comercial? Cosa que la otra sección no aceptaría jamás. Tan pronto el partido de Coverley parece ser el victorioso, como lo parece el partido de Tankerdon. De esta situación nacen recriminaciones malsonantes, tirantez entre los dos bandos y una frialdad manifiesta entre ambas familias, frialdad en la que ni Walter ni Dy quieren reparar. ¿Qué les importa a ellos estas cuestiones de política menuda? Con todo, hay un sencillísimo medio de arreglar las cosas, por lo menos desde el punto de vista administrativo, y es decidir que los dos candidatos desempeñen por turno el cargo: seis meses uno y seis el otro, o un año cada uno, si se prefiere. Con esto acabaría la rivalidad entre los dos partidos. Pero el sentido común no ha tenido nunca la probabilidad de ser adoptado en este bajo mundo, y no por ser independiente de los continentes terrestres, Standard Island está exenta de las pasiones que dominan a la humanidad sublunar.

—Éstas son las dificultades que temía —dice Frascalín a sus amigos.

—¿Y qué nos importan esas discusiones? —responde Pinchinat

—. ¿Qué daño pueden causarnos a nosotros? Dentro de pocos meses habremos llegado a la bahía Magdalena, y, terminado nuestro contrato, pisaremos tierra firme con un millón en el bolsillo cada uno.

—¡Si no ocurre antes alguna catástrofe! —responde el intratable Sebastián Zorn—. ¿Quién puede estar seguro del porvenir con semejante máquina flotante? Después del abordaje del navío inglés, la invasión de las fieras; después de las fieras, el ataque de los neohebridanos; después de los indígenas, los...

—Cállate, pájaro de mal agüero —exclama Yvernés—, cállate, o haremos que te pongan una mordaza.

Sobran motivos para lamentar que el matrimonio Tankerdon-Coverley no se haya celebrado en la fecha fijada. Estando unidas ambas familias por un nuevo lazo, tal vez la situación hubiera sido menos difícil. Los dos esposos habrían intervenido de una manera eficaz. En fin, la agitación no puede durar mucho, pues la elección se efectuará el 15 de marzo.

El comodoro Simcoe intenta aproximar las dos secciones de la ciudad, pero le suplican que no se entrometa en lo que no le atañe. Pues si su obligación es conducir la isla, ¡que la conduzca! Si hay escollos que evitar, ¡que los evite! La política no es de su incumbencia. El comodoro se tiene por advertido. Hasta las pasiones religiosas han entrado en juego en este debate, y el clero se mezcla más de lo conveniente. ¡Y pensar que vivían en tan buena armonía el templo y la catedral, el pastor y el obispo!

De más está decir que los periódicos han descendido a la palestra. *El New Herald* combate por los Tankerdon, y el *Starboard Chronicle* por los Coverley. La tinta corre a mares, y es de temer que a esta tinta se mezcle la sangre. ¡Dios santo! ¿No ha sido acaso demasiado regado ese suelo virgen de Standard Island durante la lucha contra los salvajes de las Nuevas Hébridas?

La clase media se interesa, sobre todo, por los novios, cuya novela se ha interrumpido en el primer capítulo. Pero ¿qué podría hacer para asegurarles la felicidad? Las relaciones entre las dos secciones de Milliard City han cesado. No hay más reuniones, ni invitaciones, ni veladas musicales. Si esto dura, los instrumentos del Cuarteto Concertante van a enmohecerse en sus cajas, y nuestros artistas ganarán sus elevadísimos sueldos sin sacar las manos de los

bolsillos.

Aunque no lo confiese, el superintendente está devorado por una mortal inquietud. Comprende que su situación es falsa, y emplea toda su inteligencia en no disgustar ni a unos ni a otros, medio infalible de disgustar a todos.

Es el 12 de marzo, y Standard Island se ha acercado sensiblemente al ecuador, aunque no lo suficiente para encontrarse con los navíos salidos de la bahía Magdalena. Esto no puede tardar en ocurrir, pero probablemente las elecciones se realizarán antes, ya que están fijadas para el 15. Entretanto, los pronósticos previos a la elección asignan igualdad en los votos para ambas secciones. No hay mayoría posible.

Entonces surge una idea genial que parece nacida al mismo tiempo en el ánimo de todos los que no debían ser consultados. Es sencilla y digna y pondría término a todas las rivalidades. Los mismos candidatos se inclinarían ante ella, considerándola como justa solución.

¿Por qué no ofrecer al rey de Malecarlia el gobierno de Standard Island? Este exsoberano es un sabio. Su tolerancia y su filosofía serían la mejor garantía contra las sorpresas del porvenir. Conoce a los hombres por haberlos visto de cerca, sabe que hay que tener en cuenta sus flaquezas e ingratitudes, no es ambicioso y jamás pensará en suplantar con el poder personal aquellas instituciones democráticas que constituyen el régimen de la isla de hélice. No será más que el presidente del consejo de administración de la nueva sociedad Tankerdon, Coverley and Company.

Algunos oficiales y marinos de los dos puertos se unen a cierto número de comerciantes y funcionarios de Milliard City. Este grupo decide presentarse al real conciudadano para hacerle la proposición. El rey y la reina de Malecarlia reciben a la diputación en el salón del piso bajo de su casa de la avenida Treinta y nueve. Escuchan con bondad, pero rehúsan firmemente. Los soberanos caídos se acuerdan del pasado, y, bajo el imperio de esta emoción, el rey dice:

—Mucho se lo agradezco a ustedes. Su petición me conmueve, pero somos así muy felices, y tenemos la esperanza de que nada vendrá a turbar nuestra tranquilidad en el porvenir. Créanme ustedes. En nosotros se han extinguido esas ilusiones que son

inherentes a una soberanía cualquiera. Yo no soy más que un modesto astrónomo del Observatorio de Standard Island, y no quiero ser otra cosa.

Nada se puede oponer a esta decisión tan formal, y la diputación se retira.

La sobreexcitación de los ánimos aumenta en los últimos días que preceden al escrutinio. Es imposible entenderse. Los partidarios de Jem Tankerdon y de Nat Coverley evitan hasta encontrarse en la calle. Nadie pasa de una sección a otra. Ni los de estribor ni los de babor van más allá de la avenida Primera. Milliard City está ahora formada de dos ciudades enemigas.

El único que corre de una a otra parte, agitado, loco, sudando la gota gorda para aconsejar a unos y otros, y rechazado por todos, es el desesperado superintendente Calixtus Munbar. Tres o cuatro veces por día va, como un navío sin timón, a los salones del Casino, donde el cuarteto procura en vano consolarlo.

El comodoro se limita a desempeñar las funciones que son de su incumbencia: dirigir la isla de hélice siguiendo el itinerario convenido. Aborrece la política y aceptará al gobernador, sea quien sea. Sus oficiales, como los del coronel Stewart, muestran tan poco interés como él por la cuestión que agita todos los cerebros. En Standard Island no hay que temer los pronunciamientos.

Mientras tanto, el consejo de notables, en sesión permanente en el Palacio Municipal, discute y disputa. La cuestión llega a tomar un carácter personal. La policía debe adoptar ciertas precauciones, pues la multitud permanece agolpada ante el palacio durante todo el día y deja oír gritos sediciosos. Además, circula una noticia lamentable: Walter Tankerdon se ha presentado la víspera en la casa de los Coverley, y no ha sido recibido. Se prohíbe a los novios que se vean, y puesto que el matrimonio no ha sido celebrado antes del ataque de las bandas neohebridanas, ¿quién osará decir que se efectuará algún día?

Ya llega el 15 de marzo, día en que va a precederse a la elección en el salón del Palacio Municipal. Numeroso público llena la plaza, a semejanza de la población romana reunida ante el palacio del Quirinal, donde el cónclave procedía a la exaltación de un nuevo papa al trono de San Pedro. ¿Qué va a resultar de esta suprema deliberación? Sin duda, habrá empate. Si los tribordeses se

mantienen fieles a Nat Coverley y los babordeses a Jem Tankerdon, ¿qué sucederá?



Al fin llega el gran día. Entre la una y las tres, la vida normal está como en suspenso en Standard Island. De cinco a seis mil

personas se agitan bajo las ventanas del Palacio Municipal. Se espera el resultado de los votos de los notables, que será inmediatamente comunicado por teléfono a las dos secciones y a los dos puertos.

El primer turno del escrutinio se efectúa a la una y treinta y cinco: los candidatos obtienen el mismo número de votos. Una hora después se realiza la segunda votación, que no modifica en nada las cifras de la primera. A las tres y treinta y cinco se procede a la tercera y última votación: tampoco esta vez ninguno de los candidatos obtiene la mitad más uno de los sufragios.

El consejo se separa, y obra con prudencia; de continuar en sesión, sus miembros, exasperados, hubieran llegado a las manos. Cuando atraviesan la plaza para regresar, unos a la casa de los Tankerdon y los otros al palacio de los Coverley, la multitud los acoge con murmullos desagradables. No obstante, es preciso salir de esta situación, que no se podría prolongar ni algunas horas. Es demasiado lastimosa para los intereses de Standard Island.

—Entre nosotros —dice Pinchinat, cuando sus compañeros y él saben por el superintendente el resultado del escrutinio—, me parece que hay un medio muy sencillo para arreglar la cuestión.

—¿Y cuál? —pregunta Calixtus Munbar, que, desesperado, levanta al cielo los brazos—. ¿Cuál?



—Cortar la isla de hélice por el medio, dividirla en dos partes iguales como una galleta, y cada parte navegará por su lado con el gobernador que haya elegido.

—¡Cortar nuestra isla! —exclama el superintendente, como si Pinchinat le propusiera la amputación de un miembro de su cuerpo.

—Con una tenaza, un martillo y una llave inglesa —añade Su Alteza— el asunto quedaría resuelto, y en vez de una habría dos islas móviles en la superficie del océano Pacífico.

¡Ese Pinchinat no podrá nunca ser formal, ni aun en circunstancias tan graves! Sea lo que fuere, si su consejo no es seguido —materialmente al menos—, si no se hace intervenir el martillo y la llave inglesa, si no se ha destornillado la isla por su eje, la avenida Primera, la separación no es menos real desde el punto de vista moral. Los babordeses y los tribordeses van a ser tan extraños los unos a los otros como si los separasen cien leguas de mar, pues los treinta notables, en la imposibilidad de entenderse, han decidido votar separadamente.

Jem Tankerdon es nombrado gobernador de su sección, y la gobernará a su gusto. Nat Coverley es nombrado gobernador de la suya, y hará lo mismo. Cada uno conservará su puerto, sus navíos, sus oficiales, sus marinos, sus militares, sus funcionarios, sus comercios, su fábrica de fuerza eléctrica, sus máquinas, sus motores, sus maquinistas, sus fogoneros. Así cada uno se bastará a sí mismo, y todos quedarán conformes.

Muy bien, ¿pero qué hará el comodoro Simcoe para atender a los dos? ¿Y cómo se las arreglará Calixtus Munbar para llenar sus funciones a satisfacción de ambos? El caso, en lo que al último se refiere, tiene en verdad poca importancia. Su destino no va a ser más que una prebenda. ¿*Quién* va a pensar en fiestas cuando una guerra civil amenaza a Standard Island, pues la aproximación no es posible?

Júzguese por éste sólo indicio: el 17 de marzo los diarios anuncian la ruptura definitiva del matrimonio de Walter Tankerdon con *miss* Dy Coverley. Sí, roto a pesar de los ruegos de los novios; y aunque Calixtus Munbar haya dicho otra cosa, el amor no ha sido el más fuerte. ¡Pero no! Walter y *miss* Dy no se separarán. Abandonarán a su familia... Se casarán en el extranjero... Encontrarán un rincón del mundo donde podrán ser dichosos sin tantos millones.

Con todo, después del nombramiento de Jem Tankerdon y de Nat Coverley, en nada ha cambiado el itinerario de Standard Island. El comodoro Simcoe continúa dirigiéndose hacia el nordeste. Una vez en la bahía Magdalena, es probable que, cansados por aquel

estado de cosas, numerosos millardarios vayan a buscar en el continente la calma que ya no les ofrece la *Joya del Pacífico*. ¿La isla de hélice será abandonada? Quizá. Y entonces la liquidarán y la venderán en pública subasta, como hierro viejo e inservible.

Sea, pero las cinco mil millas que hay que recorrer todavía exigen unos cinco meses de navegación. Durante este tiempo, ¿no se verá comprometida la travesía por el capricho o la terquedad de ambos jefes? Además, el espíritu de rebelión se ha infiltrado en el alma de la población. ¿Los babordeses y los tribordeses llegarán a las manos, a atacarse a tiros, tiñendo de sangre el suelo de Standard Island?

¡No, no llegarán a ese extremo, sin duda! ¡No estallará otra guerra de secesión entre norte y sur,[143] entre las secciones de estribor y babor de Standard Island! Pero lo que es fatal llega, a riesgo de provocar una verdadera catástrofe.

El 19 de marzo por la mañana el comodoro Simcoe está en su gabinete del Observatorio, donde espera que le sea comunicada la primera observación de altura. Según sus cálculos, Standard Island no debe hallarse lejos de los parajes en que debe encontrar los navíos que traen los víveres. Algunos vigías situados en lo alto de la torre exploran el mar, a fin de señalar los vapores en cuanto aparezcan en el horizonte. Cerca del comodoro se encuentran el rey de Malecarlia, el coronel Stewart, Sebastián Zorn, Pinchinat, Frascalín, Yvernés y algunos oficiales y funcionarios de los que se pueden llamar neutrales, pues no intervienen en las disensiones intestinas. Para ellos lo esencial es llegar lo más pronto posible a la bahía Magdalena, donde acabará tan deplorable estado de cosas.

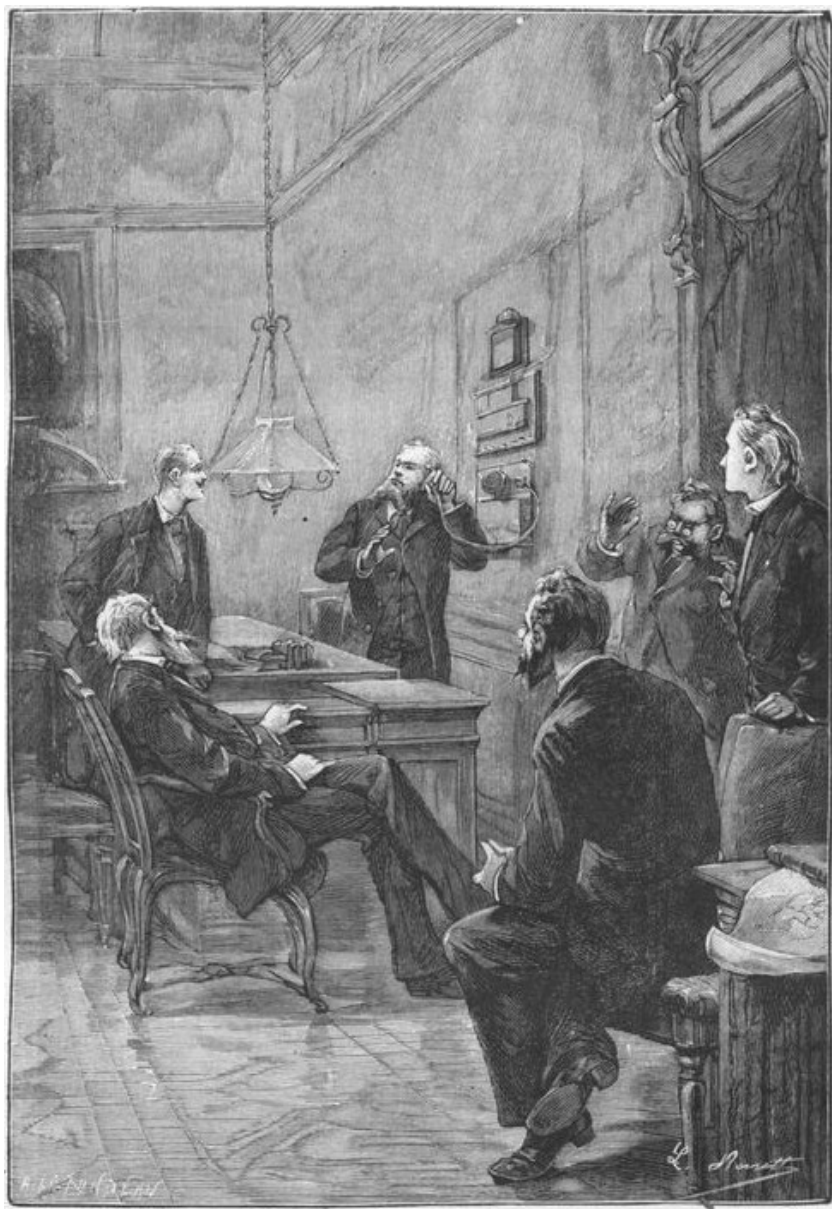
En ese momento suenan dos timbres, y se transmiten por teléfono dos órdenes al comodoro. Vienen del Palacio Municipal, en donde, con sus principales partidarios, Jem Tankerdon ocupa el ala derecha, y Nat Coverley la izquierda. Desde allí administran a Standard Island, y no hay que sorprenderse de que den órdenes contradictorias.

Esa misma mañana, la orden se refiere al itinerario seguido por Ethel Simcoe, y sobre el cual, por lo menos, los dos gobernadores hubieran debido entenderse. No ha podido ser así. Nat Coverley ha decidido que Standard Island tome la dirección nordeste a fin de llegar al archipiélago de las Gilbert, y Jem Tankerdon, resuelto a

establecer relaciones comerciales, ha decidido que se camine en dirección sudoeste hacia los parajes australianos. A esta situación han llegado los dos rivales, y sus amigos han jurado sostenerlos.

Al recibir las dos órdenes simultáneas en el Observatorio, dice el comodoro:

—¡Ya llegó lo que yo temía!



—¡Esto no se puede prolongar, en interés de todos! —dice el rey de Malecarlia.

—¿Y usted qué decide? —pregunta Frascalín.

—¡Diablo! —exclama Pinchinat—. Tengo curiosidad por ver cómo resuelve usted la situación.

—¡Malo! —murmura Sebastián Zorn.

—Hagamos primero conocer a Jem Tankerdon y a Nat Coverley —responde el comodoro— que no es posible ejecutar sus órdenes, puesto que se contradicen. Por otra parte, mejor es que Standard Island no se mueva, en espera de los navíos que debe encontrar en estos parajes.

Esta prudente respuesta es telefoneada inmediatamente al Palacio Municipal. Transcurre una hora sin que al Observatorio llegue otra comunicación. Lo más probable es que los dos gobernadores hayan renunciado a modificar el itinerario en sentido opuesto. De repente se produce un singular movimiento en el casco de Standard Island. ¿Qué significa este movimiento? Que Jem Tankerdon y Nat Coverley llevan su terquedad hasta los últimos límites.

Todos se miran.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntan todos.

—¿Qué pasa? —responde el comodoro Simcoe, encogiéndose de hombros—. Pues pasa que Jem Tankerdon ha enviado directamente sus órdenes a *Mr.* Watson, el maquinista de Babord Harbour, mientras Nat Coverley ha enviado órdenes contrarias a *Mr.* Somwah, el maquinista de Tribord Harbour. Uno ha ordenado dar máquina hacia adelante, para ir hacia el nordeste, y otro hacia atrás, para ir al sudoeste. El resultado es que Standard Island gira sobre sí misma, y esto durará tanto tiempo como quiera el capricho de esos dos testarudos.

—¡Vamos! —exclama Pinchinat—. Esto acabará en un baile. Atanasio Doremus está de más. Los millardarios no tienen necesidad de sus lecciones.

Quizá esta situación absurda y cómica fuera propia, desde cierto punto de vista, para excitar la risa, pero desgraciadamente la doble maniobra es extremadamente peligrosa, como hace observar el comodoro. Arrastrada en sentidos inversos por una tracción de diez millones de caballos, Standard Island corre el riesgo de dislocarse.

Las máquinas han sido lanzadas a toda velocidad, las hélices funcionan con el máximo de su poder, y esto se conoce por el estremecimiento del subsuelo de acero. Con el movimiento, que se hace cada vez más notable, Standard Island comienza a girar sobre su centro. El parque y el campo describen círculos concéntricos, y

los puntos del litoral situados en la circunferencia se desplazan con una velocidad de diez a doce millas por hora.

No hay ni que pensar en hacer entrar en razón a los maquinistas. El comodoro no tiene sobre ellos autoridad alguna. Obedecen a las mismas pasiones que los tribordeses y babordeses. Fieles servidores de sus jefes, *Mr. Watson* y *Mr. Somwah* llegarán hasta el fin, máquina contra máquina, dinamos contra dinamos.

Se produce entonces un fenómeno tan desagradable que hubiera debido calmar los cerebros y suavizar los corazones. A consecuencia de la rotación de Standard Island, gran número de millardarios, y sobre todo de millardarias, comienzan a sentirse singularmente mareados. En el interior de las casas se manifiestan angustias y náuseas, principalmente en aquellas que, más alejadas del centro, sufren un movimiento giratorio más intenso.

En presencia de tan cómico resultado, Yvernés, Pinchinat y Frascalín ríen como poseídos, aunque la situación parece que llegará a ser muy crítica. En efecto, la *Joya del Pacífico* está amenazada de un desgarramiento material que igualará, si no lo sobrepasa, a su desgarramiento moral. Sebastián Zorn, bajo la influencia de aquel movimiento continuo, está pálido, lívido. El corazón se le sube a la boca. ¿Durará mucho esta broma pesada? ¿Estar prisionero sobre aquella inmensa tabla movable, que no tiene ni aun el don de descubrir los secretos del porvenir!

Durante toda una interminable semana, Standard Island no cesa de girar sobre su centro, esto es, Milliard City. De manera que la ciudad está siempre llena de una multitud que busca allí refugio contra las náuseas, pues el movimiento es menos sensible en ese sitio. En vano el rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe y el coronel Stewart han tratado de intervenir entre los dos poderes que se reparten el Palacio Municipal. Ninguno ha querido ceder. Si el mismo Cyrus Bikerstaff resucitara, vería que todos sus esfuerzos chocarían contra aquella tenacidad ultraamericana.

Para colmo de desdichas, durante estos ocho días el cielo ha estado cubierto constantemente de nubes, por lo que no ha sido posible tomar la altura. El comodoro Simcoe no sabe cuál es la posición de Standard Island, que, arrastrada en sentido opuesto por sus poderosas hélices, se estremece hasta en el fondo de sus compartimientos. Nadie ha pensado en entrar en su casa. El parque

rebosa de gente que acampa al aire libre. Por un lado estallan gritos: «¡Hurra por Tankerdon!». Por otro: «¡Hurra por Coverley!». Los ojos chispean de pasión, se muestran los puños. ¿Va, pues, a producirse la guerra civil, ahora que la población ha llegado al paroxismo de la locura? Sea lo que fuere, ninguno quiere reparar en que el peligro está cercano. No cederán, y continuarán así hasta que, faltos de corriente las dinamos, cesen de mover las hélices.

En medio de esta agitación general, en la que no toma parte alguna, Walter Tankerdon experimenta la más viva angustia. No teme por él, pero sí por *miss* Dy Coverley. Desde hace ocho días no ha vuelto a ver a la que fue su novia y debía ser su esposa. Desesperado, ha suplicado veinte veces a su padre que desista de aquella deplorable maniobra. Jem Tankerdon lo ha despedido sin querer escucharlo.

Entonces, en la noche del 27 al 28 de marzo, aprovechando la oscuridad, Walter procura llegar hasta la joven. Quiere estar a su lado por si la catástrofe se produce. Después de deslizarse por entre la multitud que llena la avenida Primera, penetra en la sección enemiga, a fin de llegar al hotel de los Coverley.

Un poco antes de amanecer estalla una formidable explosión. Con más presión de la que pueden soportar, las calderas de babor acaban de estallar. Y como la corriente enérgica cesa bruscamente en este lado, la mitad de Standard Island queda sumida en profunda oscuridad.

XIII

UNA FRASE DE PINCHINAT QUE RESUME LA SITUACIÓN



Aunque las máquinas de Babord Harbour no se hallan ya en estado de funcionar a consecuencia del estallido de las calderas, y aunque las de Tribord Harbour están intactas, para Standard Island es como si no tuviese ningún aparato de locomoción. Reducida a sus hélices de estribor, no podrá avanzar y continuará girando sobre sí misma.

El accidente ha agravado la situación. En efecto, cuando Standard Island poseía sus dos máquinas, capaces de trabajar simultáneamente, hubiera bastado un arreglo entre los partidos de Tankerdon y de Coverley para poner fin a aquella situación. Los motores hubieran vuelto a moverse en igual sentido, y el aparato, retrasado unos pocos días, habría vuelto a tomar su dirección hacia la bahía Magdalena.

En la actualidad esto no es ya posible. No hay que pensar en la navegación. El comodoro Simcoe no dispone más de la fuerza propulsora necesaria para abandonar estos lejanos parajes.

¡Si por lo menos Standard Island hubiera permanecido quieta durante aquella última semana! ¡Si los vapores esperados hubieran podido reunirse con ella, tal vez fuera posible ganar el hemisferio septentrional! Pero no ha ocurrido así, y aquel día una observación astronómica ha permitido comprobar que Standard Island se ha movido hacia el sur durante aquel prolongado movimiento giratorio. Ha derivado del paralelo 12 sur hasta el 17.

En efecto, entre el grupo de las Nuevas Hébridas y el grupo de las Fiji existen ciertas corrientes originadas por compresión de los dos archipiélagos, corrientes que se propagan hacia el sudeste.

Mientras sus máquinas han funcionado de perfecto acuerdo, Standard Island ha podido rechazar sin trabajo estas corrientes. Pero a partir del momento en que fue presa del vértigo, ha sido arrastrada sin remedio hacia el trópico de Capricornio.

Ya reconocido el hecho, el comodoro Simcoe no oculta a aquellas personas a quienes hemos dado el nombre de neutrales la gravedad de las circunstancias. Y he aquí lo que les dice:

—Hemos sido arrastrados cinco grados hacia el sur. Lo que un marino puede hacer a bordo de un vapor con sus máquinas inutilizadas, yo no puedo hacerlo con Standard Island. Nuestra isla carece de velamen, que permitiría utilizar el viento, y estamos a merced de las corrientes. ¿Adónde llegaremos? Lo ignoro. En cuanto a los vapores que han partido de la bahía Magdalena, nos buscarán en vano por los sitios convenidos. Derivamos con una velocidad de ocho a diez millas por hora hacia la parte menos frecuentada del Pacífico.

Con estas frases, Ethel Simcoe acaba de resumir la situación, que él no puede modificar. La isla de hélice es como un inmenso naufrago entregado al capricho de las corrientes. Si éstas van al norte, al norte irá ella; si van al sur, al sur la arrastrarán, tal vez hasta los límites extremos del océano Antártico. Y entonces...

Esta situación no tarda en ser conocida tanto en la población de Milliard City como en los dos puertos. Se conoce el peligro, y, lo que es muy humano bajo el imperio del terror, se apaciguan un poco los ánimos. Ya no se piensa más en empeñar una lucha fratricida, y si los odios persisten, al menos no se traducirán en violencias.

Poco a poco todos vuelven a su sección, a su barrio, a su casa. Jem Tankerdon y Nat Coverley renuncian a disputarse el primer puesto. También, y a propuesta de los dos gobernadores, el consejo de notables toma el único partido razonable dictado por las circunstancias: pone todos sus poderes en manos del comodoro Simcoe, único jefe al que se confía desde ese instante la salvación de Standard Island.

El comodoro acepta sin vacilar. Cuenta con la ayuda de sus amigos, de sus oficiales, de su personal. ¿Pero qué podrá hacer a bordo de aquel enorme aparato flotante, de una superficie de 27 kilómetros cuadrados, ingobernable, puesto que no se dispone de

sus dos máquinas? ¿No se tiene razón al decir que Standard Island, mirada como la obra maestra de las construcciones marítimas, está condenada a ser el juguete de los vientos y de las olas?

Verdad que el accidente no es achacable a las fuerzas de la naturaleza, a las que la *Joya del Pacífico* siempre había desafiado victoriosamente. La culpa la tienen esas disensiones intestinas, esas rivalidades de millardarios, esa terquedad de los unos por ir hacia el sur y de los otros por subir al norte. ¡Su inmensa estupidez es la que ha producido la explosión de las calderas de babor! ¿Pero de qué sirven los reproches?



Lo más urgente por el momento es conocer las averías de Babord Harbour. El comodoro congrega a sus oficiales e ingenieros. El rey de Malecarlia se une a ellos. No es ciertamente el real filósofo quien se asombra de que las humanas pasiones hayan provocado tal

catástrofe. La comisión designada se dirige hacia la parte donde se elevaba la fábrica de fuerza eléctrica y la maquinaria. La explosión de los aparatos evaporadores lo ha destruido todo, y causó la muerte de dos maquinistas y seis fogoneros. El destrozo no es menor en la fábrica de electricidad. Felizmente, las dinamos de estribor continúan funcionando, y, como dice Pinchinat, aún se puede ver con un ojo...

—Sea —responde Frascalín—, pero también hemos perdido una pierna, y la que nos queda no nos servirá para nada.

De la investigación resulta que las averías no son reparables, y que será imposible ordenar la marcha hacia el sur. Hay que esperar que Standard Island salga de aquella corriente que la arrastra más allá del trópico.

Conocidos estos daños, se debe comprobar el estado en que se encuentran los compartimientos del casco. ¿No habrán sufrido por efecto del movimiento general que los ha sacudido tan violentamente durante ocho días? ¿Se habrán aflojado los palastros? ¿Habrán saltado los remaches? Si se han abierto vías de agua, ¿qué medio habrá para cegarlas?

Los ingenieros proceden a realizar esta segunda inspección. El resultado que se comunica al comodoro Simcoe es algo más tranquilizador. El movimiento ha hecho estallar muchas placas y roto travesaños, han saltado millares de tornillos y se han producido gran número de desgarraduras, algunos compartimientos están ya invadidos por el mar; pero como la línea de flotación no ha bajado, la solidez del suelo metálico no está seriamente comprometida, y los nuevos propietarios de Standard Island no tienen que temer por su propiedad.

En la batería de popa las hendiduras son más numerosas. Uno de los muelles de Babord Harbour se ha hundido con la explosión. Pero Tribord Harbour está intacto, y sus dársenas ofrecen seguro abrigo a los navíos. Sin embargo, se dan las oportunas órdenes para que lo que se pueda reparar se haga sin retraso alguno. Importa que la población quede tranquila desde el punto de vista material. Ya es bastante, por no decir demasiado, que por falta de sus motores de babor, Standard Island no pueda dirigirse hacia la tierra más próxima. Pero para esto no hay remedio.

Queda la gravísima cuestión del hambre y de la sed. ¿Las

reservas son suficientes para un mes, para dos? He aquí los informes del comodoro Simcoe: en lo que concierne al agua, no hay nada que temer. Si una de las fábricas destiladoras ha sido destrozada por la explosión, la otra continúa funcionando y alcanza para todas las necesidades. El asunto de los víveres es menos tranquilizador. Su duración no excederá de treinta días, a menos que se imponga a los diez mil habitantes un severo racionamiento. Excepto las frutas y las legumbres, todo viene de afuera, como ya se sabe. ¿Y a qué distancia están las tierras más próximas, y cómo llegar a ellas?

Por deplorable que sea el efecto que causará la medida, el comodoro se ve, pues, en la necesidad de disponer el racionamiento, y aquella misma tarde los hilos telefónicos y teletográficos esparcen la funesta nueva. Esto causa general espanto en Milliard City y en los dos puertos, y da lugar al presentimiento de mayores catástrofes. El espectro del hambre, para emplear una frase vulgar pero muy gráfica, ¿no se levantará pronto en el horizonte, puesto que no existe medio alguno para renovar las provisiones?

El comodoro Simcoe no dispone de un solo navío para expedir hacia el continente americano. La fatalidad quiere que el último se haya hecho a la mar hace tres semanas, llevando los mortales despojos de Cyrus Bikerstaff y de los defensores muertos en la lucha contra Erromango. ¡No se sospechaba entonces que las cuestiones de amor propio pusieran a Standard Island en una situación peor que en el momento en el cual fue invadida por las bandas neohebridanas!

Verdaderamente, ¿de qué sirve poseer millones, ser ricos como Rothschild, Mackay, Astor, Vanderbilt, Gould, cuando ninguna riqueza es capaz de conjurar el hambre? ¡Sin duda, éstos tienen la mayor parte de su fortuna en seguridad en los bancos del viejo y del nuevo continente! ¡Pero quién sabe si está próximo el día en que un millón no podrá procurarles un trozo de carne o un pedazo de pan!

¡Después de todo, la culpa la tienen sus disensiones absurdas, sus estúpidas rivalidades, su deseo de obtener el poder! Los culpables son los Tankerdon y los Coverley. ¡Guárdense de las represalias y de la cólera de los oficiales, de los funcionarios, de los empleados y mercaderes, de toda aquella población a la que han puesto en tan peligrosa situación! ¿A qué excesos no se entregarán

cuando estén bajo los tormentos del hambre?



Digamos que tales reproches jamás se dirigían contra Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley, puesto que no son merecedores de ellos. ¡No, ni el muchacho ni la joven son responsables de lo sucedido! Eran el lazo que debía asegurar el porvenir de las dos

secciones, y este lazo no se ha roto por culpa de ellos.

A causa del estado del cielo no ha podido hacerse observación alguna durante cuarenta y ocho horas, y la posición de Standard Island no ha podido ser establecida con exactitud. El 31 de marzo, desde el alba, el cénit se muestra despejado y las brumas desaparecen. Puede esperarse que la operación mencionada se efectúe en buenas condiciones.

Con febril impaciencia se aguarda la observación. Muchos habitantes se reúnen en la batería del espolón. Entre ellos está Walter Tankerdon.

Pero ni su padre, ni Nat Coverley, ni ninguno de los notables a quienes justamente se puede acusar de haber acarreado aquel estado de cosas, han abandonado sus hoteles, donde se sienten amenazados por la indignación pública.

Un poco antes del mediodía los observadores se preparan para la obra. Dos sextantes, uno en manos del rey de Malecarlia y el otro en las del comodoro Simcoe, son dirigidos hacia el horizonte. Tomada la altura meridiana se procede a los cálculos. El resultado da:

29° 17'

de latitud sur.

A las dos se procede a una segunda observación, hecha en las mismas favorables condiciones para la longitud:

179° 32'

de longitud este. De modo que, desde que Standard Island fue presa de aquella locura giratoria, las corrientes la han arrastrado unas mil millas al sudeste.

Estudiado el punto en el mapa, resulta lo siguiente: las islas más próximas —a cien millas lo menos— constituyen el grupo de las Kermadec, rocas estériles, casi inhabitadas, sin recursos; y además, ¿cómo llegar a ellas? A trescientas millas al sur se encuentra Nueva Zelanda, ¿pero cómo llegar hasta ella si las corrientes lo impiden? Hacia el oeste, a mil quinientas millas, está Australia. Al este, a algunos millares de millas, la América meridional a la altura de Chile. Más allá de Nueva Zelanda está el océano Glacial con el desierto antártico. ¿Standard Island irá, pues, a destrozarse contra las tierras del polo? ¿Es allí donde los navegantes encontrarán un día los restos de toda una población muerta de miseria y de hambre?

El comodoro Simcoe se dispone a estudiar con el mayor cuidado las corrientes de aquellos mares. Mas ¿qué ocurrirá si aquéllas no se modifican, si no encuentra corrientes contrarias, si se desencadena una de esas formidables tempestades, tan frecuentes en las regiones próximas al polo?

Estas noticias son, a no dudarlo, como para provocar el espanto y aumentar la cólera contra los autores del daño, aquellos malditos ricachos de Milliard City, principales responsables de la situación. Se necesita toda la influencia del rey de Malecarlia, toda la energía del comodoro Simcoe y del coronel Stewart, toda la abnegación de los oficiales, toda su autoridad sobre los marinos y los soldados de la milicia, para impedir un levantamiento.

El día transcurre sin que se produzca cambio alguno. Todos han tenido que someterse al racionamiento en lo que respecta a la alimentación, limitándose a lo estrictamente necesario tanto los más ricos como los más pobres.

Mientras, los vigías extreman su atención, y el horizonte es vigilado prolijamente. Si aparece un navío, se le harán señales, y tal vez sea posible establecer las comunicaciones interrumpidas. Por desgracia, la isla de hélice ha derivado fuera de las rutas marítimas, y son escasos los barcos que atraviesan aquellas zonas vecinas del mar antártico. ¡Y allá abajo, en el sur, ante las imaginaciones enloquecidas, se yergue el espectro del polo, alumbrado por las luces volcánicas del Erebus y del Terror!

Sin embargo, en la noche del 3 al 4 de abril se produce un feliz acontecimiento. El viento del norte, tan violento desde algunos días, cesa repentinamente. Le sucede la calma, y la brisa pasa bruscamente al sudeste, por uno de esos caprichos atmosféricos tan frecuentes en las épocas del equinoccio.

El comodoro Simcoe recobra alguna esperanza. Basta que Standard Island sea empujada unas cien millas hacia el oeste para que la contracorriente la aproxime a Australia o a Nueva Zelanda. En todo caso su marcha hacia el mar polar parece haberse detenido, siendo más probable el encuentro con navíos en las cercanías de las tierras australianas.

Al alba, la brisa del sudeste es ya muy fresca. Standard Island siente su influencia de una manera muy viva. Sus elevados monumentos, el Observatorio, el Palacio Municipal, el templo, la

catedral, hacen el oficio de velas de aquel enorme barco de cuatrocientas treinta y dos millones de toneladas.

Como el disco solar aparece por intervalos, ya que el cielo es cruzado por rápidas nubes, será posible obtener una buena observación. Después de dos intentos, los cálculos establecen que, desde la víspera, Standard Island ha remontado dos grados hacia el noroeste.

Es difícil admitir que la isla de hélice no haya obedecido más que al viento. Se deduce, pues, que ha entrado en uno de esos remolinos que separan las grandes corrientes del Pacífico. Si llega a tener la buena suerte de encontrar la que lleva hacia el noroeste, sus probabilidades de salvación serán muchas. Pero ¡por Dios!, que esto no tarde, pues ha sido preciso disminuir las raciones. Las reservas desaparecen en una proporción inquietante, en presencia de diez mil personas a quienes alimentar.

Cuando la última observación astronómica es comunicada a los dos puertos y a la ciudad, los espíritus se tranquilizan algo. ¡Con qué rapidez una multitud puede pasar de un sentimiento a otro, de la desesperación a la esperanza! Esto es lo que sucede. Aquella población, muy diferente de las masas miserables que habitan las grandes ciudades de los continentes, debía ser, y lo era, menos propensa a la locura, más reflexiva, más paciente... ¿Pero no puede temerse todo ante la amenaza del hambre?

Durante la mañana el viento muestra tendencia a refrescar, y el barómetro baja lentamente. El mar se encrespa en largas y poderosas olas, señal de que ha debido experimentar grandes alteraciones en el sudeste. Standard Island, impasible en otra época, no soporta ya, como de costumbre, aquellos enormes desniveles. Algunas casas oscilan de un modo amenazador y los objetos cambian de sitio. Los efectos son semejantes a los que produce un temblor de tierra. Este fenómeno, nuevo para los millardarios, produce vivísima inquietud.

El comodoro Simcoe y sus ayudantes permanecen en el Observatorio, donde se han concentrado todos los servicios. Las sacudidas del edificio no dejan de preocuparlos, y reconocen la extrema gravedad de la situación.

—Es evidente —dice el comodoro— que Standard Island ha sufrido en sus fondos. Sus compartimientos se han separado, su

cubierta no ofrece la rigidez que la hacía tan sólida.

—Y Dios quiera —añade el rey de Malecarlia— que no tenga que soportar alguna violenta tempestad, pues no ofrecería suficiente resistencia.

Sí, ahora la población ya no tiene confianza en aquel suelo artificial. Siente que puede faltarle el apoyo. Era preferible cien veces el peligro de chocar contra las rocas de las tierras antárticas que temer a cada momento que Standard Island se abra y se hunda en uno de esos abismos del Pacífico, cuya profundidad no ha alcanzado aún la sonda. ¡Pensamiento capaz de hacer desfallecer los corazones más valientes!

Es indudable que nuevas averías se han producido en algunos compartimientos. Varios tabiques han cedido y las separaciones han hecho saltar los remaches de los palastros. En el parque, a lo largo del río Serpentina, en la superficie de las calles alejadas de la ciudad, se ven señales ciertas que indican la dislocación del suelo. Ya varios edificios se inclinan, y, cuando caigan, es seguro que agujerearán el suelo donde se asientan.

No hay que pensar en cerrar las vías de agua. Es cosa segura que el mar se ha introducido en diversas partes del subsuelo, puesto que la línea de flotación se ha modificado. En casi toda la periferia de los dos puertos, lo mismo que en las baterías del espolón y de popa, aquella línea se ha hundido treinta centímetros, y si su nivel continúa bajando, las olas invadirán el litoral. En tal caso, el hundimiento de Standard Island no sería más que cuestión de algunas horas.

El comodoro Simcoe quisiera ocultar esta situación, pues es de tal naturaleza que originaría el más horrible pánico. ¡Y a qué excesos no se entregarían los habitantes contra los responsables de tales males! No podrían buscar su salvación en la huida, como hacen los pasajeros de un navío, valiéndose de las embarcaciones de salvamento, ni construir una balsa, como las que arma una tripulación con la esperanza de ser recogida en el mar. No, esa balsa es la propia Standard Island, próxima a sumergirse.

Hora a hora, durante aquel día, el comodoro Simcoe hace apuntar los cambios que experimenta la línea de flotación. El nivel de Standard Island baja siempre, pues la filtración continúa a través de los compartimientos, lenta pero incesante e irresistiblemente.

Entretanto, el tiempo toma mal aspecto. El cielo adquiere tonos blanquecinos y rojizos. El barómetro muestra cada vez más su movimiento de descenso. La atmósfera presenta todas las apariencias de una tempestad próxima. Tras las nieblas acumuladas, el horizonte está tan limitado que parece circunscribirse al litoral de Standard Island.

A la caída de la tarde se desencadena el viento. Bajo la violencia de las olas crujen las casas, los compartimientos se separan, los palastros se desgarran. Por todas partes se oyen chirridos metálicos. Las avenidas de la ciudad y los jardines del parque amenazan abrirse. Al aproximarse la noche, Milliard City es abandonada por el campo, que, menos cargado de pesadas construcciones, ofrece más seguridad. La población entera se reparte entre los dos puertos y las baterías del espolón y de popa.

Alrededor de las nueve, un estremecimiento sacude a Standard Island hasta en sus cimientos. La fábrica de Tribord Harbour que suministraba la luz eléctrica acaba de hundirse en los abismos. La oscuridad es tan profunda que no deja ver ni cielo ni mar. Casi enseguida nuevos temblores del suelo anuncian que las casas comienzan a caer como castillos de naipes.



—Señores —dice el comodoro Simcoe—, no podemos permanecer más tiempo en el Observatorio, que amenaza derrumbarse. Refugiémonos en el campo, donde esperaremos el fin de la tempestad.

—Esto es un ciclón —responde el rey de Malecarlia, que muestra

el barómetro a 713 milímetros.

La isla de hélice es presa de uno de esos ciclones que obran como poderosos condensadores. Esas tempestades, constituidas por una enorme masa de agua que gira en torno de un eje casi vertical, se propagan de oeste a este, pasando al sur por el hemisferio meridional. Un ciclón es por excelencia el meteoro fecundo en desastres, y para evitarlo sería preciso llegar a su centro en relativa calma, o, por lo menos, a la parte derecha de la trayectoria fuera de la fuerza de las olas. Pero, sin motores, tal maniobra es imposible. Esta vez no es la tontería humana ni la terquedad imbécil de sus jefes lo que arrastra a Standard Island; es un formidable meteoro que acabará de destruirla.

El rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe, el coronel Stewart, Sebastián Zorn y sus compañeros, los astrónomos y los oficiales abandonan el Observatorio, donde no se sienten seguros. ¡Ya era tiempo! No han dado doscientos pasos cuando la torre cae con horrible estrépito, agujerea el suelo de la plaza y desaparece en el abismo. Un instante después, el edificio no es más que un montón de ruinas.

Con todo, el cuarteto piensa subir por la avenida Primera y correr al Casino, donde se encuentran sus instrumentos, para salvarlos si es posible. Aún está el Casino en pie; consiguen llegar a él, suben a sus habitaciones, recogen los dos violines, la viola y el violoncelo y huyen al parque en busca de refugio. Allí están reunidos ya varios millares de personas de las dos secciones. También se encuentran las familias Tankerdon y Coverley, y es una suerte para ellas que a causa de la oscuridad no se las pueda reconocer.

Sin embargo, Walter ha tenido la suerte de reunirse con *miss Dy*. Procurará salvarla en el momento de la suprema catástrofe, tratará de sostenerla y de asirse a algún resto flotante. La joven ha adivinado que está a su lado y deja escapar este grito:

—¡Walter!

—¡Dy, querida Dy! Aquí estoy. No te abandonaré más.

Nuestros parisienses no han querido separarse. Frascalín no ha perdido su sangre fría. Yvernés está muy nervioso. Pinchinat tiene una irónica resignación. Sebastián Zorn repite a Atanasio Doremus, que al fin se ha decidido a unirse a sus compatriotas:

—¡Ya había predicho yo que esto acabaría mal! ¡Ya lo había predicho!

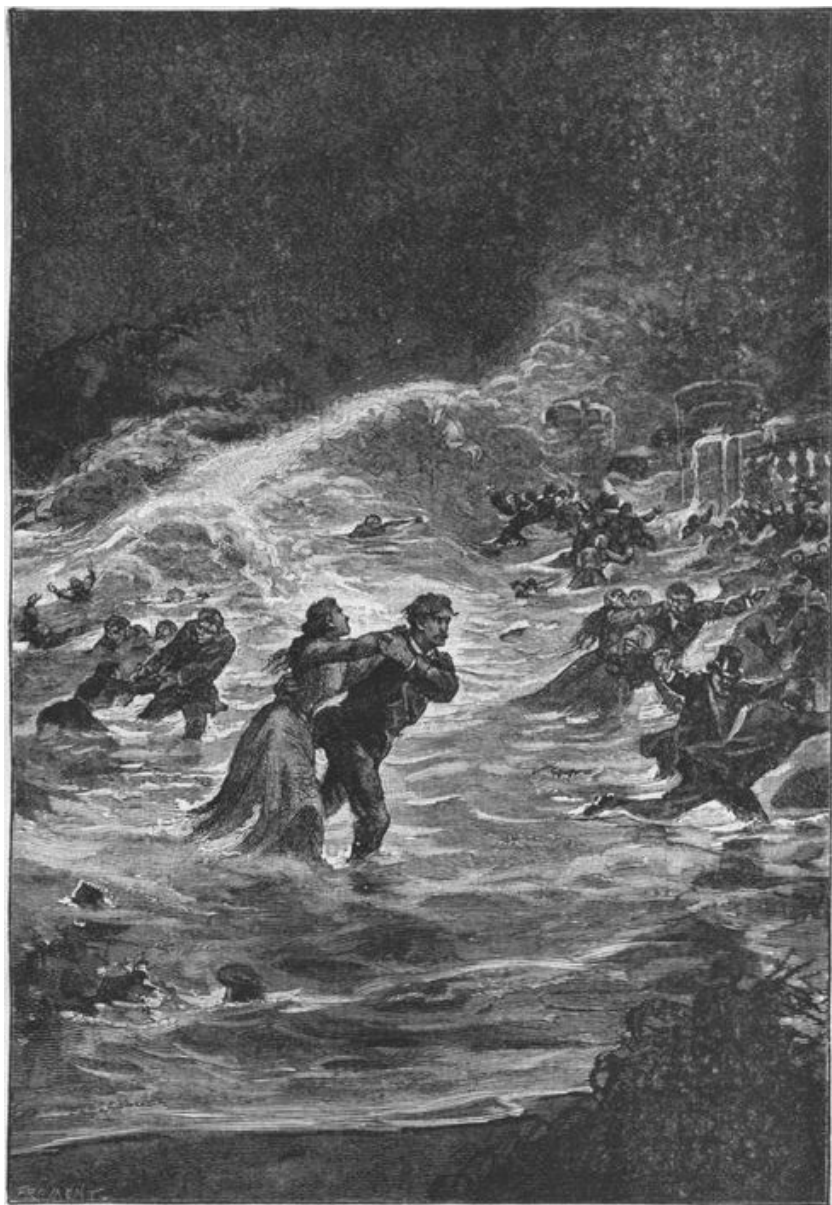
—¡Basta de trémolos en tono menor, viejo Isaías! [144] —le grita Su Alteza—. Guárdate tus salmos de penitencia.

A medianoche la violencia del ciclón aumenta. Los vientos que convergen levantan olas monstruosas, precipitándolas contra Standard Island. ¿Adónde la arrastrará esta lucha de los elementos? ¿Chocará contra algún escollo? ¿Se hará pedazos en pleno océano? Al presente su casco está agujereado en mil sitios. Todas las junturas crujen. Los monumentos, la iglesia de Saint Maiy, el templo y el Palacio Municipal se han hundido, dejando inmensos boquetes por donde entra el mar con redoblada furia. ¡Ni vestigios quedan de esas magníficas construcciones! ¡Cuántas riquezas, cuántos tesoros, cuadros y objetos de arte, perdidos para siempre! ¡La población no volverá a ver nunca, al nacer el día, aquella soberbia Milliard City, en el supuesto de que amanezca para ella!

En efecto, sobre el parque, sobre el campo, donde el subsuelo ha resistido, empieza a extenderse el mar. La línea de flotación ha descendido más aún. El nivel de la isla de hélice ha llegado al del mar, y el ciclón lanza sobre ella olas monstruosas. No hay refugio en parte alguna. La batería del espolón, abierta al viento, no ofrece abrigo ni contra las olas ni contra el huracán. Los compartimientos estallan, la dislocación de Standard Island se propaga con un estrépito que dominaría los más violentos cañonazos. La catástrofe suprema está próxima.

A las tres de la mañana el parque se corta en una extensión de dos kilómetros a lo largo del cauce del río Serpentina, y por la hendidura salta el mar. Hay que huir, y la población se dispersa por el campo. Unos corren hacia los puertos; otros, hacia las baterías. Las familias se separan; algunas madres buscan en vano a sus hijos, mientras las furiosas olas barren la superficie de Standard Island como una marea gigantesca.

Walter Tankerdon, que no ha abandonado a *miss* Dy, quiere arrastrarla a la parte de Tribord Harbour, pero ella no tiene fuerzas para seguirlo. Entonces el joven la levanta casi inanimada, y entre sus brazos la lleva a través de los gritos de espanto de la multitud, en medio de la horrible oscuridad.



A las cinco de la mañana, un nuevo desgarramiento metálico se deja oír en dirección este. Un trozo de una media milla cuadrada acaba de separarse de Standard Island. Es Tribord Harbour, que con sus fábricas, sus máquinas, sus tiendas, va a la deriva.

Bajo los golpes del ciclón, en el colmo de su violencia entonces,

Standard Island es impulsada a uno y otro lado como un náufrago. Su casco acaba de romperse. Los compartimientos se separan, y algunos desaparecen en la profundidad del océano.

—¡Después de la quiebra de la compañía, la de la isla de hélice!
—exclama Pinchinat.

Y esta frase resume la situación.

Al presente, de la maravillosa Standard Island no quedan más que pedazos dispersos, semejantes a los fragmentos de un cometa herido, que flotan, no en el espacio, sino en la superficie del inmenso océano.

XIV

DESENLAZCE



Al amanecer, he aquí lo que hubiera visto un observador que desde la altura dominara con la vista aquellos parajes: tres fragmentos de Standard Island, que miden de dos a tres hectáreas cada uno, flotan a cierta distancia unos de otros, y una docena de menor tamaño sobrenadan separados diez cables entre sí.

El ciclón ha comenzado a decrecer a las primeras luces del día. Con la rapidez característica de esas grandes perturbaciones atmosféricas, su centro ha cambiado de sitio, corriéndose unas treinta millas hacia el este. Sin embargo, el mar, violentamente sacudido, ofrece siempre un aspecto imponente, y aquellos restos grandes y chicos ruedan como navíos sobre las olas enfurecidas.

La base de Milliard City, que es la parte de Standard Island que más ha sufrido, se ha hundido totalmente bajo el peso de sus edificios. Inútil sería buscar algún rastro de los monumentos y hoteles que bordeaban las principales avenidas de las dos secciones. ¡Nunca la separación de los babordeses y tribordeses ha sido más completa, y nunca la soñaron así, seguramente!

¿Es considerable el número de las víctimas? Hay motivos para temerlo, por más que la población se haya refugiado a tiempo en el campo, donde el suelo ofrecía más resistencia a la dislocación.

Pues bien, ¡ya pueden estar satisfechos los Coverley y los Tankerdon de los resultados de su culpable rivalidad! ¡No gobernará ninguno de ellos con exclusión del otro! ¡Ya se ha hundido Milliard City, y con ella el enorme precio que les costó! No hay que apiadarse de su suerte. Todavía quedan bastantes millones en las cajas fuertes de los bancos americanos y europeos que les aseguran el pan cotidiano para su vejez.

El fragmento más grande de Standard Island comprende aquella

parte del campo que se extendía entre el Observatorio y la batería del espolón. Su superficie mide unas tres hectáreas, sobre las que los náufragos —¿por qué no darles este nombre?— están agrupados en número de tres mil.

El segundo trozo, un poco menor, ha conservado algunos edificios cercanos a Babord Harbour, el puerto con varios negocios de provisiones y una de las cisternas de agua dulce. Respecto a la fábrica de energía eléctrica y a los edificios que encerraban la maquinaria, han desaparecido cuando ocurrió la explosión de las calderas. Este segundo fragmento sirve de refugio a dos mil habitantes, que tal vez podrán comunicarse con los del primer fragmento si no se han destruido las embarcaciones de Babord Harbour.

En cuanto a Tribord Harbour, no se habrá olvidado que a las tres de la madrugada esta parte de Standard Island se separó violentamente. Sin duda, se ha hundido, pues no se lo divisa ni a la mayor distancia a que puede alcanzar la mirada.

Además de los dos primeros fragmentos, sobrenada un tercero, de una superficie de cuatro a cinco hectáreas, comprendida la porción de popa, y sobre la que se encuentran unos cuatro mil náufragos.

En fin, una docena de pedazos, que miden algunos centenares de metros cuadrados cada uno, dan asilo al resto de la población salvada del desastre. ¡He aquí todo lo que resta de la que fue la *Joya del Pacífico*!

Conviene, pues, estimar en varios centenares las víctimas de la catástrofe. ¡Y todavía hay que dar gracias al cielo de que Standard Island no haya sido devorada por completo por las aguas del océano! Pero estando tan lejos de toda tierra, ¿cómo podrán aquellas fracciones tocar algún punto del litoral del Pacífico? ¿Están destinados estos náufragos a morir de hambre? ¿Sobrevivirá un solo testigo de aquel siniestro sin precedente en la necrología marítima?

No hay que desesperar. Aquellos fragmentos a la deriva llevan hombres enérgicos, y todo lo que sea posible hacer para la salvación común, ellos lo harán.

En la parte vecina a la batería del espolón están reunidos el comodoro Simcoe, el rey y la reina de Malecarlia, el personal del Observatorio, el coronel Stewart, algunos de sus oficiales, cierto

número de los notables de Milliard City, los miembros del clero; en suma, una parte importante de la población. También se encuentran allí las familias Coverley y Tankerdon, abrumadas por la pavorosa responsabilidad que pesa sobre sus jefes. ¿No están heridas, además, ante la pérdida de sus mayores afectos, puesto que Walter y *miss* Dy han desaparecido? ¿Estarán, acaso, en alguno de los otros fragmentos? ¿Pueden tener la esperanza de volverlos a ver?

El cuarteto, con sus instrumentos, está completo. Para emplear una frase común: ¡sólo la muerte hubiera podido separarlos! Frascalín considera la situación con sangre fría, y no ha perdido toda esperanza. Yvernés, que tiene la costumbre de considerar las cosas por su lado extraordinario, ha exclamado ante aquel desastre:

—¿Sería difícil imaginar un fin más grandioso!

Sebastián Zorn está fuera de sí. No puede consolarlo el hecho de haber sido buen profeta al predecir las desgracias de Standard Island, como Jeremías las de Sión.[145] Tiene hambre y frío, está acatarrado y es presa de violentos golpes de tos que se suceden sin intervalo. Pinchinat le dice:

—Vamos, viejo Zorn; esos golpes están prohibidos... Son poco armónicos...

El violoncelista estranglaría a Su Alteza si tuviera fuerzas para ello, pero no las tiene.

¿Y Calixtus Munbar? Pues bien, el superintendente está sublime... ¡Sí, sublime! No quiere perder la esperanza ni de la salvación de los náufragos ni de la de Standard Island. Volverán a la patria, repararán la isla de hélice. Los pedazos son buenos, y no se dirá que los elementos han podido vencer, en su lucha contra aquella obra maestra de la arquitectura naval.

En verdad, el peligro no es inminente. Durante el ciclón se han hundido, con Milliard City, los monumentos, los palacios, las fábricas y las baterías; es decir, todo lo que tenía un peso considerable. Pero en el momento actual los restos están en buenas condiciones, su línea de flotación ha subido y las olas no barren más su superficie. Hay, pues, un paréntesis de reposo, una disminución del peligro, y como la amenaza de un hundimiento inmediato está descartada, los náufragos se hallan más animados. Renace algo la calma en los espíritus. Únicamente las mujeres y los niños parecen dominar menos su espanto. ¿Qué ha sido de Atanasio Doremus?

Desde el principio del desastre el profesor de baile ha sido llevado con su anciana criada sobre uno de los restos. Pero la corriente lo ha arrastrado hacia el fragmento donde se encontraban sus compatriotas.

Mientras tanto, el comodoro Simcoe, como un capitán sobre un navío desamparado, se ha puesto a trabajar, ayudado por su abnegado personal.

Ante todo, ¿será posible reunir aquellos pedazos que flotan aislados?

Y si no fuera así, ¿podrá establecerse comunicación con ellos? Esta última pregunta no tarda en ser contestada afirmativamente, pues en Babord Harbour hay varias embarcaciones intactas. Y enviándolas de un resto a otro, el comodoro sabrá los recursos de que se dispone, lo que resta de víveres y de agua dulce.

Pero ¿se está en condiciones de señalar la posición en longitud y latitud de aquella flotilla de náufragos? No, pues faltan los aparatos para tomar la altura y no se puede determinar si los restos están en la proximidad de un continente o de una isla.

Alrededor de las nueve de la mañana, el comodoro Simcoe se embarca con dos de sus oficiales en una chalupa que acaba de llegar de Babord Harbour. Esta embarcación le permite visitar los diversos fragmentos, y he aquí los resultados obtenidos en esta información:

Los aparatos destiladores de Babord Harbour están destruidos, pero la cisterna contiene aún agua suficiente para quince días, si se reduce el consumo a lo estrictamente necesario, y las reservas de los establecimientos del puerto pueden asegurar la alimentación de los náufragos durante un lapso casi igual al indicado. Es indispensable pues, que en el término de dos semanas los náufragos hayan tocado tierra en cualquier punto del Pacífico.

Estas noticias son, hasta cierto punto, tranquilizadoras. Entretanto, el comodoro Simcoe ha tenido que reconocer que aquella terrible noche ha causado algunos centenares de víctimas. El dolor de las familias Tankerdon y Coverley es inexpressable. Ni Walter ni *miss* Dy han sido hallados sobre los restos visitados por la embarcación. En el momento de la catástrofe, el joven, llevando a su novia desmayada, se había dirigido hacia Tribord Harbour, y de esta parte de Standard Island no ha quedado nada en la superficie del Pacífico.

Por la tarde el viento decrece, el mar se tranquiliza y los fragmentos sienten apenas las ondulaciones de las olas. Gracias a los muchos viajes de las embarcaciones, el comodoro Simcoe puede proveer de alimento a los náufragos, aunque dándoles lo preciso para que no mueran de hambre.

Por otra parte, las comunicaciones se hacen cada vez más fáciles y más rápidas. Los diversos trozos de la isla, obedeciendo a las leyes de la atracción, tienden a aproximarse unos a otros como corchos en una palangana. ¿Cómo no ha de parecerle esto de buen augurio al confiado Calixtus Munbar, que entrevé ya la reconstitución de su *Joya del Pacífico*?



La noche transcurre en una oscuridad profunda. Ya está lejos el tiempo en que las avenidas de Milliard City, las calles de sus barrios comerciales, el parque, los campos y las praderas resplandecían por la luz eléctrica, cuyas lámparas iluminaban con deslumbradora claridad la superficie de Standard Island. En medio de estas

tinieblas se producen algunos choques entre varios fragmentos, choques que no pueden ser evitados, pero que felizmente no son tan rudos como para producir serios contratiempos.

Al alba se comprueba que los restos de la isla, que se han aproximado mucho, flotan unidos sin chocar sobre la mar tranquila. Con algunos golpes de remo se pasa de unos a otros. El comodoro ha reglamentado la distribución de víveres y agua. Es la cuestión capital, y los náufragos lo comprenden y se resignan.

Las embarcaciones transportan a las familias que van en busca de aquellos de los suyos que aún no han visto. ¡Qué alegría cuando se encuentran, sin cuidarse de los peligros que los amenazan! ¡Qué dolor en los que han buscado infructuosamente a los ausentes!

Es una feliz circunstancia que el mar se haya calmado, aunque, es de lamentar que el viento no siga soplando hacia el sudeste, pues hubiese ayudado a la corriente que en aquella parte del Pacífico lleva hacia las tierras australianas.

Cumpliendo la orden del comodoro Simcoe, se colocan vigías para que observen el horizonte en toda su extensión. Si aparece algún navío, se le harán señales. Pero rara vez pasa alguno por estos lejanos parajes, y menos aún en esta época del año cuando se desencadenan los temporales de equinoccio. Es muy débil pues, la esperanza de ver el humo de algún vapor o la vela de algún barco cortando el horizonte. No obstante, a eso de las dos de la tarde el comodoro Simcoe recibe la siguiente comunicación de uno de los vigías: «En dirección nordeste se ve un punto que se mueve, y aunque no se puede distinguir su casco, es seguro que un barco pasará a lo largo de Standard Island».

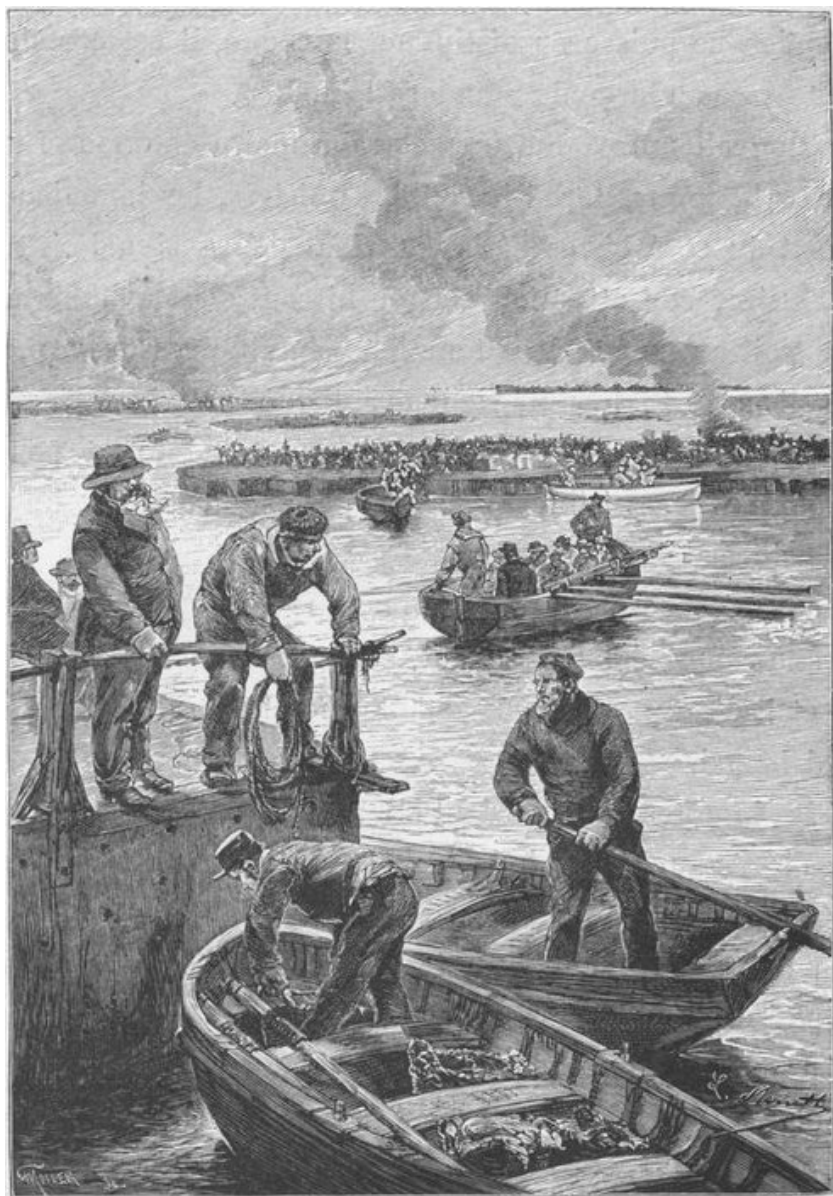
Esta noticia produce una emoción extraordinaria. El rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe, los ingenieros, los oficiales, todos se dirigen hacia aquella parte desde donde el barco ha sido visto. Se da orden de llamar la atención, ya izando banderas, ya con detonaciones simultáneas de las armas de fuego de que se dispone. Si llega la noche antes de que hayan sido vistas esas señales, se encenderá una hoguera sobre el primer fragmento, y como durante la noche será visible a gran distancia, es imposible que el barco no acuda.

No ha sido necesario esperar hasta la noche. La masa en cuestión se aproxima visiblemente. Una gran humareda se eleva por encima

de ella, y nadie duda de que se dirige hacia los restos de Standard Island. Los anteojos no la pierden de vista, por más que su casco se eleve poco sobre el mar y no posea velamen.

—Amigos míos —exclama el comodoro Simcoe—, ¡no me engaño! Es un pedazo de nuestra isla, y no puede ser otro que Tribord Harbour, que ha sido arrastrada por las corrientes. Sin duda, *Mr.* Somwah ha podido hacer reparaciones en su máquina y se dirige hacia nosotros.

Demostraciones que rozan la locura acogen esta noticia. ¡Parece que la salvación de todos está asegurada! ¡Es una parte vital de la isla la que vuelve con Tribord Harbour!



Las cosas han pasado, en efecto, como las piensa el comodoro. Después del desgarramiento, Tribord Harbour ha sido llevado hacia el nordeste. Al amanecer, *Mr.* Somwah, después de haber hecho algunas reparaciones en la máquina, ha vuelto al lugar del siniestro, llevando varios centenares de sobrevivientes con él.

Tres horas después, Tribord Harbour no está más que a medio cable de la flotilla. ¡Qué manifestaciones de alegría, qué gritos de entusiasmo acogen su llegada! Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley, que habían podido encontrar refugio antes de la catástrofe, están allí.

Desde la llegada de Tribord Harbour se entrevé alguna probabilidad de salvación. Sus establecimientos poseen una cantidad suficiente de combustible para mover sus máquinas, alimentar sus dinamos y accionar las hélices durante algunos días. La fuerza de cinco millones de caballos de que dispone le permite llegar a la tierra más cercana. Esta tierra es Nueva Zelanda, según las observaciones que han sido hechas por el oficial del puerto.

Pero la dificultad está en que aquellos millares de personas no caben en Tribord Harbour, cuya superficie es de seis a siete kilómetros cuadrados. ¿Se verán obligados a esperar que les envíen socorros desde cincuenta millas de allí? No, esta navegación exigiría mucho tiempo, y las horas están contadas. No hay un día que perder, si se quiere salvar a los náufragos de los horrores del hambre.

—Hay otro medio —dice el rey de Malecarlia—. Los fragmentos de Tribord Harbour, de la batería del espolón y de la batería de popa pueden conducir a todos los sobrevivientes de Standard Island. Unamos estos tres fragmentos por medio de fuertes cadenas y pongámoslos en fila, como balsas arrastradas por un remolcador. Después, que Tribord Harbour se coloque a la cabeza, y con su fuerza de cinco millones de caballos nos lleve a Nueva Zelanda.

La idea es excelente y práctica, y tiene probabilidades de producir buen resultado, desde el momento que Tribord Harbour dispone de tan poderosa fuerza. La confianza renace en el corazón de todos como si se encontraran ya a la vista del puerto.

El resto del día se emplea en los trabajos necesarios para la unión de los trozos por medio de cadenas, que suministran los lugares de comercio de Tribord Harbour. El comodoro calcula que, en estas condiciones, el rosario flotante podrá recorrer de ocho a diez millas por día. De manera que en cinco, ayudados por la corriente, habrán franqueado las cincuenta millas que los separan de Nueva Zelanda. Se tiene la seguridad de que las provisiones alcanzan para estos días, no obstante, por prudencia y en previsión

de retrasos, el racionamiento será mantenido con todo rigor.

Terminados los preparativos, Tribord Harbour se coloca a la cabeza y empieza la marcha, impulsada por sus hélices; los otros fragmentos, puestos a remolque, se mueven lentamente sobre aquel mar en calma. Al día siguiente, al alba, los vigías han perdido de vista los últimos restos de Standard Island.

Ningún incidente digno de ser relatado ocurre en los días del 4 al 8 de abril. El tiempo es favorable, el oleaje apenas se siente, y la navegación se efectúa en excelentes condiciones.

A las ocho de la mañana del 9 se señala tierra a babor, una tierra alta que se ha podido ver desde gran distancia. Tomada la altura con los instrumentos conservados en Tribord Harbour, no hay duda alguna sobre la identidad de aquella tierra. Es la punta de Ika Na Mawi, la gran isla septentrional de Nueva Zelanda.

Transcurren aún un día y una noche, y al siguiente, 10 de abril, por la mañana, Tribord Harbour se detiene a un cable de distancia del litoral de la bahía Ravaraki. ¡Qué satisfacción, qué sensación de seguridad experimenta toda aquella población al sentir bajo sus plantas la verdadera tierra, en vez del suelo artificial de Standard Island! Y sin embargo, ¡cuánto tiempo no hubiera durado aquel sólido aparato marítimo si las pasiones humanas, más fuertes que los vientos y el mar, no se hubiesen confabulado para destruirlo!

Los naufragos son recibidos hospitalariamente por los neozelandeses, que se apresuran a suministrarles todo aquello que necesitan.

A la llegada a Auckland, capital de Ika Na Mawi, el matrimonio de Walter Tankerdon y *miss* Dy Coverley se celebra con toda la pompa propia de las circunstancias. El Cuarteto Concertante se hace oír por última vez en aquella ceremonia, a la que han asistido todos los millardarios. ¡Unión feliz que en el interés común debió haberse celebrado antes! Los pobres esposos no poseen más de un mísero millón de renta cada uno...

—Pero —dice Pinchinat— todo hace pensar que aún encontrarán la dicha en esta mediocre situación pecuniaria.

Los Tankerdon, los Coverley y otros notables abrigan el proyecto de volver a América, donde no tendrán que disputarse el gobierno de ninguna isla de hélice. La misma determinación han tomado Ethel Simcoe, el coronel Stewart y sus oficiales, el personal del

Observatorio y hasta el superintendente Calixtus Munbar, que no renuncia a su idea de fabricar una nueva isla artificial.

El rey y la reina de Malecarlia no ocultan su pena por la pérdida de Standard Island, en la que pensaban terminar apaciblemente su existencia. Esperemos que estos exsoberanos encuentren un rincón en la tierra donde acabar sus últimos días al abrigo de las disensiones políticas.

¿Y el Cuarteto Concertante?

El Cuarteto Concertante, diga lo que quiera Zom, no ha hecho un mal negocio, y pecaría de ingrato si acusara a Munbar por haberlo embarcado contra su voluntad. Desde el 25 de mayo del año anterior hasta el 10 de abril del presente, es decir, durante poco más de once meses, nuestros artistas han vivido como se ha relatado. Han cobrado los sueldos de cuatro trimestres, de los que tres están depositados en bancos de San Francisco y de Nueva York, y el dinero les será entregado bajo su firma en cuanto lo deseen.

Después de la celebración del matrimonio en Auckand, Sebastián Zorn, Yvernés, Frascolín y Pinchinat se han despedido de sus amigos, sin olvidar a Atanasio Doremus, y se han embarcado en un vapor con destino a San Diego.

Llegados el 3 de mayo a la capital de la Baja California, su primer cuidado ha sido disculparse por medio de los diarios de haber faltado a su palabra, expresando su vivo disgusto por haberse hecho esperar unos meses.

—¡Señores, los hubiéramos esperado a ustedes veinte años más!

Tal es la respuesta que reciben del amable director de las veladas musicales de San Diego.

Imposible ser más cortés. La mejor forma de corresponder a tales atenciones es dar el concierto anunciado hace tanto tiempo. Y ante un público tan numeroso como entusiasta, el *Cuarteto en la mayor, opus 8*, de Mozart, les vale a aquellos artistas escapados del naufragio de Standard Island uno de los mayores triunfos de su carrera musical.

He aquí cómo termina la historia de esta novena maravilla del mundo, de la incomparable *Joya del Pacífico*. Lo bueno acaba bien, y lo malo mal, se dice. ¿No es éste el caso de Standard Island?

¿Acabada? ¡No! Un día u otro será reconstruida, según pretende Calixtus Munbar. Sin embargo, crear una isla artificial, una isla que

se mueve en la superficie de los mares, ¿no es traspasar los límites asignados al genio humano, y no está prohibido al hombre, que no dispone ni de los vientos ni de las olas, usurpar tan temerariamente su obra al Creador?



Colección de Viajes extraordinarios

Viajes extraordinarios es el título genérico que se le da a la colección de libros de viajes y aventuras escritos por Jules Verne (1828-1905),

que comenzó con la publicación de *Cinco semanas en globo* en 1863 y terminó con *La impresionante aventura de la misión Barsac* en 1920.

En el prefacio de *Aventuras del capitán Hatteras*, se resume la finalidad de la serie que es la de «resumir todos los conocimientos geográficos, geológicos, físicos y astronómicos acumulados por la ciencia moderna y rehacer, bajo la atractiva forma que le es propia, la historia del Universo».

Casi dos siglos después del nacimiento de Verne las actuales generaciones lo conocen por libros ya clásicos de la literatura universal como *Viaje al centro de la Tierra*, *De la Tierra a la Luna*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La vuelta al mundo en ochenta días* y *La isla misteriosa*.

Títulos que forman la colección:

1. *Cinco semanas en globo. Cinq semaines en ballon.* 1863
2. *Viaje al centro de la Tierra. Voyage au centre de la Terre.* 1864
3. *De la Tierra a la Luna. De la Terre à la Lune.* 1865
4. *Las aventuras del capitán Hatteras. Voyages et aventures du capitaine Hatteras.* 1866
5. *Los hijos del capitán Grant. Les Enfants du capitaine Grant.* 1867
6. *Veinte mil leguas de viaje submarino. Vingt mille lieues sous les mers.* 1869

7. *Alrededor de la Luna. Autour de la Lune.* 1870
8. *Una ciudad flotante. Une ville flottante.* 1871
9. *Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África austral. Aventures de trois Russes et de trois Anglais dans australe l'Afrique*
. 1872
10. *El país de las pieles. Le Pays des fourrures.* 1872
11. *La vuelta al mundo en 80 días. Le Tour du Monde en quatre-vingts jours.* 1872
12. *La isla misteriosa. mystérieuse L'Île*
. 1874
13. *El «Chancellor». Le Chancellor.* 1875
14. *Miguel Strogoff. Michel Strogoff. De Moscou à Irkoutsk.* 1876
15. *Héctor Servadac. Hector Servadac.* 1877
16. *Las Indias negras. Les Indes noires.* 1877
17. *Un capitán de quince años. Un capitaine de quinze ans.* 1878
18. *Los quinientos millones de la Begún. Les Cinq Cents Millions de la Bégum.* 1879
19. *Las tribulaciones de un chino en China. Les Tribulations Chinois en Chine d'un*
. 1879
20. *La casa de vapor. La Maison à vapeur.* 1880
21. *La jangada. La Jangada: 800 lieues sur l'Amazona*
. 1880
22. *Escuela de Robinsones. des Robinsons L'École*
. 1882
23. *El rayo verde. Le Rayon vert.* 1882
24. *Kerabán el testarudo. Kéran-le-Têtu.* 1883
25. *La estrella del Sur. du sud L'Étoile*
. 1884

26. *El archipiélago en llamas. en feu*
L'Archipel
. 1884
27. *Matías Sandorf. Mathias Sandorf.* 1885
28. *Un billete de lotería. Un Billet de loterie.* 1886
29. *Robur el conquistador. Robur-le-Conquérant.* 1886
30. *Norte contra Sur. Nord contre Sud.* 1887
31. *El camino de Francia. Le Chemin de France.* 1887
32. *Dos años de vacaciones. Deux Ans de vacances.* 1888
33. *Familia sin nombre. Famille-sans-nom.* 1888
34. *El secreto de Maston. Sans dessus dessous.* 1889
35. *César Cascabel. César Cascabel.* 1890
36. *Mistress Branican. Mistress Branican.* 1891
37. *El castillo de los Cárpatos. Le Château des Carpathes.* 1892
38. *Claudio Bombarnac. Claudius Bombarnac.* 1893
39. *Aventuras de un niño irlandés.*
P'tit-Bonhomme
. 1893
40. *Maravillosas aventuras de Antifer. Mirifiques Aventures de*
maître Antifer. 1894
41. ***La isla de hélice. L'Île à hélice.*** 1895
42. *Ante la bandera. Face au drapeau.* 1896
43. *Los Viajes de Clovis Dardentor. Clovis Dardentor.* 1896
44. *La esfinge de los hielos. Le Sphinx des glaces.* 1897
45. *El soberbio Orinoco. Le Superbe Orénoque.* 1898
46. *El testamento de un excéntrico. Le Testament excentrique*
d'un
. 1899
47. *Segunda patria. Seconde patrie.* 1900
48. *El pueblo aéreo. Le Village aérien.* 1901
49. *Las historias de Jean-Marie Cabidulin. Les Histoires de*
Jean-Marie Cabidoulin. 1901
50. *Los hermanos Kip. Les Frères Kip.* 1902
51. *Los piratas del Halifax. (Bolsas de viaje). Bourses de*
voyage. 1903
52. *Un drama en Livonia. Un Drame en Livonie.* 1904
53. *Dueño del mundo. Maître du Monde.* 1904

54. *La invasión del mar. de la mer*
L'Invasion
. 1905
55. *El faro del fin del mundo. Le Phare du bout du monde .*
1905
56. *El volcán de oro. Le Volcan*
d'or
. 1906
57. *La agencia Thompson y Cía. Thompson and Co*
L'Agence
. 1907
58. *La caza del meteoro. La Chasse au météore.* 1908
59. *El piloto del Danubio. Le pilote du Danube.* 1908
60. *Los naufragos del «Jonathan». Les Naufragés du*
'Jonathan'
. 1909
61. *El secreto de Wilhelm Storitz. Le Secret de Wilhelm Storitz.*
1910
62. *La impresionante aventura de la misión Barsac. aventure de*
la mission Barsac
L'Étonnante
. 1919



JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en 80 días* (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelantó con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo xx. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.

Notas

[1] Juego de palabras en el original en francés. Por ser las notas musicales *mi* homónimo de la palabra *mis* (colocado) y *do* el homónimo de *dos* (espalda), este retruécano quiere decir: «He ahí nuestro coche puesto de espaldas». (*Todas las notas son del Editor*). < <

[2] La milla es una medida de longitud inglesa que equivale a 1852 metros. < <

[3] Su nombre proviene de la ciudad alemana Landau, donde empezó a fabricarse este carruaje de cuatro ruedas, con capota, tirado por caballos. < <

[4] Práctica copiada de los ingleses, que toman el té a las cinco de la tarde. < <

[5] En inglés, fiesta al aire libre. < <

[6] Familia de artesanos italianos, que desde el siglo XVII fueron reconocidos fabricantes de violines de alta calidad. < <

[7] François-Adrien Boieldieu

(1775-1834),

compositor francés, autor de importantes obras como *El califa de Bagdad*. < <

[8] Ajax y Aquiles, famosos héroes griegos de la guerra de Troya. Este último ha llegado a convertirse en la personificación del valor.

< <

[9] Nombre dado a la primera dinastía de reyes francos de Meroveo, extinguida a la muerte de Childerico III en

751 d.

n. e. < <

[10] Sobrenombre mitológico de Artemis y de la Luna. < <

[11] Diana es una diosa romana, que obtuvo de su padre, Júpiter, el permiso para no casarse nunca. Se la relaciona muchas veces con la Luna por ser la diosa de los Bosques. < <

[12] Endimión, en la mitología griega, es un joven de belleza excepcional que duerme eternamente, del cual se enamoró Selene, la diosa de la Luna. < <

[13] Monstruo mitológico que tenía cien ojos, de los que no cerraba jamás sino cincuenta. Por ello, ha devenido símbolo de la vigilancia. Según la leyenda, Hera, esposa de Zeus, celosa de Io, la hija de Ínaco, entrega a la muchacha a la custodia de Argos. < <

[14] En la mitología griega, diosa de la Juventud, que durante mucho tiempo cumplió la función de copera de los dioses, a quienes les servía néctar y ambrosía. < <

[15] En inglés, árboles gigantescos, los más grandes del mundo, que pueden ser de diferentes variedades o especies. < <

[16] Se refiere a la historia griega que cuenta como Anfión, príncipe tebano, edificó las murallas de su ciudad al son de la lira. < <

[17] En la mitología griega, Orfeo es un poeta y músico tan excelente que encantaba con su música a todas las criaturas y cosas, amansaba las fieras y hasta los ríos cambiaban su curso para seguirlo. < <

[18] En italiano, persona apasionada por el arte, aficionada especialmente a la música. Su plural, *dilettanti*. < <

[19] Dios griego de la Música y la Poesía. < <

[20] En latín, la voz que clama en el desierto, o en la soledad. < <

[21] Voz que expresa asentimiento o confirmación de deseo porque tenga efecto lo que se dice. Es usual el concluir la oración religiosa.

< <

[22] Director del coro en los oficios litúrgicos. < <

[23] Fiesta, reunión o espectáculo, que tiene lugar en las primeras horas de la tarde. < <

[24] En inglés, barco transbordador. < <

[25] Aparato en forma de reloj de bolsillo, para contar el número de pasos que da la persona que lo lleva y la distancia recorrida. < <

[26] Persona que enseña las curiosidades de un edificio o una región,
que sirve de guía. < <

[27] Especies de eucalipto abundantes en Australia. < <

[28] En inglés, casas de corrección para faltas leves, como ebriedad y vagancia, donde se obliga a trabajar a los internados. < <

[29] Pasaje que encontramos referido en varios cuentos tradicionales del folclor europeo. < <

[30] Famosas ciudades vinateras de Francia. < <

[31] El pináculo, el rosetón y la ojiva, son elementos arquitectónicos. El pináculo es el adorno terminal, la parte más alta del templo. El rosetón es una ventana, por lo general, circular calada. Y la ojiva es una especie de arco que remata en punta en la parte superior. < <

[32] Honoré d'Urfé (1567-1625), escritor francés de poesía pastoril, donde intervienen las zagalas o muchachas jóvenes. Su obra más famosa es *La Astrea*. < <

[33] Aguas minerales en cuya composición entra alguna sal de hierro. < <

[34] Barco que se convirtió en una leyenda londinense. Una maravilla de la ingeniería por su enorme tonelaje y su capacidad de desplazamiento, realizado por el eminente diseñador Kingdom Brunel. Fue considerado el primer barco insumergible del mundo. Tras un considerable número de accidentes siniestros en su construcción y de varios intentos fatales de lanzamiento, el *Great Eastern*, preparado para zarpar desde 1857, no pudo hacerse a la mar hasta 1860. Los ominosos incidentes continuaron acompañando su destino hasta que fue reducido a chatarra en 1890. < <

[35] La yarda es una medida de longitud inglesa que equivale a 0,91 metros. < <

[36] En inglés, dique flotante. < <

[37] Uniforme con distintivos que dan a los sirvientes algunas entidades o personas. < <

[38] Del latín, deseo, aspiración. < <

[39] Familia adinerada y poderosa, de Frankfurt, Alemania, cuya dinastía ejerce influencias económicas desde finales del siglo XVIII.

< <

[40] En inglés, grande, monumental. < <

[41] Que están en babor, costado derecho de una embarcación si se toma como referente la parte delantera. < <

[42] Que están en estribor, lado izquierdo de una embarcación si se toma de referencia su frente. < <

[43] Henri Sainte-Claire Deville

(1818-1881),

químico francés, nacido en las Antillas, autor de un procedimiento de fabricación del aluminio. < <

[44] Último rey de Lidia, de 560 a 546 a.

n. e., cuyas riquezas, acrecentadas por las arenas auríferas del río Pactolo, hizo proverbial su nombre para designar a alguien colmado por los bienes de la fortuna. < <

[45] En francés, persona entendida y de gustos refinados en la gastronomía. < <

[46] A partir del siglo XIX se comenzó a llamar así a ciertos hombres cosmopolitas, extremadamente elegantes y cultos. < <

[47] La proa es la parte delantera del barco; la popa, la posterior.

< <

[48] Medida marina equivalente a ciento ochenta y cinco metros.
< <

[49] Perro pequeño parecido al galgo y que tiene el pelo corto. < <

[50] En inglés, caballero, hombre gentil. Nótese que la palabra en la obra está en plural. < <

[51] Caballo de poca alzada. < <

[52] En inglés, ¡Adiós! y, ¿Cómo está usted?, Buenas tardes. < <

[53] En francés, *sol*, que significa suelo, es homónimo de la nota musical *sol*. < <

[54] En francés, jefe de sala en un restaurante. < <

[55] Fineas Taylor Barnum

(1810-1891),

famoso empresario norteamericano de circo. < <

[56] Tomás Edison (1847-1931), físico matemático que, además de perfeccionar el teléfono y el fonógrafo, fue inventor de numerosos aparatos eléctricos, como la lámpara incandescente. < <

[57] Richard Wagner (1813-1883), teórico y compositor alemán, presenta una nueva concepción escénica de la ópera romántica, que le procuró la aprobación y la crítica de muchos. Su expreso antisemitismo, junto a la fuerte identidad germánica de sus temas y la grandiosidad de su música, lo convirtieron en un compositor atractivo para los nazis, factor que ha dificultado su aceptación por parte del público. La influencia de su genio ha sido decisiva en la concepción operística del siglo xx. < <

[58] Primer rey de los hebreos, que reinó en la segunda mitad del siglo XI a. n. e.; vencido por los filisteos en Gelboé, se suicidó hacia 1003. < <

[59] Rey de Israel (1010?-975? a. n. e.), que sucedió a Saúl, venció a los filisteos y fundó Jerusalén. Poeta y profeta, ha dejado salmos de gran inspiración lírica. < <

[60] El impresionismo y el futurismo son movimientos artísticos que surgieron como oposición al arte académico. El primero apareció a finales del siglo XIX y el segundo a principios del XX. El movimiento impresionista se considera el punto de partida del arte contemporáneo. Su objetivo era conseguir una representación del mundo espontánea, por lo que se apoyaron en temas de la vida cotidiana y en los efectos de la luz natural. Entre sus principales exponentes están: Degas, Monet y Renoir. El futurismo intentó representar la vida contemporánea basándose en los temas del movimiento y la máquina. Algunas figuras importantes de este movimiento: Boccioni, Russolo y Severino. La revolución artística que ellos representaron no fue bien acogida en un primer momento; pero hoy en día comparten espacios en los museos más importantes del mundo. < <

[61] Su verdadero nombre, Elisabeth Rachel Félix
(1821-1858),

actriz trágica francesa, nacida en Suiza, célebre por su destreza vocal y la intensidad de sus caracterizaciones. Su interpretación más sobresaliente fue en *Fedra*, del dramaturgo francés Jean Racine (1639-1699),

inspirada en el clásico grecolatino. < <

[62] En inglés, Junta de comercio. < <

[63] La Feria Mundial de Chicago de 1893 se realizó en conmemoración al cuarto centenario del descubrimiento de América a un costo de millones de dólares; y en 1900 se organizó la quinta Exposición Universal de París, en ocasión de la cual se crearon importantes edificios y monumentos que se han convertido en emblemas de la ciudad, como el puente de Alejandro III que cruza el río Sena. < <

[64] En latín, por todas partes. < <

[65] Natural de Picardía, región de Francia. < <

[66] Los Vestris fueron una familia de eminentes bailarines. Gaetano Vestris

(1729-1808),

nació en Italia, pero realizó su carrera artística en París, en cuya Ópera fue primer bailarín. Se desempeñó como maestro y compositor, y se le conoció como «el dios de la danza», sobrenombre que heredó su hijo Auguste Vestris

(1760-1842),

por tener las mismas dotes. Su madre, Marie Allard, fue también una famosa bailarina. < <

[67] Arthur Saint León fue un destacado bailarín y coreógrafo francés, uno de los más grandes maestros del *ballet* de 1840 a 1860.

< <

[68] Beau Brummel (1778-1840), famoso dandi británico, considerado una autoridad en cuanto al vestir y a la etiqueta. < <

[69] Dinastía aristocrática inglesa de origen francés. < <

[70] Período del año en que es más fuerte el calor. < <

[71] Nombres en inglés de dos pueblos indígenas norteamericanos.
Actualmente marginados y prácticamente extinguidos. < <

[72] En inglés, Lejano Oeste. < <

[73] James Cook (1728-1779), célebre navegante inglés, que exploró Oceanía en tres expediciones sucesivas y fue muerto por los indígenas de las islas Sandwich. < <

[74] Téngase en cuenta que las condiciones sociales y geopolíticas de las islas que se mencionan han variado desde la época en que esta obra fue escrita. < <

[75] En inglés, cabeza de diamante. Los nativos lo denominaban *Le ahí*, pero los ingleses, al descubrirlo, confundieron sus cristales de calcita con diamantes; de ahí su nombre. < <

[76] Caricatura satírica, estereotipo que personifica al pueblo inglés o a su gobierno. El término ya se utilizaba antes de que John Arbuthnot escribiera *La historia de John Bull* en 1712, pero con ella se popularizó. < <

[77] Persona que come carne humana. < <

[78] Del inglés *coolie*, que designa al indio o chino que trabaja en una colonia. Nótese que la palabra se encuentra en plural dentro del texto. < <

[79] Personaje de la novela *El diablo cojuelo* (1641), de Luis Vélez de Guevara. Obra satírica en la que asoma la certeza de que el mundo es el escenario de un infierno cómico. < <

[80] Aeronave provista de un gas más ligero que el aire atmosférico, lo que la hace flotar. < <

[81] Grandes cadenas montañosas. Los Alpes constituyen el sistema más elevado de Europa; y el Himalaya, enclavado en Asia, tiene las cimas más altas del planeta. < <

[82] Nombre de una famosa casa editorial francesa, que ayudó a fundar Pierre Athanase Larousse

(1817-1875)

y que se dedica fundamentalmente a la publicación de diccionarios, enciclopedias y gramáticas. < <

[83] Nombre dado al conjunto de estados norteamericanos situados al noreste del país. < <

[84] En inglés, interjección usada para expresar alegría o excitar el entusiasmo. < <

[85] Grupo de antigua clasificación zoológica, que comprendía los animales con aspecto de plantas. < <

[86] Familias inglesas que, a finales del siglo xv, se disputaron el trono de Inglaterra. Su rivalidad provocó la guerra que se conoce con el nombre de las Dos Rosas, porque el emblema de York era una rosa blanca y el de Lancaster, una rosa roja. < <

[87] El aviso es un buque de guerra de vapor, ligero y muy pequeño. Aquí el autor utiliza esta palabra en sentido figurado, atendiendo a su última característica mencionada. < <

[88] La falúa es una pequeña embarcación de remo o vela. < <

[89] La construcción del canal, vía fluvial artificial que une los océanos Atlántico y Pacífico, fue uno de los trabajos más grandes de ingeniería de todos los tiempos, que entró en funcionamiento en 1914. < <

[90] Conjunto musical que consta sólo de instrumentos de viento, comúnmente de metal. < <

[91] Médula del coco, que después de secado, al sol o al fuego, entra en la composición de los jabones llamados de Marsella, y de una bebida alcohólica. < <

[92] Grupo de islas que en 1774 fueron bautizadas así por Cook debido a su semejanza con las Nuevas Hébridas de Escocia. Desde 1980 tomó el nombre de Vanuatu y es una república independiente, constituida por setenta y dos islas, de las cuales Erromango se encuentra entre las más importantes. < <

[93] Isla de coral, de figura anular, con una laguna interior. < <

[94] Jules Sébastien César Dumont

d'Urville (1790-1842),

navegante francés que dio la vuelta al mundo y exploró la Antártida. El mar de Urville, cerca de Tierra Adelia, y el cabo de Urville, en Nueva Guinea, se llaman así en su honor, al igual que la isla de Urville, en la costa de Nueva Zelanda. < <

[95] Medida de longitud equivalente a 1,67 metros. < <

[96] Eliseo Reclús (1830-1905), escritor y geógrafo francés, autor de *Geografía universal*. < <

[97] La isla de Malta fue colonia inglesa y durante el siglo XIX los malteses demandaron un mayor autogobierno. < <

[98] Dícese de cualquier habitante del globo terrestre con respecto a otro que viva en lugar diametralmente opuesto. < <

[99] Compara a los Tankerdon y los Coverley con estas dos familias de Verona, implacables enemigos, a las que pertenecen Romeo y Julieta, los héroes de la tragedia de William Shakespeare. < <

[100] Bahía al sur de Bretaña, poblada de numerosas islas. < <

[101] Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1,946 metros. < <

[102] Laguna litoral de agua salobre. < <

[103] Organismo unicelular que habita en medio líquido. < <

[104] Del latín, muchedumbre, abundancia. < <

[105] Embarcación larga y estrecha, construida muchas veces ahuecando un tronco de árbol. < <

[106] Luis Antoine de Bougainville

(1729-1811),

militar y navegante, primer francés en emprender un viaje alrededor del mundo, realizó valiosas contribuciones a la ciencia y la geografía durante la segunda mitad del siglo XVIII. < <

[107] En su relato *Viaje alrededor del mundo*, Bougainville compara Tahití con la tierra de Citerea, paraíso inalcanzable en la mitología griega. < <

[108] Juan Bautista Alfonso Karr

(1808-1890),

escritor francés que publicó varias novelas románticas y líricas. Su obra capital es *Les Guêpes*, pequeños volúmenes mensuales que publicó durante diez años. < <

[109] Agustin Eugène Scribe

(1791-1861),

dramaturgo francés que produjo centenares de obras de teatro y libretos de ópera, de gran popularidad en su época. < <

[110] En inglés, almuerzo. < <

[111] La comparación sólo puede aplicarse en francés, en que sueño es *revé*. < <

[112] Albión llamaron los griegos a Gran Bretaña; y Cartago, ciudad fundada en

814 a.

n. e., fue una de las potencias marítimas más poderosas de la Antigüedad. < <

[113] Personaje que da título a la novela de Daniel Defoe, publicada en 1719, e inspirada en la aventura de un escocés que naufragó en una isla. Defoe relata la soledad de un hombre y la construcción de una sociedad ideal al margen del mundo. < <

[114] Se establece un juego de palabras con *manger*, del francés, comer. < <

[115] Jean François de Galaup, conde de la Pérouse
(1741-1788),

oficial y explorador francés. Dirige una expedición al Pacífico con el fin de encontrar nuevos accesos marítimos; de ahí que el paso entre las islas de Sajalín y Hokkaidó fue llamado estrecho de La Pérouse. En 1826 se encontraron los restos de su naufragio cerca de las Nuevas Hébridas. Póstumamente fueron publicadas en cuatro volúmenes sus notas, *Viaje alrededor del mundo* (1787). < <

[116] Recipiente especial para quemar perfumes y aromar los ambientes. < <

[117] Ciudad de Francia muy famosa por su belleza, en especial por el magnífico Palacio de Versalles, edificado en el tiempo de Luis XIV por Le Vau y Mansart, con soberbios jardines trazados por Le Nôtre.

< <

[118] Se refiere a Émile Zola

(1840-1902),

importante novelista francés, creador de una nueva escuela literaria
que llamó naturalismo. < <

[119] Rey de Sidón (antigua ciudad de Fenicia) que vivió en el siglo IV a. n. e.; y al que le fue usurpado el trono; tuvo que vivir en la pobreza hasta que Alejandro Magno lo restituyó en él. < <

[120] Charles Gounod

(1818-1893),

compositor francés de ópera y música religiosa. < <

[121] Famosas, ricas y antiguas ciudades italianas que en el año 79 fueron sepultadas por lava durante una erupción del Vesubio. < <

[122] Pieza de artillería de retrocarga, ideada hacia 1852 por Guillermo Armstrong, que supuso un gran progreso en la evolución del armamento. < <

[123] Quizá esté haciendo una construcción de la palabra a partir del griego *eu*: bueno; o sea, «buen Calixtus». < <

[124] Se refiere a Plutón, dios muy poderoso dentro de la mitología romana; rey de los Infiernos y de los Muertos. < <

[125] Junto con su esposo Macbeth, urdió una serie de intrigas y asesinatos en la corte, entre ellos el del rey, hasta lograr obtener el trono de Escocia de 1040 a 1057. Esta historia sirvió de inspiración al escritor inglés William Shakespeare en su tragedia *Macbeth*. < <

[126] Primera ametralladora de largo alcance con cañón giratorio, inventada por el estadounidense Benjamin Berkeley Hotchkiss. < <

[127] Según el libro bíblico *Génesis*, Yahvé le avisa a Noé del diluvio que enviará para destruir a la humanidad y le da instrucciones para construir una embarcación donde, además de su familia, salve a una pareja de cada animal existente. < <

[128] Estos datos se ofrecen tomando como referencia el antiguo huso horario cuando el meridiano cero pasaba por París. Desde 1885 hasta la actualidad, se localiza en la zona del huso que pasa por Greenwich, al este de Londres; pero antes de esa fecha se utilizaban diferentes meridianos de origen en distintos países. < <

[129] Este término se utiliza ocasionalmente para designar a Oceanía. < <

[130] Expresión italiana, de uso internacional, que significa «el dulce no hacer nada». < <

[131] Se refiere al Foreign and Commonwealth Office, órgano que establece las relaciones entre el Reino Unido y la Comunidad Británica de Naciones Extranjeras o naciones fieles a la Corona británica. < <

[132] Distrito de la región de Champaña-Ardenas, en Francia. < <

[133] Expresión latina, caso o motivo de guerra. < <

[134] Tabla de madera donde se señala con un corte lo que se cuenta; usada generalmente por personas analfabetas. < <

[135] En italiano, términos musicales que significan, por orden de aparición: trozo musical que se ejecuta pellizcando las cuerdas del instrumento; alegre y vivaz; muy agitado; período con el que concluye una pieza. < <

[136] Uno de los libros del Antiguo Testamento, único por su colección de poesía amorosa. De autor desconocido —aunque la tradición lo atribuyó al rey hebreo Salomón—, su origen oscila entre los siglos V y III a. n. e. < <

[137] Importe total de las deudas u obligaciones que tiene una persona o entidad, y también el coste o riesgo que contrapesa los provechos de un negocio; todo lo cual se considera como disminución de un activo (importe total). < <

[138] En latín, aquí y ahora. < <

[139] Coro sin instrumentos de acompañamiento. < <

[140] Jefe de los hebreos después de Moisés y conquistador de la ciudad de Canaán. Según la leyenda, en la batalla de Gabaón, Josué le pidió a Dios prolongar el día y éste le concedió su deseo, con lo cual favoreció su victoria. < <

[141] Eugenio Labiche

(1815-1888),

comediógrafo francés de agudo ingenio, autor también de algunas novelas cortas. < <

[142] En latín, para sus adentros. < <

[143] Se hace referencia al conflicto bélico que tuvo lugar desde 1861 hasta 1865 entre las regiones norte y sur de Estados Unidos de Norteamérica, consecuencia de profundas diferencias económicas, sociales y políticas, que concluyó con el triunfo de los estados del norte, la abolición de la esclavitud y cuantiosas pérdidas para el país. < <

[144] Consejero del rey Ezequías de Israel. El primero de los cuatro profetas mayores en el siglo VIII a. n. e.; autor del *Libro de Isaías*, que forma parte de la Biblia, donde insiste en las mismas advertencias. < <

[145] Jeremías (650?-580?), según el Antiguo Testamento, uno de los cuatro profetas mayores, que ha escrito *Profecías* y las famosas *Lamentaciones* sobre la destrucción de Jerusalén. Sión es una de las colinas de Jerusalén, que con frecuencia es tomada como referente de ella. < <